

# ÍNDICE

## CUBA

### POLÍTICA Y REVOLUCIÓN IV, 1895

	<b>Pág.</b>
Índice	
Carta a José Dolores Poyo enero 1895	13
Carta a Serafín Sánchez enero 1895	14
Carta a Serafín Sánchez 2 enero 1895	14
Carta a José Dolores Poyo 7 enero 1895	15
Carta a Serafín .Sánchez enero 1895	16
Carta a Serafín Sánchez 8 enero 1895	16
Carta a Gualterio García 8 enero 1895	16
Carta al General Máximo Gómez enero 1895	17
Carta a Juan Gualberto Gómez 17 enero 1895	18
Carta a José Dolores Poyo enero 1895	21
Carta a Tomás Estrada Palma enero 1895	22
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 19 enero 1895	22
Carta a .Alejandro González. Nueva York. 19 enero 1895	25
Carta a José Dolores Poyo enero 1895	26
Carta a Juan Gualberto Gómez enero 1895	26
Unos cubanos y otros. Patria 26 enero 1895	31
Carta a Tomás Estrada Patria 26 enero 1895	35
Carta a Juan Gualberto Gómez 28 enero 1895	35
Carta a Serafin Sánchez 29 enero 1895	36
Carta a Juan Gualberto Gómez 29 enero 1895	37
Orden de Alzamiento. Nueva York 29 enero 1895	41
Carta a Juan Gualberto Gómez. Nueva York 29 enero 1895	45
Carta a Juan Gualberto Gómez 29 enero 1895	46
Carta a Fernando Figueredo. Nueva York 29 enero 1895	46
Carta a José Dolores Poyo 30 enero 1895	47
Carta a Serafín Sánchez 30 enero 1895	48
Carta a Tomás Estrada Palma 30 enero 1895	49
Carta a Paulina y Ruperto Pedroso 30 enero 1895	50
Carta a Pedro Gómez 30 enero 1895	50
Carta a Eduardo H. Gato enero 1895	51
Carta al General Antonio Maceo. Nueva York 31 enero 1895	52
Carta a Serafín Sánchez .31 enero 1895	52
Carta a José: C. Pons y Naranjo. Nueva York 31 enero 1895	53
Carta a Juan Gualberto Gómez febrero 1895	57
Carta a Gonzalo de Quesada febrero 1895	58
Carta a Gonzalo de Quesada 6 febrero 1895	61

Carta a la Tesorera del Club “Hijas de Hatuey”. Santiago de los Caballeros.17 febrero 1895	61
Carta a Gonzalo de Quesada. La Vega, Santo Domingo 18 febrero 1895	62
Carta a Gonzalo de Quesada. Santiago de los Caballeros 19 febrero 1895	62
Carta a José Dolores Poyo. Santiago de los Caballeros 19 febrero 1895	66
Carta a Tomás Estrada Palma. Santiago de los Caballeros 19 febrero 1895	67
Carta a Serafín Sánchez. Santiago de los Caballeros 20 febrero 1895	67
Carta al General Antonio Maceo. Montecristi 26 febrero 1895	69
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Montecristi 26 febrero 1895	71
Carta al Presidente del Club “10 de Octubre”. República Dominicana febrero 1895	75
Carta a Gonzalo de Quesada. Montecristi marzo 1895	81
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada. Montecristi 8 marzo 1895	81
Carta a Ulpiano Dellundé. Montecristi 8 marzo 1895	82
Carta a Serafín Sánchez Montecristi marzo 1895	83
Carta a Rafael Aguilar. Montecristi 10 marzo 1895	84
Carta a José Nicolás Ramírez. Montecristi. 11 marzo 1895	85
Carta a Ulpiano Dellundé. Montecristi .12 marzo. 1895	86
Carta a Tomás Estrada Palma. Montecristi .16 marzo 1895	86
Carta a Ulpiano Dellundé. Montecristi 20 marzo 1895	88
Carta al General Máximo Gómez. Montecristi marzo 1895	89
MANIFIESTO DE MONTECRISTI 25 marzo 1895	93
Carta a Ulpiano Dellundé. Montecristi 25 marzo 1895	105
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Montecristi . 25 marzo 1895	105
Carta a Fernando Figueredo y Teodoro Pérez. Montecristi . marzo 1895	109
Carta a Federico Henríquez y Carvajal. Montecristi 25 marzo 1895	110
Carta a Gonzalo de Quesada. Montecristi. 28 marzo 1895	112
Carta a Tomás Estrada Palma. Montecristi .1 abril 1895	117
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Montecristi .1 abril 1895	118
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Montecristi 1 abril 1895	119
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada. Montecristi 1 abril 1895	120
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada. Cabo Haitiano 10 abril 1895	121
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada. Vapor “Nordstrand” 11 abril 1895	122
Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada. Vapor “Nordstrand”. (Traducción del inglés) .11 abril 1895	123
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Baracoa 15 abril 1895	124
Carta a Tomás Estrada Palma 15 abril 1895	130
Carta al General Bartolomé Masó. Campamento de Filipinas 25 abril 1895	131
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Guantánamo 26 abril 1895	132
Carta a Félix Ruenes 26 abril 1895	134
Circular a los Jefes 26 abril 1895	135
Circular 26 abril 1895	137
Carta al Agente Consular del Gobierno Británico. Guantánamo 27 abril 1895	138
Carta al Agente Consular del Gobierno Británico. Guantánamo. (Traducción del inglés) 27 abril 1895	139
Política de guerra (circular) 28 abril 1895	140
Carta a Luis Rivera 30 abril 1895	142

Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Campamento de Filipinas 30 abril 1895	142
Carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Guantánamo 2 mayo 1895	151
Carta al New York Herald 2 mayo 1895	151
Carta al General Antonjo Maceo 3 mayo 1895	160
Carta al General Antonio Maceo. Jarahueca 4 mayo 1895	161
Carta al General José Miró. Hato en Medio 7 mayo 1895	162
Circular a los Jefes y Oficiales de Jiguaní. La Jatía 12 mayo 1895	163
Carta al General Antonio Maceo. La Jatía. 12 mayo 1895	164
Carta al General Bartolomé Masó. La Jatía 12 mayo 1895	165
Carta a Rafael Portuondo Tamayo. La Jatía 12 mayo 1895	166
Carta al General Bartolomé Masó. Dos Ríos 15 mayo 1895	166
Carta a Manuel Mercado. Dos Ríos 18 mayo 1895	167
Carta al General Máximo Gómez. Dos Ríos 19 mayo 1895	170

## DISCURSOS REVOLUCIONARIOS

Brindis en el banquete celebrado en honor de Adolfo Márquez Sterling, en los altos de El Louvre. La Habana .21 abril 1879	177
Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall. Nueva York .24 enero 1880	183
Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 186, en Masonic Temple, Nueva York 10 octubre 1887	215
Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York 10 octubre 1888	229
Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York .10 octubre 1889	235
Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York 10 octubre 1890	247
Discurso en conmemoración del 10 de Octubre & 1868, en Hardman Hall, Nueva York 10 octubre 1891	259
Discurso en el Liceo Cubano, Tampa 26 noviembre 1891	269
Discurso en conmemoración del 27 de Noviembre de 1871. Tampa 27 noviembre 1891	283
Discurso en Cayo Hueso 25 diciembre 1891	289
Discurso en Hardman Hall, Nueva York 17 febrero 1892	293
Discurso en Hardman Hall, Nueva York 31 enero 1893	309
Discurso en honor de Fermín Valdés Domínguez, en el Salón Jaeger's, Nueva York 24 febrero 1894	321
Fragmento del discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York 17 abril 1892	329
Fragmento del discurso pronunciado en el Club Borinquen, Nueva York 29 mayo 1892	331
Fragmento del discurso pronunciado en el Liceo Cubano, Tampa 6 julio 1892	332
Reseña de una conferencia pronunciada en inglés en el Club San Carlos, Cayo Hueso 23 noviembre 1892	333
Fragmento del discurso pronunciado en Nueva York 10 abril 1894	334
Fragmento del discurso pronunciado en el Club San Carlos, Cayo Hueso 18 mayo 1894	335
Borrador de discurso	336
Saludo (borrador de discurso)	343

## HOMBRES

Castillo. La Soberanía Nacional, Cádiz .24 marzo 1871	351
Fermín Valdés Domínguez. La Lucha 9 abril 1887	355
Céspedes y Agramonte. El Avisador Cubano, Nueva York 10 octubre 1888	358
Cuento de la guerra. El Teniente Crespo	365
Se van los ancianos. Patria. 19 marzo 1892	370
Sotero Figueroa. La Igualdad. La Habana .1892	371
En la ratificación. Juan Fraga. Patria. 26 marzo 1892	373
En la guerra. Patria 26 marzo 1892	375
Rafael Serra. Para un libro. Patria .26 marzo 1892	379
Un alma de héroe. Patria 3 abril 1892	381
El 10 de Abril. Patria 10 abril 1892	382
Un español. Patria 16 abril 1892	389
Del General Máximo Gómez. Patria 16 abril 1892	395
Los hombres de la guerra. Patria 23 abril 1892	395
Nueva York, el escudo. Patria 30 abril 1892	396
En los talleres. Patria 7 mayo 1892	398
Roloff. Patria 7 mayo, 1892	400
Las Antillas y Baldorioty Castro. Patria. 14 mayo 1892	405
Carta de un español. Patria 14 mayo 1892	410
Albertini y Cervantes. Patria 21 mayo 1892	413
Cayetano Soria. Patria 28 mayo 1892	415
Juan Gualberto Gómez en la Sociedad de Amigos del País. Patria 11 junio 1892	417
Nuevo Secretario. Patria 13 agosto 1892	418
Los isleños en Cuba. Patria 27 agosto 1892	423
A Pedro Gómez y García. Patria 27 agosto 1892	424
Un cubano. Patria 3 septiembre 1892	425
Caracteres cubanos. Patria 1 noviembre 1892	426
José Martínez. “el Gallego”. Patria 28 enero 1893	427
Cristino Martos. Patria 14 febrero 1893	429
El día de la Patria. La lista de honor. Patria 10 abril 1893	435
Vázquez. hermano en “La Liga”. Patria. 10 abril 1893	436
José Cristóbal Morilla. Patria 22 abril 1893	437
Un cubano en New Orleans. Patria 8 mayo 1893	438
Un cubano real. Patria 12 agosto 1893	440
Cuna vacía. Patria 12 agosto 1893	441
El General Serafin Sánchez. Patria 19 agosto 1893	445
El General Gómez. Patria 26 agosto 1893	445
Antonio Maceo. Patria 6 octubre 1893	451
Desgracia de un amigo. Patria 21 noviembre 1893	455
Recuerdos de la guerra. Conversación con un hombre de la guerra. Patria 28 noviembre 1893	459
Pablo Insua. Patria 5 diciembre 1893	463
Calixto García Iñiguez. Patria 16 enero 1894	464
Calixto García, vive. Patria 27 enero 1894	465

Fermín Valdés Domínguez. Patria 3 febrero, 1894	469
El General Gómez en Filadelfia. Patria .17 abril 1894	470
Azcárate. Patria 14 julio 1894	472
El entierro de Francisco Sánchez Betancourt. Patria 15 septiembre 1894	477
Manuel Barranco. Patria 2 enero 1894	480

# JOSE MARTI

## Obras Completas

4

Cuba



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

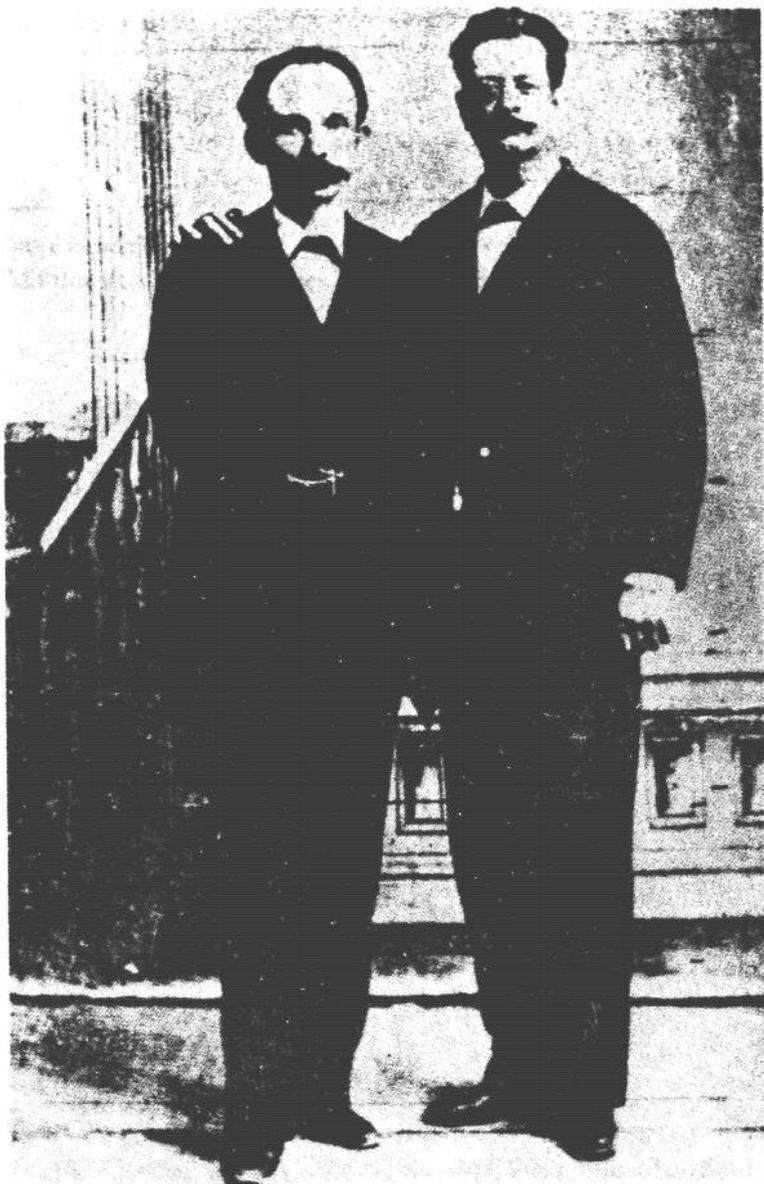
Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

**CUBA**  
*POLITICA Y REVOLUCION*  
*DISCURSOS REVOLUCIONARIOS*  
*HOMBRES*

ISBN 959-06-0028-X  
959-06-0059-X  
959-06-0032-8

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.



MARTÍ Y FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ, CAYO HUESO, FLORIDA, 1894

## CUBA

### *POLITICA Y REVOLUCION*

IV

1895

**E N E R O / 1 8 9 5**

1. A JOSÉ DOLORES POYO
- 2-3. A SERAFÍN SÁNCHEZ
4. A JOSÉ DOLORES POYO
- 5-6. A SERAFÍN SÁNCHEZ
7. A GUALTERIO GARCÍA
8. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ
9. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
10. A JOSÉ DOLORES POYO
11. A TOMÁS ESTRADA PALMA
12. AL GENERAL ANTONIO MACEO
13. A ALEJANDRO GONZÁLEZ
14. A JOSÉ DOLORES POYO
15. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

A JOSÉ DOLORES POYO

[Enero, 1895]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo:

Unas líneas para que sepa que en este instante mismo recibo las cartas que esperaba; cartas totalmente satisfactorias y que nos ponen en nuestra mayor obligación. En plazo perentorio y ya fijo hemos de hacer afuera, inmediatamente, todo nuestro esfuerzo; la terquedad con que le hablo, le denota la tensión de mi espíritu en el instante en que le escribo. Ha venido lo que deseaba, se ha entendido lo que debía, y se sigue haciendo lo que se debe, fiados en nosotros. ¿Cómo, pues, y para otra mi profunda alegría; dejar caer de la mano lo que allí dejé iniciado? Hay que sostenerlo y acrecentarlo. Yo escribo el jueves al Consejo otra vez, a los clubs, si hallo modo directo; y a los talleres suscritos; y al comercio restante. ¿Cómo allí y en todas partes no ha de ser ésa mi principal preocupación? Vd. que sabe la verdad, enciéndase en ella y no descanse. A empujar hasta que lleguemos. ¿Qué regalo mejor nos podía traer el año nuevo, a nosotros que lo merecemos? En horrible duda he vivido, y náusea. Ahora salgo de ella. Pero callemos en cuanto pueda parecer de público demasiada seguridad o cercanía. Sólo que con Vd. a quien dejé mi pena, quiero vaciar mi consuelo. Y ahora, ¡a los cien brazos!

Su

J. MARTÍ

2

A SERAFÍN SANCHEZ

[Enero, 1895]

Serafín:

Sólo para grandes gracias,—rodeado ahora de gente útil e inútil, y dentro de mí, un mundo silencioso, y el puño de donde no se cae hasta ahora uno solo de los hilos que ando recogiendo. Gracias por todo, y a todos, noble Serafín. Lo otro, lo de Gener, lo voy desviando. —William me ayudará. ¡Pero en qué bárbara agonía me han hecho vivir, y me hacen vivir, dos increíbles errores de que uno pudiera ser mortal, y muero yo porque no lo sea—del hombre a quien usted deseaba de guía! Calle, y algún día le diré. Sepa mis angustias. El hombre es totalmente nulo. Se repondrá con ventaja. Un abrazo, más gracias. Acá lo hablamos sin cesar. Año nuevo a la casa.—A usted, y a William, todo

Su

J. MARTÍ

3

2 enero [1895]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín muy querido:

No podría, aunque quisiese, hablarle sino de lo que me llena el corazón. Mejor que la venida de Borrero es la carta de Gómez. Es cuanto quería. La de Vd. dirá lo que dice la mía. Esa era aquella última seguridad de mi conciencia que me faltaba. Bailo de contento. Ahora, a encubrir nuestra acción real; a allegar cuanto más dinero se pueda, a moverme de aquí poco, y nada más que como desviación; a uniformar las noticias y la preparación en la Isla y sobre todo, a esconder lo que hacemos. ¿Y a quién podríamos mandar a las Villas? ¿A Charlie mejor que a Angel? ¿A Angel? De allá ¿quién podría? Vd. sabrá.

El mismo, si fuese de acá, podría ver modo de volverse de Cy. con alguna ayuda ofrecida. Espero impaciente su decisión. Por supuesto, Vd. se acuerda allá con Roloff. Y yo, con este conocimiento preciso,

con la alegría de ver triunfante nuestra grandeza por sobre las pasiones que la hubiesen podido desviar o anular, con la quietud que sólo estas resoluciones claras y definitivas hubieran podido poner en mi ánimo,—no tengo, en el primer instante de alegría, voluntad de salir del reposo inmenso, que sucede en mí a una angustia indecible. El reposo del salto. Ahora vive, y se desembarazará sin temor, y hablará con autoridad, y pedirá la limosna de rodillas, este amigo de Vd. que le conoce su amistad delicada y lo quiere a Vd. tanto.—¡Un abrazo! ¡Esto sí que es Año Nuevo!

Su

JOSÉ MARTÍ

¿Y olvidaré a Pepa y a Raimundo? Aquí está Enriquito. Comió ayer conmigo. No llegó mi último comisionado. Allá, un tanto despa-ciosos, pero con magnífico sentimiento y determinación. Hay fuerza real.

4

A JOSÉ DOLORES POYO

7 de enero de 1895

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Nos vamos a ver y entonces hablaremos. No tema de mí. Sé padecer y renovar. La cobardía, o más, de un hombre inepto, se nos clavó de arrancada en la obra grande.<sup>1</sup> Renaceremos. Nos rodean y ayudan hoy mayor respeto y mayor fe que nunca; no quiero hablar, ni podría, por la indignación y la tristeza. Léamele estas líneas a Serafín. Allá voy en cuanto asegure, o deba abandonar lo que aquí defiendo. ¿Me quiere todavía?

Su

JOSÉ MARTÍ

<sup>1</sup> Se refiere al fracaso del llamado *Plan de Fernandina*, que consistía en invadir la Isla por medio de tres expediciones llevadas por los vapores *Amadís*, *Baracoa* y *Lagonda*.

El *hombre inepto* a que se refiere Martí es el coronel López Queralta, a cuya delación se debió el fracaso del citado plan.

5

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Enero, 1895]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín:

Todo recibido. Fue todo a Gómez. Va lo de Vd. el martes. Atiendo a lo de la Habana, y el martes—estoy en el tren,—a Roloff y Batista.—Déjeme pensar lo de Raimundo.

Su

J. MARTÍ

6

Enero 8-1895

Sr. Serafín Sánchez

Serafín querido:

En el momento de sentarme a escribirle largamente con Charlie, a quien con todos mis recados enviaba a Vd., para que volviese enseguida, recibo el telegrama de Raimundo,—lo espero, o lo encontraré en el camino,—y Charlie sigue en esa vía su camino preparatorio.—Nada escribo.—Hablaré con Raimundo.

Su

J. MARTÍ

7

A GUALTERIO GARCÍA

Hotel Pomeroy  
Broadway. Columbus Plaza  
New York

Enero 8 de 1895

Sr. Gualterio García

Gualterio muy querido:

Al vuelo del ferrocarril tengo que escribirle esta carta que al fin va a darle el empleo que deseaba, en parte al menos. Sólo en Vd. puedo fiarme. solo en Vd., para el trabajo de estos próximos quince días; ya Vd. sabe como trabajo yo,—de noche y de día: sólo Vd. me acompaña

bien: por la pena de arrancarlo de su casa no le tengo a mi lado desde hace mucho tiempo; ahora me es imposible prescindir de Vd.: primero quiero que me haga un encargo discreto en el camino, y enseguida continúa viaje para acá. Lo que hay que hacer es esto: el día mismo en que reciba Vd. un telegrama mío que diga: *Venga*, póngase, sin falta alguna, en camino,—y deténgase en Jacksonville, donde le tendré, en manos de A. Morales, en *Duval House*, el dinero para seguir hasta acá, y el servicio que quiero confiarle en el camino a aquí. Este telegrama mío puede irle el jueves o el viernes, y ha de salir el mismo día. Si no está Morales en *Duval House*, espérelo, y tome un cuarto en la casa.—Acá hay frío, y no se lo oculto, pero estaremos en un rincón de campo, con Tomás Estrada, donde estuvo Bernardo Figueredo.—Y escribiré por todo lo que he callado este año. Al volver, sólo Vd. podría llevar lo que tengo que confiarle.

Deseo mandar a lugar importante una comisión de empeño, y a nadie de aquí quiero usar. ¿Está ahí Noy? ¿Está Francisco José Díaz?<sup>2</sup> Noy no debiera ir. Si, como creo, Francisco está ahí, mándemelo por la misma vía. Pero él no seguirá hasta Nueva York. Morales, no el que Vds. conocen, le dará la comisión y el dinero. Pero no salgan de la misma estación, si salen juntos. Ahí de todo se hace un mundo. y no conviene excitar la imaginación antes de tiempo.

Adiós, pues. Y hasta de aquí a una semana, porque espero mandarlo a buscar enseguida. No le mando dinero para ir a Jacksonville, por no llamar la atención.

¿Me perdonarán en su casa? Merezco que me perdonen,—lo merezco, por lo que quiero,—por lo que lo quiero a Vd.

Su

MARTÍ

8

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

[Enero, 1895]

Sr. General Máximo Gómez

Mi muy querido General:

Escribirle es muy poco y me es imposible. Sofoco la indignación; pero me ahoga. La cobardía, y acaso la maldad, de López Queralta,<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Se refiere al coronel Francisco Díaz Silveira.

<sup>3</sup> Coronel Fernando López Queralta.

escogido por Serafín Sánchez para guiar su expedición, entregó nuestro plan entero:<sup>4</sup> nuestros tres barcos rápidos, salidos a la vez, para llegar casi a un mismo tiempo, con armas para 400 hombres. Acaso se salvará el cargamento. Pero hemos salvado más: la disciplina y el respeto de la Isla, asombrada de este esfuerzo,—y el cariño de las emigraciones, encendido con esta villanía patente.—Ahora, a otras formas. Se nos espera,—y será. Yo no miro a lo deshecho, sino a lo que hay que hacer.—Velo por la salvación del cargo,—doy a Cuba, en una rápida gira por la Florida, prueba del temple renovado de la emigración, y vuelo—con el virtuoso Mayía—a ver a Vd. De viva voz le hubiera explicado un mensajero el increíble suceso,—la increíble e indudable entrega: Pero aún no está seguro el valiente joven, y no debe enseñarse por Nueva York.

En cuanto a lo nuestro, el rumbo varía, y la hora: no la situación feliz, más firme por la prueba visible de nuestro esfuerzo.—Sé lo que hallaré en Vd. Abraza a su casa y quiera a su

JOSÉ MARTÍ

Volveré a ver a mi buen Pancho.

9

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Enero 17 [1895]

Amigo queridísimo:

No emplearé palabra innecesaria para las amargas noticias que tengo que comunicarle; y que el cable habrá en parte anticipado, así como mi última carta a Ud.: y sustituiré el lamento inútil con la declaración de que renuevo inmediatamente por distinto rumbo, la labor que la cobardía de un hombre ha asesinado. Ante todo, déjeme declarar a U., y en U., a todos nuestros amigos, de todas partes,—que es mi primer pensamiento el de redimir a la isla de toda obligación de sujetar sus movimientos a los que de afuera no han de cesar, y han de rematarse con fortuna, mas sin el derecho de impedir que el país surja por sí, y sin la traba de esta espera, si juiciosamente cree que en condiciones de

<sup>4</sup> Se refiere al fracaso de su plan revolucionario expuesto y acordado en cartas anteriores y conocido por el *Plan de Fernandina*.

éxito, o de mantenimiento por un plazo ya más dilatado, puede surgir sin nuestra conjunción. Ese es mi primer pensamiento. Ayudar, sí. Oprimir, o encabezar a la fuerza, no. Lo que yo creo, luego lo diré aquí mismo. Pero antes sepa esa decisión fundamental.

Junto a Aguas Verdes y el enviado de Gómez,<sup>5</sup> mis muy nobles compañeros en esta gran tristeza, he visto desvanecerse la ocasión inmediata compuesta con tanta felicidad, y en condiciones tales, que aun al desaparecer contribuye a unir más a todos nuestros mantenedores. aumenta el respeto público, y deja vivas todas nuestras fuerzas, sin más daño real, fuera de la pérdida reparable, que el de haber de postergar nuestra conjunción con la isla, mientras se salva la distancia y el tiempo que no admiten reducción, y el de sujetar acaso ahí, si así se cree prudente, toda la labor preparada, hasta mi anuncio que puede estar muy cercano, si llego a fin en el rumbo a que inmediatamente me echo,—o puede tardar más, tardar meses,—y no más,—si el primer rumbo falla.

Cuanto el cable ha debido decirles es cierto, aunque en tan pocas manos estaba la labor, grande como era, que aún no pueden ni acaso podrán, sino insinuar que fuese nuestra, lo que no intento esconder, ni debe esconderse, porque el menor provecho que puede sacarse de esta desventura es el respeto y la fe que en el país ha de infundir la magnitud del esfuerzo intentado, y sólo revelado por nosotros mismos. Tres vapores, con cargo amplio, y excelente, iban a caer a la vez sobre la isla. Al salir el primero, se echan sobre él, y se pierde la quinta parte del armamento total, cuyo resto parece hasta hoy salvado. La salvación de los vapores era imposible, y desde principios de diciembre viví en agonía, porque al haber de confiarme a un coronel cubano escogido por un grupo de expedicionarios para conducirlos, se negó; ya en los días mismos de salir, de hacerlo en las condiciones aceptadas por las cabezas de los demás grupos, aseguró por su honor que podría proporcionarme para su grupo un barco en condiciones preferibles, y después de saber que no lo podía conseguir, y de haber revelado a pesar de eso su objeto; me obligó a ir en persona, usando de un nombre que no estaba autorizado a usar, a la misma oficina donde con ese nombre había contratado felizmente mi agente un vapor, cuyo hecho ya sabía el coronel antes de hacerme ir y sólo me advirtió al final de la conversación. Desde ese instante; corrió el aviso a los dueños, lo que aún se hubiera podido burlar, e iba burlado; pero el mismo coronel, depositario de una parte de las armas, compradas desde hace más de un año para estar pronto

<sup>5</sup> El enviado era José Ma. Rodríguez.

a cualquier sorpresa, las envió al ferrocarril, de donde debían ir por larga distancia en nuestros vagones a nuestro almacén y nuestro muelle,—las envió digo, manifestadas como *artículos militares*, y con las cajas de cápsulas descubiertas, a pesar de mi instrucción expresa, lo que forzó a variar de vehículo, con once días de pérdida, y el riesgo de la publicidad de la llegada a muelle ajeno, que aun se pudo acallar, pero ahora pudiera servir, y está sirviendo de argumento, contra la devolución de las armas. Y aun eso se habría podido vencer si, a pesar de no conocer detalle alguno de toda la combinación, más personas que el agente, leal hasta el sacrificio, y yo, de una parte, y de otra el coronel y el corredor a quien reveló y me llevó a revelar el objeto después de saber que no se podía obtener, no se hubiese enviado de New York denuncia expresa de la salida—de los únicos barcos que ellos conocían, y no del tercero que conocíamos sólo el agente y yo—en los momentos precisos para que se sorprendiese el barco con el cargo y hombres. La serenidad de un joven fiel y valeroso, aún más que las demás medidas por mí tomadas, salvó el primer peligro del registro; y con sus personas, el escándalo y prisión tan poco útiles, como hoy nos es beneficioso el respeto inspirado por nuestra discreción y sigilo. Eso pasó. Ahora, a lo que ha de remediarlo. Observe y recuerde sólo, y haga entender, mi cuidado vehemente por evitar a la isla todo riesgo y engaño hasta que de nuestra parte la labor de arrancada no estuviese segura.

En vez de deplorar la demora inevitable de la labor de Uds. ahí—demora que pedía, ya decidido, en su última carta, por *uno o dos meses*, el elemento culto de *Cuba*—importa ahora mismo fijar las condiciones en que hemos de continuar esta labor.—Desvanecida hoy la posibilidad de conjunción inmediata que teníamos meditada, lo que me obliga enseguida a un viaje de consulta y a nuevas vías y esfuerzo nuevo, no debo ponerme en el camino de mi país—y al hablar de mí sólo hablo de las fuerzas que represento—ni debo subordinar el país a mi deseo punible de sofocarlo hasta estallar con él. Expresamente declaro que esta conjunción, que inmediatamente restableceré, ya en un plazo corto, relativamente,—o en otro más largo—no puede efectuarse hoy, por el tiempo forzoso para su renuevo, por rápido que sea. Y declaro también, que sin un día de pérdida, y sin haber perdido un solo respeto y ayuda, emprendo la nueva labor. Si el país cree, por lo que está en manos de Ud., que puede empezar sin aguardar, con probabilidades de éxito, sin esperanza de la dirección militar súbita, tal como la desea, hasta que no se ajusten los medios nuevos en que ya estoy, cumpla el país su

voluntad que mi puesto, no es mandar sino servir. Si el país cree que debe aguardar, apagando todos los fuegos visibles, a la conjunción que promuevo,—sin pérdida de una sola ayuda—y con la precisión y rapidez de que en el movimiento frustrado tiene la prueba,—aguarde seguro de que lo sirvo, y le servimos todos, con la mayor rapidez humana,—y de que sin dilación alguna le diría inmediatamente la verdad si por desdicha que no es de esperarse, no pudiéramos ahora servirlo. Yo ato en haz aún más fuerte las emigraciones conmovidas y cariñosas, más cariñosas hoy que nunca,—aliento con esa demostración visible la confianza de la Isla, vuelo con *José María Rodríguez*, el más virtuoso de los compañeros, y con el leal e impaciente *A. Verdes*, a ver a *Gómez*, y luego, y enseguida, a las nuevas formas,—y antes deseo, y debo, saber la decisión de Uds. Si aguardan,—acallen y fien. Mi opinión personal es que jamás debe *Occidente*, jamás, empezar sin connivencia previa de *Oriente*, y alguna sólida conexión en *las Villas*, cuyo consejo indispensablemente habrían Uds. de demandar. No teman desmayo, ni esperas injustas. Andaremos como la luz. Aguardarían y sabrían pronto.

Aquí debo terminar, porque ya he dicho lo esencial. Ya ven Gener y M en qué angustias vivía y a qué obligaciones imprevistas tenía que atender cuando no podía responder, ni a veces recibir sus cartas,—y serán justos—Ud. verá de ahí la llaga en que he vivido. Sólo un barco, amigo, llevaba 200 hs.—Veamos al frente. Aguarda ansioso su respuesta, más confiado que nunca en su juicio.

Su

M

10

A JOSÉ DOLORES POYO

[Enero, 1895]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo amigo:

Va esa nota, que creo útil, y para lo que ruego cite enseguida a los Presidentes. Saquemos provecho del respeto de que hemos dado muestras. A mí, acá, en cuanto toco, eso me ha aumentado en vez de quitarme fuerzas. Dígame algo a vuelta de correo. Cable lo necesario. Yo lo cubro. Y quiera un poco, y quiera Clarita, a su

MARTÍ

11

A TOMÁS ESTRADA PALMA

[Enero, 1895]

Mi amigo querido:

He venido enfermo, de dolor y horror más que de la responsabilidad y del trabajo. Mañana necesito tomar diversas resoluciones, y requiero su consejo en conversación privada con Mayía.<sup>6</sup> Es cosa tan urgente y grave que me atrevo a pedirle, que, si puede, me acompañe mañana sábado a New York por el tren de las ocho. En el tren hablaremos mejor. Quiera a su

J. MARTÍ

Viernes.

12

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, enero 19 de 1895

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

Desde la casa amiga, donde sólo aguardo la decisión del gobierno sobre nuestro cargamento para recomenzar inmediatamente, y sin pérdida de ayuda ni respeto, nuestra campaña, le escribo, con más fe que pesar, para darle rápida cuenta de la contrariedad que, de mano de un cobarde, ha venido a pararnos el brazo.—Increíble parece que pensamiento tan feliz, con tan pocas manos en él, y servido por gente singularmente virtuosa,—que el pensamiento de llevar a la vez tres vapores a Cuba, con armas para 400 hombres y abundantes pertrechos,—haya venido a encallar—asesinado desde las primeras horas de su realización, en la entrega indirecta,—o directa,—que hizo de él el Coronel Fernando López, sólo usado por mí en el momento indispensable, por ser el guía electo por el Jefe de uno de los tres grupos expedicionarios. Al anunciarle,—en ins-

<sup>6</sup> José María Rodríguez.

tantes en que rebosaba ira por no haber podido lograr para sí la comisión de la última compra de armas,—que le estaba cerca la hora del servicio, en las mismas condiciones en que lo iba a prestar yo, y lo aceptaban los demás grupos expedicionarios, desistió de servir en condiciones que “lo obligarían a quedarse en Cuba, o a no poder volver a los Estados Unidos”, me afirmó que él podría para su expedición obtener un vapor cuyo capitán conociese y sancionase el objeto de la expedición, me protestó que lo iba a hacer con absoluta seguridad lo que había hecho ya para Marco Aurelio Soto, con las mismas personas, y a pesar de mi repugnancia expresa a tratar por mí mismo sin necesidad, una contrata que no me parecía ni precisa ni hacendera, me obligó a ir al día siguiente en plena luz, a una oficina de corredores de reputación dudosa, de los cuales sabía yo antes de hacerme ir, que no podía obtener el vapor,—a los cuales había revelado sin autorización el nombre supuesto con que ya tenía hechas yo dos contratas felices,—de los cuales sabía yo, antes de hacerme ir, que el nombre que les daba era el que había contratado ya dos barcos, que es cosa aquí de uso,—y a los cuales había revelado desde el primer instante el objeto de la contrata,—todo lo cual calló durante la conversación, que me dijo sería en lugar muy privado con persona del mayor respeto, y resultó ser una oficina escandalosa con un corredor vulgar.—Esto, amigo mío, pasaba en los primeros días de diciembre, ya con dos vapores contratados, tripulados y provistos,—y Vds. allá,—y otras cosas en otras partes,—y toda la Isla andando y ansiosa,—y yo entregado por un jefe de la expedición desde antes de arrancar de New York. Aun así, por la habilidad demostrada y el respeto personal del agente que me representaba, se hubiese podido componer, y se tenía compuesta, la salida feliz, alternando el orden de los barcos, y tomando otras medidas rápidas; pero cuando se tenía en el ferrocarril vagón propio para llevar por rieles propios a nuestro almacén y a nuestro muelle el cargamento, Queraltó envió al ferrocarril la parte de cargamento que estaba desde hacía más de un año en su poder, cuando lo de las Villas —la expedición que él había de guiar,—envió—digo—el cargamento, manifestado como *artículos militares*, y con las cajas de cápsulas descubiertas, lo que hubiera causado escándalo inmediato, y ya lo causaba, y la negativa del ferrocarril a llevarlos sin declaración verdadera e imprudente: y hubo que recogerlo, como se hizo, con singular prisa y fortuna, perder el sigilo de nuestro vagón y su viaje de tres días, y enviarlo, con gran demora, y cierta publicidad inevitable, por una línea de vapores, a su muelle extraño. Aun así, ya iba cargado el vapor *Lagonda*, enca-

minado a Centro América, y estaba al salir, cuando el Departamento de Hacienda de Washington,—en virtud de una carta de New York a él dirigida en 10 de enero denunciando el objeto de los dos únicos barcos que en New York conocían,—ordenó la detención y registro del vapor.

Un joven muy valeroso, de quien ya había hablado a Vd., salvó esta situación, y lo que hubiera podido venir de no salvarla, con feliz rapidez.—Pero, aunque el cargo embargado en los almacenes debe salvarse,—según aparece hasta hoy por la opinión misma del Fiscal del Gobierno—la hora está perdida, perdida la ocasión de conjunción con la Isla ansiosa, perdida la combinación que en modo alguno podía España sospechar, como me lo prueba la carta del General Calleja al Cónsul de Jamaica que tengo original ante mí, y en la que se ve que su vigilancia es mísera, y ciega, y mucho menor de la que imaginamos, y muy insuficiente e incapaz. Perdido el viaje triple del *Lagonda*, *Amadis* y el *Baracoa*, cada cual escogido para el mayor objeto que a cada cual fuese posible.—Pero no se ha perdido, por fortuna, el respeto al cubano. La magnitud de la empresa, sobre la cual ni Vd. ni yo perderemos tiempo de hombres en lamentarnos, parece haber pasmado a los cubanos más mezquinos e incrédulos,—y en este mismo inútil New York, donde todo lo vivo y eficaz me ha ayudado y me volverá a ayudar amorosamente, me ha costado trabajo reprimir una reunión pública, de verdadero y positivo entusiasmo, casi encabezada por los más murmuradores, para demostrarnos su fe e iniciar nuevos esfuerzos.—Se hará.—No veamos a lo pasado. Vd. tendrá un momento de pena, y sonreirá. ¿O me he engañado en ese pecho de hermano?

Apenas puedo,—si he de alcanzar el correo de hoy, por donde devuelvo a Corona, que no está aquí seguro, mientras dure la reclamación que empieza ahora a promover el Ministro español—decir a Vd. mi inmediato pensamiento, para que enseguida me lo conteste, si he de recibirlo antes de un viaje mío que durará un mes, y del cual bien puede ser que no vuelva. He dicho la verdad a Cuba: no los debo sujetar: si pueden y quieren, sin esperar a la conjunción nueva que ya preparo, empiecen, inseguros de la conjunción inmediata, aunque siempre seguros de mí, y de este modo de amar al país que Vd. me ve: si quieren esperar a la conjunción nueva, hay para ésta dos plazos,—uno corto, y lo vamos a buscar, por si todos,—en vista de una situación madura, y *atendida adentro*, que solo pide *dirección y empuje*,—por si todos, digo, tienen el mismo ánimo que Vd. y yo mismo, y nuestros mejores compañeros. Y entonces es cosa breve: yo siempre podré enviarle \$2,000 de acá para que

allá se busquen, propio, porque se puede,—un *velero* que los lleve:—y *armas*. Vd. me dirá,—porque para 25 ó 30 podían ir así,—si caso necesario pueden ir consignadas como mercancías según Vd. me había dicho, y sólo yo aquí sé.—¡Ah! Dígame que piensa así, pues es en verdad todo lo necesario, y no se necesita en verdad nada más,—y con la majestad de ese ejemplo, y en mi conciencia la fuerza de él, salimos *Mayía* y yo,—después de haber asegurado yo el cariño mayor de las emigraciones,—a que por todas partes se haga lo mismo. ¿No es ésta la hora? ¿No es éste su corazón? ¿Necesito hablar? ¿Necesito escribir lo que Vd. lee sin que se lo escriba? ¿No es Vd. hombre capaz de verdadera grandeza? ¿Tibieza alguna, flojedad alguna, vacilación alguna, nos aflojaran la mano, nos harán perder la falta de que las cabezas lleguen a tiempo—la obra que hemos necesitado en el país, la disciplina y fe que muestra *en esta obra nuestra, como es*, y no en parte un hombre de ella, sino en toda ella, y el respeto grande que ya se ve que ganaremos por la magnitud, que<sup>7</sup> . . . . .

13

## A ALEJANDRO GONZÁLEZ

New York, enero 19 de 1895

Sr. Alejandro González

Alejandro muy querido:

Sin tiempo en este instante. Ya a Jamaica le escribiré. Sólo le digo que la maldad o torpeza que sabrá han hecho imposible la labor que intentamos, que de la mayor dificultad creo haber salido con el menor mal, y respeto mayor de los emigrados y de nuestra tierra. No yo, nuestras cosas. Podremos. Entro en otros rumbos. Volveré a su casa. Que Emelina me quiera y me perdone. Y creará mal si cree que tiene razón para un ápice de abatimiento este amigo que lo quiere tan de veras. Era obra grande, y grande la juzgan, y nos la respetan.

A otra enseguida. En mi alma no hay muerte.

Su

J. MARTÍ

<sup>7</sup> Incompleto en el original.

## A JOSÉ DOLORES POYO

[Enero, 1895]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Tengo la casa llena de gente, y les robo un instante para ponerle estas líneas. Hoy recibí su cablegrama oportuno, en respuesta al mío. Espero impacientísimo, de hoy a mañana, noticias directas de Cuba por el cable, que enseguida le diré. Yo, por mí, lo veo todo claro. Cuba nos espera, y no puede esperar mucho tiempo. Uno de los objetos de este alzamiento, objeto que nuestra prudencia en gran parte ha frustrado, era dar causa a las persecuciones. Si estuviéramos en Cuba, como debíamos y podíamos ya estar, habría coincidido nuestra llegada y la decisión del Gobierno. Yo sé lo que he de hacer. Así no podemos tener al país. Pero, ¿y el tiempo? Ahora necesito encauzar afuera y en Cuba la situación y recabar otra vez formal promesa de acción inmediata, y sujetar la situación difícilísima de la Isla, mientras va la acción. Demoras y encarceos ahora son verdaderos crímenes. Yo, en lo mío, conforme a lo ajustado, no necesito más que días. Esperemos las noticias directas. Cablearé a Gómez en apoyo o atenuación de la extraordinaria y justa urgencia de mi carta. Resolveré enseguida. Y Vd. sabe que no pierde días ni piensa en sí, ni vive más que para su patria, su amigo

J. MARTÍ

## A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[Enero, 1895]

Amigo muy querido:

Aguardo ansioso,—recibo la de Vd. del 21,—varias, extrañas y revueltas, de Gener,—y un telegrama en que me anuncia que Vd. está de acuerdo con proposiciones irrealizables, y de las cuales aún no le acuso recibo. Para él, Vd. no debe recibir carta mía por este vapor. Yo le escribiré, después de recibir la respuesta de Vd. a mi carta anterior, de

modo que no tenga más razón de queja que la inevitable de no enviarle un dinero que no puede tener ese empleo. Por ahora—obligado a velar por la salvación del cargo, y porque quedemos en condiciones de libre acción aquí—lo cual parece logrado,—sólo aguardo eso, y su carta. Hay mucho que vencer, y sólo hablándole podía Vd. saber cuánto ha sido, cuánto es aún, a cuánta exigencia innecesaria o peligrosa he tenido que acceder, yo—que accedo tan poco a lo injusto, y sólo acato lo inevitable, y doy lo menor por la mayor.—Ya, en este instante estaría haciendo, porque se puede, lo que por otras razones no puedo hacer. Venga su carta. A Gener ¿cómo hacer lo que pide—hacerlo árbitro y dueño, y \$3,500 más?—no tema, que haré lo que debo. Y me da además, consejo innecesario, como si no hubiese podido alcanzar que cada cual ha tenido, por lo menos, pretensiones tan peregrinas como las suyas. A Vd. no le habrá ocurrido confundir el plan estorbado con ninguna pueril empresa de bisoños, que allá se denunció; de oficio—y por los tentáculos de Gener—y sólo era cubierta, abandonada en la realidad, de la idea mayor. Me enoja hablarle a medias. Si pudiese resolver por mí, ya le estaría diciendo. No puedo, en la nueva situación, y hay mar por medio. Si aguardan, todo marche al rescoldo: yo volaré, de un modo u otro.

La dirección nueva—sólo para ella tengo tiempo—es: *S. Dressner* *treientos cuarenta y nueve oeste, calle cuarenta y seis*—y en el sobre interior, ponga para *María*. ¿Qué le rogaré que Vd. no vea por sí, y con su supremo juicio anticipe? ¿Que aquiete y encamine, que tenga a los del *Camagüey* en constante idea de la actividad corriente, a *Guillermo*<sup>8</sup> y a *Masó*<sup>9</sup> en *Oriente*, si deciden esperar? Como en mí propio,—y más que en mí—en Vd. su hermano,

M

<sup>8</sup> Guillermo Moncada.<sup>9</sup> Bartolomé Masó.

**DE *PATRIA*, NUEVA YORK**

**26 DE ENERO DE 1895**

**UNOS CUBANOS Y OTROS**

## UNOS CUBANOS Y OTROS

Los hay que se cruzan de brazos ante el deshonor y la ruina, y aun se sientan con ellos a la mesa, por lo gustoso de vivir, antes que salir por lo áspero del mundo a buscar remedio a la ruina y al deshonor. A los unos la patria los llamará siempre: cómplices. A los otros los llamará siempre: padres. ¿Qué importa la tristeza de sus vidas, ni la soledad de sus tumbas? Hágase la levadura, aunque no se sepa quién va a comer el pan que se alce con ella. De la semilla, oscura y triunfante, se renueva y se mantiene el mundo.—Leíamos ahora un libro real, y de él sacamos estos renglones útiles:

“No somos nosotros de aquellos que temen la libre investigación: y sinceramente creemos que es nuestra fe más elevada que la suya, porque nuestra fe, creyendo más cuerdo y viril luchar con las dificultades que evitarlas, se satisface con batallar y padecer, sin duda alguna sobre el resultado final del combate, y contenta sin embargo de arriesgarlo todo en el servicio de la verdad”.

**ENERO / 1895**

- 1. A TOMAS ESTRADA PALMA**
- 2. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ**
- 3. A SERAFIN SÁNCHEZ**
- 4. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ**

## A TOMÁS ESTRADA PALMA

Enero 26/95

Mi amigo muy querido:

Tal parecía,—como fin a esta tristeza de ahora, y ocasión de empezar por otros caminos,—que hoy hubiera podido irlo a ver, en vísperas de nuevo viaje; pero no es así aún. Ayer recibí telegrama anunciando la devolución del cargamento, pero, a la vez, el telegrama se refería a una extraña e injusta reclamación del dueño del Amadís,—con el objeto probable de imposibilitarme, en interés ajeno,—sacándome a luz, para futuras labores. En eso estamos.

Mi ánimo está como Vd. dice, y ya tendría resuelta una vía nueva, si contáramos de la otra parte con la decisión y firmeza con que no contamos. En todo haré lo que Vd. espera de mí.

Contrariedad grande me es no poder ir a pagarle en persona la inspiradora simpatía de Vd. que nunca he sentido tan noble ni tan cercana como hoy. Del alma se la pago. Hace bien en acompañar con sus buenos pensamientos

a su

MARTÍ

## A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

Enero 28 de 1895

Sr. Juan Gualberto Gómez

Mi amigo excelente:

¿Qué hacer?—Salvado ya aquí cuanto pude esperar salvar, y salvé,  
—¿qué hacer, sino aguardar ansioso la carta que de Vd. espero, en

respuesta a la mía en que les expuse la situación actual, y lo que en ella podemos y debemos hacer? Muy inquieto espero. Sin esa base, andaría al garete. Con ella sigo seguro. No me toca aconsejarles, porque parecería interesado y deseoso de que no se pusiese mano inicial mientras la obra que represento no la pueda poner,—ni debo, en un ápice, engañarlos. No menos de lo que es, ni más. Así, aguardo. Pero no estimularé un sacrificio que por falta de autoridad, o de concierto, o de tiempo, pudiera ser nulo, o menor de lo que debe ser. Y culpable en que lo hubiese consentido u ordenado antes de su oportunidad. Relean mi carta: hoy es cuando la escribí.

A Gener le escribo hoy largamente. Me hierven las indicaciones, pero todas las acalla el temor de parecer que quiero influir sobre una u otra determinación de Vds. Adiós ahora.

Su

M

3

A SERAFÍN SÁNCHEZ

Enero 29 [1895]

Sr. Serafín Sánchez

Serafín muy querido:

Ya ve el cable que hoy le puse. Algo habrá hecho. Sé nuestra alma de hoy, y cuanto puede surgir de ella, pero estoy atado, y para lo que se ha de hacer *enseguida*,—*decisivo y esencial*,—las pequeñeces más cercanas, ya que lo grande no anda siempre a mano, me son más que indispensables.—Debo tener dentro de tres días en el puño lo preciso para, de un golpe inmediato de la cabeza, echarlo todo a movimiento.—No lo veré ahora. No puede ser. Placer menos; pero el tiempo vuela. Lo que yo iba a hacer, se hará. Siento alrededor cariño justo. Ande yo por donde ande, Vds. enseñense compactos y háganse oír del país. Si quieren reponer lo perdido, repónganlo, que es justo, y harto se recobró.—Pero ni eso es tan interesante como lo que voy a hacer.—Y para eso, necesito tener cuanto pueda en el puño.—Cuba, disciplinada, y con más fe. Las emigraciones por acá, mejor que nunca. Si nada pudo enviar hasta el recibo de esta carta, aice en la noche cuantos cientos pueda, y por la

noche avise el giro, el viernes mismo por la noche, o sábado, al rayar, a G. de Quesada,—349 W. 46 St.—El sábado antes de las doce necesito tenerlo todo:—cuenta los trámites aquí.—Ya le escribo más: ahora no. ¿Y todos? ¿Y Poyo querido? ¿Y Raimundo?

Su

J. MARTÍ

4

A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[Enero 29 de 1895]

Amigo muy querido:

Esta es sólo muestra de mi ansiedad, muy grande hoy, puesto que por razón de prudencia justa, no he recibido por la antigua dirección la respuesta que ha de ser base de mis inmediatos movimientos, ya harto retardados: y temo ya con causa, por no haberle ido la dirección nueva hasta mi anterior, que si Vd. no se ha ingeniado, como aún espero, para hacerme llegar su respuesta por otra vía, no pueda venir a mí antes del sábado, en que me es indispensable salir, fuera del alcance de Vds., a un viaje del que creo no tener necesidad de volver por estos rumbos. Esto hará inevitable la comunicación por cable, inmediata, que aquí le propongo, a fin de saber yo, antes de salir, a qué atenerme, y arreglar a la de Vd. mi acción y la de los demás. No hay que pensar mucho sobre las cosas que sólo tienen una salida, y hoy pensamos *José María Rodríguez* y yo lo mismo que largamente escribí a Vd. Dejándolo todo escalonado detrás de mí a fin de que por una u otra vía lleguen a Vds.—a Vd.,—las noticias de lo que por nuestra parte sea dable hacer, y siempre con el respeto y vigilancia por Vd. que he demostrado,—es imprescindible mi ausencia inmediata para los nuevos acuerdos, acaso de muy rápida realización—o de realización un poco más lejana, si por desdicha la más breve hallase obstáculos que aún hoy no se prevén. De aquí, nada puedo resolver—ni moverme, dada la reciente alarma.—No se es solc ni se lo puede ser, en las cosas de un pueblo,—ni estamos a lo que haría yo, sino a lo que los demás desean, y a cómo los demás desean hacer. De todos modos, sea cualquiera la resolución de Vds.—esperar o no—tendré que hacer el viaje, porque en ambos casos por ahí he de

seguir. Medite, pues, en que—para obedecer a la principal necesidad, la de la premura;—no puedo prorrogar mi viaje, que es el sábado—día en que acaso a tiempo recibirá Vd. esta carta. Vd. por supuesto—no sabrá aún a derechas qué decirme, y no podrá haberse comunicado con *Oriente*—pero si ve que *esperar*, en las condiciones en mi carta explicadas, es posible o indispensable, aunque no sea grato, y decide recomendarlo así, telegrafieme entonces la palabra *venda* a la misma dirección nueva que le di, y así podré irme más tranquilo, y con mayor firmeza.

A *Gener* le escribo hoy, y aquí adjunto a Vd. nota que le pueda enseñar. Desearía tener fuera de su conocimiento la fecha y dirección exacta de mi viaje. De tal modo dejaré atados los detalles y anuncios que no tenga Vd. que temer, por mi inadvertencia o descuido, choque alguno ni importunidad.

Termino, muy inquieto con la idea de no recibir a tiempo noticias de Vd. Inquieto, pero lleno de fuego, y de fe sensata en la cercanía y posibilidad de nuestra obra, por sobre los muchos obstáculos que se le oponen, muchos de ellos por mí vadeados en silencio, y que hasta han sido menores que nuestra capacidad para salvarlos. Lleno de fuego,—y de cariño para Vd.

M

## ORDEN DE ALZAMIENTO<sup>10</sup>

<sup>10</sup> De acuerdo con estas instrucciones y autorización, Juan Gualberto Gómez fijó el 24 de febrero para el alzamiento, comunicándolo así a Nueva York en un cable con las palabras convenidas: *Aceptados giros*.

## ORDEN DE ALZAMIENTO

AL CIUDADANO JUAN GUALBERTO GÓMEZ, Y EN EL  
A TODOS LOS GRUPOS DE OCCIDENTE

En vista de la situación propicia y ordenada de los elementos revolucionarios de Cuba,—de la demanda perentoria de algunos de ellos, y el aviso reiterado de peligro de la mayoría de ellos,—y de las medidas tomadas por el exterior para su concurrencia inmediata y ayuda suficiente:—y luego de pesar los detalles todos de la situación, a fin de no provocar por una parte con esperanzas engañosas o ánimo débil una rebelión que después fuera abandonada o mal servida, ni contribuir por la otra con resoluciones tardías a la explosión desordenada de la rebelión inevitable,—los que suscriben, en representación el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expresos del General en Jefe electo, General Máximo Gómez, para acordar y comunicar en su nombre desde New York todas las medidas necesarias, de cuyo poder y autoridad da fe el Comandante Enrique Collazo, que también suscribe,—acuerdan comunicar a Vd. las resoluciones siguientes:

I.—Se autoriza el alzamiento simultáneo, o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena, no antes, del mes de febrero.

II.—Se considera peligroso, y de ningún modo recomendable, todo alzamiento en Occidente que no se efectúe a la vez que los de Oriente, y con los mayores acuerdos posibles en Camagüey y las Villas.

III.—Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos, y la ayuda continua e incansable del exterior, de que los firmantes son actores o testigos, y de que con su honor dan fe, en la cer-

tidumbre de que la emigración entusiasta y compacta tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir a que la guerra sea activa y breve.

Actuando desde este instante en acuerdo con estas resoluciones, tomadas en virtud de las demandas expresas y urgentes de la Isla, del conocimiento de las condiciones revolucionarias de adentro y fuera del país, y de la determinación de no consentir engaño o ilusión en medidas a que ha de presidir la más desinteresada vigilancia por las vidas de nuestros compatriotas y la oportunidad de su sacrificio, firmamos reunidos estas resoluciones en New York, a 29 de enero de 1895.

En nombre del Gral. Gómez  
JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ

El Delegado del P.R.C.  
JOSÉ MARTÍ

ENRIQUE COLLAZO

ENERO / 1895

- 1-2. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
3. A FERNANDO FIGUEREDO
4. A JOSÉ DOLORES POYO
5. A SERAFÍN SÁNCHEZ
6. A TOMÁS ESTRADA PALMA
7. A PAULINA Y RUPERTO PEDROSO
8. A PEDRO GÓMEZ
9. A EDUARDO H. GATO
10. AL GENERAL ANTONIO MACEO
11. A SERAFÍN SÁNCHEZ
12. A JOSÉ C. PONS Y NARANJO

## A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[New York, 29 de enero, 1895]

Sr. Juan Gualberto Gómez

Amigo queridísimo:

Esta carta es muy breve. La suya por S. me pone en camino. De la hacienda de *William* le irán los \$400. Yo todo lo acelero, venzo lo imposible, y digo toda la verdad en la carta que habrá ya recibido, o recibirá Vd. a mano. Creo haber hallado la fórmula salvadora. Antes no es en lo humano posible ni ver a los deudores. ¿Qué más rapidez? ¿No se extenderá hasta este cariño la prórroga, necesaria además ahí para el concurso de los demás accionistas? Reitero solemnemente y conmigo los peritos, mi cláusula segunda. A *Gener*, escribo anunciándole más actividad, en vista de esclarecimiento de la situación, y mi ausencia y vuelta: —nada *absolutamente* de las cláusulas. Vd. está excusado para obrar a su hora. R.<sup>11</sup> le firmó la carta conmigo,—y ahora ¿no está contento de mí? ¿Cree que dejaré jamás abandonada la casa? Cultíveme mucho al Marqués:<sup>12</sup> halague su persona. Hágale ver que su parte nos es esencialísima, y que se tiene toda fe en ella.—De Vd. no espero, no por Dios, imprevisión, ni esperanzas fantásticas. Va lo pedido, pero en condiciones viables y honradas. Eso, se hace. Antes, no se puede en lo humano hacer. No se podía, y puedo. Vénzase alguna alma brava que nos deba ese breve sacrificio. Para algo muy urgente, como avisar de ella después —yo no estaré aquí, ni ésta será mi vía,—dirijase a Q.<sup>13</sup> mi hijo espiritual, en la forma que di a Vd., que es la suya. Reitérele además la dirección por telégrafo a que debe dirigir un parte que acaso podré enviarle

<sup>11</sup> José María Rodríguez.<sup>12</sup> El Marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt.<sup>13</sup> Gonzalo de Quesada.

aún por el 15 o poco después, que aún será confirmación total y dirá—*Tell Smith*. O si surge, contra todo lo real y esperable, algún gravísimo caso, será sólo la segunda palabra. Creo bien omitir cartas por ahora. Para los \$400, si hay demora, que no habrá, diga a *William A. Verdes* se va conmigo.

¿Lo veré? ¿Volveré a escribirle? Me siento tan ligado a Vd. que callo. Conquistaremos toda la justicia.

Caso de pérdida, sepa que las cartas autorizan la compra en la segunda mitad y no recomiendan comprar unas acciones solamente, porque así no sale el negocio, sino la mayoría. Envíe a Q. lo necesario por S.

M

2

The Palace  
Havana

[Enero 29, 1895]

Estimado amigo:

Le envío adjuntas once invitaciones firmadas,<sup>14</sup> y en blanco, para que Vd. tenga la bondad de que las llenen en su oficina, porque no me queda tiempo para hacerlo aquí.

Siempre suyo,

JOSÉ MARTÍ

3

A FERNANDO FIGUEREDO<sup>15</sup>

[Nueva York, enero 29, 1895]

Fernando queridísimo:

Vd. no necesita de palabras: por segundos estoy contando mis instantes: mudo de rumbo, porque no se me da tiempo para más: Gonzalo

<sup>14</sup> Se refiere, al parecer, a once papeles firmados y en blanco, remitidos a Juan Gualberto Gómez para que éste copiara la Orden de Alzamiento y la enviara a los demás Jefes del movimiento.

<sup>15</sup> Al embarcar Martí para reunirse con Máximo Gómez, Gonzalo de Quesada y Aróstegui salió para la Florida con la doble misión—que cumplió íntegramente—de llevar hasta Cayo Hucso la orden de levantamiento dirigida a Juan Gualberto Gómez, en la Habana, y la de recolectar unos \$2,000 para los gastos de viaje de Martí y Gómez desde Santo Domingo a Cuba. Dicha cantidad fue girada, de acuerdo con lo convenido, al Dr. Ulpiano Dellundé en Cabo Haitiano.

va en mi lugar, y lleva dos objetos: que con su visita se apriete ahí nuestro corazón, y hable y obre de modo que en Cuba enseguida se sepa y resuene,—y que lo que voy a hacer no falle,—lo supremo que voy a hacer—por la pequeñez porque suelen a veces quedar deshechas las obras más grandes.—A la ida, sobre todo, Gonzalo estará un solo día. Rodémelo, y véale qué bella alma.—Ya a la ida debe salir de ahí con gran parte vencida. A la vuelta conversará más con Vd.,—y verá cómo por acá hemos vivido siempre en el culto y ternura de su casa, y hacemos por ser dignos de ella. ¿He caído de ella, porque no escribo, porque sangro, porque no me dejo aturdir ni abatir, porque tallo en la roca y en la mar mi caballo nuevo, cuando me desensillan de una puñalada el caballo? Vamos muy bien; pero no me le quiten, en lo que voy a hacer, fuerza a la mano.—Adiós, y a la casa querida,

Su

JOSÉ MARTÍ

4

A JOSÉ DOLORES POYO

[Enero 30, 1895]

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

Gonzalo de Quesada es mi carta. Yo iba a ir, pero nuestra tierra no lo quiere. A toda prisa tengo que echar por otros rumbos. ¿A qué va Gonzalo? A que retumbe en Cuba, después del esfuerzo que he ido salvando de una inicua entrega, la nueva declaración de nuestra fe; a que todos en Cuba, o fuera de ella, digan alto a Cuba cómo piensan hoy, y si están más juntos que ayer para servirla o no; a que, si así lo entiende el alma pública, y nace así de ella reparar de una brazada lo perdido, me ayude a arremeter de nuevo, enseguida; por tarde no se me espera. ¿Cejar yo ni aturdirme, cuando hay tanta desdicha que remediar, y tanta virtud? Caerá lo podrido, y perdurará y cuidará lo virtuoso. Somos bastantes. Gonzalo, más noble cada día; y limpio ya, a pesar de sus años jóvenes, de las tentaciones que a hombres de menos grandeza natural hubieran podido afearle el carácter, me ha dado siempre,

y hoy más que nunca, en estos días de deber y de honor, pruebas de las más raras virtudes, modestia, lealtad, entusiasmo, desinterés, abnegación. Quiéralo sin miedo, y con las dos alas del corazón, como él lo quiere a Vd. Es un placer amar. Júntense, y que se oiga en Cuba.

De mí, le dirá Gonzalo. No me dejen caer la mano. ¿Hasta cuándo, amigo? Del mar le mando una carta oficial. Hay la pena de que Clarita nunca me diese por fin una taza de café, y el orgullo de que hombre como Vd. me quiera tanto. Ahora Vd., a Gonzalo y a Cuba. Que se oiga bien en Cuba. Que nos vean la vida.

Todo es suyo y de la casa,

JOSÉ MARTÍ

5

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[30 enero 1895]

Sr. Serafin Sánchez

Serafin muy querido:

Con Gonzalo va mi alma, que es mi trabajo. El le dirá las cosas que quemarían el papel; él mis fatigas; él mis dolores; él,—y esto sólo a Vd. y Roloff, Poyo y Teodoro, y Gato y Loynaz—que he emprendido nueva ruta. Cuba no puede aguardar más. Voy de un aliento. Vuelvo enseguida. ¡Y cuán fácil, y seguro, iba a ser lo de Vd.! Y volverá a serlo.—Por ahora, a lo de ahora.—Gonzalo lleva dos objetos. Uno es que en los días que pase ahí, que muy pocos pueden ser, se le reúna la emigración convencida de hoy, y dé prueba hablada y escrita, y acaso de obra:—¡ojalá que inmediata!—de la fe que la anima, y sé bien que la anima, después de la salvación poco menos que milagrosa, si no hubiera sido muy premeditada en mis angustias, de lo más de la empresa, que va Vd. a saber bien ahora cómo se interrumpió. Y otro objeto, cuya urgencia ni a Vd. ni a Teodoro, que pueden ayudarlo—(caso de fallo popular, no temible en cosa menor)—quiero ocultar. Para lo que voy a hacer, requiero por cable inmediata y corta ayuda.—A Gato nobilísimo, ni una palabra más le he de decir: ¿qué más de lo que ha hecho?: pero

quiero que conozca a Gonzalo, y vea de cerca con qué almas contamos.—Que sería desdicha grande, que no espero, el dejar de tener a tiempo lo que del viaje de Gonzalo requiero,—que se trata de algo sumo, que demanda desde el primer instante hecho total visible, y no admite espera,—debo decirlo, para que de un modo u otro, se haga lo que no puede dejarse de hacer.

Y dos cosas más.

A la Habana han de ir, aparte de eso, o combinado con eso, \$400 para Juan Gualberto. Se los aviso. Para eso, antes de la labor repentina que me muda el plan,—pedí lo de la lotería, y colecta. Sé en lo que estamos, y ha de ir. Con Gonzalo vea eso, que creo podrá ser de lo que Vd. ya haya cobrado, y un poco más de la lotería.

Lo otro, ya a esta carta estará hecho:—el recado que preví por cable.

Acabo. Pero no mi ánimo. Ni hay por qué. Y si cejara, me vería en Vd. y me reanimaría.

Vamos a puerto. Quiérame más, y Pepa. Y a todo con mi muy noble Gonzalo.

Su

J. M.

6

A TOMÁS ESTRADA PALMA

Enero 30 [1895]

Mi amigo nobilísimo:

Me voy sin su abrazo: Y no le debo escribir. Noticias terminantes de anoche compelen mi salida ahora mismo a Santo Domingo. Con virtud y la ayuda que de una semana a 12 días se me enviará—Gonzalo sale hoy a la Florida—todo es posible—y todo está en razón. ¿Volveré? Ni lo deseo ni lo espero. El honor de haber sido amado por Vd. me alentará y confortará en las horas cercanas del sacrificio.

Besa la mano a Veva y a sus hijitos, su

JOSÉ MARTÍ

7

## A PAULINA Y RUPERTO PEDROSO

[Enero 30, 1895]

Paulina y Ruperto Pedroso

Paulina y Ruperto:

Allá les va otro hermano, y Vds. saben que yo sólo llamo así a quien tiene ancho y puro el corazón. Sólo horas estará en Tampa, la primera vez; mímenlo. Estamos en horas de mucha grandeza y dificultad, y él va a un servicio glorioso. ¿No leen ahí los cubanos en mi silencio? ¿No se les salta la mano a ayudar lo que ya ven?

A Gonzalo quiéranmelo mucho; él tiene alma de pobre. Y si para cumplir con la obligación que lleva, llega, lo que no creo probable, a tener que pedir a Vds. al fin, el sacrificio grande que tantas veces me han ofrecido—¡háganlo, cueste lo que cueste! Sin eso podría toda nuestra obra venirse abajo, por falta del calor de sus manos.—Yo, Vds. lo saben, estoy levantando la Patria a manos puras. Ni a Paulina ni a Ruperto los recuerdo nunca sin que sienta como una sonrisa el corazón.

Si es preciso, háganlo todo, den la casa. No me pregunten. Un hombre como yo, no habla sin razón este lenguaje. Quiéranme a Gonzalo. Díganme si no ven todo el fuego de Cuba en sus ojos.

Su

JOSÉ MARTÍ

8

## A PEDRO GÓMEZ

[Enero 30, 1895]

Don Pedro querido:

Ya, antes de que Gonzalo de Quesada le presente esta carta, se habrá puesto Vd. a seguirlo, con sus ojos de padre, y a bendecirlo, lo mismo que a mí. Lo merezco, y él también. Pero si Gonzalo le presenta esta carta, es que el sacrificio ofrecido por Vd., que quisiera evitar, se ha de aceptar por hoy, a reserva de tomarlo luego yo o alguien, como su obligación personal: se ha de aceptar hoy, y enseguida, para ponernos

en condición de salvar con él una situación que si no se atiende a tiempo puede causar, por falta de enlace oportuno, la pérdida o demora mortal, de la labor que ve Vd. tan adelantada. ¡Qué grave no será mi deber, y el caso, cuando le pido al santo viejo que empeñe para su patria el techo que lo cubre! ¡cuando se lo pido yo! Honra quien pide: es que cree en la virtud de aquel a quien pide.

Adiós, y crea que lo quiere con orgullo, y más si me quiere bien a Gonzalo.

Su

JOSÉ MARTÍ

9

## A EDUARDO H. GATO

[Enero, 1895]

Sr. E. H. Gato

Mi amigo muy querido:

Vacilo al escribirle. Necesitado de todo, al emprender veloz un nuevo rumbo, no quiero que el saludo que le hago con el alma pueda ser tenido por Ud.,—por muy apremiante y solemne que sea nuestra situación hoy,—como modo disimulado de pesar más sobre un hombre cuya nobleza y fe en mí, quedan ya para siempre en mis entrañas. Pero Gonzalo de Quesada va al Cayo,—por mí va,—a que los cubanos lo rodeen y enseñen a Cuba, con ocasión de él, su corazón actual,—y a hacer porque—en la campaña suprema a que me pongo hoy en camino,—no me falte la pequeñez porque suelen fallar las obras más seguras. Otras, las hace fallar la cobardía o la infamia: y se convierte en triunfo la derrota. Este amigo de Ud. sólo acaba a los pies de Cuba.

Entiéndame, pues. Lo amo, y quiero que Gonzalo lo conozca. No quiero abusar de Ud. Y quiero, sí, que Ud. también vea y estime de cerca a un joven que es como hijo íntimo mío, más que el mío propio, porque más me acompaña y ayuda, en mi afán porque Cuba sea al fin tierra de honor,—a este noble Gonzalo de Quesada, que como Ud., a la hora de servir con su fortuna, sólo cuenta las necesidades de la patria. Muéstremele cariño, que él no es tortuoso ni hipócrita, y sabe bien por mí qué clase de alma es la de Ud.

Jamás se entibiará el afecto que tiene a Ud.

JOSÉ MARTÍ

10

AL GENERAL ANTONIO MACEO

New York, 31 de enero, 1895

Sr. General Antonio Maceo

Mi amigo muy querido:

Llegan cartas tales de Cuba, que—sea cualquiera la labor que aquí interrumpa—salgo con Mayía, lleno de brío, y justa fe, para Santo Domingo.

Ni un minuto tengo. Sale el vapor y salgo. De allá recibirá un cable mío por New York, de Barranco, diciendo acaso,—y espero que se lo enviaré—*remito*. Eso quiere decir que, si ha aceptado mi pensamiento, el único hoy posible, y el que yo mismo realizo, debe ponerse a él, porque con ese mismo cablegrama entenderán aquí que deben enviar a Vd. o alzar al punto si no los tienen,—y es gente que lo hace—los \$2000 que estimo posibles para la empresa. Salgo. Bien ve Vd. a lo que vamos. La Isla salta, y aún aguarda un poco. Acá, soberbio espíritu, y hoy mejor. Sólo falta llegar. Después queda cargo *comprado* ya y amplio parque para tres expediciones. Esto he hecho. ¿Qué no hará Vd.? ¿Qué no le ayudaré a hacer, afuera o adentro?

Me buscan ya. Decirle más es lastimarlo. Mucho lo estima y quiere, y a María.

Su

JOSÉ MARTÍ

A Flor digo lo mismo, para que le abra el camino por su parte, sin pérdida de tiempo.

11

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Enero 31, 1895]

Sr. Serafín Sánchez

Mi amigo Serafín:

Adiós. En el primer vapor, salgo, con su carta y encargo, con buenas noticias de Calixto,—y malas de Costa Rica, (Flor y Antonio, en peleas)—y mucho hecho acá en estos días, y en Sur América, para mi vuelta.

No he alzado la cabeza desde que llegué, y me voy justamente contento. A Pepa inolvidable, al puro Raimundo, toda mi amistad. Y a la señora de Rogelio. A él, que he visto, y quiero ya, a Porfirio Varona. Adiós otra vez; ya le charlo a la vuelta. A ver si traigo juntos todos los hilos. He cubierto de buenas comisiones la Isla.

Su

J. MARTÍ

Teodoro tiene la orden hasta \$150.—Cariños a Roloff.

12

A JOSÉ C. PONS Y NARANJO

New York, enero 31 de 1895

Agente General Luis:<sup>16</sup>

Al fin felicito a Vd. por la fundación de la Agencia General Revolucionaria en esa ciudad. Vuestra obra de organización ha quedado perfecta de San Antonio a Maisí.

¡Cuánto trabaja Vd... cuánto aún nos queda por hacer!

Cuándo será el día que le pueda abrazar en la patria libre y feliz... qué día más venturoso ¿no es verdad?

La libertad viene hacia nosotros, la veo, la palpo... La sangre vertida en el 68 fertilizó los corazones e hizo surgir nuevos caracteres... Vd. era un descreído y sin embargo hoy cree y es uno de los mejores servidores del ideal.

Adiós, hasta la otra que será... enseguida.

Le abraza,

JOSÉ MARTÍ

<sup>16</sup> Nombre que usaba el patriota José C. Pons y Naranjo para su labor revolucionaria.

**FEBRERO / 1895**

1. A JUAN GUALBERTO GÓMEZ
- 2-3. A GONZALO DE QUESADA
4. A LA TESORERA DEL CLUB "HIJAS DE HATUEY"
- 5-6. A GONZALO DE QUESADA
7. A JOSÉ DOLORES POYO
8. A TOMÁS ESTRADA PALMA
9. A SERAFÍN SÁNCHEZ
10. AL GENERAL ANTONIO MACEO
11. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
12. AL PRESIDENTE DEL CLUB "10 DE OCTUBRE"

## A JUAN GUALBERTO GÓMEZ

[Febrero de 1895]

Sr. Juan Gualberto Gómez

Amigo queridísimo:

Prisa extraordinaria y todo en curso, sin más que la agonía natural y ninguna razón para alterar lo dicho. Sobre la noticia al C.<sup>17</sup> habrá recibido ruego por K.W.<sup>18</sup> de suspenderla.

Sólo se ha de mandar a S. C.<sup>19</sup> y nada más que a él. El ruego era para escribir: ya lo hago. Ahora acaso lo mejor, salvando la tentativa *inútil y dañosa* por ir de la H.<sup>20</sup> (mido lo que digo y sé) sería evitar la lastimadura de enviar de espuela nueva a persona de afuera de ellos, sea quien sea,—y enviar sólo a S. C. la parte de instrucciones, de tal modo que se muestre en la comunicación la mayor cordialidad de la H. y la mayor fe en el juicio y vigor para los negocios de los socios de allá y de su comarca, a fin de quitar el pretexto que se quiere usar hoy de que—si se resistieran al negocio, sería porque de la H. o de afuera, se les quiere imponer. Suavice y vaya lejos. Quite ese pretexto. Y el envío, por carta, seguro. Más barato, menos escandaloso y no sale de ahí A., que por ahí, por V. va a tener él qué hacer.—Cuidado con que la advertencia salga, allí o afuera, de las cabezas principales. De lo que me piden, faltó lo que, por cable y a mano, tenía para Vds., aunque ya advertí que nada más podría. Es mucha la vileza humana, más que la virtud. Pero creo poder llegar a tiempo. Creo hacerlo, aunque me

17 Camagüey.

18 Key West.

19 Salvador Cisneros Betancourt.

20 La Habana.

ahogan. Mi prisa es de trabajo útil. De L. nada me dicen. Cuidado, y con D. de M.<sup>21</sup> Recibí su alarmante del 8. Ya estará tranquilo. Por la dirección vieja fue carta el 4, y muy larga la de las instrucciones. Por si acaso, repítolas mañana si no me llega noticia de que recibió la del 4, que indica que recibiría las posteriores.

M.

2

## A GONZALO DE QUESADA

Febrero/95

Mi Gonzalo querido:

¿Y su adorable Angelina, y su fina Aurora, y mi noble amiga Lucianita, que es de la raza superior que saca en salvo de la vida el entusiasmo, y mi Doctor sincero y hospitalario? Hicieron bien en darme casa en aquellos crudos días, porque he quedado esclavo de ella. ¿Y dónde, sino allí, se me hubiera podido calmar la ansiedad? Va veloz el vapor, sin duda a nueva agonía mía, que harlo sé y temo; pero amo, siento, dulcemente, el bálsamo de aquella amistad. Ver pena es bueno, porque nos hace creer, y nos aviva la capacidad de consolarla. Pero ¿quién me hubiese aliviado la mía con tanta delicadeza como Vds.? De lo verdadero se habla poco: yo callo, acaricio desde aquí esas manos generosas, les pido que a la hora del cariño me busquen con los ojos a su alrededor, como si debiera estar yo allí, y más cerca a la hora de la pena,—y acá, en la corta y severa familia de mi alma, pongo del lado del tesoro esta nueva obligación.—Véanme siempre andando por la casa querida, y quíeranme siempre, de cerca o de lejos, que de la amistad impalpable es la fuerza, y contra el mundo sutil del desamor;—en la pelea invisible en que va revuelta nuestra vida,—hay que ir levantando fortalezas de cariño. Creo en el poder de las almas, y en el empuje que de lejos da el brazo mi pensamiento cariñoso,—y en la esterilidad del corazón abandonado. Miren a lo que tengo que vencer,—y enséñenle mi nombre a Aurora. ¿No me sienten en la casa, apegado, presente, resuelto a no irme? Si vuelvo, para nuevas luchas, recíbanme con una sonrisa. Si no vuelvo, será la hora de enseñar a la niña a que junte sus manecitas para que vuelva a los cobardes el valor, y junte yo a los hombres en la paciencia y la piedad.

<sup>21</sup> Matanzas.

Ahora nosotros, mi hijo Gonzalo. Pero no de nuestro cariño. Silencioso es mejor. Toco en Fortune Island, y quiero dejarle estas líneas.

Mañana a Cap Haitien. De allí en bote a Montecristi. De allí, acaso a caballo, a lo que haya que hacer, que yo sé lo que es pero tal vez sea menos de lo debido y posible, o más lento y diverso.—O de frente,—o con pensamiento nuevo, y sin que se me apague la luz vuelvo a realizarlo. ¿A qué minuciosidades, e instrucciones nulas, a tanta distancia? Todo está en mi mente como cuando salí. Fío en que a la Habana pudieron ir los \$400,—y que entre Fraga, D. Tomás, Castillo y su padre y Emilio, o quien usted piense, se habrá cubierto la transacción del *Amadis*—que Rubens habrá obviado cualquier dificultad con Borden, o Vds. atendido como se pueda a libertar y recobrar el cargo.—Benjamín lo habrá recibido, y acaso puesto en las manos que dijimos, o totalmente fuera de más noticia que la nuestra, que es tal vez lo mejor, aunque no es de ahí por cierto de donde fue especificada la noticia exacta de las 146<sup>22</sup> enviadas al Pennsylvania.—Eso es lo principal. Lo demás, ayudado del sagaz consejo y mano rápida de Benjamín, ya V. lo tendrá en cauce. Dé sobre lo hecho. El periódico es la vida. No deje caer los hilos levantados. Dos notas hay que acentuar incesantemente en *Patria*,—el convite continuo a los españoles,—y lo que importa aún más que esto, la declaración continua de que,—sea cualquiera la aspereza cariñosa con que el deber superior de la unidad cubana haya denunciado en el instante necesario la condescendencia excesiva, y la inútil timidez,—jamás sea osado nadie a creer que pueda haber mañana en la hora del esfuerzo común, el menor recelo, la menor censura, la menor lejanía, la menor reminiscencia de amargura, la menor arrogancia fratricida de prioridad de parte de los cubanos confesos de la revolución con los cubanos tácitos,—con los autonomistas. Desechen ese temor, que nunca,—honradamente,—tuvo el más preocupado, ni pudo tener. Echese del falso miedo a quien lo finja, y por él ponga obstáculo a venir de lleno a nuestra acción, con la cubierta del temor de hallarse en ella con enemigos: Enemigos, sólo de la soberbia incapaz, de las preocupaciones inconvenientes y destructivas, de la acumulación sorda y funesta de las vanidades codiciosas e infecundas, de la escisión y apartamiento imprudentes entre los factores inevitables, y amalgamables, de la sociedad cubana. De eso, sin ira contra las personas, ni pelea sino con esos vicios sociales, todo cubano constructor ha de ser enemigo. ¡Pero a tierra, de un revés,

<sup>22</sup> Una abreviatura ininteligible, pero que parece ser de "cajas".

la desvergüenza, urdida en la sombra, de que esta revolución, toda amor y cemento, toda previsión y piedad, aborrezca o rechace o vea con desdén a los que aún ayer se llamaban cubanos autonomistas! Y esa nota, un día y otro,—con fe en nuestra obra,—dando recio al soslayo contra aquellos defectos destructivos, pero de modo que resplandezca el cariño. —Y póngalo de manera que se sepa que ese fue siempre, y es ahora, mi modo de pensar. Vd. hallará modo pintoresco y ferviente de decirlo. —Por ahí no se nos espera, y ese argumento se va a hacer.—Hay que asomar por ahí, antes de que aparezca el argumento.—De eso, mucho a la Habana. Que vean que eso es esencia; y prédica constante, de nuestra doctrina.

De lo demás, Gonzalo, sólo esto: Vd. me habrá mandado cuanto haya podido. Yo lo empleo, o me vuelvo con ello, y el alma atravesada, o acaso contenta, a algo inmediato,—o dejo esto aquí,—y vuelo, desnudo, a abrir otra rama. Aún no tengo qué decirle. Por si eso último ha de ser, y es lo que preveo, téngamelo encendido todo,—vea la fiesta ahí, —organicen en Filadelfia otra—que Navarro, ofrecido, no haya de tropezar con el ofrecimiento anterior de Agramonte: pero eso, si puede ser cosa mayor: si no, aplacémoslo, por si he de alzar otra vez al mundo, en el caso de la vuelta.—Y de métodos, calle. No dé vueltas excesivas en la mente a cosas que se traslucen siempre, cuando la preocupación de ellas es demasiado constante. Créame. Sólo consigo mismo piense. Y haga, en eso de detalles, como si nada hubiera que hacer. De todos modos, depende de lo futuro. Hasta aquí he escrito, y ya la cabeza se me niega. He escrito con dolor. Vamos bien; pero yo ¿cómo estaré bien? Las adjuntas a J. G. G.<sup>28</sup> la suya,—y a J. C. la de Gener, con sobre a Mr. R. Truffin, cubriendo el de J.,—y el de afuera a Mon. R. Truffin & Co., Obrapía 32, Habana. Cables a Anido.—Cartas, la misma a dos, Anido en Sto. Domingo y Dellundé en Cap Haitien.

Adiós, Gonzalo. Adiós a la casa. Y de Vd., aún siento en mí el calor de sus abrazos.

Su

J. MARTÍ

3

Febrero 6/95

Gonzalo muy querido:

¿Y mi abrazo, por ese cablegrama de ayer? Sale ahora mismo la goleta que nos lleva a Montecristi. Están cobrando sus \$2,000. Ya lo veo y lo oigo. ¿Qué no habrá sido aquello! Ahora amaré V. a Cuba más, y le conocerá más las raíces. Lo demás, será como esto. Supongo el rescoldado aún mayor: para todo habrá inmediato empleo: si de mi vuelta ahí dependiera el que no se pusiese obstáculo para empezar, volvería. Yo soy la yerba de mi tierra, a que me muerda y me pise. Y sepa esto: *todo lo necesario para hacer en cualquier forma, en una u otra forma,—lo que debemos y podemos hacer,—lo llevo hecho, completo, para ahora y para luego, al llegar a Montecristi.* Esta es buena carta, y tengo que acabar. ¿Quién me quiere? ¿Quién hace el chocolate? ¿Quién es mi hijo bueno y magno?

Un abrazo a la casa de su

M.

4

A LA TESORERA DEL CLUB  
"HIJAS DE HATUEY"

Santiago [de los Caballeros], 17 febrero, 1895

Tesorerera del Club "Hijas de Hatuey"

Distinguida compatriota:

Por esta nota autoriza la Delegación el pago de ciento treinta y nueve pesos, veinte centavos, americanos, que para servicios locales e inmediatos hizo ese Club.

Saluda a Vd. con especial consideración

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

<sup>28</sup> Juan Gualberto Gómez.

5

## A GONZALO DE QUESADA

[Santo Domingo] La Vega, 18 de febrero de 1895

Sr. Gonzalo de Quesada  
 Secretario de la Delegación  
 349 W. 46th. St., New York

Mi amigo muy querido:

Con comisión especial, y sólo fiable a hombres de su mérito, va a esa ciudad, a concertar detalles con Tesorería, nuestro noble amigo el Sr. Eleuterio Hatton. El merece nuestra mayor estimación, y yo ruego a Vd. que en todo se la muestre, en lo oficial y en lo privado. Pocos hombres hay de su generosidad y reserva.

Saluda a V. muy afectuosamente

El Delegado  
 JOSÉ MARTÍ

6

Santiago de los Caballeros,  
 19 Febrero, 1895.

Mi Gonzalo querido:

Montamos a caballo en Montecristi el 11 de este mes, por caminos y a jornadas que no nos permitieron escribir por el *New York*: pero ahora, de vuelta a Montecristi, y con el corazón ya más ligero, nos detenemos unas cuantas horas en Santiago, para escribirles por Puerto Plata, y seguir viaje. Lo primero, y lo mayor, es esto: por error de concepto, imposible desarraigar, prefiriendo la *sucesión* en los dos golpes a la *conjunción* de ellos, que preferiría yo, podía peligrar nuestra obra, o demorarse, si por irresolución, o temor, o consecuencia de ese error de concepto, demora la Isla; pero, a esta hora ya, y vadeadas desde aquí en todo lo posible las dificultades de la distancia, y de las formas necesarias para la confianza plena del interior, y del sigilo acá, no parece que,—si encaja bien, como espero, la remesa ahí pedida por cable,—deba haber aquí dificultad ni tardanza. Compuesto ya a esta fecha lo nece-

sario a este fin,—y por dos lados, contra el caso improbable de fallo en uno,—volvemos a Montecristi, a aguardar de Vds. y de Cuba. Acaso yo, para despistar,—sin miramiento por mi cuerpo,—me eche al camino otra vez, luego de asegurado lo que pende aún, para una visita a la capital: cinco días a caballo. Si no, escribiré tendido en Montecristi, que será lo mejor, para dejar afuera bien abiertos los caminos por donde deben vaciarse, fáciles y crecientes, los recursos, y el modo de emplearlos con seguridad periódica, cuyo servicio queda ya casi enteramente organizado. De aquí, eso es la sustancia. ¿Y de allá?

Le hablaré de los cablegramas. El del miércoles 13: *Ready etc.*, en respuesta al mío. El encargo, sólo llegó a mis manos en Santiago el domingo por la mañana, cuando yo, muy ansioso, me preparaba, a pesar de los riesgos del paso, a pedirles acuse de recibo: pero como en ese cablegrama me pedían en la 4ª palabra, o me pareció que me pedían, *instrucciones*, que yo había dejado en 2º cable de Montecristi para aligerar el 1º, creí que, por cualquier causa indescifrable—por esto que de aquí sin denuncia no podemos usar el telégrafo interior—no habían puesto a Vds. el 2º cablegrama, y decidí repetirlo: luego, por carta de Montecristi, vi que el cable de Vds. estaba allí desde el miércoles; y que probablemente ya habían recibido, cuando la respuesta *Ready etc.* llegó a mí, el 2º cablegrama *Mausoleum P etc.* Ahora ¿hallaré en Montecristi de Vds. el anuncio de la entrega? Lo anhele. Ayer martes pudo salir de New York el *Clyde*. Así se anda, como Vds. han andado. El que no falla, convida y obliga a los demás a no fallar. Acá, no he hallado obstáculos, sino cariño, buena suma aún salvada, y voluntad y facilidad: hallaría obstáculo invencible, que por tanto no promuevo, en la idea, a mi juicio no desatendible, y esencial tal vez, de confluir lo nuestro con lo de adentro; pero no lo hallo, de ninguna especie visible, en irlo agrupando todo, de modo que esté a punto de caer sobre la isla alzada. Y acá es todo difícil, porque cada paso crece y resuena: un comisionado importantísimo, que sale hoy a Cuba, no ha podido ir sin que por escrito lo diga así el General Gómez al gobernador, antes de que éste le concediese el pasaporte. Ayer fue un día hermoso, de buenas almas. Volví a abrazar a Mayía,<sup>24</sup> que no cesa, ni permite. Trabajamos bien, valió el viaje las 10 leguas de ida, y las de vuelta. Llegará allá el eco, con la visita—no muy inmediata—de un hombre bueno, de un eje. Y ayer fue cuando recibí el cablegrama de Vd. sobre Julio:<sup>25</sup> ¡con qué deseos espero

<sup>24</sup> General José María Rodríguez.

<sup>25</sup> Julio Sanguily.

carta de Vd.! He capeado, con la verdad como siempre, la dificultad que el cablegrama denuncia: respondí ya: *Resisbless etc.: (Return commissioner assuring brother command reserved him)*. Aquí incluyo carta a J. G.<sup>26</sup> Otras han ido por otras vías. Ese caso estaba previsto. Vd. habrá mandado a Julio mis dos cartas, las que escribí por el camino a la venida. Prudencia sin desaire, con sincero propósito de confianza plena al fin. Vds. por esa vía, nada concreto. Ni a nadie: a J. G.—si se sigue escribiendo (como que eso va escrito)—la indicación general, que encierra la realidad, y no la revele. Para Juan recibirá Vd. el otro cablegrama: *Tell Smith*.

Lo de Maceo,<sup>27</sup> sólo por cartas, cuando V. me cuente lo del magno viaje a la Florida, lo podré atender. Lo que el cable dice, es imposible e innecesario. No haya pena. Este es tiempo virtuoso, y hay que fundirse en él. Luego caerán sobre mí las venganzas. Bueno. El comerciante en poder compra del dinero público las simpatías venideras que lo deban encumbrar. Mi poder, invencible y humilde, no necesita de compras. Mientras más lo ofendan, mejor florecerá. Está en desdeñar la autoridad mundana, en echármela al hombro cuando da sudor de muerte, en salir de ella huyendo, a vivir de mi pan, y a que me den Vds. un domingo de comer, entre Angelina y Aurora. Vea quien puede quitarme este título, sino el faltar a la obligación de hoy por ambiciones de mañana. Ya Vd. sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento: si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña, implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira; y en tener en Vd. un hijo. ¿Quién me quitará, en la pelea rabiosa de los hombres, ese tierno remanso? En esto como en todo, Gonzalo, estaremos a lo inevitable, cuando esto sea útil al país, y se nos pudiera acusar de quitarle un brazo bueno por el valor de un higo: pero no seremos aturcidos ni precipitados.

¿Qué más, que le interese? No pasa hora sin que hablemos de Vd. y de Benjamín, de Tomás Estrada<sup>28</sup> y de la casa de Carmita.<sup>29</sup> Acá todo

<sup>26</sup> Juan Gualberto Gómez.

<sup>27</sup> Antonio Maceo.

<sup>28</sup> Tomás Estrada Palma.

<sup>29</sup> Carmen Mantilla.

es contento y fe en Vda. ¿Y *Patria*? ¿Y las reuniones de N. York y Filadelfia? ¿Y el concierto? De todo, grande y pequeño, me traeré el *Clyde*. Yo, andando por los caminos, siento a veces que llevo más floja la brida en las manos: y es que me acuerdo de aquel último instante que vi pena de cosa mía en el rostro de Angelina, y calló Aurora en su hombro, como amorosa y sobrecogida, y le vi aún más nobleza al alma recta y entusiasta de Lucianita, y toda su amistad al corazón bueno del Doctor. No me lastime a Angelina, ni con una flor. Es raro en el mundo, y entre las mujeres de este mundo, hallar en tan pocos años, cualidades venerables. ¿La volveré a ver? Vamos de frente y acaso no vuelva; pero siento alrededor de mí su presencia benévola y pura.

Adiós ahora. Perdone, en nuestras cosas, cualquier falta ajena. Haga y perdone. Hacer, es el único modo eficaz de responder. Sólo empujan el ejemplo y el éxito. Vallas a la picardía, y magnífico silencio a los pícaros. Y a los arrepentidos, paz lenta y decorosa: ni la arrogancia del vencedor, ni la confianza sólo debida, en justicia y prudencia, a aquéllos que no tienen culpa grave y voluntaria de qué arrepentirse. Por la piedad inmoderada suele entrar, en los hombres y en los pueblos, la desdicha.

Adiós de veras. Esta carta va de sermón porque un zapatero, que está disimulando unas suelas, me da media hora de respiro: y con Vd. se me pone el alma charlatana. ¿Toma Angelina su vino Delaroché? ¿Aurora pasea? ¿Dejé en Lucianita alguna buena memoria? ¿Merezco aún la defensa valiosa, y valerosa, de mi sincero Doctor? A Vd., mi orgullo. Y mi encargo de que en nada se trasluzca mi actividad por estas tierras, o la posible utilidad de ellas. Que crean que vuelvo. Nada ahora para nosotros,—ni decirnos que nos queremos,—porque va mejor sin decir, y porque no es nuestra ahora nuestra persona, y hablar de sí mismo parece un robo. Un gran cariño de

Su

J. MARTÍ

Urge la adjunta a Juan Gualberto Gómez (para el vecino).  
Concepción Román  
Sitios 95

No está de más, por si ha habido algún trastorno, que, si el trastorno ha sido de nuestra parte ahí al embarque, diga que lo que desee significar

con mi 2º cable de Montecristi, repetido en parte desde Santiago luego. fue que las cajas, bien disimuladas, debían marcarse con una P (Poloney) y ser enviadas simplemente, sin necesidad de expresar remitente, o inventándolo, para evitar misterio, a la casa de Klindworth, para Mr. Poloney. El reside en Montecristi, pero las cajas no vienen a Montecristi. La casa sabe. Ojalá no haya habido trastorno. De Santiago no pude decir las señas de Klindworth, por no haberlas yo sabido nunca: las dejé en blanco, la noche de salida de Montecristi, para que al poner el cable las llenase al día siguiente. Lea todo esto a Benjamín, y él le leerá su carta. Allá van súplicas para los dos.

7

A JOSÉ DOLORES POYO

Santiago de los Caballeros, febrero 19 de 1895

Sr. José Dolores Poyo

Poyo querido:

En un hato, justamente contento, sin haber perdido hora, y de vuelta a mi punto de partida, sin causa alguna de queja, y con causa plena de entusiasmo, quiero decirle, al pie del caballo, en este retazo de papel, la gratitud indecible de cubano y de amigo con que leí su artículo *Martí*. Parézcale exageración: todos mis dolores estaban bien empleados, por haberte merecido ese juicio, por haberle conmovido así su alma sincera. Mi gusto no es por mí, es por Vd. Déjeme ahora andar por la mar y alejarme de Vd. Nos llegará algún día de paz, de paz pobre y erguida. y entonces sabrá Vd. el orgullo que en Vd. tiene su amigo.

Me hacen acabar. Ya son muchas las veces, en estos pocos días, que el General Gómez y yo lo recordamos. También en él le llegó Vd. a la amistad; y lo recuerda con cariño y respeto.

Será digno de Vd. su amigo

J. MARTÍ

8

A TOMÁS ESTRADA PALMA

Santiago,<sup>80</sup> 19 Feb. [1895]

Sr. Tomás Estrada Palma

Mi amigo querido:

No puedo dejar ir el correo sin escribirle, en el poco papel que me queda, sobre la mesa de mi hato, esto prueba de que voy en su compañía. El viaje ahora es para Montecristi, y parece loggable, y logrado, a pesar de la publicidad y las distancias, cuanto nos era lícito desear. De allá, que sólo nos vengan, mientras los de aquí tienen el alma en camino, voces que les aseguren de que hay alma a la espalda. El nombre de Ud. va y viene sin cesar en nuestros recuerdos de Cuba, ya en labios de Borrero,<sup>81</sup> ya en los del General Gómez, ya en los míos; y siempre es de manera que Ud. tendría placer en que oyese sus hijos. Yo los contaré, cuando sean grandes, si de esta nueva luz salgo con vida. Bajo esta naturaleza hermosa donde hay un hombre verdadero o un niño, habla de Ud. largamente su

MARTÍ

9

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Santiago de los Caballeros] 20 febrero [1895]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Lo más de esta tarde era de Vd., y del asunto especial que nos ocupa; pero por la mañana, luego de larga conversación, preparatoria con la prensa por si urge para ayudar a lo de nuestro Cayo, vi que salía, y despaché, el correo de Costa Rica, por donde se anda muy impaciente, y culpándome ya, y a más que a mí, de demora o desvío, lo cual por cable y carta calmo,—y al entrar en la oficina, supe que salía el no

<sup>80</sup> Santiago de los Caballeros, República Dominicana.<sup>81</sup> Francisco Borrero.

anunciado correo de Santo Domingo, que lleva, en la primera ocasión, la carta de Vd. sobre el plan y emisario, y muy circunstanciada carta mía sobre la situación de confianza,—no mantenible si desmerecemos de ella con promesas no cumplidas, o confusión, o espera injustificada—de que podemos en estos instantes disponer, y las razones, por mí tan meditadas y justificadas por el éxito, y minuciosamente explicadas al General, de no tener ese centro famoso, y en Cuba imposible, de que nunca hasta hoy habíamos hablado, y sí mucho, y como definitivamente, de la inconveniencia de él, y la ventaja de núcleos aislados, o de comarcas a lo menos, donde todo haya ido viniendo a parar, como en las Villas, a sus cabezas naturales,—y en el Camagüey,—y en Oriente, donde de un paso decimos de una vez a todos los obligados lo que se ha de decir, fuera del encabezamiento nato que allí tienen Guillermón, Flor, y, sobre todo, Maceo. En papel no quiero poner más, y temo que resulte alguna confusión—aunque ya pongo mano a evitarla—entre las circulares y comisiones sobre la fecha fija e inmediata que se acaban de enviar, y endosé yo vivamente, y las demoras indefinidas que importaría el esperar a que se levante la Isla, que no se levantará sin nosotros, y está dispuesta a levantarse con nosotros. Ellos, ahora, se levantan por nosotros: por la confianza que les hemos inspirado;—porque hemos aparecido con orden y fuerza en el momento preciso,—por el auxilio que les llevamos. No se levantarán si no les borramos toda duda de dejarlos solos, o llegar tarde y mal, o andar como a ciegas en lo que hacemos. Sería lo de nunca acabar el que ellos esperasen por nosotros, y nosotros por ellos, que nada pueden ni quieren hacer, sino en concierto con nosotros. Todo esto, con cariño y razón, digo al General, disimulando la extrañeza que me causó su carta a Vd., y es menos por entender yo la falta de contacto con el campo en Cuba en que está él por *La Reforma*, y el natural recelo de un hombre real antes de entrar en empresa tan grande. Lo de Carrillo, Roloff y Vd. ahora será, en el ánimo de él, poco menos que decisivo. Ahí no verá el ansia de afuera, sino la de adentro. El Camagüey hablará muy pronto con otra lengua, sobre todo si él lo estimula, a pregunta constante. De Oriente, Maceo se muestra quejoso y aun airado, porque febrero termina y no le llegan detalles,—quejas que calmo,—y no hay por allí, Serafin, día perdido—ni posibilidad humana de mantenernos con crédito si fallamos tras tantas y tan sumisas y disciplinadas esperanzas. Yo, como Vd. ve, no pienso en mí: estoy de animal expiatorio: dependen de mí para datos precisos, que se me autoriza a ofrecer, y enseguida tengo que retirar. Sufro, naturalmente, pero no por mí, que soy

menos que una hoja de árbol, sino por el crédito de nuestra capacidad de guiar y obrar. Costó mucho levantar la fe de pueblo semejante, en tiempo tan corto; pero, como que viene tras tantos engaños, sería cosa de muy poco plazo perderla. Lo nuevo todo de manera que no se decaiga; pero son de cristal situaciones como ésta. Lo peor es que, de fecha en fecha, no puedo darme un salto a Santo Domingo,—y traer los detalles pedidos.—Vd. ve que no puedo: ¿quién recibe? ¿quién envía? ¿quién atiende a novedades como la de Vd.?—No tengo tiempo como ve, para poner hoy la carta a Roloff y a Vd., o a Vd., y otra a Roloff, escrita de manera que no sea una demanda a nadie, ni lo parezca, y puedan Vds. sin embargo basar en ella su demanda. Irá certificada el jueves, a Ibern, y dentro a D. Gómez. Y óigame: urjan, supliquen, obtengan. Pero si no se obtuviese, va lo que me pide, y los dos encargos modernos de que me habla: no sé que haré; pero por mí no ha de quedar.

Eso sí: ¡qué terrible tarea, la de levantar lo que andamos levantando, con nuestro pobre pueblo, castigado con todos los azotes, y la indiferencia, o agresión, de los que pudieran más fácilmente ayudarnos! Y luego: esas vacilaciones, que me quitan, en cosa tan delicada, autoridad moral.

Debo acabar. No pene, pues. Aquí tiene un corazón. Lo veo todo, pero veo aún claro nuestro campo. Jamás, por supuesto, lo vería cegado. Perderíamos esta ocasión; pero la injuria permanente, y nuestro patriotismo, hallarían vías nuevas. Más vale no perderla. Los pueblos se pudren.—Vd. respóndamele a punto al anciano. Yo atajo y espero, y me dispongo a cuanto me pide.

Su

J. M.

10

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Montecristi, 26 de febrero de 1895

Sr. General Antonio Maceo

Al General escribo hoy, aún más que al amigo: la guerra, a que estamos obligados, ha estallado en Cuba. Y a la vez que la noticia de ella, que por obedecer a nuestros anuncios y arreglos nos revela su importancia, y nos llena de solemne deber, recibo de New York la confirmación

de su declaración de Vd.—que a quien le conociese menos que yo parecería un obstáculo, injusto e imprevisto, pero que para mí no lo es. El patriotismo de Vd. que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza,—por nuestra pobreza, bastante para nuestra obligación.

El vapor del Norte sale momentos después de recibidos estos cables, y mi resolución tiene que ser inmediata. Conociendo hombre por hombre la fuente de nuestros recursos, y seguros de que no tendríamos más de lo imprescindible, ni menos,—una vez desviados nuestros vapores, escribí a Vd. a mi acelerada salida de New York, diciéndole que, ajustado con la Isla y a petición de ella el alzamiento— y teniendo presente lo que en Costa Rica vi, y traté con Flor y dije a Vd., sobre los modos de ir,—(puse) a su disposición, la suma de \$2,000 en oro, única que podría ofrecerle, para un plan de salida igual al que lleva al General Gómez y a mí. “Decidido” rogué a Vd. que me pusiera por cable, lo que quería decir que Vd. estaba dispuesto a ir con ese plan; pero el cable me decía a la vez que necesitaba seis mil pesos, suma hoy imposible de allegar. Y hoy, estallada ya la revolución en Cuba, recibo otra vez la noticia de que Vd. considera indispensable, para su salida, la suma de *cinco mil pesos oro*:—suma que no se tiene, siendo así que se tiene en la mano la de dos mil, y está enfrente, ardiendo ya, la revolución en Cuba.

¿Qué hacer en este conflicto? Vd. debe ir, con su alta representación, y los valientes que están con Vd. Pero Vd. me dice una vez y otra, que requiere una suma que no se tiene. Y como la ida de Vd. y de sus compañeros es indispensable, en una cáscara o en un leviatán, y Vd. ya está embarcado, en cuanto le den la cáscara,—y yo tengo de Flor Crombet la seguridad de que, con menos de la suma ofrecida, puede tentarse con éxito la salida de los pocos que de ahí pueden ir en una embarcación propia,—decido que Vd. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí a la expedición, dentro de los recursos posibles porque si él tiene modo de que Vds. puedan arrancar de ahí con la suma que hay, ni Vd. ni yo debemos privar a Cuba del servicio que él puede prestar. Y él pondrá a las órdenes de Vd. la labor que Vd. me reitera que no puede hacer en su San José, sino por una suma hoy imposible,—y que no puede quedarse sin hacer, cuando hay quien la echa sobre sí, por una suma que se tiene, y la pondrá hecha en manos de Vd. Ahora, detalles, abnegación, abandonado de todo, menos de la idea de subir al tren y a la mar, costo de los pocos de San José que deben bajar a la costa, olvido inmediato de las cosas tentadoras de la tierra, para lo cual se requiere más valor que para encararse al enemigo ¿cómo he de proponerme yo

hablar de estas cosas con Vd? ¿A pedirle virtud? ¿A permitir que nadie dude de que la mostrará suprema? ¿A creer que hay en nadie más valor y desinterés que en Vd? Cuba está en guerra, General. Se dice esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para Vd. y lo sé yo. Que Flor, que lo tiene todo a mano, lo arregle todo como pueda. ¿Que de Vd. pudiera venirle el menor entorpecimiento? ¿De Vd. y Cuba en guerra? No me entrará ese veneno en el corazón. Flor tendrá sus modos. Del Norte irán las armas. Ya sólo se necesita encabezar. No vamos a preguntar, sino a responder. El ejército está allá. La dirección puede ir en una uña. Esta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como le decimos a Vd. que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que Vd., ni en el brío del corazón, ni en la magnanimidad y prudencia del carácter. Allá arréglense, pues, y ¡hasta Oriente! Cree conocerlo bien su amigo,

JOSÉ MARTÍ

11

#### A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

[Montecristi] 26 de febrero [1895]

Gonzalo y Benjamín:

Les escribo a la vez si he de alcanzar el vapor de hoy, que ya les lleva mi carta—pálida e inútil—de hace unos tres días. Hoy recibimos el cablegrama de Vds., en que no puedo leer más que estas palabras, que aún resplandecen ante mí: “revolución en Occidente y en Oriente”. Empezamos, pues: ahora a ayudar y rematar la obra. Acá, se está en lo que se debe. Abracémonos en el dintel, y querámonos ahora más que nunca. Lo hemos hecho, y aún me parece sueño. Recio, pues, y sin noche. sobre las mismas líneas: caridad, energía y vigilancia. A lo concreto, de hoy, que el tiempo pasa: ya respondo por cable a las consultas de Vds.: en lo de Maceo, como verán por las cartas adjuntas, consecuencias rectas de mis temores y previsiones, pudiendo hacer Flor lo que Maceo no puede hacer, lo entrego a Flor, a que lo haga, y lo dé hecho a Maceo. Tal vez, —si Benjamín o Vd. no recuerdan bien los cablegramas de Maceo y alguna conversación mía,—les sea confusa aquella parte de mi cablegrama de hoy en que digo: “assuageing cancerous rely if assignment muddle grand topple curb hussy forwardly”, esto es, “arranging cable answer if

arms must go to custom house friend". Este amigo, sépanlo por si reciben la respuesta por cable de Flor, es Julio Lassús, cubano empleado con puesto principal en la Aduana de Puerto Limón,<sup>32</sup> a quien, sin compromiso, en tres cajas a lo más pueden ir 25 equipos iguales a los pedidos para por acá. Por el cablegrama *imposible* entenderá Flor que va el dinero, y se pondrá al trabajo. El comisionado es indispensable, para salvar el dinero, y lo que él significa. Eso está, pues. Y ahora ¿todo lo de allá? Supongo, ansioso, que las armas estarán en poder de Vds., y caso de que no, de lo primero que no tenga inmediato empleo paguen a Borden los \$1,000 que pide, y en conciencia le debemos, o lo menos con que por ahora él se satisfaga. Le escribo unas líneas. Cubiertos por el instante los gastos presentes, sólo otro de momento se podría presentar, que teniendo las armas, y viendo modo de llevarlas en una goleta propia y pequeña a un cayo cercano, tomase allí de una picada los 20 ó 25 hombres útiles que pueden ir con Serafín. Tomás Collazo pudiera ir de capitán, si es ciudadano americano—Collazo entra a decirme que no lo es,— y pienso que acaso no necesite la ciudadanía para serlo: los detalles Vds. los verían. Una goleta de no más de \$1,500 ó \$2,000 puede sin peligro hacer este viaje, y con más seguridad de éxito que otra mayor. Charlie Hernández es indispensable en ese servicio. Esta es la única forma en que se podría prestar el servicio del Cayo; pero ni entrar en él debemos sin anuncio mío previo: baste a Serafín que pensemos ya en él, si en todo es preciso sigilo, en el Cayo, y con ellos, sólo deben saberlo, el mismo Serafín, cuando el boté de la goleta vaya a buscarlos, —o un mensajero a decirle que la goleta está al llegar adonde diga Charlie—y allí, como quienes van a pescar, la abordan. Pero lo que haya para eso, váyase juntando: estúdienlo, y ténganlo compuesto, pero aguarden aviso. En tanto ¿qué les tengo yo que decir? Todo sucede como lo teníamos previsto, y me conmueve, y llena de respeto, ese sacrificio y unanimidad. Todo ha de continuar con esa alma, enérgica y pura. Ya Cuba está encendida. De acá, se hace lo que se debe. El corazón de afuera, Vds. lo conocen, que lo han ayudado a hacer. Dejaremos organizado el servicio amplio—y continuo de socorros—de recursos de guerra, y no de hombres innecesarios; irá a ver a Vds. para esto un hombre del mayor valer: él sacará y hará llegar a Vds. a energía continua, a razonada incesante con nuestros diversos centros, a demanda oportuna en cuanto nuestra llegada acabe de cerrar las bocas y corte las retiradas de una que otra bolsa egoísta, alleguen, *para socorros*

*inmediatos de guerra, y el único gasto imperativo y pequeño de su distribución* cuanto de todas partes, y por el día de trabajo mensual en que insistiré y quedará establecido de seguro se vaya recaudando. Nuestra independencia en solicitar, y el resultado visible de lo hecho sin pedir, hará mayores ahora, después del suceso, y lo que ha de seguir, las contribuciones de reserva. Ya les hablaré después sobre las menudencias: manifiesto a América, cartas a notables, organización menuda, y a muchas fuentes, del recurso continuo, poco de muchos, que es la base de la hacienda. Eso queda hecho. Lo de hoy, pues, es la *moderación* en la primera victoria,—el olvido sincero de toda provocación o diferencia, sin entregar por eso la casa, so capa de amistad repentina; a los que muy pronto, en cuanto no se les colmase el interés, procurarían echarla abajo, decir, día sobre-día, que la guerra es para que españoles y cubanos puedan gozar de la tierra ordenada en paz, y que la revolución, generosa y serena, jamás tratará como enemigo, en el cubano de hoy, al autonomista de ayer,—abrir, sin apresuramiento pernicioso e innecesario, las fuentes de recursos que enseguida hallarán empleo,—y, muy principalmente, mantener reunidas a las emigraciones, *a comunicación continua, valiéndose de cada ocasión*, en la misma alma una, democrática sin lisonja, en que hemos juntado a ricos y a pobres, y que se ha de oponer, y se opondrá de sí misma, si no pierde la fe en nuestro cariño, a los que quieran negociarla o perturbarla. Ya Vds. lo habrán hecho allá, a la santa noticia: se habrán erguido en New York, habrán ido a Filadelfia, se habrán comunicado con la Florida, ¿a qué decirles?: habrán abierto los brazos, pero no habrán soltado las riendas.

De mi gratitud por Vds.—de mi emoción al verlos tan leales y precisos, en cosas que no admiten media alma ni demora,—de mi total confianza en que en Vds. queda, con la mayor suya, toda mi poca utilidad, y podré, gracias a Vds. llevar adentro mi alma de empuje y de cariño, mi fuerza de súplica y de junta, mi concepto y respeto de la realidad, de eso no les hablo. Es mucho, y hablaría mal. Fuera flaqueza verdadera si no hubiéramos podido distribuir así nuestra labor. Y en cuanto a forma lo esencial es eso: las emigraciones constituyeron con Cuba el partido revolucionario, iniciador de la revolución, que va a Cuba a entregarse al país, y continuará existiendo como partido, aunque sus organizaciones viables y autonómicas subsistan, hasta el día, y sólo hasta él, en que se constituya en Cuba la revolución, a fin de evitar la monstruosidad de antes: dos gobiernos para un solo país.

Bien dar siempre sobre estos temas: 1º, nueva alma, compacta y cordial, creada en las emigraciones, en lo social y en lo político, por el

<sup>32</sup> Costa Rica.

Partido Revolucionario,—alma franca, de cemento público, dócil a la virtud, indignada contra la perturbación, celosa del decoro personal,—único fin que justifica el sacrificio sangriento del patriotismo, y enamorada del esfuerzo útil a que ve por término una patria de hermandad y justicia; 2º, una vez y otra, con uno u otro pretexto, sin que parezca, porque no es, lisonja o atracción excesiva, y por tanto síntoma de innecesaria debilidad, descabezar bravamente, reciamente, la conseja de que la revolución, encargada de poner en acuerdo viable los elementos opuestos del país, fallase al comenzar, por puerilidad indigna de hombres, rechazando como enemigos a los autonomistas—esta revolución, fundadora y augusta: a los vicios sociales sinuosos, de impotente arruinada oligarquía, encubiertos en uno u otro carácter con el nombre de autonomismo, a eso sí se ha de rechazar,—pero no a los que, aunque hubiesen sido culpables de ellos, ya no lo fuesen: 3º, alto y vibrante, que la revolución aspira a dejar en sus casas a los españoles respetuosos y productores: la caterva ladrona, se irá sola, y los españoles nos ayudarán a quitarnos la lepra, que se irá al mar, en cuanto no tenga qué roer: pero en el país, como nuestros, como hombres respetados y útiles, los que nos respeten: esto es catecismo. Y, en el tema primero, ¡qué unanimidad de corazón, qué respeto al esfuerzo, qué gozo en el propio sacrificio, el de las emigraciones de hoy! ¡cuán imposible el renovar aquellos tiempos de odiosas discordias, en que las emigraciones se vinieron a convertir, no en un ala de la república, sino en predio o torneo de un gobierno rival del de la república! Hoy, aunque el puñal envenenado trajera mango de oro, nuestro pueblo experto rechazaría de un revés el puñal. Digamos a tiempo todo esa malignidad, son las frases que pongo entre comillas. Yo, en estos cuantos días, escribiré y les enviaré, para su instantánea y abundante distribución, los papeles necesarios de la Delegación para el país, paré las emigraciones, para los pueblos de nuestra América, y en inglés para el Norte: y lo que el General, con su lengua de tajos, querrá sin duda decir al país. De él nada digo: él ha de leer esta carta. ¿Podíamos apetecer un alma pura y fuerte en una hora suprema, un alma recta y rápida? Cuanto deseamos, es. Padezcan y trabajen: su abnegación es ejemplo que avergüenza al nuestro. Ya a solas hablaré de él.

Las cuentas de acción, de la Tesorería, como aparecen de sus libros, y recuerde al enviarlas que, por falta de copia, encomendada a personas que no la pudieron terminar, puede haber dejado de recibir algún Consejo la cuenta pasada.

Adiós ya. Me falta mucho trabajo. Escriban a Serafín y Roloff. Envíen lo adjunto a Fernando generoso. A Teodoro, en mi nombre, a

ver cómo, enseguida, robustece la lotería. Yo aquí quedo, con el alma en fuego. Sálvensenos los detalles. No se me cansen un momento. Embellezcan y regularicen a *Patria*: mucha noticia ahora. Estrada<sup>23</sup> escriba. Un fondo, con las ideas fijadas, vueltas y revueltas: todo lo de Cuba: y siempre, una amenidad revolucionaria—biografía o leyenda. Adiós. Lloraría si quisiera, al abrazarlos como los abrazo. Pero son lágrimas de las que miran al cielo, y caen sobre el corazón. Mucho cariño a las casas, a los hijos. ¡Arriba, sin cesar, con alma celadora y humilde! Y quieran un poco a su

J. MARTÍ

No hay tiempo para más, ni para unas cuantas palabras públicas de aliento, y de súplica de ser generosos y dignos en nuestra amarga y grande alegría. Sépase que es el gran trabajo, y el honor a la palabra impotente. Hoy es el gran trabajo. Unanimidad, solemnidad; magnanimidad, precisión. Que en todo vaya esto.

12

#### AL PRESIDENTE DEL CLUB "10 DE OCTUBRE"

[República Dominicana, febrero 1895]

Sr. Presidente del Club "10 de Octubre"  
Puerto Plata

Distinguido compatriota:

La mejor comunicación que pudiera el Delegado dirigir a Vd. es la prueba solemne de que nuestras previsiones y nuestros esfuerzos no han sido nulos; la mejor nota del Delegado al club "10 de Octubre" es la Isla de Cuba alzada ya en armas para obtener, por la guerra que desarrolla y asegura los caracteres, el decoro de sus hijos. Y el club tendrá sólo una respuesta por el Delegado, que lo estima tanto; y que aplaude tanto su energía, sus servicios reales y su fe: la respuesta será ordenarse, con más bríos que nunca, en un cuerpo prudente e incansable de animación, de entusiasmo continuo, sin miedo a reveses pasajeros; de logro

<sup>23</sup> Tomás Estrada Palma.

de recursos porque el socorro inmediato y en su arranque, a nuestra guerra nueva la hará fuerte, y por lo tanto breve, y más útil y fácil a la solidez de una república ordenada y trabajadora.

Muy ansioso ha estado siempre el Delegado de visitar al club "10 de Octubre". Pero ya explicó, en comunicación dirigida al club, las razones de prudencia, y que han dado ya todos los resultados apetecidos, por qué por motivos locales muy patentes y atendibles, relacionados con el país en general, no visitó el Delegado en el primer viaje, muy contra su corazón a Puerto Plata, y a los magníficos hijos, a los hijos probados que ahí tiene Cuba. El segundo viaje a Montecristi fue una simple visita de consulta al general Máximo Gómez. Y hoy cuando el honor estalla, y la obra está ya regada con sangre, ni aun con el tiempo bastante, que le está negado, pudiera la Delegación visitar el club, porque en eso, como en todo, el éxito, que puede ser muy grande, de las labores de Cuba en este país, depende de que *por nuestra moderación en todo lo ostensible, sin caer por eso en timidez innecesaria e indigna, nos permita con placer el país el ejercicio de un patriotismo que respetará y ayudará a él más, mientras más cuidadoso sea este patriotismo nuestro en evitar al país conflictos exteriores, ni querellas interiores de nuestros enemigos.* De todos modos débese esto decir, y hacer: debe continuamente proclamarse que no es el objeto del club azuzar en tierra amiga el odio hacia los que a ella, como hoy a nosotros, oprimieron; sino aspirar a la libertad, con toda la solemnidad del hombre libre. Que el acento de nuestras palabras sea, principalmente en lo público, no clamor inútil de venganza feroz, que no cabe en pechos nuestros, sino el justo cansancio de un pueblo sofocado que aspira por su emancipación de un gobierno convicto de nulidad y malevolencia, al gobierno propio de que es capaz y digno. Que se vea en nosotros a americanos edificadores, no a rencorosos vanos. Esa es nuestra guerra; ésa es la República que reanudamos. Ese es el Partido Revolucionario. Ese ha sido y seguirá siendo el club "10 de Octubre".

¿Qué pudiera sugerir la Delegación a un club como éste, que, en pleno ejercicio de las funciones propias y libres que a los clubs están reservadas, y como muestra muy valiosa de la vida espontánea, y de tal decoro humano, de la labor con que hemos puesto a la patria en pie, ha vivido de sí mismo, y actuando de su natural inspiración, y con los métodos posibles en su ciudad, sin fallar ni chocar, en su existencia útil, con los principios que nos guían a nuestra obra práctica de armar, y mantener armada, nuestra tierra para su obra de concordia y fundación?

¿Qué pudiera sugerir el Delegado al club? Ya no habrá denegadores, porque la sangre sublime está corriendo para redimir a los que niegan. Y entre los hombres de este pueblo, que nos alienta con su cariño y nos asila en sus hogares, no hay más que amigos. Que la *habilidad* en los métodos del club, el evitamiento de la publicidad innecesaria, aunque no de la decorosa y legítima, la idea fija de obtener y de prestar el servicio, y asegurarlo por el silencio, en vez de hacerlo imposible o mínimo por la publicación, ensanchen como es preciso que ensanchen, los esfuerzos del club. Que la moderación en nuestro júbilo patriótico, y en su peligrosa notoriedad, quite causa de queja a nuestros adversarios pudientes, y obligue a respeto cuanto tenga de justicia y corazón. Que el sigilo en los auxilios que se han de pedir a cuanto cubano no desee dejar desde hoy prueba de que no lo es, y antecedente de fría inhumanidad, sea un incentivo y garantía para los que sin riesgo no puedan hacerlo público. Que a todas las puertas se llame y se vuelva a llamar. Que al fin cada ciudad de América sea una bolsa de la libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el continente. Estamos haciendo obra universal.

Para el primer arranque, pues, ahora que ya quema a los ojos la prueba, demándese la cuota de hijo a cada cubano; y luego, cuando aún haya más razón, la de hermano a cada hijo de América. Que se conozca nuestra obra, y todo hombre se ponga a ella. Pídase sin ira. Perdónese aun cuando ahogue la indignación. Insístase en hacer virtuoso al indiferente, y útil al tibio. Manténgase el entusiasmo público por el respeto que nos traiga el no abusar de él. Créense fuentes continuas y fáciles de recursos, para curar a los heridos y poner armas en los brazos fuertes. Puesto que unos mueren, ayuden otros, y respeten todos. Espera mucho de ese club su agradecido representante,

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

**MARZO / 1895**

1. A GONZALO DE QUESADA
2. A BENJAMÍN GUERRA Y GONZALO DE QUESADA
3. A ULPIANO DELLUNDÉ
4. A SERAFÍN SANCHEZ
5. A RAFAEL AGUILAR
6. A JOSÉ NICOLÁS RAMÍREZ
7. A ULPIANO DELLUNDÉ
8. A TOMÁS ESTRADA PALMA
9. A ULPIANO DELLUNDÉ
10. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

1

A GONZALO DE QUESADA

[Montecristi, marzo, 1895]

Gonzalo querido:

Empápese bien de todo. Refrénese; pero guíese. A Correoso, píntemele mis esfuerzos, si aún no ha entrado a camino, y cuanto se diga y haga vaya derecho, sin una sola imprudencia de lenguaje, a influir en Cuba sobre las obligaciones de república con que nace la revolución, y la certeza de que se constituirá, sobre las experiencias pasadas, de modo que en la unidad y fuerza de la guerra vayan las garantías de paz y orden futuras sin las que la guerra no sería fuerte ni viable. Pero sumo tacto, y prescindencia absoluta de mi persona. Si es así, acaso conviene que me ponga por clave, en cuanto llegue Manuel,<sup>84</sup> *El Camagüey insiste en sus objeciones* etc., a fin de que la verdad pese cuanto pueda desde hoy en los ánimos. Adiós al hijo. Acuérdense de mí hoy más que nunca.

Su

J. MARTÍ

Y gran silencio.

2

A BENJAMÍN GUERRA Y GONZALO DE QUESADA

Montecristi, 8 de marzo [1895]

Sres. Benjamín J. Guerra  
y Gonzalo de Quesada

Benjamín y Gonzalo:

Salgo de aquí a pocos momentos para la capital, sin tiempo para aguardar como desearía las cartas de Vds., que han de venir tan llenas

<sup>84</sup> Debe referirse a Manuel Mantilla Millares y a su regreso, junto con Enrique Collazo, a Nueva York, donde llegaron el 27 de marzo de 1895. Véase *Cuba Heroica* de Enrique Collazo. La Habana, 1912, pág. 174.

de noticias que pidan solución. Pero esto es lo más importante. Estamos aquí en las consecuencias naturales de la situación creada por la infelicitada falta del envío que se esperaba y no llegó, según por cable dije a Vds. Ni el General ni yo llevamos sobre la conciencia la pérdida de un momento. Cuanto pudiera decir más, Vds. comprenden que no es hoy para el papel.—De allá nada les tengo que recomendar, puesto que los conozco, y todo está hecho a su hora:—lo de Flor, ya estará andado: lo de Serafín y Roloff ¿no tienen allí 60 armas, y el grupo de hombres, y goletas al pie, que por una bicoca puede Vivo Rivero comprar, u otro, —y salir? Eso es lo más aconsejable, y ya hacedero.—Manuel vuelve a New York, y no se cree inútil para eso: acaso puede ser un buen auxiliar de Charlie, si Charlie está libre.—Con ojos de padre orgulloso he leído todo lo del viaje de Gonzalo,—y un bello artículo sobre él que me pareció de Benjamín. *Patria* muy acertada. ¿Y el buen Fraga? ¿Y todos? De Estrada no me dicen. De sus casas, baste decirles que mi natural amargura, hasta que el mar no está salvado, es menos que el cariño de los recuerdos con que gracias a Vds. la endulzo.—Han sido de incesante viaje estos días que pensé emplear en escribir: y el viaje sigue, como ven:—sin embargo, no faltará nada esencial,—a pesar de una premura tan penosa, que me saca la pluma de las manos.—Pero aquieten los nobles corazones: en la casa del General escribo, que desde que llegamos es toda nuestra, y él no descansa; ni me deja caer, y es quien es:—y yo no he de desmerecer del cariño de Vds., ni de mi obligación.—Adiós, pues; por cable nos hablaremos, mientras tanto.—¡Gracias!

Su

MARTÍ

Mi gran pena a Mercedes por el viaje de Patria. Todo será mío al fin. Que no padezca demasiado. Pero el padrino lleva a la niña en el arzón de su silla de viajero.

3

A ULPIANO DELLUNDE

Montecristi, 8 de marzo de 1895

Amigo querido:

El portador va a buscar mis encargos; como a estos marinos les tienta siempre la curiosidad, ruego que, de ser hacedero, vengán de ahí

en cajas, mejor que en cualquier otro envase, puesto que son provisiones delicadas; si no se puede así, envásenlos del modo más seguro posible, y muy bien cubiertos, de modo que los marinos no sepan que traen golosinas.

Como aun después de este envío, habrá tiempo para otro o para demorar allí a los marinos un día o dos, si se puede comprar aún más,—ténganlo presente, bien para enviar de una vez lo más que puedan, aunque no creo que convenga la demora de los marinos ahí, sino salir lo más pronto posible,—bien para anunciar aquí, con la dirección natural, puesto que yo no estaré acá desde hoy, que la embarcación debe volver, si hay esperanza inmediata de más compra.

Omito palabras: pero sé que habrán hecho todo lo ofrecido. Vds. adivinan mi afecto y agradecimiento.

De su casa hablé en la del General: y del fiel Lambert, y sus hijos buenos y serviciales. Mucho me saludará a Lola y las niñas, y a la casa de Lambert y a Mercier.

Vd. sabe cuánto es para su

JOSÉ MARTÍ

4

A SERAFÍN SÁNCHEZ

[Montecristi, marzo 1895]

Sr. Serafín Sánchez

Mi muy querido Serafín:

Aparte van las cosas reales, y esto no es más que saludo. Creo inmediatamente hacedero cuanto recomiendo, y veo difícil o imposible cuanto de eso se desvíe.—Vd. da pocas vueltas, y parte derecho. De modo que ya doy por realizado lo que sé que se puede realizar. Roloff, ¿convenirá ahora o luego? Todo va para él y Vd.; y Vds. deciden. Yo, a esta fecha, no creo tener sobre mí el remordimiento de una hora inútil: ni tengo aquí libertad para hablarle.—Esta nueva hora, en que otros pudieran gustar una dedada siquiera de triunfo, sólo lo es para mí de

angustioso y continuo sacrificio, y de amargas responsabilidades. Haré en cada momento lo que deba, y no lo que desee, y así estoy seguro de ser útil.

Raro es el día que por acá no hablamos de Vd.,—y siempre con cariño. Collazo vuelve a quehaceres, y Manuel<sup>85</sup> con él. Por acá, déjeme decirle cómo amo y admiro,—como que sé lo que cuestan los esfuerzos que se hacen por allá,—cómo pagaré gustoso con mi vida, y con la constante mortificación de ella, la fe y la virtud de cada infeliz paisano nuestro,—cómo el General está gallardo y animoso, y su casa está siendo muy tierna y muy nuestra.

Piense bien lo que aparte le digo. Y no piense: haga,—que es nuestra manera de pensar.

A Pepa, toda la estimación y cariño en que tengo su hermoso carácter: a Raimundo, a ese letrado Enrique, a Tano, a Rivero, a los útiles y macizos; el incesante recuerdo de su

JOSÉ MARTÍ

5

A RAFAEL AGUILAR

M. C. 10 M' 95.

Sr. Rafael Aguilar

Mi paisano muy estimado:

Por muy bueno lo tengo, y aunque en la gran prisa de despedir a nuestro José María Rodríguez, sólo se lo puedo decir así, y de decirle que tome por suya, y amplíe y aplique la carta al Club, que es toda el alma de Vd. y la de su amigo y criado, hoy lleno de trabajo, y de respeto.

Su

MARTÍ

6

A JOSÉ NICOLAS RAMÍREZ

Montecristi, 11 de marzo (1895)

Sr. José Nicolás Ramírez

Mi buen Nicolás:

Iba camino de verlo y con el gusto de mostrar a mi paso cuanto le estimo a su mujer piadosa, y como llevo en mi corazón todos los cariños que de usted nos vienen; porque yo no tengo más pena que la que es de todos, y la obligación de cada cubano la tengo como mía. ¡Y vea que hay ya cubanos obligados a Rafaela y a usted!

Pero me salió al camino Mayía, y estoy aquí, y Mayía se fue por el vapor. Vayan sin embargo estas líneas mías, en poca paga de lo mucho que les debo.

¡Y qué buena y larga conversación tuve sobre usted con su amigo Corona! Pasaba por Dajabón cuando yo estaba allí de paso para Cabo Haitiano, y en el trecho que anduvimos juntos, sólo del "compai Nicolás" hablamos, y de lo mucho que lo quiere Corona, y de la tunda que dio usted al pícaro espía. Bien lo quiere Corona, y yo a él por usted.

Cuba, bien. Aquí, gran simpatía. Usted sabrá aprovechar las de allá. Y yo, donde esté, recordarlos y quererlos. Un beso bueno a Maxito.

Y es suyo, y espera de usted mucho trabajo serio, y grandes cosas,

Su

J. MARTÍ

<sup>85</sup> Manuel Mantilla Millares.

7

## A ULPIANO DELLUNDÉ

Montecristi, 12 de marzo, 1895

Mi muy querido doctor:

Van estas letras a quitar a Vd. su generosa inquietud, aunque ya habrá sabido de mí, por la carta que le escribí la semana pasada, y debió salir de aquí el sábado. Antes hubiera querido escribirle, y decirle mis cariños y agradecimiento, pero ya ve que no me he olvidado de Vd. ni Vd. se habrá olvidado de su promesa mayor—de suscribirme a María al “Petit Français”.

De las cosas de Cuba, la responsabilidad, y el ansia con que espero el vapor de vuelta, no me dejan espacio para el júbilo siempre amargo, de saber que entramos ya en guerra for. al.

Ya seré más largo: ahora sólo quiero dar a Vd. y a su casa, muy pensada, fe de vida y amistad.

Su

MARTÍ

8

## A TOMÁS ESTRADA PALMA

[Montecristi, marzo 16 de 1895]

Sr. Tomás Estrada Palma

Mi amigo muy querido:

Es Manuel<sup>86</sup> carta viva, y él le contará mucho de mí, porque me ha visto vivir, y morir más—en estos días. Oigalo, y no le pierda palabra. Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se debe comenzar abdicando de ella,—y los que a la misma libertad entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio. Entre las rea-

<sup>86</sup> Manuel Mantilla.

lidades funestas, y las rebeldías imprudentes, me hubiera puesto yo, como me he puesto afuera: que no se me permitirá. ¿Qué rogarle desde ahora, sino que con el peso de sus declaraciones y de su respeto, contribuya desde ahí, y pronto, y de modo resonante, y del más eficaz y solemne que le ocurra, a impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir, toda organización de la guerra que ya lleve en sí una república, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar, a la que de antemano y por naturaleza se opone el país, y que detendría—o acaso cerraría totalmente el paso de las armas libertadoras? Esta es la ocasión y Vd. tiene voz de padre, y hallará modo, si lo cree oportuno, de hacerla oír discretamente. En mí, no pienso: tendré que poner de lado enteramente mi persona, para lograr tal vez, con la supresión de ella, alguna forma menos odiosa e imprudente. En todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta. Ni temo a la larga, porque conozco a nuestro país: no temo por él. Pero es preciso irle evitando estorbos desde ahora, y ponerle sangre buena en la raíz. De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro:—y también de la utilidad para mi patria de este martirio. No espere pues de mí, porque sería injusto, aquella ofuscación de la persona propia, y escondido deseo de noble premio, que pudieran entorpecer los acomodos indispensables, aun cuando ilógicos y violentos, a una realidad necesaria y urgente. Espere de mí, seguro, los más amargos sacrificios; ni extremaré, por la mayor justicia, conflicto de que, en vez de su victoria, nazca un desacuerdo fatal. Con esa alma vivo, y no habrá tentación alguna que me la mude: y a toda exigencia de naturaleza pública, si me viera en el doloroso caso de hacerla, prederá la desistencia total de mi persona. Dicho esto, de mí para Ud. innecesario, por la mayor tranquilidad de Vd., halle modo, si lo cree tan oportuno como lo creo yo, de expresar sus deseos o sus conceptos de manera que llegue a tiempo a Cuba, con la fuerza mayor de lo indirecto—para influir en que nuestro país se dé una ordenación tal que, ni incapacite la unidad y concentración de la guerra, ni la dañe o acorrale por ir contra el propósito y espíritu de la revolución cubana. Esto lo escribo al vuelo, y a escondidas,—yo, ¡que me muero de vergüenza, en cuanto tengo un solo instante que ocultar la verdad! Pero Vd. juzga y conoce mis dolores, y cree sin duda necesario que yo le escriba a Vd. así.

Quiera aún un poco más a

su amigo

JOSÉ MARTÍ

## A ULPIANO DELLUNDÉ

Montecristi, 20 marzo [1895]

Sr. Ulpiano Dellundé

Amigo muy querido:

El más afectuoso agradecimiento le escribe estas líneas, no sólo por el fino regalo, que llegó bien, y ha sido estimadísimo, sino por su carta de alarma a Montesinos, y por las otras dos a la casa del General, que me llegaron casi a la vez que esa primera. De Vd. y de su amigo podemos decir, y diremos: "Esos son hombres". Es gusto grande el de dar cima a algo difícil, en compañía de quienes, como nosotros acá, sabemos estimarlo. Yo me apego más a Vd. y al amigo Lambert, y siento como que algo sagrado nos junta, y es el corazón igual en una hora de prueba. Todo bien, pues:—y todo irá bien.

De Cuba; no se reciben felizmente malas noticias. Por el eco medimos los golpes. Por diversas vías se nos confirma la unanimidad y robustez de la revolución: y con insistencia grande, y de varias fuentes se viene hablando de un suceso importante en la Habana, ya de una sorpresa cubana victoriosa a un depósito de armas en la ciudad, ya de un incendio en la Habana por los insurrectos, ya de la salida de Julio Sanguily, luego de sorprender un depósito de armas con un buen número de jóvenes de la Habana:—eso acaso es lo que quiere encubrir el boletín del cable al decir que "la policía ha sorprendido en la Habana 40 depósitos de armas". Lo cierto es que afuera llega un eco creciente y sostenido, y por eso,—aparte de nuestro conocimiento,— es lícito suponer que la tierra adorada se ha alzado con empuje y disciplina.—Rivadavia, el argentino, tenía razón: "Estos pueblos se salvarán". Estos amigos suyos, en cuanto a sus personas, le agradecen tiernamente el cuidado que por ellas muestra.

Y ahora, usted: ¿qué caedera<sup>87</sup> es ésa que me le ha entrado en el espíritu, que por ella, viene Vd. a imaginarse, y a estar, enfermo del

<sup>87</sup> Nota puesta por Ulpiano Dellundé a esta carta: "Lo que me tenía enfermo y triste era el peligro en que veía entrar a mis queridos amigos Gómez y Martí y los horrores de la cruenta guerra que desolaría mi idolatrada patria".

cuerpo? No más que una enfermedad tiene Vd., y es la prisión de su espíritu culto y diverso en condiciones feas y hostiles:—Pero ¿qué sacrificio es superior, o la pena que cause, el bienestar y orgullo de domarlo, sobre todo cuando se tiene en la casa un buen golpe de cielo; y se sienta uno a la mesa suficiente del trabajo propio, y descansa uno y crece con la medicina de la lectura, y puede uno rehacerse el cuerpo aflojado en el trato íntimo con la naturaleza? Entre en sí mismo, y en la salud de sobreponerse a la contrariedad que le rodea, lo que es cosa fácil, con esas almas amorosas que le pueblan su rincón, y una obra de empeño que se ponga Vd. a escribir, y el hábito de acompañar en sus cabalgatas al amigo Lambert. Tardes y domingos, a la yerba. Levántese de su inconformidad,—mírela desde arriba, con la ocupación y contenido de algún trabajo sostenido y fuerte,—y verá nuevo, colorado y sin hígado a mi noble amigo Dellundé.—Sea quien es, y no se deje picotear por la menudencia. ¿No ve, desde el balcón de su casa, el monte? Vaya a él,—y álcese con él.—Y sabiéndolo más quieto, y hecho a la molestia pasajera de ese destierro en que le están floreciendo tan puras y útiles las hijas, y donde la mayor pena de Lola es verlo cabizbajo a Vd.;—tendrá un placer vivo, sean cualesquiera sus angustias y ansiedad, este agradecido huésped que ya se ve orgulloso como cosa de su casa,—y ahora más, con el regalo muy valioso de Rosa a María.<sup>88</sup> A María le servirá mucho.—*Le Petit Français*, para la escuela que van a poner ella y su hermanita.—Escudo: la casa de Vd. y amistad, la que les tiene su

JOSÉ MARTÍ<sup>89</sup>

10

## AL GENERAL MAXIMO GÓMEZ

Montecristi [1895]

Mi General:

Estoy en Gobernación desde temprano, esperando a que levante Guilito, en el deseo de que supiésemos algo antes de salir Mayía. Pero ya el vapor está en puerto, y acaso él se dispone en este instante a salir. Aquí

<sup>88</sup> María Mantilla.

<sup>89</sup> Al pie de la firma de Martí hay la siguiente nota del general Gómez: "Lo saluda y quiere cada día más su viejo amigo, M. Gómez".

quedo en la Administración de Correos, esperándolo, por si viene,—y conmigo dinero para el viaje, que no me atrevo a fiar al mensajero

Su

MARTÍ

A las 9.

Y al cerrar esta carta, y repasar cuántas de Cuba y afuera, por si hay algo que enviarle ¿cómo reprimir la confianza en lo propicio de la hora, que rebosan todas ellas? ¿Ni qué, sin ofensa, pudiera yo decirle de esto? Pero esa es el ansia general, de la gente probada y sensata, y cumplo con trasmitírsela. Ahora, no nos haremos esperar sino lo que nos mande la prudencia: luego, Vd. verá, cómo a guerra rápida y amor, encendemos el país.

## MANIFIESTO DE MONTECRISTI<sup>40</sup>

<sup>40</sup> Este documento es conocido como el Manifiesto de Montecristi, por el lugar en que fue redactado y firmado. Dada su gran trascendencia, se transcribe aquí con las enmiendas que tiene en el original. Lo tachado va entre corchetes.

## MANIFIESTO DE MONTECRISTI

### EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A CUBA

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de [s] preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, [sus títulos] reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria. que no se [debe] ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado [para lanzarse a la ligera, viva aún la herida de] en la guerra anterior [,] para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo [enca] terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus [hábiles] varios disfraces, y sin determinación tan respetable [,]—por ir firmada por la muerte[.]—que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su [infamia] servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá[n] gozar respetado[s], y aun amado[s], de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevistos, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, su [respeto] radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y [sostén de] cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga [a la vez] la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre<sup>41</sup> Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, [de los pueblos,] para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas[,] y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, ve-

<sup>41</sup> Martí pone una nota al margen que dice: "al cajista: acento en la é: ñ".

nidos del [anhelo] error de ajustar a moldes extranjeros; de [extrema idea o] [teoría incierta, teoría o] [teoría de mera] dogma incierto o mera relación [local, accidental en] a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que [sólo conocían] conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas [a] a las [rango] costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las [regiones] comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén [punible] de la [s] fecunda [s] raza [s] indígena [s] en las disputas de [dogma] credo o localidad [nacidas de] que esas causas [nacían del de] de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo los problemas de la [nacional] sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, concedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más [bisoño de sus huestes] humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el cruce del mundo, al servicio de [a] la guerra, y a la fundación de [a] la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, [los] y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la [inmediata utilidad] firmeza de sus personas [útiles] laboriosas, y [la] el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; [la] pericia práctica de sus pensadores [realidad] [la aspiración y la cultura] el cultivo y benignidad de sus artesanos; [y sus hábitos políticos] el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; [el] la [recip] admiración recíproca de las virtudes [comu] iguales entre los cubanos que de las [diferencia] [distinciones] diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a [ese] los raros ejemplos de su

desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo [feraz] inmediato de un pueblo feraz en la [nacionalidad] república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor [provocativo] [agresivo] ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del [la naturaleza y] albedrío y [de los demás hombres, y de la] naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en [la virtud y la cultura] las [sentimientos] virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de [los] las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa [que les venía viene venía] [hoy] que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del [mundo] universo rico e industrial, sustituirá sin [dificultad] obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura [ideal de] abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado [y miserable] donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros [famélicos] menesterosos que los<sup>42</sup> desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su [la] independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación [silenciosa] callada de la patria, [han visto] ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo [imperceptibles] inadvertibles para los que, fuera del alma real [de Cuba, juzga de su patria, en la] de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre [y culpa] de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, [en Cuba] so pretexto de [alta] prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en [Cuba] la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicualemente levantar, [en Cuba] por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la [consecuencias desordenadas de la] revolución. Cubanos

hay ya en Cuba [olvidados] de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra [de la libertad] emancipadora y el trabajo [en que] donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza [y tropiezo] de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, [el evangélico amor de libertad] el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas [vehementes] ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su [ineptitud] incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la [ferviente] estimación<sup>43</sup> cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que [temblar de miedo con su] alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con [ese] semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con [negro] inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor. [e inútil de la tierra cubana].

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan [justa] afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser [no la] la guerra más breve, [menos] sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No [los] nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al [bravo] español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su [hogar] casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre

<sup>42</sup> Debe decir: lo.

<sup>43</sup> Falta: de

la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y [beneficios] bienes que no han de hallar[ían] aún por largo tiempo en la [confusión] lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es [nuestro] el corazón [y así] de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles [combatirán sin ser de veras contra] [se han de oponer eficazmente a] tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a [la] derramar [la] sangre de [hombres buenos los hombres oprimidos] sus semejantes en provecho de [una monarquía trono] un cetro inútil [o de un la] o una patria [cruel] codiciosa, los quintos segados en la flor de [la] su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogiera [gustoso] alegre como ciudadanos libres, un trono [atado mantenido] mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de [los] sus privilegios y [los] sus logros? [que crecen a su sombra?] [cría y favorece] ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, [arra] so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias [cubanas, fatigadas ya] y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de [su for] una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos [de cubanas] felices, [de la mujer de Cuba, y padres felices y autores de hijos] y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre [cruel] sangriento un [pueblo donde] suelo libre [del] al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la [fortuna] honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra [del o] aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del

país, o la [única] paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? [¿Con Ni con qué derecho?] ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución [lo] emplea sin miedo este lenguaje, porque [la] el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla [libre] franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad [nos] ayuden a conquistarla en Cuba, [o amen a los que la conquistaran] y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, concedora [del] de su desinterés, [de sus hijos] no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante [timidez] cobardía, que en los errores formales del [la patria] [república] país naciente, o en [la] su poca suma visible de república, [buscase] pudiese procurar razón [para] con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro [y sus mayores extremos respeto] causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria.—La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la [falta de mutua estimación] discordia de sus [próceres] héroes y en la emulación y recelo inherentes [a la] al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y [alimenta mantiene] nutre la guerra,—y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe [desatar] desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar [la patria] el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas [en] para la ayuda y [relación con] respeto de los demás pueblos,—y permitan—en vez de entrabar—el desarrollo pleno y [triunfo rápido veloz] término rápido de la guerra [necesar] fatalmente necesaria a la [conquista de] felicidad pública. [Y] Desde [las] sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno [artificial] sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, [en] con que se ordenen y acomoden, [con] en su responsabilidad [especial] peculiar ante el mundo

[moderno] contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con [abnegación] nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan [en con] tras el alma y [la] guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad [con la independencia de Cuba] una república trabajadora; [y pacífica, segura, levantada,] sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución [sabrán] ha de hallar [modos tales de ordenación] formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra [humana, benéfica y] culta, el entusiasmo de los [propi] cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde [vi] natural, la realidad de las ideas que producen o [rechazan detienen] apagan los hechos, y la de los hechos [en con] que [se represan] nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura que<sup>44</sup> modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre [por] en [la conquista] el rescate y [mante] sostén de su dignidad:—éso son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que [el corazón de los cubanos palpe el coraz] la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y [robusta] vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de [los primeros] sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, [en] bajo la inmoralidad y [opre] ocupación crecientes de un amo inepto, [y codicioso] desmigaja o pierde su[s] fuerza[s] superior[es] en la patria sofocada o en [el] los destierros esparcidos. Ni es la guerra el [mero] insuficiente prurito de [ganar, por el poder] conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la [indep emancip] independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de [la] independencia de Cuba, [un país donde, como en Cuba, donde va a cruzarse] nudo

del haz de islas donde se ha de cruzar, en [el] plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y [justo] trato justo de las naciones [de] americanas, y al equilibrio aún vacilante del [orbe] mundo. Honra y conmueve [meditar] pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la [firmeza aún vaga todavía insegura] confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero [universal] del mundo. ¡Apenas podría creerse que con semejantes [hombres] mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria [estéril avara] inerte y viciosa! —A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés [humano] universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrinas que produjeron [y e inspiran] y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los [sublimes ejemplares] magnánimos fundadores, cuya [obra] labor renueva el país agradecido,—y al honor, que ha de impedir a los cubanos [mancillar o] herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

JOSÉ MARTÍ

M. GÓMEZ

<sup>44</sup> Debe decir: de

**M A R Z O / 1 8 9 5**

1. A ULPiano DELLUNDE
2. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
3. A FERNANDO FIGUEREDO Y TEODORO PÉREZ
4. A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL
5. A GONZALO DE QUESADA

1

A ULPIANO DELLUNDÉ

Montecristi, 25 de marzo de 1895

Sr. Ulpiano Dellundé

Muy estimado amigo:

El portador de esta carta, Camilo Borrero, va en la delicada comisión de recibir ahí de Vd. y traer en persona, las comunicaciones de Cuba, que, según se nos anuncia por aviso de ayer, deben llegar ahí en estos días, y nos son inmediatamente necesarias. Tan pronto como las reciba Vd., según está acordado con los comunicantes, pone en camino de vuelta a Borrero, que para mayor sigilo debe venir por tierra, y no por mar, y por consiguiente necesita, al retornar, venir de prisa. Vd. tendrá la bondad de alojarlo donde no llame de ningún modo la atención, por el breve espacio de tiempo que supongo habrá de esperar ahí. Camilo Borrero es buen cubano, y en él no hallará Vd. dificultad.

Sólo me queda un instante para saludarle mucho y a toda su casa, en nombre del General, y en el de su amigo agradecido que quiere oír que la salud de Vd. es buena,

JOSÉ MARTÍ

2

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

25 marzo [Montecristi, 1895]

Gonzalo y Benjamín:

Partimos. Toda palabra les parecería innecesaria o escasa. Cuanto puedo pedirles, está dicho. Ni sosiego, ni oportunidad, he hallado para ninguna declaración pública, que pudiera parecer más verbosa que útil.

Ya será luego, con la majestad del país. Guíenlo todo, si aún tenemos autoridad, sin pompa y sin triunfo, ni más ansia que la de cumplir, con el mayor silencio, la mayor suma de deber. ¿No me regañan? ¿No me dicen predicador e intruso? ¿No me han olvidado aún? Las mujeres y las niñas ¿me piensan aún, de vez en cuando? ¿Y Flor, y Serafín, y Rodríguez, y Hatton? Yo, tal vez pueda contribuir a ordenar la guerra de manera que lleve adentro sin traba la república, tal vez deba, con amargo valor, obedecer la voluntad de la guerra, y mi conciencia, y volver a abrazarlos. No flaquearé por ningún exceso, ni por el de la aspiración, fatal al deber, ni por el de condescendencia. Amo y venero cuanto sacrificio respetable se hace alrededor de mí. Voy con la justicia.

Partimos, pues. Les dejo parte. Ahí, pidan poco. Lo que dejo preparado, con lo natural se hace. Enseguida, Hatton. Por el orgullo del cariño de Vds., de la dulce hermandad de Vds., es más fuerte

Su

J. MARTÍ

Gonzalo y Benjamín:

Aún les escribo. Por la prudencia que muy principalmente pido también a Vds., sobre todo en las cosas de publicación, callo sobre todo aquello de que más les quisiera hablar; pero hartos saben los dos que conmigo, donde quiera que yo esté, está la mayor suma de posible cumplimiento del deber más urgente. En papeles aparte van detalladas las instrucciones que para una sola carta serían muchas y confusas; y el correo siguiente les llevará los documentos de otra especie que éste aún no debe llevar. Mucho tienen ahora que hacer ahí; pero ya, con los alientos de la guerra, serán más los servidores, y más suave el trabajo, aunque en las cosas de significación, todo lo han de llevar sobre los propios hombros: una pereza es una entrega. De lo de acá, sepan, y ya adivinan, que el General<sup>45</sup> y yo no hemos perdido ocasión ni momento, y que el modo mejor de ayudarnos es darnos por muertos, y no decir palabra de nosotros, hasta que demos señales indudables de vida. Ni ofrezcan ni expliquen, aun cuando se haya de encarar el peligro de perder el beneficio de un entusiasmo pasajero, que al fin ha de venir con el suceso real, y si éste no lo confirma, daña a los mismos que tuviesen

<sup>45</sup> Máximo Gómez.

después más justa causa. ¿Cómo publicó Fernando el telegrama que Vds. le pusieron,—allá lejos de estas costas y de sus dificultades—sin poder calcular los obstáculos que una declaración oficial nuestra levantaría a los disimulos y declaraciones acá necesarios? Vds. midan, y cúbrannos: aún les llegará esta carta, y será más urgente que nunca su cautela. Capeen a los diarios, y entreténganlos con noticias de detalle, sin caer en nada sustancial ni futuro. Ni digan de lo que ha de suceder, porque luego las cosas pueden ser diferentes, y se pierde crédito, que la representación oficial, que debe prever sin error, no debe perder nunca. Bien saben los dos, que son como porciones propias mías, cómo la menor equivocación, con la celeridad del cable delator, puede estorbar planes muy ligados, y a veces muy difíciles,—y—a lo lejos—de imposible profecía. Lo digo por lo que falta, que es lo que de seguro están Vds. atendiendo con ahinco:

*Lo de Flor:*<sup>46</sup> Ya habrá ido el dinero y el comisionado, y acaso Flor, y Maceo con él, hayan salido, o estén a punto de salir. Por el tiempo, aún lo dudo, y no oso creer que sea cierta, ni ésa, la noticia por aquí repetida de un desembarco de Nicaragua, que acá se dice mucho, y debe ser el eco de alguna carta de San José,<sup>47</sup> sorprendida en Cuba, y anunciando el desembarco, por supuesto improbable. Que Flor vaya, como sabe ir él, con sus 15 ó 20, y los \$2,000: con 5, aunque le cueste los \$2,000. El es quien importa, si no puede acompañarlo Maceo.

*Lo de Serafín:*<sup>48</sup> Va aparte, minuciosamente explicado, y de tal modo que, en la situación actual, con \$500 se le atiende.

*Lo de Collazo:* Debe ser hacadero, desde cualquier lugar de la Florida, el plan de Tomás. En el Cayo, por ejemplo, hay botes de vela de alquiler, con capacidad para ocho hombres, que han ido a Nassau. De esto nada tengo que decir. Las cabezas de allá se valen. Es posible, y es barato. Sea ésta ahora la palabra de paso: los jefes, de cualquier modo. Ya arreglarán la remesa desde ahí de las pocas armas que puede necesitar Collazo. Y en esto, como en todo, sea cualquiera el comentario del instante, sacrifiquen la apariencia favorable, y el deseo del comentario favorable, al servicio real.

*Lo de Rafael Rodríguez:* Aparte va minuciosamente explicado, así como todo lo tramado sobre expediciones inmediatas.

<sup>46</sup> Flor Crombet.

<sup>47</sup> San José de Costa Rica.

<sup>48</sup> Serafín Sánchez.

De especial delicadeza es todo lo que por Vda. se diga, sobre todo entre los cubanos, acerca de nuestros movimientos, y de los de la revolución; así es que lo más seguro será mantenerse, en todo lo público, a la espera respetuosa de lo que el país haga, mientras afuera se pone a todo rápida mano, en tanto que en Cuba van llegando los diversos elementos a la cita de acción. Andamos por entre hombres, siempre mudables y difíciles, y por sobre la mar: y una predicción burlada es una batalla que se pierde, o un dedo caído. A juntar, a servir, a cubrir, con el vapor de lo que se dice, la realidad de lo que se hace. Sobre todo, que pierdan la pista de las expediciones, que es el trabajo de ahora. Que nuestras primeras manifestaciones oficiales sean tan solemnes como van a ser, y tan dignas de respeto, y con alcance tal, y tanto apego a la realidad, que mudemos desde la aparición el concepto que aún nos fuese hostil entre los nuestros, o ignorante y desdénoso de parte de los extraños. Cuba se ha alzado, y está corriendo a su cita. De afuera, tengámoslo todo dispuesto para cumplirle nuestra promesa. Deseémosle a la patria tacto supremo, y paso firme. Aguárdese afuera, tranquilos, las noticias de la patria que reúne en sus hijos el juicio y el valor.

Tuve un instante para conversarles, y ya se me acaba. El General les escribe, y por su carta ven nuestra impaciencia y nuestro ánimo. Yo nada les diré de mí, sino lo que ya saben, y es que me iré ajustando a nuestras realidades vivas y deponiéndome sin cesar, y quitándome de donde pueda cerrar la vía o entorpecerla; y velando sin desmayo, ni miedo a la injusticia o al mal juicio, por juntar en fusión viable los elementos opuestos o discordes de una revolución tan cosquillosa y espantadiza como la nuestra. Ese es mi oficio, sin que se me quebrante el valor, ni me lo oscurezca siquiera la inclinación real a quedarme en mi tierra, andando todos los días la jornada de todos. Yo soy un comino. Haré lo que mi tierra me mande. Y jamás se podrá decir que la impedí por mi aspiración o mi capricho. Esto saben de viejo, y en esto descansan.

Conque ¿me van a atender muy bien a todo? ¿Pondrán a escribir ahora a más manos para que *Patria* esté siempre a tiempo, ahora que puede ser y debe, periódico de muchas noticias? ¿Me tendrán de la mano a los clubs entusiastas, y especialmente a los que se van formando afuera? ¿Y tanta cosa que les digo sin necesidad, por el gusto de sentirme un instante más cerca de Vds? De aquí a tres días espero largas cartas tuyas. El vapor pasado no trajo, con gran pena nuestra, ni cartas, ni

*Patria*, aunque vinieron todos los demás periódicos. Todavía hay flores en mi inquietud para las dos casas, para las dos cunas: y agradecimiento nuevo por cada servicio suyo a Cuba, por cada muestra de cariño a quien todas las advierte, aun las más disimuladas y sutiles. Un abrazo, largo como nuestra amistad, de

Su

JOSÉ MARTÍ

## CLUBS DE SANTO DOMINGO

Den lugar prominente, y alto comentario, a las actas de los dos Clubs Dominicanos que les envió: el primero *Capotillo*, creado por Emilio Reyes, joven abogado de alma erguida, y de talento estudioso y bello, y capaz de entusiasmo y desinterés; el segundo, el *General Calvera*, creado por un isleño que cargó nuestro grillo presidario, Joaquín Montesinos. Del primero,—publiquenlo todo—toda el acta, y lo más saliente del Reglamento. Del segundo, todo, menos las firmas, ni aun en la suscripción, que sin nombres se ha de decir: por los nombres pongan el del Presidente Montesinos, hombre ferviente y generoso, y terco amigo de Cuba, que con su independencia sólo tiene paces.

3

## A FERNANDO FIGUEREDO Y TEODORO PEREZ

Montecristi, marzo [1895]

Sres. Fernando Figueredo  
y Teodoro Pérez

Fernando y Teodoro:

A los dos junto en un abrazo, desde este silencio forzoso, y no inactivo. Es sólo fe de vida, y de que al borde de la tierra no olvido a mis dos hermanos de labor. ¿Olvidarlos? Ahora es mayor la obligación, porque ya es sangre, y en la hora de ella siento necesidad más viva de su ternura, y de demostrarles la mía. De acá, sólo les puedo decir que todo lo humano queda hecho,—y que para mí no hay derrota. Prudencia y sacrificio y martirio sí, derrota, no.

El abrazo, por ese Collazo bueno, cuyo adiós siento de veras. aunque va a su camino,—el abrazo a las casas, y la memoria agradecida de su

MARTÍ

## A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carvajal

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo. y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la re-

volución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpito, a lo voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco. y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de

libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

JOSÉ MARTÍ

5

A GONZALO DE QUESADA

28 marzo [Montecristi, 1895]

Sr. Gonzalo de Quesada

Gonzalo querido, y Benjamín:

Incluyo el manifiesto<sup>49</sup> que le anuncié con la palabra *vidi*, conforme a la clave que llevó Manuel,<sup>50</sup> en mi cablegrama del 26, al que creo que es respuesta el del mismo día: *Belin tweed Pettie Massy*, que trajo a tiempo noticias felices.

Aquí sólo hablaré del manifiesto. Él importa afuera; pero adentro está su principal oficio, y como probablemente llegará a Vds. cuando ya nosotros estemos en Cuba, o al llegar,—y con nuestra llegada ha de haber mayor deseo y necesidad en los vacilantes de argüir en contra y de los sinceros de conocer la verdad,—urge de veras que enseguida,—y en imprenta que no sea nuestra, para guardar sigilo absoluto, a fin de

<sup>49</sup> Se refiere al famoso *Manifiesto de Montecristi*, firmado junto con Gómez, el 25 de marzo de 1895.

<sup>50</sup> Manuel Mantilla Millares.

asegurar menos obstáculos a su entrada en Cuba,—impriman un número considerable, 5,000 por lo menos, en hoja suelta, y de bella impresión: letra magnánima, y claro entre los párrafos, para que resalte cada asunto. Tomen desde el primer instante con Barrios de Key West, el pardo fiel e inteligente por quien, vía Serafín, me comuniqué con Juan Gualberto,—y por Ibern, cuyo hermano tiene en el correo de la Habana amigo fiel,—las medidas necesarias para la introducción y distribución del manifiesto en Cuba: 5,000 dije: 10,000 ó más deben ser: cada español debiera recibir uno, y todas las sociedades y grupos de cubanos negros. A sobre vivo,—sobres que pueden imprimir con varios lemas como de casas de comercio,—envíen, mucho, y continúen correo tras correo enviando, a todos los españoles de quienes sepan, y de quienes lean en los diarios. Y a quien reparta en Cuba, que los distribuya principalmente entre los españoles.

A los periódicos, nuestros o americanos, no se ha de dar el manifiesto sino cuando ya haya razón para suponerlo en Cuba.

En sobres especiales, y con papel de marca, envíenlo a todas las presidencias de república, a los presidentes bajo sobre privado,—y a los Secretarios y Subsecretarios de Relaciones Extranjeras—y a todos los periódicos hispanoamericanos.

Del manifiesto, complacerá a Vds. saber que luego de escrito no ocurrió en él un solo cambio; y que sus ideas envuelven a la vez, aunque proviniendo de diversos campos de experiencia, el concepto actual del general Gómez, y el del Delegado. Lo que en país que principia, y con las dudas y choques de la guerra, es, realmente, causa de fe, y honor. Ojalá parezcan bien a nuestra patria estas ideas preliminares, de cuya necesidad nos vino a convencer la demanda que de ese manifiesto hay en Cuba, principalmente entre los españoles. Y como va, con las dos firmas, tiene especial significación y belleza. He ahí mucho argumento descabezado.

Lo esencial está, y termino. Aún aquí. Cuídenme muy minuciosamente la puntuación, y alguna palabra confusa. Creo que la letra puede ir a cualquier imprenta: si no, Benjamín puede hacer sin desdoro de escribiente de esta hoja mayor, con su letra impecable, y así quedamos más seguros, y la impresión es más rápida. Mucha rapidez se necesita. Que impriman de un día a otro. Que llegue a Cuba cuanto antes. ¿Por qué no congregan a una reunión pública para leerlo, en New

York? Y ese es un pretexto para entretener, en esta espera, el entusiasmo, y a la reunión, si lo creen conveniente, conviden a los españoles. Borden alrededor.

Su

J. MARTÍ

## ABRIL / 1895

1. A TOMÁS ESTRADA PALMA
- 2-3. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
- 4-6. A BENJAMÍN GUERRA Y GONZALO DE QUESADA
7. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
8. AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ
9. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
10. A FÉLIX RUENES
- 11-12. CIRCULAR
13. AL AGENTE CONSULAR DEL GOBIERNO BRITÁNICO
14. CIRCULAR
15. A LUIS RIVERA
16. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

## A TOMÁS ESTRADA PALMA

Montecristi, 1 de abril

Sr. Tomás Estrada Palma

Acaso faltan pocas horas para emprender el camino, impedido y demorado hasta hoy; y las palabras son naturalmente escasas, e inútiles. No sé si en cuanto hago o pienso mereceré, como en cuanto hacía y pensaba por allá, el calor de su corazón, y el peso de su voto; pero, con la misma alma ¿cómo me equivocaré, ni fallaré? No habrá dolor, humillación, mortificación, contrariedad, crueldad, que yo no acepte en servicio de mi patria. Tal vez fuera nulo mi empeño de hacer entender plenamente a los hombres la absoluta consagración de un ser humano al bien ajeno, con desistimiento voluntario de todas las tentaciones o ambiciones que afean o desvían usualmente la mayor virtud: pero esa es mi consagración. Ella ha de inspirar en situaciones como la mía, cólera o desconfianza, y de antemano las he venido padeciendo, y en lo que me lastiman las sufriré, siempre que en mí no se lastime a mi patria. De ella, no cedo un ápice: de mí, cuanto sea preciso para las realidades y acuerdos que pueden salvarla. Me ayudará, y templará los excesos de mi vigilancia, mi ternura y gratitud por el mérito y sacrificio de los demás hombres. De las luchas de otros días me ha contado Ud. tantas cosas, y de mí sabe Ud. tanto y tan de cerca que es gusto grande mío el decirle que con las obligaciones me crece la capacidad de resignarme a todas ellas; y que a Cuba por el plazo breve o largo que sea mi deber estar allí, llevo un espíritu tan emancipado de la pasión, que sólo lo erguiré, aparte del modo suyo constante y necesario de andar erguido, cuando de su concesión o abatimiento viera yo sinceramente algún peligro para la patria.

Del pie que ponemos en ella le es prenda el manifiesto<sup>51</sup> que ya va en camino, y que el General suscribió con la Delegación, sin que ésta escondiese o recortase un solo pensamiento suyo, ni él hallara una sola idea aventurada o trabadora. Jamás escribí con tanto placer como esa vez. He escrito con placer muy pocas veces. Sólo gozo cuando sirvo, o allano.

Acabo, no de amarlo. Gracias por su alma, tan alta, y para mí tan tierna. Quiera a su amigo, y al amigo de su casa.

Su

MARTÍ

2

## A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

[Montecristi, Abril 1, 1895]

Sres. Gonzalo de Quesada y  
Benjamín Guerra

En el caso de tenerse noticia cierta de la llegada de G.<sup>52</sup> y M.<sup>53</sup> a Cuba, —y de no poderse arreglar nada con *Hatton*,<sup>54</sup>—y de no hallar absolutamente *goleta* en N. York, o no hallarle capitán,—y de ser indispensable, por no haber otro medio, que vaya a N. York la *goleta* a buscar armas y gente,—o de ser conveniente valerse de un hombre probado para llevar a Cuba parque abundante y unos pocos hombres de custodia, que busquen las fuerzas y las traigan a recoger en la costa el parque oculto, la Delegación, en vista del servicio anterior y de su sigilo, recomienda a *John Poloney*, de *Montecristi*.

Como guía para el precio de servicios, conviene decir que *se le ha comprado en propiedad la goleta Marijohn*, en mil pesos oro, y por el resto de sus servicios se le dio la mitad de eso. El hombre vale más; pero ya se tiene *goleta*. Ama su provecho, y tiene buenas facilidades. Sería justa una buena compensación, y la paga de los gastos.

<sup>51</sup> *Manifiesto de Montecristi*.

<sup>52</sup> Gómez.

<sup>53</sup> Martí.

<sup>54</sup> Las palabras en cursiva están en clave en el original.

3

[Montecristi, 1 de abril. 1895]

Gonzalo y Benjamín:

Anoto al vuelo aquí estos puntos importantes.

Hemos comprado aquí dos goletas—*una* a John Poloney, comerciante de Montecristi, la *Marijohn*, por \$2.000 mexicanos,—y está hoy cedida por documento de él a la Sra. Bernarda Toro de Gómez:—*otra* al Capitán Bastian, por \$700, oro a nombre de John Poloney, y cedida por él en documento privado a la misma señora.

La primera queda en poder de Poloney, hasta tanto que Vds. la pidan para otros usos, si él no puede, por la publicidad del caso actual u otras razones, establecer el servicio de correos y municiones que tal vez, ayudado del Cap. Bastian en Inagua, puedan establecer felizmente: o hasta tanto que Vds. por conducto de Francisco Gómez, ordenen su venta, por no necesitarse el servicio de la goleta, y si su importe.

La segunda puede también volver a manos de John Poloney, o quedar en las del Cap. Bastian, si así hubiese sido necesario, por la conveniencia en caso dado de moverlo con esa oferta extrema. Si vuelve a manos de Bastian, queda sujeta a servirnos, y al ser vendida, a la orden formal de Vds.

Para guía de sus arreglos, de ningún modo necesarios con Poloney, debo decirles que este puerto de Montecristi es totalmente inaceptable para depósito o transacción alguna; pero Inagua es deseable, porque Bastian, viajero de Nassau a Inagua, donde pueden buscarlo, tiene modo de sacar de allí a Cuba a golpes las municiones etc. que allí se le coloquen, y allí él o su agente reciba: no veo la necesidad de emplear a Poloney si se halla a Bastian, a menos que Bastian nos resulte sobre el terreno insuficiente. Definitivamente, no creo que Poloney pueda prestar más servicios que los que preste por medio de Bastian, a quien personalmente hemos tenido que buscar y emplear: Poloney no se ha mostrado desleal, pero no ofrece capacidades de un servicio seguro, ni su lugar le favorece. Úsenle sólo, si no se puede usar solo y directamente a Bastian, o si no se puede llegar a éste sino por Poloney. La goleta de Bastian probablemente no volverá a manos de Poloney. La de Poloney, y la otra si vuelve a él, y Vds. se lo preguntarán, nos pertenecen, y luego de

aparentar un poco de trato, y declarar indispensable el entrar en fondos y el usarla, pueden dar a Fco. Gómez, por carta formal a B. T. de Gómez la orden de vender una o las dos.

4

## A BENJAMÍN GUERRA Y GONZALO DE QUESADA

Montecristi, 1 de abril 1895

John Poloney  
Commission Agent  
Montecristi

Sres. B. J. Guerra y G. de Quesada  
Tesorero y Sec. del P. R. Cubano  
New York

Mis distinguidos compatriotas:

De acuerdo con el anuncio hecho a Vds. sobre la persona del señor *John Poloney*, del puerto de Montecristi, escribo a su favor esta carta de introducción a fin de que, por carta o de persona, puedan en caso necesario como está previsto, tratar con dicho señor sobre servicios relacionados especialmente con el transporte de armas, municiones, documentos y personas a Cuba en cualquiera de las *dos goletas* de la propiedad del Partido, a nombre hoy de la Señora Bernarda de Gómez,<sup>55</sup> que quedan las dos o cualquiera de ellas en manos del Señor *John Poloney*, quien las disfrutará hasta que el Partido creyese necesario disponer de otro modo de ellas.

Se recomienda por sus servicios y persona leal al Sr. Poloney y saluda afectuosamente a Vds.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

<sup>55</sup> Bernarda Toro, esposa de Máximo Gómez.

5

Cabo Haitiano, 10 de abril [1895]

Benjamín y Gonzalo:

El 1º de abril salimos para no volver. Volvemos a salir—si no llegáramos ahora, volveríamos a salir. Eso es lo que han de desear saber. Corrimos riesgo de encallar, de ser asediados en un islote sin salida, de ser clavados en él: nos salvamos del riesgo. Los detalles, no son para el papel, que puede perderse, o indicar una ruta que debe quedar cubierta, aun después de usada. El cable, no he debido usarlo, porque por él, que está vigilado o vendido, se sabría nuestro camino,—el que se torció, y el de ahora,—que aún no se sabe. Llegar, ordenar, empujar, deshacer a habilidad enérgica y con encabezamiento respetable y amable, los pocos obstáculos que nos presenten los nuestros mismos—esa es la labor, y vamos. A mi alrededor, como van viendo, todo se encariña y unifica, y ese es alivio grande. Estos días han sido útiles, y me siento creído. No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad. Quiero, y veo con creciente ternura, el sacrificio pleno y sencillo que me acompaña. No quieran que hable. Me avergüenza, y no sé. Los llevo conmigo, les digo, me veo en Vds., se lo fío todo. Del mar les escribiré,—les enviaré acaso una ayuda valiosa,—o decisiva para la empresa mayor,—ayuda de hombre. Repetir, no es necesario. Del manifiesto,<sup>56</sup> todo hace prever, por la malignidad autonomista y la benevolencia española, que es oportuno, y que será de influjo real. De prisa y bien repártanlo. Que en todas formas cunda en Cuba, no perdonen esfuerzo para esparcirlo en Cuba. De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento. Por eso, Gonzalo y Benjamín, *Patria* ha de ser ahora un periódico especialmente alto y hermoso. Antes, pudimos descuidarlo, o levantarlo a braceadas: ahora no. Ha de ser continuo, sobre las mismas líneas, afirmando con majestad lo contrario de lo que se afirma de nosotros, mostrando—en el silencio inquebrantable sobre las personas—el poco influjo real que les concedemos. A lengua sinuosa nos están batiendo: cerrémosles el camino a mejor lengua, la hermosa—por ejemplo—del artículo sobre la proclama de Massó: Sólo ese número me ha lle-

<sup>56</sup> Se refiere, desde luego, al ya citado *Manifiesto de Montecristi*.

gado desde febrero. Y en él, una pequeñez que extirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra. La guerra es grave, y nosotros, y se espera de nosotros gravedad. Fue unánime alrededor mío el deseo de que se mudase el tono leve y novicio de los comentarios. Nos quita peso. No necesitamos argüir. Decir no más, por el servicio del periódico, y la verdad corriente. Y siempre los mismos puntos principales: capacidad de Cuba para su buen gobierno, —razones de esta capacidad, — incapacidad de España para desenvolver en Cuba capacidades mayores, — decadencia fatal de Cuba, y alejamiento de sus destinos, bajo la continuación del dominio español, diferencias patentes entre las condiciones actuales de Cuba y las de las repúblicas americanas cuando la emancipación, — moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil, — afecto leal al español respetuoso — concepto claro y democrático de nuestra realidad política; y de la guerra culta con que se la ha de asegurar. Eso cada día, y en formas varias y en el periódico todo. ¿Por qué no un artículo sobre cada uno de estos puntos? O un número donde estuvieran todos ellos tratados explícitamente. Esa es buena idea. Un número para eso, sobre esos temas, que Vds. escriban, como de la casa, o que escriban y firmen varios. Me llaman. Nos vamos ya. Un abrazo fuerte. El día está hermoso. Una a una recuerdo a las mujeres, y les beso la mano. Paseen juntos a Aurora y Benjamín. Vean por Carmita buena, y por sus hijas: ¿Y Rafael? ¿Y Calixto? ¿Y Serafín? ¡Cuánto, si llego, he de hablar de Vds., con aquellos hombres, y con aquellos árboles! Adiós.

Su

J. MARTÍ

6

Messrs. B. J. Guerra  
and Gonzalo de Quesada

Dear Sirs:

I take pleasure in introducing to your gratitude and friendship Captain H. Lowe — He placed us, on the 11th. April where we wanted to be. He did this, — not alone for the interest of a poorly compensated service, — but with the care and wholesoulness of a friend. — I introduce you to him as an

intelligent and trustworthy man, fully deserving our affection and confidence, and the best terms we may accord him. He is ready and capable to lead in any of our actual undertakings. Perhaps it would be advisable to keep him with us, for a certain time at least, at a working salary, to employ his kind services in one work or another. He has with him valuable companions — his Chief Mate and Chief Engineer, — who could find employment in our fruit undertaking with Ñ punby, — or, that failing, in a shipment of provisions to any of the European Antilles, for instance, with consignment, in transit, to *M. B. Barbés & Co. — Agents, Inagua*, or in any other way Captain Lowe may suggest to you. Our goods could come disguised as provisions. — Our R. R. might come with him.

In case that you could ascertain that Captain. H. Lowe has lost his commission on *S. S. Nordstrand*, on account of this service, I authorize and direct you to pay him \$500.00.

But wath I most earnestly wish is that you can find for him, and he with us, a permanent and profitable employment. Hail him as a good friend.

Yours,

J. MARTÍ

S.S. Nordstrand. — 11th of April.

*Traducción*

Sres. B. J. Guerra  
y Gonzalo de Quesada

Estimados señores:

Tengo el gusto de presentar a vuestra gratitud y amistad al Capitán H. Loewe — él nos situó, el 11 de abril, donde deseábamos estar. Esto lo hizo, — no solamente por el interés de un servicio pobremente remunerado, — pero con el cuidado y el generoso empeño de un amigo. — Lo presento como un hombre inteligente y digno de confianza, plenamente merecedor de su afecto y confianza, y de los mejores términos que podemos ofrecerle. El está presto y capacitado para dirigir cualquiera de nuestras empresas actuales. Quizás sería aconsejable retenerlo con nosotros, al menos por algún tiempo con una iguala, utilizando sus buenos servicios en uno u otro trabajo. Junto con él están sus valiosos compañeros, — su Contramaestre y Primer Maquinista, — quienes podrían

encontrar empleo en nuestra empresa frutera con Ñ punby,<sup>57</sup> o, en caso de no efectuarse, en el embarque de provisiones a cualquiera de las Antillas Europeas, por ejemplo, en consignación, o tránsito, a *M. B. Barbes & Cia.*,—*Agentes*, Inagua, o en cualquier otro asunto que el Capitán Loewe pueda sugerirle. Nuestra mercancía pudiera venir como víveres. Nuestro R. R.<sup>58</sup> pudiera venir con él.

En caso de que Uds. se cercioren que el Capitán H. Loewe haya perdido su puesto en el vapor Nordstrand<sup>59</sup> debido a este servicio, les autorizo y encargo para pagarle \$500.00.

Pero lo que más deseo encarecidamente es que Uds. le puedan encontrar, y él encuentre con nosotros, un empleo permanente y provechoso. Salúdenlo como un buen amigo.

De Uds.

J. MARTÍ

Vapor Nordstrand, 11 de abril (1895).

7

#### A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

[Cerca de Baracoa] 15 de abril [1895]

Gonzalo, Benjamín, hermanos queridos:

En Cuba libre les escribo, al romper el sol del 15 de abril, en una vega de los montes de Baracoa. Al fondo del rancho de yaguas, en una tabla de palma sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir. Oigo hablar al General, a Paquito Borrero, a Angel Guerra, a los cincuenta valientes de la guerrilla de Félix Ruenes que salió a nuestra custodia. Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido

<sup>57</sup> Emilio Núñez.

<sup>58</sup> Horatio S. Rubens.

<sup>59</sup> Para hallar valiosos datos acerca del vapor alemán que trajo a Martí y Gómez hasta las costas de Cuba, véase el trabajo *Algunos barcos de Martí*, por Julio Morales Coello, en el libro *Divulgación Martiana*, Ediciones PATRIA, La Habana, 1953. Págs. 213-221. Consúltese también el folleto *La famosa expedición Gómez-Martí*, (1895), por el doctor Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1953, el que se da a la publicidad por primera vez, esta carta de Martí, reconociendo el gran servicio prestado por el Capitán Loewe a la causa emancipadora cubana.

avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Vds. anhelarán conocer los detalles de nuestra llegada, que hoy ya es tiempo de dar, como fue de callarlos mientras la tentativa estaba aún en riesgo y se la había de mudar a cada instante. El plan pendiente a la salida de Collazo y Manuel fracasó después de larga espera, por la negativa de los marinos. Compramos otra goleta, para mayor provecho de su Capitán Bastian, que había de llevarnos. El 1º de abril por fin salimos, a las 3 de la mañana, asaltando en los botes abandonados de la playa la goleta *Brothers* que nos esperaba afuera, y a la madrugada siguiente, andábamos en la isla inglesa de Inagua, adonde iba el Capitán para renovar sus papeles, y de allí caer por ruta muy distinta de la que ahora hemos traído. A las pocas horas, era claro que el Capitán había propalado el objeto del viaje, para que las autoridades lo redimiesen de la obligación, impidiéndonos seguir viaje. Por la mañana nos visitó la Aduana someramente: sentíamos crecer la trama: a la tarde, con minutos de aviso de Bastian, volvió la Aduana a un registro minucioso. La recibí, y gané su caballerosidad: nuestras armas podían seguir como efectos personales. Pero los marinos se habían ido: sólo uno fiel quedaba, el buen David, de las islas Turcas. No se hallaban marinos para continuar viaje. Bastian fingía contratarlos, y movía a otros a que los disuadiesen. En tanto, ya nuestra retirada estaba descubierta: por tres días, los necesarios para su llegada a Cuba, podía explicarse nuestra ausencia de Montecristi, por un viaje al interior, y ya corría el tercer día. Podía España avisada asediarnos en Inagua, en la isla infeliz y sin salida. Asomó un vapor alemán, que iba de Cuba al Cabo Haitiano; obtuve del Cónsul de Haití, Barbes, los pasaportes: y a la mañana siguiente, aquel duro Capitán, con asombro unánime, me rendía el barco, que Barbes devolvió luego a Montecristi, y los \$450 que había recibido para sí y la tripulación. Al Cabo llegamos al siguiente día, dejando ya en Inagua comprado a *Barbes* un buen bote y al favor de un recio temporal nos repartimos en grupos los seis compañeros: el General Gómez, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas, joven puro y valioso de las Villas, Marcos del Rosario, bravo dominicano negro, y yo. El 10, continuando el plan forjado en el camino, nos reembarcamos en el vapor *Nordstrand*, Capitán H. Loewe; recogimos en *Inagua* el bote, y el 11, a las 8 de la noche; negro el cielo del chubasco, vira el vapor, echan la

escala, bajamos, con gran carga de parque, y un saco con queso y galletas: y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba. Se perdió el timón, y en la costa había luces. Llevé el remo de proa. La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embargaba. Nos echamos las cargas arriba, y cubiertos de ellas, empapados, en sigilo, subimos los espinares, y pasamos las ciénagas. ¿Caíamos entre amigos o entre enemigos? Tendidos por tierra esperamos a que la madrugada entrase más, y llamamos a un bohío: decir ahora más, fuera todavía imprudente, pero antier, cuando asábamos en una parrilla improvisada la primer jutía, y ya estaba el rancho de yaguas en pie, veo saltar hombres por la vereda de la guardia: “¡Hermanos!” “¡Ah hermanos!” oigo decir, y nos vimos en brazos de la guerrilla baracoana de Félix Ruenes. Los ojos echaban luz, y el corazón se les salía. Ahora, de aquí a pocos instantes, emprenderemos la marcha, al gran trabajo, a hacer frente a la campaña de desorganización que se viene encima,—o de intento de impedir que cunda la organización,—con Martínez Campos de cabeza equivocada, y los autonomistas y cubancs fáciles de voluntario instrumento. Pero con el mismo amor y mente que hasta aquí, echaremos la campaña atrás. Vemos el riesgo, y eso ya es evitarlo. Maceo y Flor van delante, desde el 1º de abril en que desembarcaron, y creo que el “doctor Agramonte”, que de ayudante les acompaña, será Frank, que había ido con la comisión que encargué: a las dos horas del desembarco, pelearon, y se salieron de los 75 que perseguían a los 23, haciéndole un muerto y doce heridos. Adelante van ellos, y nosotros seguimos. A pie, y llegaremos, a tiempo de concertar las voluntades, parar los golpes primeros, y dar a la guerra forma y significación. Allanados parecen los obstáculos que a este fin urgente se hubieran podido presentar: el General Gómez siente hoy, tan vivamente como yo, esa primera necesidad, como medio eficaz y rápido de oponerse a la campaña inicial de reducción y localización que el enemigo va a emprender contra la guerra. Y del espíritu con que por fin entramos en esta labor, les dará muestra el incidente con que para mí se cerró el día de ayer. “General” me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el inmerecido título, y muy querido y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos: al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al General Gómez, seguido de los jefes, y me hicieron seña de que me quedase lejos. Me quedé mohíno, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube, llamándome, Angel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez, como General en Jefe, había acordado,

en consejo de Jefes, a la vez que reconocirme en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiran conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor. ¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enternecido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo. A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos. Hemos dormido en cuevas, y al monte claro: el rancho de la guerrilla, con su ama servicial y su comida caliente, ha sido un lujo. A porfía ahora, se nos muestra cariño. Uno trae su boniato amarillo, o su cabo de salchichón, o su plátano asado: otro me brinda su agua hervida con hoja de naranja y miel de abeja: otro me regala, porque oye decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja agria. Los apellidos de New York me andan dando vueltas, Rubio y Urgellez, López y Fromita. El general les habló en fila, y yo, y les quedó el alma contenta. Entre estos cincuenta, armados de buenas armas, hay un asturiano y un vizcaíno. Félix Ruenes, el jefe, es hombre de consejo y moderación, que paga en las tiendas cuanto compra y acomoda a su gente, que recorre entusiasta la jurisdicción, ganando amigos, y fatigando a las desamparadas partidas de quintos, que halan de mal grado sus fusiles Mauser. La guerrilla de Ruenes es nueva, y ya cubre como veterana sus servicios: cargan sin murmurar, comen lo que hallan, duermen por tierra, entre los plátanos: cuando supieron que estábamos aquí, seis habían caído, del primer cansancio, y se pusieron en pie, empeñados en ir. Hoy, nosotros tomamos el oeste, a las obligaciones: ellos vuelven a su jornada diaria, a levantar el campo.

¿Qué urge que hagan Vds. allá? Lo propuesto, a fin de que lleguen los que faltan, y más armas,—el arreglo del servicio de armas y parque, sobre todo ahora que el parque de Mauser no sirve a lo nuestro,—y la guía de las ideas, de modo que encajen, sin cansarse de repetir, con las dos declaraciones esenciales sobre que ha de girar nuestra campaña: 1ª, entramos a combatir con el conocimiento de la tentativa inútil de desorganización, por promesas nulas y estancamiento de la guerra que se nos pre-

para, y la desdeñamos, sin inquietud, abiertos sólo a la independencia absoluta; 2ª, la guerra nace desde sus arranques con tal carácter de gobierno y durabilidad, y con tal e igual respeto a las exigencias del culto y a la justicia con el humilde, al ideal intacto y a la realidad que lo logra, que sin asesinato verdadero e inútil, y deshonroso para los asesinos, no podrán los cubanos, y sobre todo los que se precien de revolucionarios, dejar abandonada esta guerra de composición y previsión, de olvido de todas las injurias y paciencia para todas las debilidades. Me vienen a decir que sale un grupo a armar fuego, con una partida de españoles que anda cerca. Lo esencial, pues, es que se deshaga la nueva conseja: que la guerra quedará abandonada por falta de extensión en la Isla. Y a este peligro, a esta lentitud del Camagüey, respondan Vds. con muestra continua, y siempre respetuosa a los lentos, de la dignidad y alto carácter de la guerra, y, lo que importa más, con la ostentación, hoy indispensable, la ostentación también continua, con un pretexto u otro, de la voluntad de las emigraciones a ayudar la guerra comenzada hasfá acabar. Ante esta resolución, cederán otras. Ahora, en cuanto a armas, se facilitará su introducción, en cuanto podamos fijar lugares de recibo. Goletas de tránsito, con carga disfrazada de provisiones, pueden dejarla en la costa del Sur o el Norte de Baracoa, hoy por hoy, y venir con ella algún baracoano, para que se desenvuelva entre su gente, y venga a salvar la carga Félix Ruenes. El disfraz es por si detienen la goleta ajena. Lo mejor, lo único seguro, es la goleta propia. El práctico Vargas está en Nassau. Véanlo. O algún otro Capitán nuestro. Puede pasar por Inagua, como provisiones en tránsito, que allí no registran, consignando algo al paso (un poco de maderas) a M. Barbes & Co., y de allí caer de una bordada sobre la isla, con 10 ó 20 hombres, esconder la carga, y luego volver por ella. Para Baracoa, hay otro medio: he escrito al tibio Svu, amigo de *Fromita* el de Filadelfia, a que compre 100 rifles, por medio de Vds., y se los dé a traer, o diga, por *Fromita* o por otro, cómo pueden venir en algunos de los vapores que vienen a él. Lo cierto es esto: aquí habría tantos cubanos alzados como armas llegasen.

Y a otra cosa hay que atender. A la campaña primera española, la campaña política, para reducir la guerra—a que hemos de oponer la habilidad enérgica adentro y Vds. afuera la resolución ferviente y ostentosa de ayudar,—sucederá, con la ira del fracaso y el ímpetu de la desesperación, una campaña de fuerza, ruda y corta, a la que Vds. allá han de estar preparados. Empuje contra empuje. Sólo empleen lo

indispensable, y abran vías para esa gran arremetida, la arremetida decisiva. Yo haré cuanto me dejen hacer. Si no se me compele, ni me compele mi deber, a volver allá, con los hechos de aquí veré de abrirles grandes fuentes allá, dos o tres buenas fuentes. Pediré de limosna el buen día de trabajo. Basta, ordenándolo bien. Mil armas más, y parque para un año, y hemos vencido. Pero hay que pensar incesantemente en el modo de repeler con un buen empuje esa campaña de fuerza.

De cuanto digo, nada publiquen que pueda denunciar el camino que trajimos ni a los que nos sirvieron. Al Capitán *Loewe* di una carta justa, y él les puede servir: sólo en el caso indudable, e improbable, de que hubiese perdido su situación por nuestra culpa, le ofrecí \$500 más: recibió, para él y los suyos, \$680. Gente, hubiera podido venir mucha nuestra de Sto. Domingo; pero la vigilancia extrema nos obligaba a no salir, o salir como lo hemos hecho. Si hay que publicar, compongan el relato vivamente, con lo que va dicho, sin descubrir el camino. El hecho, el júbilo cubano, la victoria sobre España, la acción rápida y luminosa—y basta: los seis hombres, repecho arriba. Allá medirán lo que conviene. Aquí incluyo carta, del General, que pondrán enseguida en camino,—y de Borrero, de alma angélica, a sus hijas,—y acaso incluiré, en sobre aparte, las proclamas de Borrero y Ruenes, y los nombres de la guerrilla, que ahí publicarán con todo honor. De ahí ¿habrán podido salir,—o saldrán ahora al ver cómo se llega,—Collazo, Serafín y Roloff, Rodríguez? ¿Qué de Calixto,<sup>60</sup> y de Céspedes?<sup>61</sup> En Vds. me miro y me fio. ¡Qué recordarlos, calladamente, en la alegre dificultad de las lomas, o cuando el General, con su hermosa sonrisa de fatiga, se volvía a hablarme de Gonzalo y de Guerra, o acostado cama a cama, sobre las hojas que cariñosamente había cortado para mí, pensábamos en los ausentes, y en New York! Se habla poco, y se ama mucho. El alma crece y se suaviza en el desinterés y en el peligro. Ya me acortan el tiempo, y debo acabar. Junten bien, y a constante altura, la acción de Vds. con la nuestra. Descabecen la intriga de ahora. Prepárense a la campaña de fuerza. No intenten expediciones de hombres, sino de armas y parque; con poca custodia. Mandados hacer están para eso—armas y parque y 10 hombres cada vez—los vapores de *Hatton*. Magnífico y posible sería que tomase de Capitán, 1º y 2º contramaestre y maquinista, con triple o cuádruple sueldo del que tienen, a los buenos

<sup>60</sup> Calixto García Iñiguez.

<sup>61</sup> Carlos Manuel de Céspedes y Quesada.

amigos del vapor *Nordstrand*, que se harán conocer de Vds. Así, con vapor de paso natural, que dejaría al ir o al volver, y con tripulación nuestra ¿quién peligra? Trabajen recio en esa combinación: Que en cada grupo venga alguien hecho a la manigua. No dejen, sobre todo, de la mano los trabajos encaminados a enseñar con su carácter firme, ordenado, y decidido a avanzar, a la revolución:—corten a sus enemigos la esperanza de hacerla atrás: vean, y aplaudan, la nobleza con que se juntan, sin más idea que el bien patrio inmediato y entero, las fuerzas diversas, viejas y nuevas de la revolución:—graben en su corazón la hermandad y ternura con que estas manos gloriosas reciben y cuidan al soldado recién venido:—quíeranme mucho al viejo general:—y llenos de orgullo justo, y fe merecida, en la bravura y decisión de su pueblo, adivinen la felicidad que inunda, sin más tristeza que la de ver lejos a las almas queridas, a su

JOSÉ MARTÍ

A Tomás Estrada:<sup>62</sup>

En estos campos suyos, únicos en que al fin me he sentido entero y feliz, por todas partes veo al hombre invicto que lleva íntegra en el carácter toda la honra de su país. Vamos a marchar, a encararnos con las dificultades, a resistir la primera campaña de estancamiento e intriga. Como a padre lo ven a Vd. Benjamín y Gonzalo, y como de padre le oirán el consejo, para ayudarnos a resistir de allá esta campaña. Aquí con nuestros actos, tan hábiles y completos como hoy los requiere el país, les daremos apoyo para sus declaraciones y esfuerzos. Ya entró en mí la luz, Estrada, y la salud que fuera de este honor buscaba en vano. El honor es la dicha y la fuerza. Pero no me abandono al júbilo mezquino; sino que trabajo rudamente en él, sin tiempo, en días enteros, para alzar la cabeza a las palmas. Me alegro sólo de mi dicha, porque me da fuerza pública. Del General bueno y querido, ya ve los tiernos cuidados. No me cuida él a mí más que yo a él. Me pesaba por las lomas su carga, como a él la mía. Brioso y jovial repechaba, con la carga de tres soldados, estas alturas. Más joven va que el más joven. Ve el grave caso político, y lo encararemos felizmente. Se le ve la frente

<sup>62</sup> Tomás Estrada Palma. Esta carta está escrita en la última hoja y a continuación de la anterior, y se incluye aquí por estar directamente relacionada con ella.

llena ya del pensamiento de recoger y arremeter. Es gran gozo, vivir entre hombres en la hora de su grandeza. Me levantan, a seguir. Aquí, con el sol de Cuba, saludo su casa.

Su

J. MARTÍ

8

AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ

Campamento de Filipinas, abril 25 de 1895

Sr. General Bartolomé Masó.

C. General:

Al unirnos al fin, después de dos meses de asiduos esfuerzos, con las fuerzas cubanas, en los instantes mismos en que el general José Maceo rechazaba en una enérgica función de armas al enemigo, nos es especialmente grato, en el primer descanso forzoso y brevísimo para el trabajo de organización saludar a Vd., y en Vd. al patriotismo inflexible; y a sus generosos compañeros y valientes fuerzas, y anunciarle que inmediatamente nos ponemos en camino hacia ese territorio, a fin de no perder instante en el cumplimiento del urgentísimo deber de fijar con el mismo brío por Vd. ya demostrado, el carácter irrevocable de la guerra, y tomar todas las medidas necesarias a su eficacia y rápida extensión. Sólo plácemes podemos tener para la actividad militar de las fuerzas bajo su mando, la noble moderación con que Vd. ha conducido las operaciones, y la terminante resolución con que rechazó Vd. la tentativa nula y pueril de abatir nuestras armas, para algo menos que para afirmar la independencia absoluta, sin la que jamás habría trabajo ni honor en nuestra tierra.

Grande ha sido nuestro gozo al ver animados de igual espíritu, y favorecidos con el respeto y ayuda de su comarca, a las fuerzas que ya operan felizmente en esta jurisdicción; y el gozo es aún mayor al observar la completa unidad de espíritu y concepto que sobre los fines y métodos de la guerra observamos desde el instante en que caímos en brazos de las fuerzas de Baracoa. Es legítima la esperanza de que con esta dichosa armonía de conceptos, y la composición continua y activa de los elementos de combate decidido adentro, y de reposición oportuna afuera, tardemos poco en vencer, con una guerra enérgica y respetable, a un

enemigo que ni en la Isla ni afuera tiene elementos suficientes para el largo sostenimiento de sus largas y costosas campañas, no ya para la victoria.

Esta carta sólo precederá unos cuantos días a nuestra llegada a la comarca donde ha sabido Vd., en corto tiempo, con nuevo lauro para su historia, desenvolver a la vez los dos caracteres que salvarán la guerra y la harán corta:—la actividad y la nobleza. Y el sumo cuidado y enérgica repulsa de los ardidés con que quisiera acorralar o perturbar la guerra el enemigo.

Con las más afectuosa consideración, y el más vivo deseo de vernos cerca de Vd., lo saludamos, y en Vd. a sus compañeros y fuerzas.

JOSÉ MARTÍ

M. GÓMEZ

P. D.—Incluimos a Vd. para que se sirva darle curso en las fuerzas de su mando, la orden razonada de castigo de toda propuesta de sumisión, concebida en el mismo espíritu de que con su vida y recientes determinaciones ha dado Vd. prueba previa. Las tentativas ya visibles, y reanudadas estos días en Occidente, del enemigo, imponen, sin pérdida de tiempo, esa formal declaración.

9

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

José Lloret Martínez

Particular

[Cerca de Guantánamo] 26 de abril [1895]

Gonzalo y Benjamín: En breve espacio, y al pie del caballo mensajero, he de decirles lo que más importa, desde mi carta del 15, en los montes de Baracoa, que espero hayan recibido: no así, por lo que ya sé. Otra de allá, dos días más tarde, que llevaba un saludo a la emigración, y una carta a Fermín, que acaso ande por otros rumbos, y debiera caer por el suyo de Baracoa. Lo definitivo e imperante es esto: *armas y pronto*, es lo único que aquí se necesita: ¿qué hacen los hermanos? ¿qué vía han abierto? Las remesas se pierden si no vienen con custodia suficiente, poca y escogida, y gente del lugar a donde se caiga: o si no traen

un *práctico* que al llegar, por lado más o lado menos, no se interne a buscar auxilio, mientras la poca y escogida fuerza de custodia permanece oculta con provisiones suficientes. Estamos a lo dicho: ahora preparo—con \$2,500 lo pueden hacer, y acaso reciban \$1,000 de Svú—una entrada por la comarca de *Baracoa*, si puedo enviarles *práctico*. En *Goleta*, si la tenemos: en el plan de *Hatton*, aun sin el *práctico* etc., siempre que venga con la gente, de mi escolta y la de Guerrillas de Maceo, que son de la tierra.—*López* etc.,—esperados con ansia y fe en su comarca. Ahí podía venir F.<sup>63</sup> No manden nada más que *armas*, y *parque*. Para esto, \$150. Y con la fuerza de eso, salta toda la comarca impaciente. ¡Qué inquietud, no saber lo que hacen, ni con lo que cuentan! Recuerden: a *goleta* propia, bien consignada, a *Barbes* en *Inagua*, y de ahí,—luego de enviar algo aparente para él, en carga disfrazada para algún punto que exija paso franco por el *lado sur*, y vaciar carga y custodios y *práctico* etc., de una picada—o lo que se pueda arreglar con *Hatton*, y acaso con el del *Nordstrand*, o el del que trajo a *Maceo*, que ha debido ir a verles. De este último fueron muchas las penalidades y pérdidas, y sufro al oír decir que fue porque no llegaron, como dicen que pudieron, las armas pedidas a Vd. por vía segura: ¿qué fue hermano? En suma, voy condensando métodos, y ahora sólo indico. La campaña inmediata de ordenación parece que será realizada sin tropiezo, y de modo viable y satisfactorio. Después de 13 días de avance riesgoso de los 6 hombres, cuyo arribo feliz y primer salvación conté a Vds. en carta de Baracoa del 15, 13 días bellos y recios, a pie, en las entrañas de los más altos montes de Cuba, descanso en este instante, a la hora del silencio, en el campamento, de más de 300 hombres fuertes, de José Maceo. Y mañana, a camino. No reposo hasta no acabar. Al salir de los montes, caímos en brazos de la gente de José, que iba en su busca. Del monte oíamos el gran tiroteo: afuera, con sus fuerzas bisoñas, José rechazaba a pecho limpio, en camino abierto, a una recia tropa española, que se retiró al pueblo, con 25 heridos y 6 bajas: nosotros, 4 muertos y 4 heridos. No es horrible la sangre del campo de batalla. La gente jubilosa, a caballo y a pie,—allí por primera vez montamos,—la gente que a las 12 de la noche anterior había salido a buscar carnos, y peleó, sin almorzar, 2 horas reñidas, anduvo 8 horas más, rotos los pies, sonriente el rostro, por entre espinares, por entre cañaverales: En 24 horas, sin comer, 21 leguas y dos horas de combate. Y de ayudantes, al pie de jefes negros, jóvenes armados de lo mejor de

<sup>63</sup> Debe ser Fermín Valdés Domínguez.

Santiago de Cuba. ¿Pintaré el orgullo que rebosa de mis ojos, la calma y fe de estas fuerzas, su seguridad de la victoria? Los veteranos confiesan todos que jamás recibieron del país ayuda semejante,—que esto es más paseo que conquista, en cuanto a provisiones y afecto,—que con *armas* a tiempo, arrollarian, como ya hoy rechazan triunfantes, a la tropa *escasa*, y de poca voluntad. Hay 8,000 hombres en el campo, bien armados en su mayoría. Y el alma es pura, impetuosa, alegre, alma de marcha. Esta vez, la guerra no se acorrala. Y siempre nos dará tiempo sobrado, y crédito sobrado, a traerle lo que ella necesita, si antes no se lo gana, como hace. Todo aquí, cogido a combate al enemigo: de un copo, al principio, 200 armas: el 21, en San Ramón de las Yaguas, 60, y 16 muertos y más de 30 heridos españoles;—nosotros, un muerto, tres heridos—;ah! y 60 prisioneros españoles.

Sobre ordenación, creo que en plazo muy breve quedará hecho cordialmente lo que se debe. Y atrás, de un grito unánime, toda tentativa de componenda, Quien la traiga, se acaba.

Mausers,—y ya tenemos muchos,—sólo alcanzaron para 5 batallones, y sólo 50,000 tiros. Los quintos y oficialidad menor, republicana y reacia. M. Campos, aquí, y trajo sólo 700 hombres, casi inútiles.

G.<sup>64</sup> y yo recibidos con gran cariño. Sujeto mi natural, por no parecer solicitante. Pero anoche, luego de 2 días de marcha y vela, a la madrugada, curaba los heridos. Lean mi carta a Carmita.

10

A FÉLIX RUENES<sup>65</sup>

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO  
LIBERTADOR

26 de abril de 1895

C. Teniente Coronel Félix Ruenes  
Jefe de Operaciones de la Jurisdicción de Baracoa

C. Teniente Coronel:

La revolución, ya vigorosa y potente, requiere para desenvolver toda su energía, que sin demora decidan los cubanos que la componen tal

<sup>64</sup> El general Gómez.

<sup>65</sup> Del presente documento inédito, cuya publicación se debe a la cortesía del Dr. Benigno Souza, sólo existe un borrador de puño y letra de Martí. En él se pone de manifiesto la preocupación constante de Martí de dotar a Cuba—aun en plena guerra de independencia—de un gobierno civil.

cual debe ser la representación que con toda autoridad legal pueda hablar en su nombre, y acordar, y empezar a ejecutar inmediatamente, los planes que han de conducir, con el tacto y la energía a la victoria.

Los poderes creados por el Partido Revolucionario Cubano, al entrar éste en las condiciones más vastas y distintas en que le pone la guerra en el país, deben acudir al país y demandarle, como lo hace, que dé al gobierno que lo ha de regir formas adecuadas a las nuevas condiciones.

El Partido Revolucionario Cubano, acude, pues, a todo el pueblo cubano revolucionario visible, y con derecho a elección, que en el pueblo alzado en armas, y a cada comarca de él pide un representante, para que reunidos, sin pérdidas de tiempo, los de las comarcas todas acuerden la forma hábil y solemne de gobierno que en sus actuales condiciones debe darse la revolución.

Invitamos a Ud., pues, formalmente a cumplir este deber supremo, enviando desde ahí enseguida a Manzanillo, donde a la fecha se halle el General Bartolomé Masó, el representante que los cubanos revolucionarios de Baracoa envíen a la Asamblea de Delegados que allí se reunirá; y en caso de ser imposible o difícil el viaje inmediato de un representante que hubiese de salir de ahí, nombre de allí su fuerza, persona de su confianza en estas jurisdicciones que acuda a la Asamblea a representar a Baracoa.

En la seguridad de que el representante de Baracoa contribuirá al mayor acierto y a la feliz armonía de la Asamblea, saludan a Uds., y en Ud.

El Delegado

El General en Jefe

11

CIRCULAR A LOS JEFES

Cuartel General en Campaña

La Isla de Cuba, en virtud del trabajo general y respetuoso que inició el Partido Revolucionario Cubano, se ha levantado de su libre voluntad después de largo y previo acuerdo con el apoyo ordenado del

exterior, para conquistar, con una guerra enemiga de la devastación innecesaria y de la violencia inútil, su independencia absoluta de la dominación española.

Jamás la revolución que ha estallado en Cuba pensó en admitir ni en oír siquiera,—por la incapacidad radical de España y por la insuficiencia patente para Cuba del mayor extremo de libertad española,—proposición alguna de España, directa o indirecta, que tendiese a abatir las armas cubanas con algo menos que con el reconocimiento de la independencia del país.

Cuantos brazos se han alzado para extirpar el gobierno extranjero, han firmado antes la obligación de sustentar, hasta caer, la guerra por la independencia definitiva.

Un pueblo americano como Cuba, con carácter y elementos de vida propios, capaz de gobernarse por la cultura y laboriosidad de sus hijos, y unificados después de la esclavitud en el sacrificio de la guerra, no puede continuar en la servidumbre innecesaria de un pueblo lejano como el español, de espíritu diverso, abocado a una división próxima y cuya viciosa existencia nacional depende principalmente de la explotación pública y secreta de nuestra Isla.

Meros cambios del nombre de los Consejos españoles del gobierno en Cuba, ni ninguna otra reforma, pueden mudar el hecho innegable de la absoluta ineptitud de España para privarse de los recursos pingües que por vías públicas o individuales, tan corrompidas como corruptoras, deriva de la Isla.

La ayuda lamentable de un grupo escaso de cubanos al propósito español de reducir o localizar la guerra suponiéndola, por labios serviciales de hijos del país, tendencias locales o de otra especie indignas de refutación, y radicalmente diversas del espíritu vasto y grandioso que le conocen de sobra los que de público lo niegan, no es más que un error tan punible como será oportuno el arrepentimiento de él, o la resistencia natural, y siempre arrollada, de los hombres tímidos al sacrificio, y de los hombres egoístas a los deberes de la humanidad.

Ni el gobierno de España, ni nadie en su nombre, puede ofrecer sinceramente a Cuba concesiones que España por su Constitución nacional, no puede confirmar, que en su mayor extensión no bastarían a las dotes superiores y al grado de desarrollo del país, y que sólo con indignación, y como insulto verdadero, puede oír la dignidad cubana.

La guerra por la independencia de un pueblo útil y por el decoro de los hombres vejados, es una guerra sagrada, y la creación del pueblo

libre que con ella se conquista es un servicio universal. El que pretende detener con engaño la guerra de independencia, comete un crimen.

En esta virtud, la Revolución, por sus representantes electos, vigentes hasta que ella se dé nuevos poderes, en descargo de su deber íntimo a Vd. que en el caso de que en cualquier forma y por cualquier persona se le presenten proposiciones de rendición, cesación de hostilidades o arreglo que no sea el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba,—cuyas proposiciones ofensivas y nulas no pueden ser más que un ardid de guerra para aislar o perturbar la Revolución,—castigue Vd. sumariamente este delito con la pena asignada a los traidores a la Patria.

Saludan a Vd. y a las fuerzas a su mando en Patria y Libertad.

El Delegado

JOSÉ MARTÍ

26 de abril de 1895

El General en Jefe

MÁXIMO GÓMEZ

12

CUARTEL GENERAL DEL  
EJÉRCITO LIBERTADOR

Señor...

Señor y amigo:

La majestad e ideal hermoso de justicia, de la revolución de independencia que ha estallado en Cuba, con bases y raíces que no le permitirán morir, exige de los que firmamos, sus representantes electos, el cumplimiento del deber de invitar a las personas representativas de cada comarca, bien sean hijos de España o de Cuba, a ayudar con su cordura y con su servicio previsor, al orden y al triunfo breve de una guerra que aspira a conseguir, por medios generosos y sin devastación inútil, la emancipación de Cuba, como único medio de poner a cubanos y españoles en condiciones de desenvolverse en la paz de la libertad, y con la energía del decoro satisfecho, el país que hoy languidece sacrificado a la necesidad que España tiene de pagar con los rendimientos de Cuba, las obligaciones de nación que no puede pagar por sí, y los vicios crecientes de su política. Cuba está madura para su entrada en el mundo trabajador, y debe emplear en su desarrollo los caudales que hoy paga al desgobierno que la corrompe. Cuba debe redimirse de una vez para siempre, de la vida de inseguridad y desconfianza que impide

la concordia de los hombres y el trabajo de la riqueza de su suelo maravilloso. Semejante guerra, compuesta de modo que después de ella puedan vivir en amistad, y en su bienestar respetados, cubanos y españoles, tiene derecho a que los hombres de buen sentido y de verdadero amor al país, coadyuven a su éxito rápido, y contribuyan por métodos prudentes, a la satisfacción justa de las necesidades de la guerra, al orden de la Revolución que, en caso contrario, habría de atender con el exceso de la cólera, a su ley apremiante de existencia.

Jamás intentos más puros movieron el brazo de los hombres, ni se hizo nunca guerra que reúna en igual grado, a la voluntad inquebrantable de vencer, la ausencia completa de odio. Los hombres buenos, y aun los que no sean más que sagaces, entenderán que ante tal determinación es más honroso y útil tomar puesto en la República futura, por el servicio a tiempo prestado, que pasar por la guerra y asistir a su victoria, con la señal de haberla ofendido sin razón, o desatendido cuando se la pudo atender.

El orden revolucionario de esta comarca queda encargado tanto a la moderación y respeto de los jefes, que no excluirán la mayor energía en sus operaciones, como al tacto de las personas de representación, que ayudarán con sus servicios oportunos al comedimiento y benevolencia de la guerra, en vez de provocarla con su oposición injusta o irritarla con el penoso espectáculo de que los mismos que auxilian a sus enemigos, ven indiferentes su generosidad y abnegación.

Son de Vd.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

El General en Jefe  
MÁXIMO GÓMEZ

26 de abril de 1895

13

#### AL AGENTE CONSULAR DEL GOBIERNO BRITÁNICO

Guantánamo, abril 27th. 1895

To the Consular Agent  
of the British Government  
Guantánamo

Sir:

Having heard, at my arrival at the field of war at Guantánamo, as the actual representative of the Cuban Revolutionary Party, of a sad

accident of which the victim was a British subject, a sailor of the *Schr. "Honor"*, I deemed it my duty proceed to a full inquest of the facts of the case, which I herein beg you to place in the hands of the Foreign Office at London.

The high ideal presiding the Cuban revolution, aimed at no less an object than the building of a safe and prosperous Republic, fully open to the industry of the world and deserving its respects and sympathy, could not admit, but punish any transgression of moral law and international respect on the part of its upholders.—The rights of war must be exercised, but to the end of avoiding censurable disorder and useless devastation.

As the means to secure further confirmation of the accidental death of the sailor from the Schooner "*Honor*" the details of which you will find by perusing the communication to the Foreign Office, I beg you to ask in my name, if feasible a full testimony of the case from Patricio Corona, the casual author of this death and Alberto Boix, Frank Agramonte and Manuel Granda, all of them prisoners of war at Guantánamo, who witnessed the unhappy accident.

I take advantage of this opportunity to show you immediate proof of the principles of morality and international respect by which our just war for liberty shall be inflexibly guided and to offer you the testimony of my personal consideration.

I remain, Sir,

Your humble servant  
JOSÉ MARTÍ

The Delegate of the Cuban  
Revolutionary Party

*Traducción*

Guantánamo, abril 27 de 1895

Al Agente Consular del Gobierno Británico  
Guantánamo

Señor:

Enterado a mi llegada al campamento de Guantánamo en mi calidad de representante del Partido Revolucionario Cubano, de un accidente de que fue víctima un súbdito británico, un marinero de la goleta *Honor*,

consideré mi deber abrir una investigación de los hechos, que le suplico por la presente, ponga Vd. en manos del Departamento de Relaciones Exteriores de Londres.

Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, abierta a la laboriosidad del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar, antes bien tienen que castigar, la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores. Hay que ejercer los derechos de guerra, pero para evitar desórdenes censurable y devastaciones inútiles.

Con el fin de conseguir otra confirmación de la muerte accidental del marinero de la goleta *Honor*, cuyos detalles hallará Vd., si lee la comunicación dirigida al Departamento de Relaciones Exteriores, le ruego, si esto es viable, pida en mi nombre un testimonio completo del caso a Patricio Corona, autor casual de la susodicha muerte, y a Alberto Boix, Frank Agramonte y Manuel Granda, todos ellos prisioneros de guerra en Guantánamo, quienes presenciaron el lamentable accidente.

Aprovecho esta oportunidad para darle prueba inmediata de los principios de moralidad y respeto internacional por los que se regirá inflexiblemente nuestra justa lucha por la libertad y para ofrecerle el testimonio de mi personal consideración.

Quedo de Vd. humilde servidor

JOSÉ MARTÍ

Delegado del Partido  
Revolucionario Cubano

14

## CIRCULAR

### POLÍTICA DE LA GUERRA

CUARTEL GENERAL DEL  
EJÉRCITO LIBERTADOR

Abril 28 de 1895

La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español.

Con quien ha de ser inexorable la guerra, luego de probarse inútilmente la tentativa de atraerlo, es con el enemigo, español o cubano, que preste servicio activo contra la Revolución. Al español neutral, se le tratará con benignidad, aun cuando no sea efectivo su servicio a la Revolución.

Todos los actos y palabras de ésta deben ir inspirados en el pensamiento de dar al español la confianza de que podrá vivir tranquilo en Cuba, después de la paz.

A los cubanos tímidos y a los que más por cobardía que por maldad, protesten contra la Revolución, se les responderá con energía a las ideas, pero no se les lastimarán las personas, a fin de tenerles siempre abierto el camino hacia la Revolución, de la que de otro modo huirían, por el temor de ser castigados por ella.

A los soldados quintos se les ha de atraer, mostrándoles compasión verdadera por haber de atacarlos, cuando los más de ellos son liberales como nosotros y pueden ser recibidos en nuestras fuerzas con cariño.

A los prisioneros, en términos de prudencia, se les devolverá vivos y agradecidos.

A nuestras fuerzas se las tratará de manera que se vaya fomentando en ellas, a la vez, la disciplina estricta y el decoro de hombres, que es el que da fuerza y razón al soldado de la Libertad para pelear; no se perderá ocasión de explicarles en arengas y conversaciones, el espíritu fraternal de la guerra; los beneficios que el cubano obtendrá con la Independencia, y la incapacidad de España para mejorar la condición de Cuba y para vencernos.

En cuanto a las propiedades, se respetarán todas aquellas que nos respeten, y sólo se destruirán, después de anuncios reiterados y de la prueba completa de su hostilidad, aquellas de que se sirva o asile habitualmente el enemigo: o alberguen al cubano que hace armas contra la Revolución.

El desarrollo de la guerra irá precisando más en este punto, la benevolencia o el rigor: por hoy, la regla ha de ser servirse de los auxilios de los propietarios, para las necesidades legítimas de la Guerra, de alimentación, vestuario, y en casos posibles, de armas y parque.

La guerra se debe mantener del país; pero no debe exigirle más de lo necesario para mantenerse, salvo en los casos probados de que se preste mayor o igual auxilio al enemigo, del prestado a la Revolución.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

El General en Jefe  
MÁXIMO GÓMEZ

15

## A LUIS RIVERA

[Campamento General en Campaña,  
30 de abril de 1895]

Comandante Luis Rivera

Mi amigo y señor:

La vida de la libertad afina en el hombre los sentimientos delicados, y de éstos ninguno es más bello que la simpatía de las ideas generosas entre dos hombres capaces de amar la virtud y el sacrificio. En la dicha de este campo libre, donde la abnegación funde a los hombres y la muerte no causa espanto, saluda a Vd. con fe justa en la independencia de la patria, su amigo,

JOSÉ MARTÍ

16

## A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

Cuartel General en Campaña

Filipinas, Jurisdicción de Guantánamo, 30 de abril de 1895

Gonzalo y Benjamín:

En las sombras de una segunda noche de continua vela, y en las ancas de la batalla victoriosa de José Maceo sobre las fuerzas mejores e insolentes de Guantánamo, escribí a Vds. mi carta segunda. La primera fue desde las cercanías de Baracoa. Para esta tercera se presenta ahora urgente oportunidad, y la aprovecho. ¿Qué no les diría? ¿Cómo no procuraría, aunque en vano, poner en palabras la serenidad que dan a mi espíritu, a pocas leguas de Guantánamo acobardada, las pruebas continuas que presencia de la amorosa y extensa acogida del país a la revolución. la fe en el triunfo de los pequeños y grandes de la guerra, la sorpresa de los veteranos ante la mayor benevolencia que hoy hallan en el país, la llegada constante de mensajeros de un pueblo que quiere

salir, de un armamento que se ofrece, de un grupo de tal o cual ciudad que pide campo, de Cebreco<sup>66</sup> el buen jefe, que se salvó de la penosa expedición de Maceo? Ya no hay Flor, de un balazo en el pecho; y Frank Agramonte y cinco más, están presos en Guantánamo. Pero José Maceo, a los tres días de llegar, de su soledad de once días en los pinares fríos, revuela y despedaza a las escuadras. Antonio Maceo no sabe cómo darse manos a ordenar sus 6,000 hombres. Y nosotros, a caballo, recogiendo y sembrando, a llegar pronto a Masó,<sup>67</sup>—y más allá,— a darnos forma, para mayor autoridad y presteza, y en plena forma de ley, a fijar la unidad, generosidad e incorruptibilidad de la guerra. ¿Los que somos, aquí alrededor? A las puertas de Cuba está Luis Bonne, veterano sagaz y organizador, con gente hecha y certera; por Cambute está Alfonso Gonlet, con su fuerza brillante, de 300 hombres, a las puertas de Guantánamo anda Pedro Pérez, a pie, con su bastón y su jolongo, benévolo e intenso, con su gentío como de hijos, y no menos de 200; Planas fue de núcleo con Antonio Maceo, con 200 más; Victoriano Garzón: cubano negro de fino corazón y bravura inspiradora, pulcro de hechos y traje, manda a 300. Y hoy, a mis ojos, de aquí y de allá, en el mismo día de hoy, salen cien más. ¿Monturas? Tomadas a la guardia civil. ¿Armas? Las pocas propias que empezaron, y las más, del enemigo. ¿Y fuera de aquí, más allá de Antonio Maceo, más arriba? La caballería triunfante de Guerra, los miles intactos de Masó, las Tunas y Holguín bien encendidos, y más ahora que les van Borrero y Guerra, y cuantas noticias indican que ya el fuego sale, o ha salido, a flor de tierra, en el Camagüey: nadie podrá sentarse sobre él. ¿Y de nuestros actos? Por los documentos incluso verán que no he levantado de mi tablón de palma la cabeza: lean, y publiquen, la circular sobre traidores, que, faltos aún de autoridad mayor, y necesitados de hacer, debió ser a la vez manifiesto y sentencia: lean la circular a los Hacendados; la carta a hombres prominentes, la citación para la Asamblea de Delegados de todo el pueblo cubano visible, para elegir el gobierno adecuado a las condiciones nacientes y expansivas de la revolución. ¿Acuerdo real, y honradez? Tantas que mi más puntillosa conciencia buscaría en balde una causa de pena o de censura, o un deseo de forma o fondo que no estuviese satisfecho. Con mimo, más que con cariño, trata al Delegado el General en Jefe, y el hombre al hombre, y de sí propio ha ido cuajando el pensamiento natural, que es

<sup>66</sup> Agustín Cebreco.

<sup>67</sup> Bartolomé Masó.

el de reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos, sin considerarse totales y definitivos, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república, y viables, por no salirse de la realidad, y contener a un tiempo la actual y la venidera. Pero pudiese llegar a Vds. la convocatoria a la Asamblea antes de que se efectuase, y de esto no ha de publicarse sino el hecho de que el Delegado y el General en Jefe, en su carácter y obligación de representantes electos del P. R. C. convocan la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario para que él acuerde y elija el gobierno, adecuado a las condiciones actuales, que lo ha de regir. Y a fin de aliviar penas y disminuir hostilidades, y quitar razón a todo argumento de personalidad o apariencia de reparto, las cosas van naturalmente movidas de manera que acaso el gobierno se pueda componer de modo que reúna diversas personas, y unidad de dirección, y sólo dure en su forma primera lo que él y los sucesos tarden en sacar más país, y todas las fuerzas revolucionarias, a la revolución. Y hasta aquí ¡qué ternura! Doblado a la faena, ni para pasear el campamento una vez he tenido lugar, y junto no lo he visto sino en la marcha de la victoria, o ayer, cuando a sol pleno, se le llamó a oír lista de empleos, y a que le hablásemos: pero es como bálsamo y espíritu, o palmas de mano, lo que siento alrededor de mí. Ni se nota divorcio de mentes, ni agrio de almas, ni gocé nunca de tanta paz y dicha. Ahora, a vivo mediodía, los pájaros cantan, los ayudantes discuten planes y calculan fuerzas en el colgadizo; al pie de un anoncillo, que se ve por el sol de mi puerta, sentados en piedras o echados de bruces, habla un grupo, de rifle y canana, sobre balas y heridas; copian afanosos mis cartas y notas, en una mesa de tablonés, el bravo y modesto Mariano Sánchez, hijo de Urbano Sánchez Echeverría, el prudente y vivaz Rafael Portuondo, hermano de Ventura, Eduardo Domínguez, Capitán marcial y fino, que era Alcalde en las Minas, César Salas, manso y valiente, de buena casa villareña, y Ramón Garriga y Cuevas, a quien tenía su gente en New York por áspero y travieso, y hallo aquí de Ayudante ágil y denodado de Luis Bonne, y tan suave y útil, y tan junto a mí, que ya se va conmigo, enamorado del trabajo. ¿Y no admiran conmigo,—tanto como esta paz de alma, y el sacrificio alegre de nuestro pueblo, y el pensamiento uno y cortés,—a estos mozos de la alta ciudad, a Portuondo, el abogado brillante de Santiago de Cuba, en cuyos brazos de Ayudante murió de enfermedad Guillermo Moncada, a Sánchez, ingeniero de veras y hombre de privilegio, y capitán ahora, sencillo y contento, del caba-

llero negro, de Victoriano Garzón? Así es Cuba, amigos, y por eso podemos ser libres, sólo que en esto, como en todo, sólo ven y proclaman la virtud los que son capaces de ella.

En lo que urge que nos pongamos absolutamente de acuerdo es en la especie de servicio que aquí se necesita verdaderamente, y en el modo de atenderlo con el menor gasto y peligro. Hombres, sobran, y sólo faltan aquí los representativos: veteranos que ordenen, o gente capaz de encabezar, o de mérito extraordinario; o custodia escogida, cuando haya de venir algún grueso de armas. Ante todo ¿qué tendrán hecho Vds? Sin quehacer no estarán. Serafín y Roloff, ya habrán ido a las Villas, porque en una goleta de Vivo Rivero, o en dos barcos pescadores, pueden ir, y las armas, ya allá las tenían, o nosotros en New York: Collazo habrá caído por Occidente, con *Hatton* estarán ya, y acaso con Rafael Rodríguez, viendo modo de que caiga algún grueso de armas por cerca del Camagüey, como debe ser si va Rafael Rodríguez, o por donde más pueda el jefe que nos haya salido, si Rafael falló. ¿Y luego, qué estarán tramando, con el Capitán nuestro, si se les ha presentado, o con el de Maceo? Eso, pues, estará en camino. Pero, aunque Rafael haya podido arreglarse con lo de *Hatton* todo no habrá ido con él. Y es preciso que llegue pronto un auxilio de *armas y parque*, y nada más, por Oriente: preciso, por el efecto moral de la ayuda,—por satisfacer la fe grande que hay en nuestro auxilio, lo que será tan útil como dañoso sería burlarla,—y porque acá pueden armarse tantos hombres como armas lleguen. A Baracoa puede ir una expedición, y ya he dicho cómo, o lo diré ahora. Pero aún importa más la de Guantánamo, que influye en Baracoa y Cuba limitrofes. Así podría ir la de Baracoa: la *Escolta de Martí*, que creo es casi toda de baracoanos, con José López, a la cabeza, que es práctico bueno de tierra en su comarca, puede venir en una goleta custodiando por lo menos 100 rifles y 50,000 tiros y 100 machetes—\$1,700.00. Tal vez, aunque haya venido Rafael con 200 como encargué, eso todo está ahí, y sólo falta el barco, que debe ser goleta, a menos que *Hatton* a su bajada por *la costa norte*, no se obligue a bajarlos al pasar cerca de *Baracoa*, en algún buen lugar, si se puede; como *Duaba o Negritos*, donde son todos buenos, y se irán con quien llegue. ¿Habrá goleta, si *Hatton* no puede? El medio más certero, dados los sustos e inseguridades de la venalidad, y el miedo de los extraños a la muerte, sobre todo ahora que en la expedición de Maceo murió,—de un tiro casual, uno de los marineros de la goleta *Honor*,—el medio más certero, digo, es, aunque se tarde un poco más, crear una tripulación patriota, que en

el Cayo no puede faltar, con un capitán como Francisco Vargas, si se le ha hallado en Nassau, o Enrique Loynaz padre, de Costa Rica, que se ofreció a traer la expedición de Maceo, y a quien debería en justicia, aun en contra de su voluntad, ponerse en condiciones de abandonar, para un servicio repetido, el trabajo de que vive su familia numerosa. Con ciudadano americano, que nos sobran, y Rubens, y su amigo, nos daremos allí papeles legales. Y la goleta puede ir a *Inagua*, como consignada, para dejar un poco de madera al paso, a *M. Barbes*, y tomar pie de allí, si se quiere ir rozando con *Haití*, para caer de noche por *Sabanalamar*, a buscar por allí a *Luis González*, dueño y alma del pueblo de *S. Antonio*: se entra a tierra, se pone sobre seguro la carga mientras va el práctico a buscar custodia, y se aguarda su vuelta: o va por la *costa norte*, donde parece más práctico *López*, con ese plan o el que le parezca bien. Pero en caso de que fuese imposible la doble expedición a *Baracoa* y por aquí,—lo que no puede ser; porque con la goleta, y \$4,000 para 200 rifles,—lo menos que aquí puede venir—y 100,000 tiros y 200 machetes, tienen bastante,—en caso, digo, de que no hubiese para tanto, por aquí puede venir esa misma expedición, con el práctico que a primera oportunidad les mandaría José Maceo, puesto que el grueso de lo necesario aún les queda después de lo de Rafael, y los baracoanos de custodia, que luego se pueden correr a su comarca, causando el efecto doble con un golpe mismo, y el principal aquí. Veo aquí tan de cerca esta especial necesidad, y tanta gente sin rifle, y tanta fe en que de nosotros lo recibirán, que rogaría que inmediatamente concentrasen su energía a este fin, sobre lo que les quede de armas, o componiendo de nuevo esta expedición de aquí. Lo mejor sería que lo que dejé, con un poco más, se hubiese podido distribuir, o se distribuyera, en las dos comarcas donde el clamor es más vivo, o pudiera ser la censura—acá, para robustecer el cariño,—y en el Camagüey, para disipar la duda.

De otro orden de servicio les debo hablar. Tengo probabilidades de abrir una comunicación continua con Vds. de que esta carta es el ensayo, y servicio de *parque*, por conducto de *Admór. de Minas Jaragua, señor Kilpatrick*. A él envío carta para Vds., a que les indique cómo deben enviarme sus cartas, y a quien deben entregar, y cuánto de cada vez, el *parque*. Sería mi deseo, y así se lo digo, que de cada *viaje*, reciban de Vds. lo menos 2,000 tiros, enviados en *barriles sebo* marcados en el *tope* con una *cruz blanca*. Si se abre la comunicación, envíeme una *resma* de papel de poco peso y como el primero de la Delegación, de noble tamaño, y el mejor aparato para reproducir circulares. Y por supuesto

comunicación continua, dirigida al señor *Kilpatrick, Mina Firmeza, Minas Jaragua, Cuba*, para Mr. *Frank Long*, a menos que él no les indique otra manera.

Aquí debo acabar. Suena la corneta. Hacen ejercicio. Llega comisionado de Guantánamo espantado, que se quiere amurallar. ¿Y todos? ¿Y las criaturas? ¿Y Estrada? ¿Y Fermín? ¡Ah, si Fermín pudiese caer en su Baracoa! Pero no, el gordazo, a andar como anduvimos: se nos acaba. ¿Cómo los caliento a todos a mi pecho, y les doy de este aire puro de la libertad? Ya no vivirán en la sala inolvidable donde les dije adiós. ¿Trabajan mucho, como yo trabajaba? ¿Y Carmita, y mis niñas? Lean mi carta a ellas. Del General, cariños y recuerdo constante, y mi encargo de que escriban a su casa—no está él aquí en este instante—cuán bien está aquí y cuán querido es: la úlcera mejor: ¡“Ah, Manana”! dijo del alma una vez cuando veníamos de peregrinación, aún en duda la vida, rifle y jolongo al hombro, al abocarnos a una hoya riente, ceñida de montes, y en lo hondo la casa de guano, y el hilo de agua, y la yerba juguetona. ¿Cómo les digo adiós? No sé. ¿No los tengo siempre a mi lado, conversando, gozando? Animen a *Patria*, tienen con qué. Y ahorren, y prevean: la expedición a Oriente. Iba a escribir a la emigración: ¡con qué alma! ¡con qué gratitud! ¡con todas las entrañas! Salta el correo a caballo. Y nosotros, mañana. Besen la mano a sus mujeres y trabajen.

Su

J. MARTÍ

Lica:

Frank<sup>68</sup> está bien, y muy cuidado por los cubanos, y bien tratado por los españoles.

La quiere y admira

Su

J. MARTÍ

<sup>68</sup> Frank Agramonte.

**M A Y O / 1 8 9 5**

1. A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA
2. AL *NEW YORK HERALD*
- 3-4. AL GENERAL ANTONIO MACEO
5. AL GENERAL JOSÉ MIRÓ
6. A LOS JEFES Y OFICIALES DE JIGUANÍ
7. AL GENERAL ANTONIO MACEO
8. AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ
9. A RAFAEL PORTUONDO TAMAYO
10. AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ
11. A MANUEL MERCADO
12. AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

1

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN GUERRA

[Guantánamo] 2 de mayo de [1895]

Gonzalo y Benjamín queridos:

Doblado al trabajo, en magnífico campamento que apenas he podido ojear, ya más cuajada y formal aquí la fuerza conforme avanzamos, sólo escribo, al estribo del correo, y a la aurora de la segunda noche en vela, para decirles que por Guantánamo les envié carta muy larga, y que crece nuestra fe en el aturdimiento de España, y el orden rápido con que la aprovechamos. Démonos forma, y a la arremetida. Adiós del alma.

Su

J. MARTÍ

Al *Herald* escribimos por su demanda, manifiesto.

2

AL NEW YORK HERALD

2 de mayo de 1895

Sr. Director  
del "New York Herald"

*The New York Herald* ofrece noblemente a la Revolución cubana por la independencia de la Isla y la creación de una República durable, la publicidad de su diario; y es nuestro deber, como representantes electos de la Revolución, vigentes hasta que ella elija los poderes adecuados a su nueva forma, expresar de modo sumario al pueblo de los Estados Unidos y al mundo las razones, composiciones y fines de la Revolución, que Cuba inició desde principio de siglo, que se mantuvo en armas con reconocido heroísmo de 1868 a 1878, y se reanuda hoy por el esfuerzo ordenado de los hijos del país dentro y fuera de la Isla, para fundar, con el valor experto y el carácter maduro del cubano, un pueblo inde-

pendiente, digno y capaz del gobierno que abre la riqueza estancada de la Isla de Cuba, en la paz que sólo puede asegurar el decoro satisfecho del hombre, al trabajo libre de sus habitantes y al paso franco del Universo.

Cuba se ha alzado en armas, con el júbilo del sacrificio y la solemne determinación de la muerte, no para interrumpir con patriotismo fanático por el ideal insuficiente de la independencia política de España el desarrollo de un pueblo que hubiera podido llegar en paz a la madurez, sin estorbar el curso acelerado del mundo que en este fin de siglo se ensancha y renueva, sino para emancipar a un pueblo inteligente y generoso, de espíritu universal y deberes especiales en América, de la nación española, inferior a Cuba en la aptitud para el trabajo moderno y el gobierno libre, y necesitada de cerrar la Isla, exuberante de fuerzas naturales y del carácter creador que los desata, a la producción de las grandes naciones para mantener con el ahogo violento de un pueblo útil de América, el mercado único de la industria española, y los rendimientos con que paga Cuba las deudas de España en el continente, y sostiene en la holganza y el poder a las clases favorecidas e improductoras, que no buscan en el trabajo viril la fortuna rápida y pingüe que desde la conquista de España en América esperan un día u otro obtener, y obtienen de los empleos venales y gabelas inícuas de la colonia.

El pensamiento superficial, o cierta especie de brutal desdén, deshonroso sólo—por la ignorancia que revela—para quien se muestra así incapaz de respetar la virtud heroica, puede afirmar, con increíble olvido de la pelea intelectual y armada de Cuba en todo este siglo por su libertad, que la revolución cubana es el prurito insignificante de una clase exclusiva de cubanos pobres en el extranjero, o el alzamiento y preponderancia de la especie negra en Cuba, o la inmolación del país a un sueño de independencia que no podrán sustentar los que la conquisten. El hijo de Cuba, levantado en la guerra y en el trabajo de la emigración durante un cuarto de siglo a tal plenitud moral, industrial y política, que no cede a la del mejor producto humano de cualquier otra nación, padece, en indecible amargura, de ver encadenado su suelo feraz, y en él su sofocante dignidad de hombre, a la obligación de pagar, con sus manos libres de americano, el tributo casi íntegro de su producción, y el diario y más doloroso de su honra, a las necesidades y vicios de la monarquía, cuya composición burocrática y perpetua privanza de los factores nulos y perversos de la sociedad, nacida en las encomiendas y mercedes de América, le impide permitir jamás a la atormentada Isla de Cuba, que en la hora histórica en que se abre la tierra y se abrazan

los mares a sus pies, tienda anchos sus puertos y sus auríferas entrañas al mundo repleto de capitales desocupados y muchedumbres ociosas, que al calor de la República firme hallarían en la Isla la calma de la propiedad y un crucero amigo.

Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y el ímpetu de su brazo, para cumplirlo; y quieren cumplirlo.

A la boca de los canales oceánicos, en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, y a las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer, y hoy compra a sus tiranos, Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América, donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar. Nada piden los cubanos al mundo, sino el conocimiento y respeto de sus sacrificios, y dan al Universo su sangre. Un ligero estudio de la composición nacional de España y de Cuba, basta a convencer a una mente honrada de la justicia y necesidad de la revolución, de la incompatibilidad de carácter nacional, por sus raíces diversas y sus distintos grados de desarrollo, entre España y Cuba, de los objetos encontrados, y por tanto llamados a choque, de ambos pueblos en la sujeción violenta a la metrópoli europea y retrasada de la isla americana, contemporánea y laboriosa, y de la pérdida de energía moderna que envuelve la dependencia de un pueblo ágil y bueno, en la época más trabajadora y fraternal del mundo, de un trono obligado, por la viciosa constitución individual de sus mayorías decadentes, a negar la maravilla natural de Cuba, y el factor enérgico del carácter cubano, a la obra unida, e idéntica sobre sus conflictos superficiales, de las nacionalidades del orbe.

Ligadas hace cuatrocientos años las regiones españolas, ásperas y celosas, contra el moro áspero afeminado en la molicie, vino, en mal hora para España, a cuajarse la monarquía y unificarse en la conquista, como todas las conquistas, fatal para el vencedor, de las tierras desnudas de América. De sus productos se enriqueció, y con la posesión perenne de las Indias se aquietó y empleó, bajo los reyes, la población soldadesca y aventurera con que se fundó en España la nacionalidad; y a lo más leído era entregado, como menor oficio, el trabajo penoso de la

tierra y las industrias, porque la tentación de América arrancaba lo más intrépido y capaz del país, y aun de las clases menores de las llanezas, creaba con la aspiración primero, y luego con la satisfacción, una como orden vagabunda y copiosa de caballería. Amor, peleas y letras, fueron siempre en el español, sobrio hasta hace poco, alimento bastante a su vida pródiga e imaginativa; y América vino a ser tan ancha abra de riqueza robusta o pasajero lucro, que a ella y a sus rendimientos fueron amoldándose en España la vida pública y tal carácter personal, que en la riqueza cubana, creciente por la solicitud del comercio, el privilegio de la esclavitud y la laboriosidad criollas, a pesar del gobierno predatorio, rehallaron las fuentes que con la pérdida de las colonias continentales les parecían cegadas. La imitación pegadiza, en la España reciente, de las formas suntuosas de la vida moderna, sin la industria y empuje que en los pueblos brillantes de Europa la crean y excusan, ha aumentado en el pueblo español las necesidades de la existencia, sin aumento correspondiente de las fuentes de producción, que en lo privado continúan siendo, en porción muy principal, las granjerías cubanas. España es ésta, en relación con Cuba.

¿Qué es Cuba en tanto?

Enamorada, a la guía de sus preclaros varones, desde la cuna liberal del siglo, de las ideas y ejercicios del mundo nuevo, y dotada la mente isleña de singular poder de análisis y moderación, buscó Cuba en las naciones pensadoras, y trajo de ellas, un ideal superior a la agria condición de factoría de siervos que envilecía rápidamente a los naturales; y cuando estas ansias de libertad fructificaron en la revolución de 1868, aquel pueblo de hombres verdaderos redimió en su primer acto de nación la esclavitud negra que le daba a la vez soberbia al amo y gozos de opulencia; y sus mujeres se fueron a los montes a acompañar vestidas de telas de árbol, a los maridos que peleaban por la libertad; y sus magnates incendiaron sonriendo las casas de sus pergaminos y señoríos. Los letrados regalones anduvieron diez años por el bosque con la República a la espalda, sin más alimento a veces que los animales desdeñados y las raíces salvajes. Los jóvenes elocuentes, con el rifle al hombro, buscaron tribuna a la sombra de los árboles. El petimetre enamorado aprendió, en un golpe de alma, a cercenar de un machetazo las cabezas de la tiranía. El marqués descalzo enterraba con sus manos, en el silencio de las selvas, a la compañera que trajo a cuevas a la sepultura. La república nació, imperfecta como un gigante niño, de aquellos ancianos solariegos y demócratas imberbes, y se ganaron batallas en que tres

centenas de hombres dejaban por tierra a quinientos siete enemigos; y en los montes, fecundados por la revolución, surgían siembras, fábricas y talleres. Y cuando el hábito de localización, creado a favor de la inexperiencia de los héroes, aisló y vició la guerra, y la perturbó de modo que pudo disuadirla el español, continuó el pueblo de Cuba, audaz e inteligente, esparcido en los trabajos más diversos por los países hábiles de la tierra; vino en las personas de muchos de sus mantenedores a buscar en el goce y la práctica de la libertad en los pueblos americanos, el consuelo al eclipse de la propia, y en la fatiga de la vida reemplazó con la autoridad y sustancia del trabajo, la timidez y desconfianza que aún se notan, como elemento detractor y deprimente, y consecuencia de los privilegios de la esclavitud, en los elementos que se han criado más cerca del cadalso y del vicio oficial en la sociedad cubana. Los que vivían en Cuba, los veteranos y sus hijos o émulos, acumulaban en el dolor y laboriosidad inútil, y bajo el vejamen continuo, la indignación que, con fuerza de carácter, estalla ahora al llamamiento de los patricios de nuestra libertad. De la tradición de sus hombres, de lucidez propia y rebelde; de la veneración de los mártires de la independencia; del largo ejercicio de la guerra y el destierro; del poder humano de abnegación y de creación, y del conocimiento y práctica de la vida liberal y trabajadora en las naciones ejemplares, surge a la vida política el hombre cubano verdadero, blanco o de color, con variedad de profesiones y sabiduría, con desusado despejo e inventiva, y con hábitos de tolerancia y convivencia que exceden, o por lo menos igualan, las fuentes de discordia, que si la guerra y el trabajo común hubieran ahogado tal vez una república constituida de súbito por la relación artificial política entre amos y siervos, sin la sanción y prueba lenta de la realidad gradual. Así, templado al fuego de la vida corriente, es el pueblo cubano. El conoce las fuerzas de su naturaleza, y ansía deshelas. El habla las lenguas vivas del mundo, y piensa con facilidad en las principales de ellas. El brilla por su cultura superior, como quien más, en los centros humanos, donde más se brilla, y en sus hijos humildes ya ha creado un carácter constante, moderado e iniciador. El ha alzado de sí, frente a la sociedad apagada e incrédula de la colonia, un pueblo sereno, que se ofrece sin miedo al examen de los hombres justos, seguro de su simpatía y aprobación. ¿Y este carácter nacional cubano vivirá atado por el permiso culpable de las naciones libres, a la necesidad española de demandarle tributo para mantener a sus clases perezosas, huidas del concierto humano, en la holganza y lucro que en los diez años de la

guerra se tiñeron hasta la garganta, y pueden volver a teñirse ahora, con licencia o ayuda de repúblicas madres, en la sangre más pura de la nación cubana?

Esa composición del carácter del hijo de Cuba explica su capacidad para la independencia, que la respetará todo pueblo honrado que la conozca, y un apego tal a su emancipación, que no sería justo desdeñarlo u ofenderlo. Ella explica también la vaga tendencia de los cubanos arrogantes o débiles o desconocedores de la energía de su patria, a apoyar su sociedad naciente y el señorío social con que quisieran imperar en ella, en un poder extraño que se prestase sin cordura a entrar de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora, como el imperio francés favoreció en México a Maximiliano. Una república sensata de América jamás contribuirá a perpetuar así, con el falso pretexto de incapacidad de Cuba, el alma de amo que la sabiduría política y la humanidad aconsejan extirpar en un pueblo puesto por la naturaleza a ser crucero pacífico y próspero de las naciones.

Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama, y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplice de una oligarquía pretenciosa y nula que sólo buscarse en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad ínfima de la Isla, sobre la clase superior, la de sus conciudadanos productores. No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía. Y esa capacidad plena del hijo de Cuba para su empleo y gobierno, y el servicio de los deberes que en movimiento ascendente de la humanidad tiene asignados su patria, se avivó y hubo de parar en el estallido definitivo de la guerra por el rebotante descontento con que el pueblo de Cuba, atado a un amo de constitución nacional incorregible, paga, con el producto casi total de sus frutos despreciados en la lucha sin término entre el interés español, impotente para cerrar el único mercado a España en la Isla, y las represalias de la Unión Americana, no sólo las obligaciones corrientes y oprobiosas de la ocupación rapaz del país por la codicia que lo estanca, sino la deuda que España contrajo para ahogarlo en sangre, en los diez años de la independencia de 1868 y las de todas las guerras que España ha emprendido en América, después de la independencia de sus colonias y los Estados Unidos, para restablecer en repúblicas libres americanas su dominio europeo y monárquico. Hasta los gastos de la colonia de Africa debe pagar Cuba. Y a ese

presupuesto confeso, mucho más amargo que el sello sobre el té que alzó en revuelta a Boston, únese el presupuesto silente de la Isla, que sus habitantes, cubanos y españoles, pagan a los encargados de la ley para burlarla o hacer que se cumpla. Ni el derecho es en Cuba reconocido sin gabela, ni la culpa cae sobre el delincuente que puede comprar su rescate; y es tan familiar la inmoralidad pública, que la amistad íntima con el ladrón y la complicidad diaria con él, llegan a parecer actos sin mancilla a los que blasonan de honradez. Pudre la Isla el vicio español. Y el presupuesto del cohecho, de que se sustenta principalmente la clase política española, pesa sobre Cuba como el gravamen doble del desembolso y el deshonor. Es lícito desear que Cuba emplee en su desarrollo, con ventaja patente de los pueblos que la rodean, los caudales que paga para mantener sobre sí el gobierno que la corrompe, y acoger en su tierra propia, con exclusión forzosa de sus hijos, al español necesitado que huye a barcadas de su pueblo miserable para desalojar al cubano en Cuba de su mesa de artesano y de la propiedad de su suelo. Suspensa la guerra de Cuba en 1878 por su propia fatiga, los revolucionarios previsores entendieron que la constitución irremediable del pueblo español, basada en el goce de las colonias, impediría de parte de España la concesión de ninguna de las reformas políticas extrañas a su naturaleza y hostiles a su interés, que en diez y siete años ha estado pidiendo, en vano, un partido de cubanos pacíficos, sin más éxito que las mudanzas de un consejo proponente en la Isla, sin autoridad ni sanción, y que por su composición principal de autoridades españolas privilegiadas y una acorralada minoría de entidades señoriales cubanas, jamás pondrá alivio alguno de la Isla en menoscabo del interés español, ni en merma de sus privilegios. La Revolución había venido preparando ordenadamente, con un partido elector de bases republicanas, todos los elementos vivos de la independencia de Cuba, a fin de tenerlos a punto de acción en el instante en que, vacía ya la esperanza de reformas españolas, estallase a una voz la revolución inmortal definitiva, sin retirada ni reserva. Las dos generaciones: la de los veteranos y la de sus hijos; las dos fuerzas de la independencia: la que combate en la Isla y la que de afuera le ayuda a combatir, se unieron durante tres años de ordenación en el entusiasmo del juicio y el poder de la disciplina, y la Isla entera, radicalmente convencida de la ineptitud de España para privarse de la explotación colonial que la sustenta, y dar vida de hombre y política mejor a los cubanos, se levantó en armas el 24 de febrero de 1895, para no envainarlas sino ante el triunfo de la república.

¿Qué obstáculo pudiera encontrar esta revolución nacida de la convicción del cubano de su aptitud para el trabajo y el gobierno; de la paga cruenta de su mejor sudor a los vicios políticos y desidiosos naturales de la nación que expulsa a los hijos del suelo para ocuparles el rincón con el español privilegiado; del recuerdo perenne, azuzado con las razones diarias de ira, de los hombres extraordinarios que redimieron del grillete el pie de sus esclavos y se alzaron de su sillón de ricos a quebrar con las manos desnudas el cetro español; y del inefable anhelo del cubano piadoso por la integración espiritual del criollo inculto, en quien perece sin empleo la natural luz, o cuya familia desgredada huye por el monte, del miedo de no haber pagado la cédula al tirano? La composición actual de los elementos de Cuba demuestra que la revolución magnánima, que verá con indulgencia la timidez de los cubanos lentos, y guardará el puesto a todas las fuerzas sociales, llegará sin dificultad a la victoria contra un enemigo cuyo ejército descontento e incompleto pelea de mal grado en una guerra contra la libertad, y cuyo tesoro no puede ya obligar, como hace veinticinco años, a la Isla, insuficiente ya para sus cargas ordinarias, ni acudir al español acaudalado, que ya niega hoy a la guerra la fortuna que puso en salvo en la metrópoli; ni echarse, como en 1868, sobre los bienes de los cubanos, ricos entonces y hoy empobrecidos. En Cuba hay población española y población cubana. De la población española es ya muerto por el despego de sus compatriotas liberales y acriollados al sistema de odio y castigo, el elemento que, preso por su riqueza en la súbita revolución de Yara, aprovechó para las masas, hoy menores, de voluntarios, el encono de los españoles ínfimos contra el criollo que los miraba de señor.

Y en aquellas mismas masas, ese enojo social, base secreta de la ferocidad política, se ha amenguado, si no desaparecido, con el sufrimiento común bajo la tiranía de cubanos y españoles. De esa clase misma, mucha ha engranado ya en el corazón de Cuba, con la mujer y los hijos, y algún bienestar; y esos cubanos de adopción, si por temor injusto vuelven aún los ojos al Norte, como buscando amparo a las represalias, que no ocurrirán jamás, de la República de Cuba, ya no los vuelven, arrepentidos y avergonzados, al arma que habrían de poner contra el pecho de sus hijos. Los cubanos, en presencia de la guerra, se inclinan conforme a la ley general de la naturaleza humana, que conduce a los hombres generosos, cultos o incultos, del lado del sacrificio, que es el más puro goce de la humanidad, y retiene a los egoístas, que son las rémoras del mundo, del lado de los sacrificadores. Los nombres

políticos son nuevas vestiduras de esta condición en que se apartan los hombres; y el triunfo de las religiones y de las repúblicas, que llevan en su piedad humana mucho del fuego religioso, enseña que el ímpetu tenaz de los desconsolados, y el juicio previsor que aprovecha esta fuerza que de otro modo acaso se desviaría, pueden siempre más que el asco de pudibundo a las llagas del pobre, y el apego de los hombres sedentarios a las sandalias del hogar y a las prebendas de la vida. Ni el cubano negro, que en su propia cultura y la amistad del blanco justo halla alivio al apartamiento social, que no divide más a blancos y a negros que en los pueblos viejos de la tierra dividió a nobles y villanos, sólo se alzaría contra quien le suponga capaz de atentar, por la cólera que revelaría inferioridad verdadera, contra la paz de su patria.

La sublime emancipación de los esclavos por sus amos cubanos borró, sobre la tierra fecundada por la muerte hermana de criados y dueños, el odio todo de la esclavitud. Es honor singular del pueblo de Cuba, del que ha de pedirse respetuosamente reconocimiento, el que, sin lisonja demagógica ni precipitada mezcla de los diversos grados de cultura, presenta hoy al observador un liberto más culto y exento de rencor que el de ningún otro pueblo de la tierra. El campesino negro, más cercano a la libertad, vuela a su rifle, con el que jamás en diez años de guerra hirió a la ley, y sólo se le advierte el jubiloso amor con que saluda y la ternura con que mira al hombre de tez de amo que marcha a su lado, o detrás de él, defendiendo la libertad. De la justicia no tienen nada que temer los pueblos, sino los que se resisten a ejercerla. El crimen de la esclavitud debe purgarse, por lo menos, con la penitencia harto suave de alguna mortificación social. Desde los libres campos cubanos, al borde de la fosa donde enterramos juntos al héroe blanco y al negro, proclamamos que es difícil respirar en la humanidad aire más sano de culpa y vigoroso, que el que con espíritu de reverencia rodea a negros y blancos en el camino que del mérito común lleva al cariño y a la paz.

Con el poder de estas justicias; con la fuerza de indignación del hijo de Cuba bajo las vejaciones y gravámenes con que la diezmó España en la guerra de independencia, y le negó la más insignificante mejora en diez y siete años de política inútil de espera, y con la responsabilidad del deber de Cuba en el trabajo de liga y acción a que en la junta de los océanos se preparan los pueblos del orbe, han vuelto los cubanos, de un cabo a otro de su tierra, a demandar a la última razón de las armas, sin odio contra su opresor, y por los métodos estrictos de la guerra culta, el puesto de República que permitirá al hijo de Cuba el empleo de su

carácter y aptitud y el derecho de abrir su tierra cegada al trato pleno con las naciones a que la acercó la naturaleza y la atrae su capacidad común, y en el cubano a nadie superior para la altivez y el orden de la libertad.

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano.

A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español. Y al mundo preguntamos, seguros de la respuesta, si el sacrificio de un pueblo generoso, que se inmola por abrirse a él, hallará indiferente o impía a la humanidad por quien se hace.

En demostración de los altos fines y de los métodos cultos de la guerra de independencia de Cuba, y en testimonio de singular gratitud a *The New York Herald*, suscriben aquí, como representantes electos, y hasta hoy vigentes, de la revolución, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano y el General en Jefe del Ejército Libertador, en Guanátamo, a 2 de mayo de 1895.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

El General en Jefe  
MÁXIMO GÓMEZ

3

AL GENERAL ANTONIO MACEO

3 de mayo [1895]

C. Mayor General Antonio Maceo

General y amigo:

Un pesar verdadero he tenido aquí, entre tantos motivos de placer: no hallarlo. Nada daña a lo público, porque su alma generosa y su clara mente lo moverán siempre a hacer cuanto requiere el servicio rápido, y la marcha inmediata y unida, sin trabas innecesarias, de los rodajes

todos de la revolución. Pero yo he perdido un buen abrazo. ¿Ahora, cuándo lo veré? ¿Cuándo podré decirle de palabra cómo sólo concibo nuestra obra revolucionaria como un avance sin descanso sobre el enemigo aturdido e insuficiente, cómo—tan pronto como nos demos propia auto-ridad—no hay más a mi juicio, con una sola mente en las varias vías de acción, sino ver cómo una ayuda pronto a la otra, y que se tiene que hacer, enseguida, para acomodar a ello, los trabajos certeros, y acumular a ese fin, con prisa y prudencia de campaña, los recursos necesarios? Media hora de descanso en esta tarea, nos parece al General y a mí,—y a Ud. también,—un verdadero delito. Ya yo sé lo que Ud. por su parte estará haciendo: dominar, con su ocupación rápida, esquivando peligros y pérdidas inútiles, el espíritu ya perturbado del enemigo, e ir afinando el instrumento para la gran arremetida.

De gobierno, he cumplido por mi parte mi deber, de modo que la revolución se dé el que le parezca, que puede ser sencillo y salvar todo lo esencial, sin peligro de choque. Ante la Asamblea depondré, ya en esta nueva forma, la autoridad que ante ella cesa. Y ayudaré a que el gobierno sea simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable. Va la citación. ¿Necesitaré encomiarle, por tantas razones, que envíe muy enseguida, a que nos vean pronto la cabeza, el representante de las fuerzas de esa zona? Demoras son derrotas. Aprovechemos, para todo, para la serenidad y majestad de todos nuestros actos, la confusión del enemigo a quien con cada acto oportuno y rápido se le quiebra más y desconcierta.

¿Conque me voy sin abrazarlo? ¡Cuán bueno José! Ya sabe que esta ausencia de Ud. ha sido pena para

Su

JOSÉ MARTÍ

4

Jarahuca, 4 de [mayo] de 1895

Sr. Mayor Gral. Antonio Maceo

General y amigo:

Al fin lo vamos a ver, según las cartas que el General recibe ahora, cuando ya le teníamos escritas las cartas que le van. Fortuna y placer es que ande tan cerca. El General consulta con José y los prácticos y, dada la cita de Vd. en Bircoey, decide salir mañana bien temprano a

encontrarlo. No podremos, por supuesto, llegar a las 12, según los prácticos dicen; pero llegaremos a cualquier hora del día, y de seguro lo hallaremos allí. Acabo, para que el correo salga enseguida, a decirle que vamos, y que no podremos llegar a las doce.—Hasta mañana, pues, en lo que tendrá gusto grande,

Su

JOSÉ MARTÍ

A última hora. Después de consultar con José y prácticos, para que nos veamos más pronto, en vez de ir a Bircoey, seguiremos el camino que lleva Zamora, y estaremos con Vd. más temprano.

5

AL GENERAL JOSÉ MIRÓ

Hato en Medio, 7 de mayo de 1895

Sr. General José Miró

Mi amigo y señor:

Al fin, en el placer superior del servicio abnegado de una causa pura, iba a conocer de cerca a Vd., y saludarle en persona,—ya que mis dos comisionados especiales, detenidos en Manzanillo uno y en la Habana otro, no pudieron traerle antes el saludo,—la pasión por la libertad que con razón le hace a Vd. mirar como propia la tierra que como a propio lo mira, y le ha movido a entrar, con sus cualidades superiores, a una vida que demanda el continuo sacrificio de sí al bien común, y sólo nos da por premio verdadero la majestad de la estimación propia, y la fuerza y consuelo del cariño de los hombres capaces de entendernos y amarnos.—Y me empiezo a apartar de sus tierras con la pena de que por ahora, en mi rápido viaje a los servicios que me sea dable prestar, no he de poder abrazarlo, ni gozar más de cerca del fruto de su pensamiento y el calor de su palabra.

A prudencia continua, y sincera aceptación de la realidad útil, y sutil y provechoso conocimiento de nuestra larga historia y compleja constitución, hemos podido ir levantando esta obra unida, por la reflexión ordenada donde ha sido posible y la cooperación espontánea donde no pudo llegar el concierto, de todos los elementos hábiles, apetecibles o inevitables, de la revolución. Ya estamos en marcha, y en camino de

victoria,—si no apeamos la mano a la pelea, sin más descanso que el de la independencia, y no perdemos de vista, en la delicada composición y trances de la guerra, toda esa realidad, de derechos previos o actuales, al respeto a la cual debo, en mi humilde parte, cuanto he podido hacer,—con sofocación voluntaria de cien ímpetus y capacidades que pueden existir en mí,—para dar a mi patria, en pie sobre su suelo alzado, todos los elementos necesarios para su redención.—Si en algún hombre se puede fiar para que ayude a Cuba a componer, y hacer en todo viables, las fuerzas que necesita para el triunfo, y a acumular, en vez de restarle, sus elementos naturales e imprescindibles, él ha de ser de la especie poco común de hombre a que Vd. me parece pertenecer:—la de los que al empuje de la resolución en momentos críticos, unen la grandeza que jamás pone precio a sus servicios,—y el reconocimiento oportuno de la utilidad ajena. Servir es nuestra gloria, y no servirnos: y Vd. es de esa talla. Mucho puede Vd. hacer, con ayuda de la gente probada y vieja en la guerra y en esa comarca, por poner pronto en pie brillante de pelea continua a esa región, cargada de glorias, que a Vd. y a mí, que caemos mozos en esta contienda, nos costará trabajo imitar. Lo que haya que vencer y suavizar para esa labor, y aun aquello en que pudiera tener que vencerse, en justicia y oportunidad, Vd. mismo—eso es de su magnanimidad y prudencia, que de seguro adornan a Vd. en el mismo grado que el ímpetu, el talento y el valor.

En esa fe, y con tiempo más escaso del que desearía, saluda a Vd. con vivos deseos de verle de cerca alguna vez, y agradecimiento sincero por su ayuda en la causa de nuestro honor.

Su amigo affmo.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

6

A LOS JEFES Y OFICIALES DE JIGUANÍ

Cuartel General en Campaña  
del Ejército Libertador

A los Jefes y Oficiales de la  
Comarca de Jiguaní

En ausencia en operaciones del Gral. Jesús Rabí, y a nuestro paso por esta comarca, llega a nuestros oídos la noticia, repetida y compro-

bada, de que con el pretexto indudablemente falso de órdenes del General Rabí, las fuerzas cubanas están permitiendo el paso de reses al enemigo. Al enemigo a quien se hace la guerra no se le puede estar sirviendo de proveedor. Al enemigo no hemos de darle alimentos, sino privarlo de alimentos. El que de cualquier modo permite o ayuda a proveer al enemigo, es su cómplice. Es imposible que esas órdenes procedan del General Rabí.

Es el deber indeclinable del Ejército Libertador de Cuba, y el derecho reconocido de toda guerra civilizada, privar al enemigo de toda especie de recursos con que nos pueda hacer la guerra. Y ese derecho debe ejercerlo lo mismo el primero de los jefes que el último de los soldados. No se ha de dar alimentos hoy a la ciudad, porque los alimentos que le demos para sostener a los soldados que nos combaten, los pertrecha para resistir el sitio que le tengamos que poner mañana. Mientras dure la guerra, todas las ciudades enemigas están en sitio, y forzar el sitio, enviando al enemigo provisiones de boca, es una de las formas del delito de traición a la Patria.

Se dispone, pues, en tanto que el General Rabí renueve esta orden:

1º que se impida en absoluto el paso de reses, y de cualesquiera otras provisiones de boca, a los poblados, ciudades, o campamentos enemigos.

2º que se prenda, y lleve a la presencia del General Jesús Rabí para juicio a quien quiera que presente o proteste autorización de él, o de cualesquiera en abuso de su nombre, para el paso de reses o cualesquiera otras provisiones de boca.

Patria y Libertad en la Jatía a 12 de mayo de 1895.

El Delegado  
JOSÉ MARTÍ

El Gral. en Jefe  
MÁXIMO CÓMEZ

7

AL GENERAL ANTONIO MACEO

La Jatía, 12 de mayo de 1895

Sr. Mayor Gral. Antonio Maceo

General y amigo:

No puedo ver salir correo para sus tierras sin decirle cómo ansío saber nuevas de Vds., y de aquel denodado campamento, con el que de seguro habrá Vd. espantado a Santiago, barrido los alrededores, y cerrado

todas las vías del enemigo.—Vd. allá, con su ojo de conjunto, habrá hecho lo que por acá está aún por hacer, como que por el territorio desocupado se anda esparciendo, y eligiendo posiciones el enemigo, y ha podido entrar en Bayamo un rico convoy sin obstáculo alguno aunque no lo custodiaban más que soldados cansados.—Tengo mi pena, y es creer que aún no está bien encendido el espíritu que la pujanza de Vd. infundirá en todas partes de un solo paseo. ¿De qué heridos numerosos nos hablan por aquí? ¿De alguna acción brillante de Vd., el día en que lo vi rodeado de aquellas filas que juzgo invencibles? Eso es lo que me preocupa: que entre pronto la guerra en un plan general,—que ofenda, y ocupe el país, antes que el enemigo aún insuficiente, perezoso y aturdido,—que nos pongamos pronto en marcha para el revuelo final, que—si no dejamos condensarse al enemigo—puede ser cercano. Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea.

A Masó no lo hallamos por aquí, y hemos de esperarlo.—Mientras, escribiré largo al generoso José, que ya no se nos saldrá del corazón agradecido,—y a la ferviente y viril juventud de Santiago. Escribanos en detalle todos sus hechos.

El General está ahogado de catarro, y fía en que yo le escriba por los dos. A él también le preocupa la poquedad de las operaciones, la continua proveeduría de reses a las ciudades, y la desocupación de la mucha gente buena que ansía más guerra de la que hay. Súbase en los estribos, y haga arder los hombres a su voz.—Se va el correo, y con él un abrazo, y gracias por los sucesos que le adivino en estos días, de su amigo

JOSÉ MARTÍ

8

AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ

La Jatía, 12 de mayo de 1895

Sr. C. General Bartolomé Masó

General y amigo: Las cartas del General Gómez y las mías lo andan buscando desde hace medio mes, y al creernos ya en sus brazos, y traerle respuesta muy cariñosa a la carta que Miró me dio de Vd., sabemos que Vd. anda por las tierras que dejamos atrás. Imposible es seguir camino

sin verle. De aquí deben empezar a nacer las medidas de conjunto, para que ya está madura la revolución que debe tanto a Vd. Con viva amistad lo espera, y con la mayor estimación, su cariñoso servidor, y paisano orgulloso de Vd.

JOSÉ MARTÍ

9

A RAFAEL PORTUONDO TAMAYO

La Jata, 12 mayo [1895]

Sr. C. Rafael Portuondo Tamayo  
Cuartel General del  
Mayor General Antonio Maceo

Rafael:

En ti, al vuelo, junto en un abrazo a tus amigos jóvenes, que aún veo detrás de mí, con sus rostros resplandecientes, como una cohorte de hijos. Me los traje en el corazón, por bravos, por sensatos, por su radical y generoso pensamiento. Triste yo, si no he merecido quedar en el suyo. Les va el correo. Peleen, y piensen.—El abrazo a Diego Palacios y a su hermano, a Salcedo, a Castro, a Pazan, a tantos.—Y a Mariano, y a ti, el orgullo con que ve encarnarse en Vds. valiente y cívica, a Cuba. Escriban largo a su

JOSÉ MARTÍ

10

AL C. GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ

Dos Ríos, mayo 15 de 1895

Sr. C. General Bartolomé Masó

Muy estimado general y amigo: Para seis días va ya que andamos buscándolo, con muy cariñoso deseo, y mucha necesidad patriótica de verlo, en estas tierras de donde creíamos que andaría cerca, y ahora envía el General nuevo correo y la cuarta de nuestras esquelas, a anticiparle un abrazo y reiterarle la urgencia de que, en la marcha de avance de la revolución, que ya demora, y ya puede empezar esa estación principal y de resonancia inmediata y decisiva, el paso de las fuerzas que

de la guía de Vd. han merecido atención y fama especiales. Esta es, a la vez, justicia, utilidad pública y satisfacción de afecto. Ya debe y puede terminar, en este renuevo poderoso de la guerra, el primer periodo confuso de agregación de las fuerzas; y este núcleo de Vd., y la significación histórica que ya tiene, son base natural, y ocasión de arranque, sobre lo que dejemos atrás, del periodo nuevo de organización total y suficiente. He visto—y sólo eso nos falta—concebir en conjunto, poner todos los detalles al fin general, y empezar ya desde las raíces la arremetida, en que, por la historia y la situación, ha de tocar tan brillante parte inicial a las fuerzas que juntó su prestigio y en que le ayudan tan distinguidos jefes. Ya, al lado de Vd., se puede ensanchar la obra, y decir algo más al país, sin cesar de andar.

A esas ideas públicas, de que el General y yo hablamos sin cesar, he de unir un muy vivo deseo mío de responder en persona a la carta y estimación de un hombre en quien veo enteras la abnegación y la república de nuestros primeros padres, y la energía moral que cerró el paso a las debilidades, y al impúdico consejo, en estos primeros meses delicados de nuestra resurrección. Ni la labor que hemos venido sembrando y juntando me parecerá bien adelantada, hasta dar con Vd.; ni yo me daré premio más grato y apetecido que dejarle sentir en el calor de mi mano todo el cariño con que lo verá, y el anhelo con que ha deseado este encuentro urgente, su amigo y estimador

JOSÉ MARTÍ

11

A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como

indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ése de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfráz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato yanqui—que no será—con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte;—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle;—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por

mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoca. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad...<sup>68</sup>

12

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

19 de mayo de 1895

Sr. General Máximo Gómez

General:

Como a las cuatro salimos, para llegar a tiempo a la Vuelta, a donde pasó desde las diez la fuerza de Masó, a acampar, y reponer su muy cansada caballería: desde anoche llegaron. No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Vd. Le llevo bien cuidado el jolongo.

La fuerza aunque sin animales útiles, hubiera querido salir a seguirlo en la busca del convoy; pero temían confundirse en idas y venidas, en vez de serle útil. Mucho ha violentado a Masó el viaje inútil a la Sabana.

Su

MARTÍ

<sup>68</sup> Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego, pero no llegó a terminarla después.

## CUBA

### DISCURSOS REVOLUCIONARIOS

## NOTA PRELIMINAR

Muchos fueron los discursos de propaganda revolucionaria que pronunció Martí en su incansable labor de organizar la lucha por la independencia de Cuba. Pero sólo han quedado reproducidos unos pocos, escasamente una docena, publicados en folletos de la época o en los periódicos *El Porvenir* y *Patria*, de Nueva York. Los que pronunció en Tampa fueron tomados en versión taquigráfica por Francisco María González, lector del taller de Eduardo H. Gato, de Cayo Hueso.

Como resultado de una cuidadosa búsqueda en *Patria*, es posible ofrecer ahora varios fragmentos de otros discursos revolucionarios de Martí, así como algunas notas o borradores inéditos que se hallan en el archivo que Martí legó a Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

**BRINDIS EN EL BANQUETE CELEBRADO EN  
HONOR DE ADOLFO MÁRQUEZ STERLING,  
EN LOS ALTOS DE *EL LOUVRE*, LA HABANA**

**21 DE ABRIL DE 1879**

Para rendir tributo, ninguna voz es débil; para ensalzar a la patria, entre hombres fuertes y leales, son oportunos todos los momentos; para honrar al que nos honra, ningún vino hierve en las copas con más energía que la decisión y el entusiasmo entre los amigos numerosos de Adolfo Márquez Sterling.

A mí, que de memorias vivo; de memorias y esperanzas,—por lo que tienen de enérgicas las unas y de soberbias y prácticas las otras,—a mí, que no consentiré jamás que en el goce altivo de un derecho venga a turbármelo el recuerdo amargo del excesivo acatamiento, de la fidelidad humillante, de la promesa hipócrita, que me hubiesen costado conseguirlo: a mí, átomo encendido, que tiene la voluntad de no apagarse, de un incendio vivísimo que no se extinguirá jamás sino bajo la influencia cierta, palpable, visible, de copioso, de inagotable, de abundantísimo raudal de libertades: a mí han querido encomendarme los numerosos amigos del bravo periodista, que con esta voz mía, que en el obligado silencio cobra fuerzas, para que nada sea bastante luego a ahogarla en mi garganta, dirija al enérgico hombre de combate el amoroso aplauso con que los espectadores de las gradas, que más que las holguras de la vida, quieren tener viva la dignidad, viva la libertad, vivo el decoro, ven como en la abierta liza, por sobre todas las espadas que se cruzan, movilísima, flamígera, brillante, luce y se agita siempre el arma ruda del más franco, del más afortunado, del más brioso y loado caballero.

No es éste un hombre ahora: cuando en los hombres se encarna un grave pensamiento, un firme intento, una aspiración noble y legítima, los contornos del hombre se desvanecen en los espacios sin confines de la idea. Es un símbolo, un reconocimiento, una garantía. Porque el hombre que clama, vale más que el que suplica: el que insiste hace pensar al que otorga. Y los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan. Hasta los déspotas, si son hidalgos, gustan más del sincero y enérgico lenguaje que de la tímida y vacilante tentativa.

A este símbolo saludamos, a la justicia y al derecho encarnados en su obra, que nos han sido tributados: al tenaz periodista, al observador concienzudo, al cubano enérgico, que en los días de la victoria no la ha empequeñecido con reminiscencias de pasados temores, ni preparaciones de posibles días; que en los días de nuestra incompleta libertad conquistada, de nadie recibida, ha hablado honradamente con la mayor suma de libertad y de energía posibles.

Si tal, y más amplia y completa, hubiera de ser la política cubana; si hubieran de ponerse en los labios todas las aspiraciones definidas y legítimas del país, bien que fuese entre murmullos de los timoratos, bien que fuese con repugnancia de los acomodaticios, bien que fuese entre tempestades de rencores:—si ha de ser más que la compensación de intereses mercantiles, la satisfacción de un grupo social amenazado y la redención tardía e incompleta de una raza que ha probado que tiene derecho a redimirse:—si no se ha extinguido sobre la tierra la raza de los héroes y a los que fueron suceden los héroes de la palabra y del periódico; si al sentir, al hablar, al reclamar, no nos arrepentimos de nuestra única gloria y la ocultamos como a una pálida vergüenza;—por soberbia, por digna, por enérgica, yo brindo por la política cubana.

Pero si entrando por senda estrecha y tortuosa, no planteamos con todos sus elementos el problema, no llegando, por tanto, a soluciones inmediatas, definidas y concretas; si olvidamos, como perdidos o deshechos, elementos potentes y encendidos; si nos apretamos el corazón para que de él no surja la verdad que se nos escapa por los labios; si hemos de ser más que voces de la patria, disfraces de nosotros mismos; si con ligeras caricias en la melena, como de domador desconfiado, se pretende aquietar y burlar al noble león ansioso, entonces quiebro mi copa: no brindo por la política cubana.<sup>69</sup>

En tanto que se eleva y fortifica, brindemos admirados por el talento que recorta asperezas, fortifica pueblos, endulza voluntades; por el talento redentor, sea cualquiera la tierra en donde brille; por el talento unificador que tiene aquí sacerdotes y apóstoles; y especial y amorosamente, por el brioso justador que con lustre del lenguaje, público aplauso, cívico valor y pasmo de los débiles, ha sabido encarnar en tipos felicísimos, a punto de concebidos, populares, nuestras desdichas, clamores y esperanzas.

<sup>69</sup> Y Martí, según se asegura, unió a sus palabras la acción de quebrar efectivamente su copa.

Saludemos a todos los justos; saludemos dentro de la honra, a todos los hombres de buena voluntad; saludemos con íntimo cariño al brillante escritor que nos reúne; al aliento y bravura que lo animan; y a la patria severa y vigilante, a la patria erguida e imponente, a la patria enferma y agitada que inflama su valor.

LECTURA EN LA REUNIÓN DE EMIGRADOS  
CUBANOS, EN *STECK HALL*, NUEVA YORK<sup>70</sup>

24 DE ENERO DE 1880

<sup>70</sup> En el folleto publicado en Nueva York en 1880, donde se reproduce este discurso, aparece la siguiente nota explicativa de Martí:

“El tono especial de las lecturas, a que ésta había de acomodarse, requerido además por el levantado patriotismo de la emigración a quien el lector se dirigía, pudiera hacer creer a algunos espíritus prácticos que la exaltación ocupa en estas páginas el lugar del raciocinio. Corría el riesgo el lector de parecer a unos sobrado fogoso, y a otros escaso de fuego. Salven los de ánimo frío aquello que no pareció mal, sin embargo, a los de altivo corazón, y hallarán tal vez, en estas breves consideraciones, apuntadas al correr de la pluma, algún motivo de serios pensamientos. Falta aún mucho que decir,—y será dicho, puesto que decir es un modo de hacer. Gracias, en tanto, a los que oyeron esta lectura con tan vivo amor, y a los que se empeñan en darla profusamente a luz. *José Martí*”.

Señoras y señores:

El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente. No a un torneo literario, donde justen el trabajado pensamiento y la cuidada frase,—no a recoger el premio de pasados y presentes dolores, que por ser menos graves que los que otros sufrieron, más que enorgullecerme, me avergüenzan;—no a hacer destemplada gala de entusiasmo y consecuencia personales vengo,—sino a animar con la buena nueva la fe de los creyentes, a exaltar con el seguro raciocinio la vacilante energía de los que dudan, a despertar con voces de amor a los que—perezosos o cansados—duermen, a llamar al honor severamente a los que han desertado su bandera. Y no cuido del aliño de mi obra, breve y raquítica muestra de la que intento en beneficio de la patria,—porque no tiene derecho a los refinamientos de la calma un lenguaje que no ha sabido conquistar aún para su pueblo la calma honrada y libre; ni debe el buen guerrero, en la hora del combate, curar de su belleza, sino de ofrecer el pecho ancho, como escudo del patrio pabellón, a las espadas enemigas.—Por más que este enemigo a quien ahora combatimos, luche, más que con espadas, con puñales.

A despecho de los tímidos, que gustan de achacar a una fatalidad inexorable los sucesos que en gran parte de su timidez dependen,—sin lograr, ni de los que los oyen, ni de sí mismos, ser creídos; a despecho de los agoreros, que, para librar del naufragio los flotantes restos, anuncian con palabra calurosa la derrota de todos aquellos esfuerzos, que, con una existencia definida y propia, trajeran, para establecerla mejor, la alteración momentánea de la riqueza establecida; a despecho de humanas vanidades, que sin modo de excusar su pereza, se duelen de ver que la actividad viril de los demás, les echa su censurable calma en rostro; a despecho, en fin, de los que se alzaron sobre el pavés de la revolución, no para afianzarlo o mantenerlo puro, sino para impedir que sus verdaderos mantenedores lo librasen de su mancilla pasajera; a despecho de todos, y con aplauso y admiración de muchos,—los can-

sados se fortalecen; las armas oxidadas salen de las hendiduras donde sus dueños prudentes las dejaron, en olvido no, sino en reposo; las pasiones humanas producen, excitadas de nuevo, sus naturales resultados; y aquella década magnífica, llena de épicos arranques y necesarios extravíos, renace con sus héroes, con sus hombres desnudos, con sus mujeres admirables, con sus astutos campesinos, con sus sendas secretas, con sus expedicionarios valerosos. Ya las armas están probadas, y lo inútil se desecha, y lo aprovechable se utiliza. Ya no se perderá el tiempo en ensayar: se empleará en vencer. Los hijos de los bosques saben ya el árbol que cura, el que alimenta y el que ampara. Las aves en las cuevas han aumentado sus depósitos. La orilla en que se fracasó, se esquivo. Para los corceles, hay nueva yerba. Para sus jinetes, nuevos frutos. Ya se conocen los peligros, y se desdennan o se evitan. Ya se ve venir a los estorbos. Ya fructifican nuestras miserias, que los errores son una utilísima semilla. Ya ha cesado la infancia candorosa, para abrir paso a la juventud fuerte y enérgica.—La intuición se ha convertido ya en inteligencia: los niños de la revolución se han hecho hombres.

¡Ni era posible que muriesen, de tan oscura muerte, tales hombres y sucesos tales! ¡Ni había de dejar de ser cierto, por la primera vez sobre la tierra, que, una vez gozada la libertad, no se puede ya vivir sin ella! Las mejillas tenían que enardecerse con el calor de los pasados combates; los guerreros tenían que preguntarse: ¿dónde están mis armas?; las esposas se habían habituado al sublime dolor de ver partir cada día para la muerte a sus maridos; los hijos, acostumbrados al lenguaje vigoroso de los padres, habían de mirar con desprecio cómo sus padres acataban lo que en el campo escarnecían, y enseñaban a sus hijos a que escarneciesen; las almas nuevas, venidas al mundo al resplandor de las batallas, vigorizadas con el aire de los campamentos, habían de rebelarse contra la bochornosa e hipócrita existencia de las poblaciones sometidas. La manada de cebras rebeldes no podía convertirse en rebaño de mansas ovejas.—¿Y mis hijos?—se dirían las madres. ¿Y mi esposo?—se diría la viuda. ¿Y mi amigo?—se diría el amigo. ¿Y mi desventurada compañera?—se diría el que cavó la tierra con sus manos, y echó en el hueco frío el cuerpo de su amada, o con los pies desnudos, y el pecho lleno de sollozos; cruzó llorando por montes y por ríos con el cadáver a la espalda! Allá, en aquellos campos, ¿qué árbol no ha sido una horca? ¿Qué casa no llora un muerto? ¿Qué caballo no ha perdido a su jinete? ¡Y pacen ahora, en busca de jinetes nuevos!

Tales recuerdos no podían morir,—ni en las víctimas lastimadas, ni en los héroes enorgullecidos ni en los que para admirarlos abrieron los ojos. No podían morir aun cuando los héroes y las víctimas muriesen porque las tempestades que se apartan por miedo de los ojos del tirano, se concentran y se preñan de ira en el silencio del hogar.—El hijo odiará lo que odió el padre. El hambre pasa; del cansancio se vuelve; la traición llega a ser conocida. Los que en comunidad vivieron, si por pasajero temor se huyen,—por invencible solicitud se unen para disculparse unos a otros; para enorgullecerse de la pasada gloria, y ponerla en frente, como excusa, de la actual miseria; para devorar reunidos nuevas y comunes afrentas,—en comunidad vuelven a vivir. Y los muertos entonces cobran forma. El que sepultó a su mujer quiere volver a llorar sobre la abandonada sepultura. El padre no se decide a que su hijo se avergüence de él. El esposo perdido reconviene en las sombras a la esposa. Todos los ojos se llenan de lágrimas. Se cuentan las virtudes de los muertos. Como oscura venganza, se recuerda su modo de morir,—y la crueldad del matador. Y exaltados y fieros, se dicen que aquel día triunfaron, que aquella acción fue acción de gloria, que estos dueños se sentaron ante ellos en el banquillo de los reos. Y flota sobre la comunidad aire de pólvora. Y los azotes se oyen fuera. Y el azotador toca a las puertas. Y en las espaldas flageladas nacen alas. ¡Los que lo anduvieron una vez, no olvidan el camino de la gloria! La dignidad, los terribles recuerdos y la cólera lavaron la culpa de la flaqueza y del engaño.—Y entrándose en tropel por donde iban la utilidad y la razón, a par de ellas levantan, luchando a la vez por el bienestar y por la honra, el estandarte de la guerra nueva.

Los que no vivieron de ese heroico modo, los que, desde el fondo de sus calabozos, desde los buques que los llevaban al destierro, desde los tristes hogares, donde se cumplían silenciosamente terribles deberes, no compartieron aquella vida nómada y brillante, llena en la baja tierra, como en el alto cielo, de nubes y estrellas; los que no han investigado con celo minucioso aquella pasmosa y súbita eminencia de un pueblo, poco antes aparentemente vil, donde se hizo perdurable la hazaña, fiesta el hambre, común lo extraordinario; los que, con bizantinas aficiones, o con teóricos instintos, o con serviles hábitos aceptaron la grandiosa guerra, como sabroso halago a una vanidad ofendida sin tasa por el áspero dueño, o como imprudente perturbación a un sueño blando, con la cual era útil sin embargo, por lo que pueden los pueblos coléricos, parecer en el día del probable triunfo, acreditado amigo; los que con los ojos empañados por la atmósfera espesa de las ciudades españolas,

ofuscan con el temor su inteligencia, y el hermoso amor a los que padecen con el amor exagerado de sí propios,—leerán atónitos este para ellos cuadro extraño, donde, con ser tan reales las figuras y tan vivos los poderosos elementos, no se refleja en un solo punto su urbana y financiera manera de pensar,—y hierven sobresaltos, y brillan heroísmos, y olean y se encrespan pasiones que no fueron nunca datos para sus raquíticos problemas.

¡Pero vosotros, emigrados buenos, sufridores de hoy, triunfadores de mañana; vosotros que bautizáis a vuestros hijos con el nombre de nuestros héroes más queridos, de nuestros mártires, de nuestros inválidos; que habéis probado vuestra fe, donde la prueban los amigos leales, en el abandono y en la desventura; que habéis preferido la labor modesta, llena de fuerza digna, al placer de levantar casa sobre los cadáveres calientes, sin más cimientito que la palabra movediza de un adversario inepto y alevoso; vosotros que no creéis en la prosperidad de una tierra donde sobre la generación presente han caído desatadas las culpas de las generaciones anteriores, y no hay interés en la hacienda, ni recuerdo en la memoria, ni aspiración escondida que, aun en los más débiles e hipócritas,—no batalle radical y esencialmente con los intentos e intereses de aquellos con quienes se pretende una imposible y perniciosa concordia; vosotros que sentáis a vuestra mesa a los gloriosos mutilados, a los veteranos de la independencia, mal avenidos con la inútil paz; que al calor de la extranjera estufa, oísteis rodeados de los atentos hijos, cuentos de victorias y derrotas, y llorásteis con los afligidos narradores, nobles lágrimas; que habéis entrado en el práctico sentir que, con el quilate mayor de las desgracias, despierta en los trabajadores este pueblo utilitario y reflexivo; que en presencia de este pasmoso desenvolvimiento, y con la memoria de aquella vida mísera, no veis salud para el espíritu, ni porvenir para la tierra, fuera de aquella solución, beneficiosa a la par que gloriosa, que por ancha y nueva vía política lleve a la rica patria a la dueñez completa de sí misma, y al íntimo contacto, jamás por nuestros dueños consentido, con los pueblos hacia los que tradiciones viejas, intereses presentes, simpatías irresistibles, y supremas afinidades económicas nos conducen; vosotros que resolvéis con cuerdo sentido—que no todo ha de ser sombrío problema—las inquietudes de la dignidad, sin cuyo franco y osado ejercicio a nadie se impone amor ni respeto,—a par de las solicitudes del bienestar material, objeto imprescindible, aunque no objeto principal, de la existencia; vosotros los ricos, que habéis tenido el enérgico valor de despreciar vuestra riqueza, y de

haceros bajo un techo decoroso, y sin que el látigo os alcance, otra riqueza nueva; vosotros los pobres, que con la sagrada alegría de los creyentes, y con esa serena intuición de lo que es bueno, no oscurecida por vanidades ni intereses, amásteis en sus horas de agonía a la santa idea enferma, con tierna y melancólica lealtad; vosotros habéis sentido palpitar en torno vuestro a esos guerreros impacientes, a esos engañados rencorosos, a esas madres que ya no sonríen, a esos varones que no saben llorar, porque han aprendido que las fuerzas que se pierden en lágrimas, hacen falta después para el ardimiento y empuje de la sangre! Vosotros mismos sois esa comunidad que se levanta, entre vosotros andan los arrepentidos; en vuestros ojos se ve relampaguear brillo de aceros.

En hora buena os nieguen existencia cierta; en buena hora crean que nosotros, y nuestros amigos, y yo mismo, somos, no cuerpos vivos y reales, sino fantasmas vagabundos, fatidicas apariciones, malévolos espíritus parleros, nacidos a turbar la calma plácida de los bienaventurados palaciegos. Sea, señores, norabuena que los presuntuosos imaginen que un pueblo que ha vivido largos años en el espectáculo incesante de su excepcional grandeza, y en el ejercicio, a menudo organizado, de su libertad, pueda venir de súbito, sin provecho alguno para la hacienda, sin garantía alguna para la vida, olvidando de una vez sus fieros hábitos, a vivir en voluntaria servidumbre, para complacencia de los tibios, y para la gloria y el provecho de un enemigo cruel e incorregible. Extravío tamaño de las humanas facultades y dirección tan irracional de las pasiones indómitas, podrán ser, en cónclave de augures, motivo de consuelo para los acomodaticios pensadores, penetrados de pánico y alarma,—sin que, a lo que yo entiendo, y de lo que yo os respondo, sientan en la callada soledad surgir en su ánima la galvánica energía que con la fiebre del temor escriben. Suele así el miedo, natural consecuencia de la culpa, animar con calor enfermizo las mejillas.

Pero si creen los engañados que para privar de real existencia a lo que existe, basta, a modo de niños temerosos, cerrar los ojos de manera de no verlo, y negar, porque a los nuestros no se alza, que a los ojos abiertos tenga vida; los que aquí nos congregamos, y los que fuera de este recinto nos ayudan,—por la obra unida de la reflexión y el entusiasmo; por el propósito cuerdo de dirigir y amoldar a empeño franco, efervescencias que pudieran llegar a ser luego de difícil molde;—por arraigada convicción de que la lucha presente acelera y define una situación propia y precisa, para llegar a la cual siempre sería esta misma

lucha imprescindible;—por fundada creencia en la absoluta falta de elementos políticos en España, que pudieran,—por inmediato, y en apariencia radical, que fuera el cambio que los actuales elementos sufriesen —asegurar a Cuba un porvenir político y económico tan cuerdo que calmase todas las impacencias, tan amoroso que borrara todas las injurias, tan útil que no amenazase de próxima muerte nuestros únicos productores de riqueza; nosotros, los que aquí nos congregamos, por raciocinio estricto, por riguroso examen, por entusiasmo que sube de punto y fortaleza cuando no lo inspira el odio ciego, sino la meditada convicción,—creemos y sabemos que esta guerra ha brotado de sus naturales elementos, asombrando a los mismos que, con dolor agudo, pero con serenidad incommovible, preparaban el país para un sacudimiento necesario, en el cual aceptan, vencedores o vencidos, toda la responsabilidad de quien, seguro de la rectitud de su espíritu, desdeña la pérdida de una popularidad cómoda, y arrostra con frente alta la censura de los que, con sus mismos deseos e impacencias, aspiran sin duda alguna a aprovecharse de los beneficios de una victoria que no tienen el valor de preparar.

Creemos y sabemos que la naturaleza humana, mala por accidente y por esencia noble, una vez hecha al ejercicio de sus prerrogativas más honrosas, sólo las trueca o las declina por provechos a tal punto halagadores que sean dignos de compensar el inefable placer que produce el dominio sensato de sí mismo. No cabe por tanto en la naturaleza humana, alimentada por los dolores que engendran el rencor, y por la ira que levanta en el ánimo del engañado el pesar de haber cedido a un engaño que no equilibra el bochorno que causa con la utilidad que reporta; no cabe ciertamente, que todo lo que satisface nuestros deseos,—está de acuerdo con nuestro raciocinio, nos enaltece a nuestros propios ojos, proporciona a los ofendidos venganza de la ofensa, facilita todas estas expansiones con el placer de la libertad y con la influencia del hábito,—se trueque por una existencia sin esperanza de mejora, en que los nuevos soles anuncian nuevas burlas, en que el temor de los enemigos desvanece toda esperanza de fructífera concordia, en que se agravan con males nuevos los recientes y terribles males, en que la dignidad vive ofendida, la vida amenazada, la riqueza cohibida o impedida y las legítimas y habituales expansiones, antes enérgicas y libres, sujetas a malévolas censuras y a una expresión deformada e incompleta. ¡Oh no! ¡no es hombre honrado el que desee para su pueblo una generación de hipócritas y de egoístas! Seamos honrados, cueste

lo que cueste. Después, seremos ricos.—Sólo las virtudes producen en los pueblos un bienestar constante y serio.

Palpen unos con mano vacilante la senda áspera y larga, como esperando la hora del éxito para unirse al cortejo triunfal; vuelvan otros los ojos con cansancio, del espectáculo de una lucha, después de la cual lamentarán, en la hora del peligro—porque la libertad naciente ha de ofrecerlos,—no haber entrado a contribuir a una revolución cuyo alcance y empuje no serán luego bastante poderosos a contrastar,—porque es ley que no exceda la cosecha del monto y calidad de la semilla; abandonen hoy con culpable tibieza lo que mañana, espantados tal vez de las consecuencias de su culpa, pretenderán asir en vano; afilen algunos con mano solícita, y alarguen al dueño, los aceros que han de clavarse en el pecho de los que mueren—¡oh terrible fortuna!—en defensa del bienestar y libertad de aquellos que las asesinan. A muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires. Tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos. Verteremos la sangre que hicimos verter: ¡Esta es la ley severa!

¡Oh! ¡y cómo se cumple de nuevo en nuestros campos, testigos hoy como ayer de un mal inevitable,—por cuanto de feroz, avara y opresora conserva aún, en castigo tal vez de extraordinarias culpas, la triste especie humana! De las flaquezas de los unos, nos consuelan bravuras de los otros. ¡Abnegadas mujeres! caliente vuestras mejillas el pudor: dé el trabajo vigor a vuestra sangre, y con ella calor a vuestros rostros; mas ya no los colore la vergüenza por la debilidad de nuestros hijos! No había muerto aquella pléyade brillante, que peleó con menos armas, y moría más hermosamente que pueblo alguno de la tierra. Los trabajos la fortalecen; el espíritu de los muertos pasa a alentar el alma de los vivos. Los viejos héroes, acostumbrados a la gloria, vuelven a buscarla. —¡Qué miserable vida la del que concibió un alto empeño, y muere sin lograrlo!—¡Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande! Ya cabalgan de nuevo en la llanura los jinetes de hierro; ya resplandecen de nuevo aquellos rostros con el fulgor de la victoria; vuelven a ver el bosque en que triunfaron; sobre olvidadas cruces juran de nuevo un voto no olvidado; a recibir a sus hermanos surgen de las amigas selvas, mejores guardadoras de nuestro honor que las ciudades, familias beneméritas que habían continuado prefiriendo la soledad del monte a vergonzosa entrega; hombres fornidos, no capitulados, únense a las fuerzas salvadoras; regados con la sangre de los buenos, que no se vierte nunca en vano, cuajan los árboles amigos abundantes frutos;

el alimento ocioso, huelga; un expedicionario valeroso rompe un bote, con el que pudiera poner la vida en salvo, porque—¡ah brava frase!—“tenía ya ganas de pasar trabajos”; pregúntasele a otro si, como luchó en la pasada guerra, lucharía en la nueva, y dice simplemente: “Nosotros hicimos en 1868 un juramento; pero aquel juramento fue un contrato entre todos los que lo prestaron; los que han muerto lo han cumplido; los que vivimos no lo hemos cumplido todavía”. ¿Y vencerán a un pueblo semejante? ¡No hubiera escarnio bastante vigoroso para echar encima de los culpables que lo dejaran perecer!—No ha muerto la leyenda. ¡Indómitos y fuertes, prepáranse sus hijos a repetir sin miedo, para acabar esta vez sin tacha, las hazañas de aquellos hombres bravos y magníficos que se alimentaron con raíces; que del cinto de sus enemigos arrancaron las armas del combate; que con ramas de árbol empezaron una campaña que duró diez años; que domaban por la mañana los caballos en que batallaban por la tarde!

Ese es un hecho; contra conjuros, veleidades y anatemas; contra la traición de los unos, la fatiga de los otros y la persecución de nuestros dueños, la guerra ruge en Cuba. Un mal no existe nunca sin causa verdadera. Busca la naturaleza el placer, que por sí mismo se mantiene; pero huye todo daño, a menos que invencibles causas no la obliguen a él. Jamás tuvo un suceso, suma mayor ni más alborotada de enemigos. Los que de malgrado habíanse resignado, sin conciencia de la grandiosa obra que empeñaban, a la pérdida pasajera del esplendor de su fortuna,—imaginando equivocadamente que haciendo acto de contrición volverán a disfrutarla, han hecho el acto. Los que empujados más allá tal vez de donde pretendieron ir, no entraron en este duelo a muerte con la mano bastante firme, con el objeto claro y definido, con el corazón dispuesto a todos los reveses,—descansan sobre las ruinas de sí propios, en espera de que no habrá más convencidos, ni tenaces, ni inteligentes luchadores que lleven a puerto la nave en que ellos zozobraron. Los que capaces de aspiraciones sin cuento y enamorados de la fácil gloria, dejaron morir a sus defensores para profanarlos luego alzándose sobre ellos, a enarbolar con mano fratricida el estandarte enemigo de aquel sobre cuyos mártires se alzaban,—vieron con ojos hostiles a los legítimos propietarios y a los valientes herederos de una victoria que usurparon en un momento de confusión y de vergüenza, pero que no puede pertenecerles, porque no han tenido virtudes suficientes para conquistarla.

Ni ha de permitir un pueblo que lo guíen los que desconocen sus verdaderos elementos, ignoran en absoluto el objeto real y la vía útil del país en que nacieron, y en lugar de remover con mano fuerte, a fin de conocerlas y encauzarlas, las entrañas hirvientes del volcán, a riesgo de morir en ellas abrasados,—pretenden evitar la erupción sentándose en la cima, como si en las horas de fuego y de lava fuera bastante a evitar el estrago tan pequeño estorbo: como si, cuando la mejor y mayor parte de un pueblo se levanta, y de las tres comarcas de una tierra, dos mueren por un intento, y la otra lo admira, pudiera ser el esfuerzo sofocado por la algazara descompuesta de un grupo que sólo ha sabido señalar su nombre a merced de conscientes engaños, de mantener promesas que sabía que no habían de ser cumplidas, y de escarnecer y sonrojar a la revolución originaria de su poder ficticio, a la madre gloriosa a quien habían debido la existencia.

Pues ¿cómo, siendo la debilidad de los nuestros tan útil elemento para nuestros perpetuos enemigos; cómo, mordida por tan airados adversarios, esa guerra surge, y se propaga, y se fortalece, y comienza a nombrar sus autoridades civiles, y prepara mayores esfuerzos de más activo orden, sin que hayan bastado los cañoneros enemigos, ni la pueril excomunión de los que tiemblan bajo sus disfraces de pontífices, a cubrir de tal modo las aguas de los mares, que no se deslizasen sobre ellas las naves llevadoras de bélicos recursos?

¡Ah! Es que este hecho lamentable es un hecho necesario. Es que lo que teme confusamente la parte del país que influyó menos, en el pasado conflicto, en sus destinos, lo desea de nuevo y lo somete a la suerte de las armas, la parte del país que influyó más. Es que no hay en las Villas, ni hay en Oriente, un solo hombre señalado por su importancia y su energía, que no comparta en este instante con los que combaten angustias y proezas, o purgue el delito de haberlos compartido—en el fondo de los mares, o en castigo merecido por sus vacilaciones, no haya sido encerrado en los castillos, o roa airado su culpa, camino del destierro.

¡Ah! Es que ya se han cansado nuestras frentes de que se tomen sobre ellas las medidas de los yugos,—aunque hay frentes que no se cansan de esto nunca. Es que el hacha cortante sólo se aparta de nuestras cabezas con el golpe de otra hacha. Es que en los campos de batalla, en las prolongadas prisiones, en nuestra peregrinación por pueblos libres, hemos acostumbraado los pulmones a un aire que necesitamos respirar. Es que los pueblos que han sido muy criminales, necesitan, para ser

felices, lavar con alta grandeza sus pasados crímenes. Es que tenemos el sentido de nuestros destinos, y obramos con él. Es que cuando ya nos ahoga, se hace preciso cortar el lazo que no sabe aflojarse a tiempo. Es que los que batallaron con el enemigo, dentro de la Isla, y con la miseria, otro enemigo, fuera de ella, han conquistado el derecho, y contraído la necesidad de respirar en tierra propia un aire honrado. Es que el aire que a otros asfixia, a nosotros nos avigora. Es que no nos resignamos a vivir sin patria. Es que somos bastante numerosos para contrastar a los que emplean su tiempo en ofenderla.—Es que hemos meditado, y comparado, y dado tiempo a los prudentes para que nos probasen su capacidad para la victoria: y la meditación, y el estruendoso fracaso, han confirmado la decisión del entusiasmo.

Esta no es sólo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión. Es la conversión prudente a un objeto útil y honroso, de elementos inextinguibles, inquietos y activos que, de ser desatendidos, nos llevarían de seguro a grave desasosiego permanente, y a soluciones cuajadas de amenazas. Es la única vía por que podemos atender a tiempo a intereses que están a punto de morir, que son nuestro único elemento de prosperidad económica, y que nada tienen que esperar de intereses absolutamente contrarios. Y en este instante en que los mares amenazan de uno y otro lado del Continente salirse de quicio, para llevar sobre su espalda corva y móvil a los pueblos amarillos la artística riqueza de los pueblos blancos; en este punto de la historia humana en que, por faena que pasma, parece que la tierra se va abriendo a una era de comunión y de mayor ventura, estamos en gravísimo riesgo los cubanos de perder para siempre el más cómodo, sencillo y provechoso medio de levantar la maltratada patria a inesperada altura de fuerza y de opulencia. Porque ésta, que se mira por algunos como una época de transición y de perturbaciones trabajosas para Cuba, es para ella un instante, irreparable y decisivo, en el que, de no removerla enérgicamente, perderemos con la única mermada y amenazada riqueza que nos resta, la posesión natural y probable de uno de los más cuantiosos veneros de fortuna que el comercio en este tiempo ofrece. Y estos problemas, por los que, como por todos los reales y premiosos, pasamos casi siempre sin volver a ellos los ojos, entorpecidos a fuerza de mirar cadalso y yugo, —montan un poco más que estos estrechos propósitos, aspiraciones imperfectas e insinuaciones tímidas con que individual y dislocadamente lucha hoy la falscada e insegura representación cubana en las Cortes españolas.—Y con ser el intento tan menguado, helos ahí, fusteados y

vencidos, mirados como a extraños, y no tan castigados como egregios varones en otros tiempos fueron, porque con alguna excepción meritoria, no han tenido ni el esforzado ánimo, ni la viril palabra, ni el seguro juicio que tuvieron ellos.

Debe hacerse en cada momento, lo que en cada momento es necesario. No debe perderse el tiempo en intentar lo que hay fundamento harto para creer que no ha de ser logrado. Aplazar no es nunca decidir, —sobre todo cuando ya, ni palpitantes memorias, ni laboriosos rencores, ni materiales y cercanas catástrofes, permiten nuevo plazo. Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir. Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos.

Los pueblos no saben vivir en esa acomodaticia incertidumbre de los que al amparo de las ventajas que la prudencia proporciona, no sienten en el abrigado hogar las tempestades de los campos, ni en el adormecido corazón el real clamor de un país lapidado y engañado.

Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones; y acarician a aquella masa brillante que, por parecer inteligente, parece la influyente y directora. Y dirige, en verdad, con dirección necesaria y útil en tanto que obedece,—en tanto que se inspira en los deseos enérgicos de los que con fe ciega y confianza generosa pusieron en sus manos su destino. Pero en cuanto, por propia debilidad, desoyen la encomienda de su pueblo, y asustados de su obra, la detienen; cuando aquellos a quienes tuvo y eligió por buenos, con su pequeñez lo empequeñecen y con su vacilación lo arrastran,—sacúdense el país altivo el peso de los hombros y continúa impaciente su camino, dejando atrás a los que no tuvieron bastante valor para seguir con él. La política oportunista, como ahora se llama, pretendiendo erigir en especial escuela lo que no es más que el predominio del buen sentido en la gestión de los negocios públicos; la política oportunista, que no consiste en esperar ciegamente, y a pesar de todo, sino en no impacientarse cuando hay derecho a tener esperanza, no puede ser el loco empeño de fingirlas allí donde no hay razón alguna que las alimente o autorice. La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.

De los elementos vibrantes y variados que palpitan en Cuba; de la impotencia para el bien, y de la incapacidad para el gobierno, de la política española; de los hábitos contraídos en la larga campaña, no equilibrados por posteriores beneficios, y favorecidos por nuevas ofensas; de la costumbre de batallar que agita a unos, de la costumbre de ser libres

que inquieta a otros; de la vergüenza de haber contribuido al general desaloro; de la ausencia absoluta de los caudales recelosos en la más necesitada y considerable porción de la isla; de la abundancia irreflexiva y traidora de promesas, que hacía sentir luego en mayor grado el engaño; de la miseria sin esperanza que a todos afligia; del patriótico ardor que encendía a todos, alimentado por tan varias causas,—la revolución había de surgir, a despecho de los que no sentían tan vivamente estos punzantes males; había de surgir desatentada y fiera, como explosión de cólera y renacimiento tempestuoso de aspiraciones varias e iracundas, que no necesitaban de previo acuerdo para lanzarse a la batalla. Y como así había de surgir, y no había en el Gobierno español prudencia para evitarla, ni fuerza para contenerla; ni en la política española había caminos, cualesquiera que fueran sus accidentes, para dominarla, aprovechando el cansancio de muchos, por urgentes y numerosas reparaciones; como la propaganda, estrecha y desoída, de platónicos teorizantes, ni iba más allá de los en ella interesados, ni ofrecía digno alimento a las pasiones, ni consolaba con su energía, ni aliviaba los males con su consuelo, ni convenía con su raciocinio,—en esta conflagración de hervientes elementos, en este amontonamiento de la ira, en este apresto incontrastable de los menesterosos y de los batalladores, fue por todo concepto necesario, como única obra inmediata y oportuna, dirigir y hacer entrar en borde, una revolución inevitable, que, entregada a sí misma, nos hubiera llevado a graves riesgos en su desbordamiento torrencioso. Cuando un mal es preciso, el mal se hace. Y cuando nada basta ya a evitarlo, lo oportuno es estudiarlo y dirigirlo, para que no nos abruma y precipite con su exceso. De manera que cuando no hubieran el valor y el decoro, y el sentimiento del honor, leyes primeras de la vida, producido la actual revolución,—y ellas solas habían de ser fuerza bastante a producirla,—un motivo vulgar de conveniencia, y un raciocinio lógico y cerrado, llevaban a vigorizar y dar matiz y forma a un movimiento que no era posible ya impedir. Y por esto,—como las mismas razones, fortalecidas por sucesos nuevos y por los acuerdos esperados, militan ahora,—es ahora lo único oportuno auxiliar con energía a una revolución que por sí propia toma cuerpo, y por la crueldad y la torpeza de sus enemigos. Y por esto, con desdeñoso olvido de simpatías que no han menester, y con el aplauso en junto de la razón y del decoro satisfechos, se enorgullecen de su obra los que alentaron con toda su energía, y auxilian con todas sus fuerzas, la actual revolución.

Era natural aquella lamentable diferencia entre los sometidos de siempre, y los rebeldes de siempre; era natural, dado lo raro de la grandeza y lo poco común del divino amor al sacrificio, que pensaran de distinta manera los que durante los diez años habían vivido peleando, y los que habían vivido los diez años en las poblaciones españolas.—Los que por indiferencia o por flaqueza, no habían tomado parte en la revolución, hallaron en la paz inesperada un pretexto con que justificar su retraimiento. Y se asieron a él, con la tenacidad con que se asen los que unen a la vanidad la inteligencia, espoleada por el miedo.

Era natural la división. No había ocupado de igual modo la revolución todo el territorio de la Isla. Vieron los pueblos del extremo más occidental aquella década, no bajo la forma de guerra activa y de derecho conquistado, sino bajo la de persecuciones, muertes en patibulos, lento martirio en los presidios, con todo el cortejo de increíbles crueldades, de cuya remembranza no han menester para esforzar sus argumentos los hombres pensadores. En el Oriente y Centro de la Isla, y en buena parte de Occidente, los niños nacieron, las mujeres se casaron, los hombres vivieron y murieron, los criminales fueron castigados, y erigidos pueblos enteros, y respetadas las autoridades, y desarrolladas y premiadas las virtudes, y producidos especiales defectos, y pasados años largos, al tenor de leyes propias, bajo techo de guano discutidas, con savia de los árboles escritas, y sobre hojas de maya perpetuadas; al tenor de leyes generosas, que crearon estado, que se erigieron en costumbres, que fueron dictadas en analogía con la naturaleza de los hombres libres. y que, en su imperfecta forma y en su incompleta aplicación, dieron sin embargo en tierra con todo lo existente, y despertaron en una gran parte de la Isla aficiones, creencias, sentimientos, derechos y hábitos para la comarca occidental absolutamente desconocidos.

En tanto, en Occidente,—descartando desde ahora de una vez por todas, de estas consideraciones, la suma grande de habitantes de los pueblos que fue antes, y continúa siendo hoy, fiel a la patria,—la revolución ejercía distinta influencia en las ciudades y en los campos. Luego que fue segado en flor lo más bello y mejor de nuestras eras, pasados los primeros años de la guerra, arrepentidos volvieron, o por rara fortuna o tristes artes se salvaron buena suma de pacíficos cubanos. De los que merecieron el honor de ser encarnizadamente perseguidos, porción valiosísima conserva su varonil manera de sentir, y callada u ostensiblemente, en Cuba o en la emigración, cumple con su deber y honra a la patria.

En cuanto a los que en Cuba permanecieron ¡qué rubor no debió haber encendido las mejillas de aquellos hombres valerosos, porque es menester más valor para sufrir la befa de los déspotas que para arrostrar su empuje en el combate! ¡qué silbos por las calles! ¡qué terror, cuando, entre báquicos desórdenes, caían gotas de sangre en la artesa de vino de los cuerpos de guardia! ¡Qué humillaciones, qué bochornoso contacto, qué codeos! A los antiguos hábitos de siervos, hubieron de unir para salvar la vida y proteger el acrecimiento del caudal, diarias y vergonzosas confesiones, afables sonrisas, servicios reales a los que no han permitido jamás un carácter severo ni una protesta digna al alcance de sus ojos. No hablo yo de aquellos mártires escasos que por cumplir melancólicos deberes, sacrificaron vehementes aficiones; mas sí de los que vivieron de brazo con los elementos españoles, y les sirvieron en sus oficinas, y escribieron en sus periódicos, y se alistaron en sus filas, y engastaron en la luctuosa cinta de hule los colores a cuya sombra se disparaban en aquel instante las balas que echaban por tierra a Ignacio Agramonte y a Carlos Manuel de Céspedes. ¡Yo no sé si serán esos mismos hombres, los que intentan oponerse aún a la manifestación de nuestras honradas voluntades!

Tósigu fue aquel que entró demasiado bien en sus venas, para que hayan podido echarlo fuera de ellas todavía. Para esta infortunada porción de los cubanos,—por la difícil comunicación, por el miedo que mutuamente se inspiraban, y por el celo que los españoles ponían en ocultarla,—la heroica existencia de los revolucionarios era, a modo de sueño y de leyenda, lejana maravilla. No tuvieron hijos bajo chozas fabricadas por sus manos, estallando el rayo arriba, y en torno los fusiles. No anduvieron desnudos por los campos. No aplaudieron a oradores que hablaban a la vez con la lengua y con el rifle. No hicieron por la noche la pólvora con que por la mañana habían de saludar valientemente al día. No sufrieron los dolores de Job. No los inflamaron los héroes con sus alientos. Los caballos que arrebataron del seno enemigo a un soldado que cumplía entonces con su deber, no pasaron, con carrera fantástica, a sus ojos.—Ni prepararon, ni conocieron, ni sintieron la revolución. Y los que la amaban, sin entrar en sus problemas, ni estimar su fuerza, ni ver su alcance, por lo que han podido ser luego fácilmente crédulos; los que llevaron breve luto, pero luto al menos, por su aparente muerte, no estaban preparados a resistir la palabra ávida de los que en la cómoda hora dieron rienda suelta a aficiones políticas, y a odios, si

bien disimulados, no por eso, y tal vez más por eso, difícil y tumultuosamente contenidos.

Las seducciones de la riqueza, y los disfraces que la inteligencia proporciona a una voluntad capaz de usarlos, no pervertían fuera del recinto de las poblaciones occidentales, el puro sentido de los vigilados campesinos. Persecuciones severísimas habían echado lejos a cuanto había en aquellos campos de bravo, inteligente y bueno. Escrupuloso era el registro de conciencias. La memoria había de ser más fiel allí donde el dolor había sido más vivo. Por eso, cuando no ha mucho peregrinaron por pueblos y campiñas cercanas a la Habana, los oradores del grupo político que ha convertido hoy en cuestión de finanzas azucareras todas las graves cuestiones de la Isla,—no una vez sola saltaron los machetes en las vainas, y a calurosas peroraciones de español sentido, con promesa abundante de reformas, de que las Cortes de España están dando en estos instantes buena cuenta, respondieron los fieros montunos con vivas entusiastas, no a la patria liberal, sino a la patria libre.

Consumada la tregua de febrero, por causas más individuales que generales, en no escasa parte ya desaparecidas, y que a engaños y a celos se debieron, más que a cansancio y flojedad de los cubanos, ¿cómo habían de sentir del mismo modo, traídos a la existencia en común con tan diversos precedentes, dos pueblos de tan distinta manera preparados? Sensible fue apenas el cambio para los habitantes de la comarca occidental, y si en algo lo sintieron, con la mayor seguridad de la producción, fue en beneficio suyo:—radical fue el cambio y absoluto en el Centro y en el Oriente de la Isla. Los unos, de la ciudad esclava, quedaron en la ciudad esclava. Los otros, del campamento y de los bosques libres, vinieron a la esclavitud de la ciudad. Muchos, la veían por primera vez; otros, la amaron de distinta manera a como ahora la veían. Y cuando una voz inolvidable, porque hay gritos que resumen toda una época, dijo: “¿Y los muertos?” todos sintieron que su cabeza se rompía, y se llevaron la mano al corazón.

Un secreto instinto, que va siempre delante de la reflexión, anunció al país que una paz tan misteriosamente concertada, tan inesperadamente hecha, y por unos y otros tan recelosamente recibida, no prestaba garantía alguna de durabilidad y solidez. En tanto que los que nunca desearon la guerra, afectaban tener por decisiva una paz en que nadie creía, los provocadores y mantenedores de la lucha, asombrados de sí mismos, volvían a estimar la guerra necesaria, y se preparaban para ella. Un sistema de infantiles libertades permitía en Occidente que pa-

tricios de todo punto inofensivos, divirtiesen la atención del país en elementales entretenimientos políticos. Impotente el Gobierno para contener la viril actitud del extremo Oriental, que sólo a fuerza de especiales halagos, y a condición de libertades amplísimas, cedió a la tregua,—consentía a los hombres de Santiago el ejercicio de una libertad en cuyo empleo y propia dirección no estaban dispuestos a cejar. Y los hombres de campo, como a las cédulas onerosas seguían las cédulas onerosas; y a los Capitanes de partido los Capitanes de partido; y a la miseria heroica, deshonrosa miseria, y al hambre y la libertad, coronadas de una esperanza gloriosa, el hambre y la esclavitud sin esperanza,—no animaron con sus labores aquella calma lúgubre, interrumpida sólo por la imprudente vuelta de alguna crédula familia que venía a sepultar en una tierra ingrata los ahorros de una laboriosa emigración, o por el ruido de los pasos de los vigilantes enemigos que seguros de la guerra nueva, porque conocían ya a los combatientes, estudiaban el campo de batalla y empleaban en prepararse para ella las sumas que recogían de los vencidos. No bien asomaba una cabeza, no bien se movía una lengua, no bien se erguía un hombre severo a pedir cuenta del violento engaño, sentábase el Gobierno a la mesa y clavaba en sus umbrales solícitos espías. Como una culpa castigaba en los campos sometidos, los actos y palabras que en la ciudad aparentaba proteger. Del seno de las urnas profanadas, surgieron nombres desconocidos o manchados.—Y se vio el espectáculo insolente de que una revolución que había estremecido durante diez años la tierra propia, y asombrado a las extrañas, durmiera con un sueño tan profundo y se desvaneciera con rapidez tan increíble, que un instante después de su interrupción inesperada, unas elecciones que se suponían hechas por los revolucionarios sometidos, no enviaran un solo representante al parlamento donde iban a decidirse sus destinos.

¡Ah! Es que el cielo no puede permitir que los tiranos sean más de una vez cuerdos; es que para ser bastante enérgicos necesitábamos ser todavía más engañados; es que las rivalidades personales, que dividen las fuerzas e inhabilitan para la victoria, si pudieron producir una tregua provechosa, porque lo es siempre todo lo que acarrea una lección; si eran bastante a perturbar y a contener por un momento breve un empeño grandioso, no podían sin embargo sofocar las hermosas pasiones y los vitales impulsos que promovieron la guerra interrumpida.

Elecciones libres había garantizado el gobierno de España, y falseaba las elecciones. Exoneración de tributos, y cobraba con mano recia los tributos. Libertad para los esclavos, y para que una ley indigna de per-

petuación de la esclavitud fuese intentada por el gobierno español, fue necesario que la revolución amenazante asomase de nuevo el brazo fiero, tan esperado y tan temido. Prosperidad para los campos fue ofrecida y se empleaban en aprestos militares y en espías, las sumas que a la riqueza pública se había prometido dedicar. Sedújose a los emigrados, anunciándoles que con sus bienes se les devolverían las rentas de ellos nacidas desde el instante en que la tregua fue firmada,—y cuando alguno de los muy contados que volvieron, enemigos tenaces de todo nuevo movimiento armado, enviaron a un hombre cubierto de mancilla, y que por tanto priva, a suplicar humildemente que se cumpliese lo anunciado y se les entregasen las rentas, se negó el gobierno a devolverlas, aunque con algún otro más afortunado, lo hubiera hecho ya trabajosamente. So pretexto de que no había él de aprontar sumas que estaban destinadas a preparar la nueva revolución. Prometió el gobierno que cesando la guerra cesarían las cargas por ella originadas,—y acabada la guerra continuaron las cargas, y por ley del Parlamento continuarán ahora, a pesar de que había ya desaparecido la causa que se les daba por excusa.—Y era, señores, que las cargas no podían desaparecer, ni la guerra había cesado en realidad, porque la cesación de un hecho sólo se determina por la cesación de las causas que lo produjeron; era que agravar las razones sin cuento que habían dado origen al primer conflicto, no podía ser camino prudente para privar de razones al segundo; era que los que ofendían no podían suponer que el que sabía blandir un arma, no la blandiese en venganza de la ofensa; era que los triunfadores conocían todo lo transitorio y casual de su triunfo; y era, en fin, que la conciencia de los déspotas suele ser más leal que el valor de los súbditos, y que los que habían medido sus armas con las nuestras, sabían que nuestras armas están hechas con un hierro mejor templado que el hierro de Vizcaya.

Y allá, en la sombra de cuyas entrañas tenebrosas amenazaba, y amenaza todavía, nacer un monstruo, tan temido por algunos de sus honrados padres como por los que pudieran llegar a ser sus víctimas; allá, al chasquido del látigo, que todavía chasquea; al rumor de nuestros cañaverales, monótonos y melancólicos como los esclavos que los cuidan; al resplandor de hogueras numerosas, que más que un incendio, anuncian una época, los oídos atentos escucharon un concierto de ira y de esperanza, que no oyeron tal vez los que sin ellas cuentan, aturdidos por el ruido de sus pasos en las escaleras del palacio del gobierno. ¡Bueno es sentir venir la cólera!

Aquel soplo caliente, que había trocado en legiones de héroes las que antes fueron gala de la danza, y regocijo y pasto de los vicios; aquel estruendo súbito de un pueblo estremecido que se levanta en una sola noche a la conciencia de sí propio; aquel fragor continuado, y batallar sin tasa, de hombres que llevaban todas las ideas generosas en la mente y todas las virtudes en el pecho; aquel alumbramiento espléndido, venido de haber bajado a punto la claridad a todas las conciencias,—¿habían dejado en sombra lóbrega a los esclavos de los ingenios?

Y las fugas parciales, que dejaban en los tímidos el conocimiento de la causa de la fuga, y esos anunciadores misteriosos que vagan por los aires en horas de tormenta, y el temor de los amos revelado por la presencia de las tropas en las fincas, y los cuentos de los soldados, y los ecos de las poblaciones, y los rumores de los campamentos, y tanta promesa de redención y de ventura, ¿no habrían sacudido rudamente el alma lacerada de los esclavos infelices? ¡A todo cegarán los tristes presos, menos a la ancha puerta que se abre para acelerar su libertad!

Mas, si todo esto hubiera acontecido sin dejar huella; si las llamadas de los campos no hubieran calentado las mejillas de los esclavos, esos árboles animados, en las fincas; si tan extraordinarios y prolongados sucesos hubieran podido pasar para ellos desapercibidos,—no hubo cerca bastante espinosa, ni mayoral bastante intrépido para cerrar el paso a aquellas palabras de redención inmediata y completa, merced a las cuales debió en gran parte el gobierno de España su triunfo ficticio. Ni hubo muros bastante espesos, ni dueños bastante avisados, para que los siervos amontonados sobre el terruño, no oyesen las historias maravillosas que les contaban los siervos redimidos. Ni hubo manera de impedir que los que habían debido la libertad a su valor y a su constancia,—enseñaran el fácil camino a los que no habían podido todavía salir de la esclavitud. De noche, los narradores se deslizan favorecidos por las sombras. Y reunidos, admiran, meditan y deciden. Han decidido ser libres.—Saben que es su derecho, y que hay una vía para lograrlo. Ven el ejemplo, y están dispuestos a seguirlo. Los más impacientes, con las armas. Los más sumisos, con otra arma no menos segura ni terrible. Porque, cuando trocados en senos de llamas rojas los canutos de las cañas, hierven, revientan y chispean; cuando se quiebran con ruido seco y sordo los tallos encendidos; cuando bandadas de chispas, como mariposas de fuego recién salidas de la larva, van a anunciar a los que no han cumplido su promesa, que otros cumplieron ya el empeñado juramento; cuando se habla, como señal severa, con esta lengua asoladora,

—hay mayores que han vuelto de los campos espantados, y dueños que han venido a la ciudad en alas de su espanto, a decir que entre los clamores del incendio y en la hora silenciosa de los cuartos, y en medio de las cañas, y en el día siguiente a la catástrofe, se oyen cantos severos y tenaces, y se perciben distintamente, al compás de una música más viva que aquella que los consolaba en otros tiempos, estas simples palabras, bondadosas y justas:—“Libertad no viene; caña no hay”.

Esa es la frase sobria de quien hará lo que promete; ésa es la frase humilde de quien espera todavía: ésa es la amenaza prudente de quien llegará a lo que se propone, cuando haya perdido ya toda esperanza de lograr su intento.

La periodicidad de esos incendios; su carácter constante de anuncio, por cuanto se limitan siempre a un breve espacio de la finca; su tenaz repetición, no interrumpida desde que comenzaron, y cada vez creciente; la seguridad, la impenetrabilidad de los medios que emplean para llevar a cabo su propósito,—a nadie puede dejar duda de que estos peligrosos percances responden a un deseo firme, silenciosamente formulado, que habla el lenguaje aterrador que le han enseñado nuestra crueldad y sus desgracias. Pero no haya miedo ahora,—que la política cubana ha hallado una manera de atajar los incendios en las fincas; de convencer y suavizar a los esclavos; de detenerlos en esta vía temible. Y es un medio seguro, el único que han sabido concebir: la ley de abolición votada en Cortes.—Y el gobierno español ha hallado también un medio de arrancar de cuajo el mal amenazante, de asentar sobre sólida base la calma de los campos, con aplauso de los políticos pacíficos; y es un medio no menos seguro que el de éstos: repletar los ingenios de soldados.

¡Oh! ¡qué pobres pensadores los que creen que después de una conmoción tan honda y ruda como la que ha sufrido nuestro pueblo, puedan ser bases duraderas para calmar su agitación, el aplazamiento, la fuerza y el engaño! ¡Qué políticos son esos que intentan elevar a la categoría de soluciones, que para ser salvadoras han de ser generales, y para ser aceptadas han de satisfacer al mayor número,—aspiraciones acomodaticias sin precedente y sin probabilidad de éxito;—que creen que los problemas de un grupo de rezagados, de arrepentidos y de cándidos, son los problemas del país; que en vez de poner la mano sobre las fibras reales de la patria, para sentirlas vibrar y gemir, cierran airados los oídos y se cubren espantados los ojos, para no ver los problemas verdaderos, como si el débil poder de la voluntad egoísta fuera bastante a apartar de nuestras cabezas las nubes preñadas de rayos!

Cuando una aspiración es justa; cuando se la ha alimentado en silencio largo tiempo; y cuando sólo se expone una existencia miserable para lograrla,—para evitar que triunfe una solución que sólo tendría de aceptable la razón que la había engendrado. es necesario favorecer y apresurar el logro del propósito justo. Y así tendremos derecho, como lo tenemos los que alentamos la revolución, a la gratitud de aquellos que podrían justamente mirarnos con odio. ¡No todos los ofendidos tienen pasiones e intereses que les impidan el logro de su intento! Sobre el placer de dar lo justo, ¿por qué no procurarse la utilidad de haber evitado una catástrofe?

Se fingen miedos, por los sucesos de nuestro país ya desautorizados. Se pasean a los ojos de los timoratos lúgubres fantasmas. ¿Son acaso los hombres de color, los negros y los mulatos,—porque no debe hacerse misterio de un hombre como todos los demás natural y sencillo,—son acaso aquel rebaño manso que obedecía a la mano interesada del pastor, y al son de la elegiaca marimba, consuelo único prohibido a las veces, esperaba en calma la hora de una lejana redención? ¿Son acaso una cohorte sanguinaria, que habrá, con soplos huracánicos, de arrancar de raíz cuanto hoy sustenta el suelo de la patria? ¡Ah! ¡esto decían los españoles de los indios, tan ofendidos, tan flagelados, tan anhelosos como los negros de su inmediata emancipación; esta amenaza suspendían sobre las frágiles cabezas, cuando el aliento de Bolívar, más grande que César, porque fue el César de la libertad, inflamaba los pueblos y los bosques y levantaba contra los dueños inclementes la orilla de los mares y el agua turbulenta de los ríos! Y la independencia de América se hizo. Y con la faz radiante, aunque con el pecho devorado por el cortejo de rencores y apetitos que dejó en lúgubre herencia la colonia, la tierra redimida se alzó como una virgen, pura aun después de su tremenda violación, a ceñir sobre la frente de los buenos la premiadora palma tinta en sangre.—Pero los fatídicos anuncios no se realizaron; los indios no vinieron como torrentes desbordados de las selvas, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las yerbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas. Ni una sola tentativa, ni un solo rugido de cólera turbaron la paz de los difíciles albores. De viejos males vinieron los males nuevos,—que no de la venganza ni de la impaciencia de los indios. Y sea dicho de paso, desde esta tierra donde la conquista llegó de rodillas, y se levantó de orar para poner la mano en el arado; sea dicho desde esta tierra de abolengo puritano, para descargo de las culpas que injus-

tamente se echan encima de los pueblos de la América latina,—que los monstruos que enturbian las aguas han de responder de sus revueltas ondas, no el misero sediento que las bebe; que las culpas del esclavo, caen íntegra y exclusivamente sobre el dueño.—Que no es lo mismo abrir la tierra con la punta de la lanza que con la punta del arado.

Mas, refrenando americanos ímpetus, volvamos a decir que ese temor de pavorosas luchas no es, en los que pretenden ser su presa, más que un modo pueril de retardar el cumplimiento de un deber. Los que se han acercado a los abismos, y bajado a su fondo; los que han buscado las fuentes del mal para cegarlas a tiempo, y han hallado en su camino leales auxiliares; los que vieron por sí propios los senos en que se elabora la tormenta, o se preparan los medios para conjurarla,—ni esperan locamente un bienestar inmediato y seguro, en cuanto a esta faz del problema cubano se refiere, ni abrigan el temor, disfraz de culpas, de que hombres en su mayor parte sumisos, en corta porción inquietos, y en buena porción inteligentes, realicen bárbaros intentos, a cuya sola sospecha se sonrojan honrados negros y honrados mulatos.

No llevó el gobernador actual de la Isla, más rasgo señalado, ni más original política que la vulgar y tenebrosa que consiste en concitar contra los blancos cubanos a los hombres de color. Los benévolos teorizantes de la Habana, ni acudieron a este mal, ni lo sospecharon tal vez; y al amparo de esta beatífica disposición, comenzó el gobernante novel la traidora campaña. Pero había vigilantes en las sombras. Y caminaron por sobre sus pasos, y delante de ellos. Concedía el jefe español grados, y doraba uniformes, y traía a sus jefes negros a palacio, y pagaba oradores, y mantenía un periódico, y como veneno por las venas, los derramaba por los clubs y por las casas a cantar las glorias del gobierno de España, y a ofrecerles en su nombre una libertad que han tenido, aunque no era menester, ocasión clara y reciente de juzgar. Escudos invisibles pararon estos golpes alevosos, y dirigieron por fecunda vía a aquellas masas móviles y atentas. Por hombres de su raza conducidos, desoyeron por fortuna a los asalariados declamadores, y volviendo la espalda al grupo exiguo, harto bien pagado para que perdiese ocasión de empeñar lidia, aprendieron pronto que de los campos de batalla les había venido el mezquino bien de que gozaban, que al campo de batalla debían volver a ayudar a sus libertadores, y que aun cuando éstos fuesen vencidos, y el gobierno español viniera a ser, por mágicas artes, prudente y generoso, a la terrible y legendaria década y a sus lecciones imponentes deberían todos los beneficios que gozasen.

¡Se necesita meditar tan poco para comprender que dos seres venidos a perpetua vecindad, vivirán mejor en paz necesaria, aunque entre algunos no cordial, que en perpetua y destructora riña! No sería cuerdo suponer que en pechos tan lacerados ha desaparecido ya toda amargura, e inspiramos a los que hemos oprimido, una confianza, no merecida aún en absoluto. Pero sería causar ofensa grave a la suma considerable de hombres de color cubanos, tan sentidores de lo noble y tan capaces de lo intelectual como nosotros, suponer en ellos intentos cavernosos, que con ánimo sereno, serían y han sido ya, los primeros en encauzar y contener. Ciertamente que huyen, y con sobrada causa, de los que desdeñan o afectan temerlos para seguir aún, en una u otra forma, en el goce de fácil riqueza; posible es—y bien harían—que desdeñasen a su vez a los que buscan con no dignas lisonjas sus aplausos. Pero a los que han estudiado en sus hogares su capacidad para el sacrificio y la virtud; a los que han adivinado en sus corazones el perdón de todas las ofensas y el olvido de todas las injurias; a los que en horas de común angustia han sabido estrecharlos a su pecho; a los que han abierto sus heridas para poner, donde había veneno, bálsamo; a los que han tenido amor bastante para afrontar a su lado sus problemas, y virilidad sobrada para unir al blando consejo el severo raciocinio en la represión de sus exaltaciones naturales; a éstos, los aman.—Ellos saben que hemos sufrido tanto como ellos y más que ellos; que el hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda; que el dolor es vivo a medida de las facultades del que ha de soportarlo; que ellos no hicieron una revolución por nuestra libertad, y que nosotros la hemos hecho, y la continuamos bravamente ahora, por nuestra libertad y por la suya. Y se cuenta la historia. Y se dice en las fincas, y se repite en las ciudades. Y no han de ser los hombres de color libertados infames que volvieran la mano loca contra sus esforzados libertadores. Al alborear nuestra redención, y antes de organizar los medios de conquistarla,—organizamos ¡sublime hecho! la suya. Grandes males hubo que lamentar en la pasada guerra. Apasionadas lecturas, e inevitables inexperiencias, trastornaron la mente y extraviaron la mano de los héroes. Pero como ante un sol vivo reverdece en los campos toda grieta, y truécense en paisajes pintorescos los más hondos abismos,—ante esta vindicación de los hombres ofendidos, siéntense amorosos deseos de perdonar todos aquellos extravíos.

Sobre los campos sin cultivos; sobre el hervor perenne de los esclavos engañados, que hace ondular, y ascender, y descender, y forma, y deforma

nuestra vida, como la fuerza oculta de los terremotos, corriendo rápida e invisible por bajo la superficie de la tierra, la encorva y la amontona a su capricho; sobre la ira de los humillados, el clamor de los hambrientos, y los aprestos amenazantes de los vencedores; sobre este número de causas, bastantes ya a producir la nueva guerra,—otro airado elemento, por si solo capaz de producirla, cansado del reposo, alzaba el brazo. Aquel pueblo de guerreros, ¿dónde había ido? Aquellos hombres avezados a la lucha, interesados en ella, deudores a ella de una fama y de una consideración de que antes de la guerra no gozaron;—aquel grupo, más estimable, de espíritus briosos, y de juicio seguro, que ha consagrado su vida a la conquista de la independencia de la patria, por cuanto honor y razón se la aconsejan, y antes ha de dar rosas la ortiga, y una serpiente un huevo de águila, que tales hombres cejen en su empeño, —sin cuidar grandemente del monto de concausas que favorecían el hábito de los unos y el indómito intento de los otros, bullían y elaboraban pertinaces, y templaban de nuevo los aceros enmohecidos e inquietos en la vaina.

Los que intentan resolver un problema,—no pueden prescindir de ninguno de sus datos. Ni es posible dar solución a la honda revuelta de un país en que se mueven diversos factores, sin ponerlos de acuerdo de antemano, o hallar un resultado que concuerde con la aspiración y utilidad del mayor número.

Los que por engaño cedieron, dábanse prisa a reparar su yerro. Los que cedieron por esperanza de reponer su fortuna, ven yermo el campo, y agrietado el solar, sin que haya modo de reparar éste y fecundar el yermo. Los que se doblegaron por cansancio, empujados por el general desasosiego y por la propia indignación, no oponen en su mayor parte valla al nuevo torrente. Los bienaventurados que esperan, hallan sólo persecución de la justicia. Los que a España vuelven los ojos, ven cohortes de robustos astures y de fornidos vascos que vuelven triunfadores de las urnas. Y los que no se avienen a pisar la tierra de rodillas, ni a recoger jirones de burlescas libertades, como los canes recogen los mendrugos; los que prevén que con la ley prolongadora de la esclavitud, harán los esclavos la guerra que no quieren hoy hacer buen número de blancos, y se tendrán, sin resultados propios y definitivos, todos los males, y los mayores males, de la guerra; los que sentían crecer, y oían rugir, y querían traer a buen cauce, y han tenido la gloria de traerla, esta lucha sombría; los que—prescindiendo ya de toda noble causa de decoro, que a tantos habría de parecer antigualla importuna,—conocen que hay

una suma crecida de emigrados, que ha echado sobre los vacilantes toda la vergüenza de la patria, y se ha traído al hogar todo su honor;—los que no los han visto volver a vivir bajo techumbres profanadas, sobre sepulturas abiertas sobre queridas ruinas; los que saben, porque han querido saberlo todo, que hay parte buena de hombres valerosos que ni por el pasado fracaso, ni porque fracaso nuevo le siguiera, han de salir de la vida sino con el empeño logrado, o con la última bala de su cinto;—los que todo esto palpan o adivinan—creen un crimen desviar a la patria, con esperanzas fingidas, y teorías contrahechas, del camino a que el país se lanza inquieto, en busca de fortuna, cuando no tienen los desviadores garantía respetable ni vía ancha que ofrecer, en vez de aquellas que pretendieron cegar primero, y erizar de obstáculos después, cuando el primer intento fue imposible.

Así surgió la guerra; con estos elementos se mantiene; viene a la historia con un hermoso timbre, ya apuntado, y que no fuera prudente repetir. Cordura y cólera, razón y hambre, honor y reflexión la engendran. ¡Esclavos que se adueñan de sí propios; ese dejo viviente de soldados que viene siempre después de las revoluciones; esa brillante y numerosa pléyade de hombres tenaces, hechos al rocío de la noche y al foguear y perseguir del día; esos vivos que firmaron con los muertos un contrato que los que viven no han cumplido todavía;—y vosotras, mujeres entusiastas;—vosotros, ricos del Camagüey, del Oriente y de las Villas, que educáis a vuestros hijos en la labor modesta, y en el desdén de la riqueza infame; vosotros, artesanos habaneros, que apartáis de vuestros jornales el noble donativo, como anticipo que os ha de ser pagado con largueza por el sol de la patria honrada y libre, que calienta de bien distinto modo que aquel pálido sol de los esclavos;—vosotros no sois fantasmas errabundos, ni maléficos conjuros, ni sueños de una mente visionaria, ni setas olvidadas que crecen melancólicamente en tierras frías. Sois un pueblo real e inolvidable, hecho al dolor y a la fatiga;—que vive bajo la nieve, enamorado siempre de su sol;—que tiene ya la frente demasiado alta, por el ejercicio de sí propio, para entrar en la patria violada por puertas estrechas!

¡Oh! ¡qué terrible porvenir espera a nuestra patria, si todas las protestas pacíficas no se convierten en protestas útiles; si en vez de marchar, en poderoso acérrdo, con la rapidez de las cosas luminosas y la intimidad de las cosas fraternales, los hombres que pelean y los hombres que socorren,—fuera donde muchos esa funesta creencia de que basta para librar de males a la patria, enume-

rarlos removiendo el agradable fuego, o llorarlos femenilmente sobre la cabeza de nuestros hijos y sobre el seno de nuestras mujeres!—Los grandes derechos no se compran con lágrimas,—sino con sangre. Las piedras del Morro son sobrado fuertes para que las derritamos con lamentos,—y sobrado flojas para que resistan largo tiempo a nuestras balas.—¡Qué porvenir sombrío el de nuestra tierra si abandonamos a su esfuerzo a los bravos que luchan, y no nos congregamos para auxiliar, con la misma presteza y alientos con que se congregan ellos para combatir! ¡Qué adiós tan largo a la patria, perdida entonces, por nuestro crimen propio, para siempre! ¡Qué obra tan inútil aquella que hemos comenzado a realizar, y que consiste en dar un cauce abierto a cóleras justas y terribles, concitadas por un engaño cruel y por una ley osada contra nosotros y contra sí propios por nuestros enemigos! ¡Y cómo renacería tremendo este peligro, si fuera posible—que no ha de ser posible—que cesase la actual revolución!—¿Quién se atreve a esperar paz decisiva en una tierra donde todos los elementos están librando una mortal batalla, y los batalladores han adquirido ya los hábitos de combatir? Vagarán siempre por los campos familias miserables; los esclavos fugitivos, pobladores de las selvas, las llenarán de caseríos inaccesibles, y contraerán en ellas propios hábitos, que los alejarán mañana del comercial fragor de la ciudad, del cultivo afanoso de los campos, y de toda tarea que no les sea urgente y exclusiva: ¡brava manera de unir, —concitar divisiones duraderas entre las necesidades y costumbres de los nacidos a partir el mismo pan!—Ni cesarán jamás los combatientes aguerridos—ni los que de la guerra viven, mal inevitable, aflojarán en ella;—ni los que viven consagrados a lograr la libertad definitiva de la patria, y a concertar su suerte futura con su admirable casual colocación, los resultados de su historia, y la vivaz inteligencia de sus hijos, cederán jamás en la alta empresa, ni se desalentarán por fracasos repetidos, ni sancionarán con su presencia su ignominia, ni trocarán en incensario infame el puño de su espada. Que en este trueque, la punta de la espada queda vuelta contra el mismo que mueve el incensario.

Elementos permanentes producirán la guerra permanente. ¡Digan los arrepentidos;—digan los que caen en pecado gravísimo, para el que después no habrá suficiente penitencia, fingiéndose y alimentando esperanzas que osadamente, y brutalmente, les devuelve el enemigo con la punta de la lengua en el Parlamento, y con la punta del puñal en las haciendas y en los campos;—digan qué dique,—sino ese mismo que provoca contra sí la ira de las aguas, podrán oponer a los crecientes

ríos;—cómo calmarán el fiero empuje de una raza que expone sin temor en el combate, todo lo que le es odioso,—para lograr al fin lo que le es caro;—cómo convencerán a tantas criaturas de que es honrada y amable una existencia inútilmente ignominiosa;—con qué pruebas de reales libertades ahogarán las banderías armadas;—qué castigo merecerán los que no aprovechen la ocasión de ennoblecerlas;—digan cómo conmoverán en nuestros pechos este sentimiento altivo, hecho bueno con la severidad de la razón,—que hoy tiene sacerdotes numerosos, y que aun cuando rodase en tierra, rota el ara, tendría siempre, enérgico y severo, al pie del ara rota, un sacerdote!

¿Qué esperan esos hombres que afectan esperar todavía algo de sus dueños? ¡Oh! Yo no he visto mejillas más abofeteadas; yo no he visto una ira más desafiada; yo no he visto una provocación más atrevida. A tal punto se les rechaza y se les aterra, que no han osado alzar en Cortes,—por creerla, según confesión de ellos mismos, irrealizable sueño,—esa palabra culpable, disfraz de timideces y apetitos, con que pretendieron distraer la atención y atar la voluntad de nuestro pueblo. ¿Qué afectan esperar, cuando con desdeñosa complacencia, no perdonan sus dueños ocasión de repetirles que no cabe pedir allí donde se ha de tener por entendido que no hay nada ya que conceder?—“No tiene España en el orden político, nada que conceder, ni nada que cumplir”.—¿Creéis acaso que es mía esta palabra de desesperación, este lema de soledad y desconsuelo?—¿Creéis acaso que es augurio pesimista, imaginado al calor de exagerada exaltación patriótica? Pues es la última declaración hecha en las Cortes españolas por el Ministro de Ultramar.—España no tiene ya nada que conceder ni que cumplir. ¡Esperad ahora, mendigos!

Tiempo a mí, y fuerzas a vosotros, me faltan ya para deciros todo lo que, deseoso de engañarme, mas confirmando cada día mi juicio, he observado en mi último destierro,—que no es destierro éste de ahora, que consiste en dejar de vivir en pueblo esclavo para venir a alentar en pueblo libre. Si tuviéramos tiempo, yo os diría,—mas no a vosotros, que no merecéis que así os ofenda;—yo diría a los que no se cansan nunca de que la medida de los yugos sea tomada sobre su frente;—a los que se forjan aún una esperanza, porque siempre la hay sobre la tierra;—a los que pudieran fingir, como tabla que asoma en el naufragio, confianza alguna en venideros trastornos de la política española;—yo diría sereno, enfrente del juicio que el que de todos lo ha de hacer, hiciera de mí un día;—yo afirmaría—con la mano puesta sobre la cabeza rubia de mi hijo—que creo honradamente, y meditadamente, que no tienen esos

perpetuos esperadores derecho alguno para fiar de la política probable, la salud de la patria que hoy les niega la soberbia política presente. Ni ¿cómo se ha de conceder lo que no se sabe aún de qué manera se ha de pedir? Ni ¿cómo han de triunfar diputados que han de estar perpetuamente en vejatoria minoría? Ni ¿cómo desarraigar la idea real de que abrir la puerta de las libertades a un pueblo rebelde, es abrirle las de la victoria? Ni ¿cómo pedir que ahogue España en la Península industrias a que fia su subsistencia, por hacer merced a las industrias de un pueblo que sabe que dejará pronto de ser suyo?

¿Que son acaso los dueños blanda cera a los pueriles intentos maquiavélicos de aquellos hombres hábiles, que engendraron tantos hijos, y que no se han cansado aún de ser vencidos? ¿Que cabe que en las Cortes españolas sea votada una ley liberal de abolición, que los que afectan pedirla no han formulado todavía? ¿Que cabe que sea rápidamente hecho visible un acuerdo benévolo de los dueños, cuando los exiguos, abandonados y sedicentes diputados liberales de Cuba, huelgan huraños entre sí y contra los suyos, alimentando todas esperanzas diversas, y el más bravo esperanzas incompletas, y el más enérgico aspiraciones absolutamente distintas, y repletas de español sentido, de las que vergonzantemente profesan, sin osar sacarlas a luz, sus desbandados compañeros?

Se están fundiendo aún, y no tienen bastante hierro todavía, los cañones que han de echar abajo el trono trémulo de España. Metal conservador entrará por mucho en el cuño de la futura moneda revolucionaria. Triunfarán los conservadores, cuando la revolución triunfe. Distinta será la forma, y se concederá un ápice más al pueblo hambriento; pero la esencia no cambiará, ni cesarán la ira y el hambre.

No ha de cambiar el tipo signalante de un pueblo terco,—por dar placer al interés de aquellos contra los que le movió siempre el desdén—y le mueven desde hoy desdén y cólera;—que el que fue siempre gobierno de intereses, y por ellos subsiste,—no ha de dejar de favorecerlos, ni atender especialmente a ellos, en tanto que gobierne.

Pero demos de mano a esas inútiles reflexiones,—porque no somos nosotros los que las hemos menester:—no somos nosotros los que exclusivamente hacemos cuestión de dineros, aquella que es cuestión primera de honra y vida, sin resolver la cual, ni nuestros hijos tendrán techo, ni nuestra existencia objeto, ni nuestros huesos caliente sepultura.

Nosotros no queremos resignarnos a tener siempre el corazón hinchado con las lágrimas, y el nudoso bordón siempre en la mano, y

llenen los pies siempre del polvo del camino. Nosotros no queremos conformarnos a que nuestros nacientes pequenuelos besen, en las horas de dolor, nuestras frentes pálidas, viviendo en una tierra donde hasta el rubor ha de ocultarse al ojo vigilante del tirano. Nosotros no podemos concebir que un pueblo que ha llenado los pueblos con sus hijos, y las llanuras con cadáveres, y con su sangre nobilísima los ríos, vaya atado hacia un Oriente en que se ha cansado ya de salir el sol, uncido a un carro informe y tosco, deshecho por la íntima batalla de los corceles impotentes que lo guían. ¡Para algo más nos hizo el cielo, que para sufrir intemperancias de corceles!

Nosotros hallaremos en todos los honrados corazones magnánima ayuda. Los equivocados, se arrepentirán. — Los fugitivos, retornarán. — Los más culpables, lavarán al fin, viniendo, la grave culpa de haber venido tarde. Volverán a cruzar naves amigas los mares que no ha mucho cruzaron con fortuna. Y no lucharán sólo los jinetes que en este instante cabalgan por el llano, ni quedará sin asta la bandera que manos valerosas pasean, saludada con triunfos, por campos no cansados todavía de recibir en su seno a muertos nobles: — ¡que abanderados, tiénelos de sobra! Y tocaremos a cada puerta. Y pediremos limosna de pueblo en pueblo. Y nos la darán, porque la pediremos con honor. Y seremos vencidos, y tornaremos a vencer. Y darán en tierra con nuestro actual empeño, y con empeño nuevo caeremos sobre nuestra tierra. ¡Y nos ganarán esta batalla, y habrá aún alguna alma fuerte y fiera que quedará batallando todavía!

¡Oh, no, pueblo magnífico!; — no eres aún bastante grande para que estén perdonadas ya todas tus culpas; — ¡pero no eres ya bastante pequeño para ofender los manes de tus héroes! — Ni las pasiones ruines son tu único alimento, ni tus hijos malos podrán más que tus hijos buenos, ni tus vicios más que tus virtudes, ni tu indignidad más que tu cólera, ni el maléfico genio de tu ruina más que tus vehementes necesidades; ¡ni volverán a marchar por vía distinta el guerrero que lucha por la libertad, y el trabajador que le envía el arma! — El pueblo de auxiliares acompañará con su constancia al pueblo de batalladores, — que lo animará con su valor. Lo que de ti espera en estos mismos instantes tu enemigo, — ¡de ti, pueblo decoroso, — lo tendrá! Llegue el valor del injuriado a donde llega el pánico visible del enemigo que lo injuria. ¡Qué facilidad, vencer al débil! Y ¡que larga caída, hacer para combatirlo menos de lo que el adversario espera de nosotros! ¡Oh, no, — pueblo lloroso, — que en tierra ajena educas a hombres y a mujeres, que no

tendrán mañana el consuelo de distraer con los objetos nobles de la vida, las amarguras que acarrearán sus exigencias! ¡Oh, no, — pueblo de mártires, que ha sabido en un día, y en largos años, más meritorios que el calor de un día, alzar en nuestros campos al esclavo con aquella misma mano enseñada a ofenderlo y castigarlo, y comprar con la propia labor en tierra extraña la cuna de sus hijos! — ¡Oh, no, — voces sonoras, antes gusto y regalo de salones, y hoy severo placer de las iglesias, en que a la vez entonan el himno del trabajo, el treno acongojado de la viuda, y el canto sollozante de la patria! — ¡Oh, no, — muertos ilustres, al calor de nuestra alma revividos, y en el fondo del pecho acariciados! ¡No durmáis todavía el sueño terrible de aquellos que han perdido ya toda esperanza! — ¡no nos echéis aún sobre el rostro, con vuestras manos frías y descarnadas, la sangre que vertistéis por ingratos! — ¡no os alcéis en la noche silenciosa, con vuestro cortejo de huesos deshonorados, a huir con ellos de un pueblo de mendigos, para darles extraña sepultura en un lugar más digno de abrigarlos! — ¡Movéos y contentáos, muertos ilustres! — ¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!

**DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1868, EN *MASONIC*  
*TEMPLE*, NUEVA YORK**

**10 DE OCTUBRE DE 1887**

### Señoras y señores:

Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que la enardeczan, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción a la estrechez de la palabra humana. Esta fecha, este religioso entusiasmo, la presencia—porque yo siento en este instante sobre todos nosotros la presencia de los que en un día como éste abandonaron el bienestar para obedecer al honor—de los que cayeron sobre la tierra dando luz, como caen siempre los héroes, exige de los labios del hombre palabras tales que cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes de la victoria, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno de ella es el silencio. No sé que haya palabras dignas de este instante. “¡Demajagua!”, decía uno de nuestros oradores: “¡plegaria!”, decía otro: ¡así es como debemos conmemorar aquella virtud, con los acentos de la plegaria! Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear, sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella: cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: “¡Ya sois libres!” ¿No sentía, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para ellos todos esos vitores que os arranca este recuerdo glorioso! ¡Gracias en nombre de ellos, cubanas que no os avergonzáis de ser fieles a los que murieron por vosotras: gracias en nombre de ellos, cubanos que no os cansáis de ser honrados!

¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos alienta, a más de nuestra gratitud, para reunirnos a conmemorar a nuestros padres? ¿Qué pasa en nuestras huestes, que el dolor las aumenta y se robustecen con los años? ¿Será que, equivocando los deseos con la realidad, desconociendo por la fuerza de la ilusión o de nuestra propia virtud las leyes de naturaleza que alejan al hombre de la muerte y el sacrificio, queramos infundir con este acto nuestro, con este ímpetu, con este anuncio, esperanzas que son

culpas cuando pueden costar la vida al que las concibe, y el que las pregona no puede realizarlas? ¿Será que sometiendo como vulgares ambiciosos el amor patrio al interés personal o la pasión de partido, estemos tramando con saña enfermiza el modo de echar inoportunamente sobre nuestra tierra una barcada de héroes inútiles, impotentes acaso para acelerar la agregación inevitable de las fuerzas patrias, aun cuando llevasen, con la gloria de su intrepidez, el conocimiento político y la cordial grandeza que han de sustentarla? No: ni la debilidad nos trae aquí, ni la temeridad. ¿No nos afligimos, no nos buscamos unos a otros, no nos adivinamos en los ojos un llanto de sangre, no andamos con la mano impaciente, con el dolor de la carne herida en nuestra carne, en cuanto sabemos de alguna nueva tristeza de la patria, de algún peligro de los que allá viven, de alguna ofensa a los que allá nos desconocen, del sacrificio estéril de algún valiente infortunado? ¿No nos regocijamos noblemente cuando se espera de nuestros mismos dominadores una concesión de justicia, un bien parcial, que aunque lastime nuestras aspiraciones grandiosas, aunque retarde nuestro ideal absoluto y nuestra vuelta al país, le prometa sin embargo una calma relativa—de que no queremos gozar nosotros? ¿No nos agitamos, no perdemos el interés en nuestro quehacer usual, no sentimos, cuando sabemos que hemos de reunirnos para estos actos nobles, como más claridad, como más ternura, como más dicha, como más elocuencia, como una verdadera resurrección en nuestras casas? ¡Pues por eso estamos aquí: porque la prudencia puede refrenar, pero el fuego no sabe morir; porque el amor a nuestro país se nos fortalece con los engaños, y es superior a todos ellos; porque el pesar de vernos ofendidos por los que no saben imitar nuestra virtud, es menos poderoso que este impulso de los que morimos en silencio fuera del suelo natal, para prolongar siquiera la vida recordándolo; porque tal vez divisamos el peligro, y nos aparejamos a ser dignos de él!

Ese impulso nos arrastra; nos pone en pie, como si viviéramos aún, devuelve a nuestros labios la palabra, cansada ya de torneos pueriles: ¿qué somos nosotros más que lo que nos decía esta noche un anciano respetable, qué somos nosotros más que “mártires vivos”? Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza, nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles a los ladrones, comida hasta la rodilla—¡hasta la rodilla no más!—de gusanos, la imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa

de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano; ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. ¡Cierra los ojos y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia,—un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma! Aturdidos, confusos, impotentes, los que viven lejos de la patria sólo tienen las fuerzas necesarias para servirla.

Así vivimos: ¿quién de nosotros no sabe cómo vivimos?: ¡allá, no queremos ir!: cruel como es esta vida, aquélla es más cruel. ¡Nos trajo aquí la guerra, y aquí nos mantiene el aborrecimiento a la tiranía, tan arraigado en nosotros, tan esencial a nuestra naturaleza, que no podríamos arrancarnos o sino con la carne viva! ¿A qué hemos de ir allá, cuando no es posible vivir con decoro, ni parece aún llegada la hora de volver a morir? ¿Pues no acabáis de oír esta noche una voz elocuente que nos sacaba, recordando aquella vergüenza, las llamas a la cara? ¿A qué iríamos a Cuba? ¿A oír chasquear el látigo en espaldas de hombre, en espaldas cubanas, y no volar, aunque no haya más armas que ramas de árboles, a clavar en un tronco, para ejemplo, la mano que nos castiga? ¿Ver el consorcio repugnante de los hijos de los héroes, de los héroes mismos, empequeñecidos en la pereza, y los viciosos importados que ostentan, ante los que debieran vivir de espaldas a ellos, su prosperidad inmundada? ¿Saludar, pedir, sonreír, dar nuestra mano, ver, a la caterva que florece sobre nuestra angustia, como las mariposas negras y amarillas que nacen del estiércol de los caminos? ¿Ver un

burócrata insolente que pasea su lujo, su carruaje, su dama, ante el pensador augusto que va a pie a su lado. sin tener de seguro donde buscar en su propia tierra el pan para su casa? ¿Ver en el bochorno a los ilustres, en el desamparo a los honrados, en complicidades vergonzosas al talento, en compañía impura a las mujeres, sin los frutos de su suelo al campesino, que tiene que ceder al soldado que mañana lo ha de perseguir, hasta el cultivo de sus propias cañas? ¿Ver a un pueblo entero, a nuestro pueblo, en quien el juicio llega hoy a donde llegó ayer el valor, deshonorarse con la cobardía o el disimulo? Puñal es poco para decir lo que eso duele. ¡Ir, a tanta vergüenza! Otros pueden: ¡nosotros no podemos!

Pero no estamos aquí para censurar a nuestros hermanos en desdicha, a nuestros hermanos mayores en desdicha, porque el valor que necesitan para soportarla es más que el que para esquivarla demostramos nosotros: no estamos aquí para suponer en ellos, con necia arrogancia, la falta de virtudes que sean nuestro patrimonio exclusivo: ¡yo las he visto brotar bajo aquella opresión con tanto brío, con más brío a veces, que el que cabe ya en nuestras almas fatigadas! Astros apagados ya para nosotros, en el fuego de la libertad que consume los astros, todavía son para ellos soles: el amor a la patria, que es en nosotros inquebrantable juramento y melancólica constancia, es en ellos asomo de aurora y épico frenesí: ¡por cada uno que cae en vileza, hay dos que se avergüenzan de él! Si el reposo, que es también necesario en la historia, favorece el desarrollo del juicio, no maldigamos del reposo,—que cesará por sobre cuantos lo estorben cuando tenga fuerzas para cesar,—porque la catástrofe innecesaria de nuestra guerra demuestra que el valor es estéril,—el mismo valor loco a cuyo recuerdo hierva la sangre y se dibuja en la sombra un caballo ensillado que nos convida,—cuando la razón, que es otra forma de valor, no lo preside. ¿Quién cuenta desde aquí las almas que allá acarician, con el fervor creciente por la ofensa diaria, los mismos deseos de que sólo los presuntuosos entre nosotros pueden suponerse únicos depositarios? ¿Quién no oye lo que se dicen aquellos puños cerrados, aquellos labios mordidos, aquellas mejillas encendidas? ¿Quién no se enorgullece, como si fueran suyas propias, de las virtudes, de la inteligencia singular, de los hábitos de trabajo, de la facilidad magnífica para todo lo bello y difícil de que nuestra patria da prueba pasmosa, surgiendo de aquella llaga que se la come, como de los mismos cerdos muertos surgen con el azul más puro, florones de luz? ¡Todos, todos son nuestros hermanos, nuestra carne, nuestra sangre,

lo mismo los que piensan con más tibieza que nosotros que los que han pensado con ineficaz temeridad! Precipitar ¿cuándo fue salvar? Ni ¿qué valdrá, más que lo que valen las alas de un colibrí en una tormenta, que los de flojo corazón levanten las manos pálidas al cielo el día en que, recobrada la salud, decrete el país que no se contenta con dietas de honor? ¡Las aves indecisas, para protegerse mejor, se agregarán a la bandada! ¿Qué es ponerse a murmurar unos de otros, a recelarse, a odiarse, a disputarse un triunfo que sería efímero si no fuera unánime, de todos, para todos, porque unos han vivido acá y los otros allá? ¿Cómo los que han padecido menos osan afectar desdén, que si fuera real sería fratricida e impolítico, hacia los que han padecido más, hacia los que acaso les han permitido, con su silencioso sacrificio, con la prudencia con que usan de su poder moral, intentar los remedios parciales que en vano recomiendan, sin los obstáculos que con amor menos virtuoso a la patria hubiéramos podido en todo instante oponerles, pero que guardamos celosamente para su hora, no por agasajo a nadie, no por temor de nadie, sino por aquel prudente amor al país, por aquel supremo amor al país, ante el que se deponen todas las pasiones? Vacilen éstos, retráiganse aquéllos, condénennos otros: todos nos juntaremos, del lado de la honra, en la hora de la vindicación y de la muerte.

Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros, porque como nosotros piensan todos, aun cuando, como quien quiere sofocar el aire, quieran sofocar el pensamiento; porque nosotros, como los persas que se refugiaron a adorar el fuego, que era el símbolo de la patria sometida por el moro, a las cumbres solitarias adonde no hallaba camino el opresor, ¡con el fuego sagrado nos refugiamos, orgullosos de nuestra soledad, en las cumbres de nuestras conciencias! ¡Nosotros somos el deseo escondido, la gloria que no se pone, el fin inevitable! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; ¡sino si sirven a la patria con aquel filial gusto, con aquella sabia indulgencia, con aquel dominio de las antipatías señoriales, con aquel acatamiento del derecho del hombre ineducado a errar, con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos, con aquel supremo sentido de justicia que puede únicamente equilibrar en lo futuro tenebroso el resultado natural de las injusticias supremas, con aquel ingenuo afecto a los humildes que encadena las voluntades incultas en vez de agriarlas y llevarlas de la mano al enemigo, con aquel respeto a la patria que prohíbe agitarla inoportunamente en provecho de la vanidad o el

interés, con aquel incendio del alma ante la injusticia que muchos aventureros del pensamiento fingen con semejanza y arte tales que llegan a ser caricaturas acabadas de la gloria! Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si, divisando lo porvenir con la mirada segura que es dote esencial de los que pongan manos en las cosas del Estado, dirigen sus actos de modo que, en vez de levantar sin propósito y dirigir sin cordialidad pasiones que no se podrán apagar luego sino con la acción, prevean y dispongan ésta, se conformen a la política real de la Isla, y contribuyan a la conservación y reforma de sus fuerzas y al fortalecimiento y pujanza de los caracteres. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; sino si comprendiendo a tiempo el carácter fogoso y enérgico que el padecimiento bajo la tiranía, el destierro en países de república y su natural apasionado de la libertad han creado en el cubano, disponen la patria para acomodarla a él, en vez de amenguarla con planes de mando exclusivos, o con soberbias de grupo alucinado, o con esperanzas cobardes de ayudas extrañas,—peligrosas e imposibles. Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros; ¡sino si familiarizados con la grandeza, como han de estar los que pretenden influir en tiempos que la requieren, en vez del odio raquíptico a lo inferior en orden social, a lo que no comulga en el propio templo, a lo que ha nacido en la propia tierra, demuestran la determinación conocida de obrar sin odio, el día en que nos reconozca la historia nuestra autoridad sobre la casa que recibimos de la naturaleza!

Con ese cuidado escrupuloso vivimos; todos esos problemas conocemos; nos ocupamos firmemente, no en llevar a nuestra tierra invasiones ciegas, ni capitánías militares, ni arrogancias de partido vencedor, sino en amasar la levadura de república que hará falta mañana, que tal vez hará falta muy pronto, a un país cuya independencia parece inmediata, pero que está compuesto de elementos tan varios, tan suspicaces, de amalgama tan difícil, que los choques que ya se vislumbran, y que han ayudado acaso a acelerar aquellos cuya única labor real era impedirlos, sólo pueden evitarse con el exquisito tacto político que viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor. ¡Y pasamos tal vez por agitadores perniciosos, los que, sujetando los impulsos menos dóciles, sólo queremos tener limpio el camino por donde al fin ha de buscar su salvación la patria! Se amenaza con nosotros a Cuba;—se acusa de complicidades con nosotros a un partido cubano que ni aun por sus personas más inquietas solicitó ni aceptó nunca el menor roce con lo que creemos inevitable, aunque el pensarlo sólo agobie, la guerra que

parece ser por desdicha el único medio de rescatar a la patria de la persecución y el hambre;—se llega a suponer, con ligereza que devolvemos sin respuesta, que los que aquí meditamos con respeto de hijos el modo de ahorrar a nuestro país conmociones estériles, de subordinar a su mandato nuestros más gloriosos ímpetus, de alimentar en el silencio las virtudes que han de serle útiles, de dar tiempo a que se robustezca su carácter para la lucha que acaso sea precisa, de confundir en concordia todos sus elementos, de no enajenarnos ninguno de los factores imprescindibles, de disponer cuanto en la hora suprema pueda abreviar el sacudimiento, acelerar el triunfo, y fundar la patria libre,—¡no somos más que una turba irreflexiva, tocada de monomanía sangrienta!

Esta no es hora de decir cómo no han sido inútiles para la emigración cubana veinte años de experiencia, de manifestación y roce francos, de choque de ambiciones y noblezas, de prueba y quilate de los caracteres, de lucha entre la pasión desconsiderada y el juicio que desea someterla al desinterés de la virtud. No es hora de decir, cuando se conmemoran hazañas a cuyo lado palidece el simple cumplimiento del deber, cómo en la obscuridad, grata al verdadero patriotismo, se procura con sagrada pureza librar de estorbos, no para todos visibles, el porvenir del país, y en vez de trabajar sin fe y desconcertados en pro de una fórmula positiva, condenada de antemano, por la fuerza de lo real, a corta duración, se atiende, con el oído puesto al suelo, que no ha cesado todavía de hervir, al espíritu vivo de la patria; a la recomposición de sus elementos históricos, más terribles mientras más desatendidos, y más reales, en su descanso natural e inacción aparente, que las sombras que sólo tienen aparato de cuerpo palpable porque se amparan de ellos y les sirven de transitoria vestidura; a la preparación de la guerra posible,—puesto que mientras sea la guerra un peligro, será siempre un deber prepararla,—de manera que en el seno de ella vayan las semillas, ¡de no muy fácil siembra! que después de ella han de dar fruto. Agitar, lo pueden todos: recordar glorias, es fácil y bello: poner el pecho al deber inglorioso, ya es algo más difícil: prever es el deber de los verdaderos estadistas: dejar de prever es un delito público: y un delito mayor no obrar, por incapacidad o por miedo, en acuerdo con lo que se prevé. No es hora de decir que puesto que la guerra es, por lo menos, probable en Cuba. serán políticos incapaces todos los que no hayan pensado en el modo de evitar los males que pueden venir de ella. ¡Pero todas las horas son buenas para declarar que aquí los corazones no son urnas de devastación, prontas al menor empuje a volcarse sin miramiento sobre el país, sino

aras valientemente defendidas, donde se guardan sus últimas esperanzas de manera que las pasiones interesadas no las pongan en manos del enemigo, ni la traición disimulada las defraude!

¿Guerra? Pues si hubiese querido tenerla siempre encendida, ¿cuándo ha faltado una montaña inexpugnable ni un brazo impaciente? Refrenar es lo que nos cuesta trabajo, no empujar: lo que nos cuesta trabajo es convencer a los hombres decididos de que la mayor prueba de valor es contenerlo: pues ¿qué cosa más fácil que la gloria a los que han nacido para ella, ni qué deseo más impetuoso que el de la libertad en los que ya han conocido, en el brio del combate y en la vela de armas, que es digna de sus heraldos naturales, el sacrificio y la muerte? Las manos nos duelen de sujetar aquí el valor inoportuno. Si no lleva la emigración la guerra a Cuba, acaso será porque cree que no debe aún llevarla; acaso será porque hay en su seno mucho hombre sensato, que prefiere dar tiempo a que los hechos históricos culminen por sí en toda su fuerza natural, a precipitarlos por satisfacer impacencias culpables, a comprometerlos con una acción prematura, con una acción que, habiendo de conmover, de trastornar, de ensangrentar el país, debe esperar para ejercerse a que, por todo lo visible y de indudable manera, no sólo necesite el país la conmoción, sino que la desee, por el extremo de su desdicha y lo irrevocable de su desengaño. ¡Aquí no somos jueces, sino servidores! ¿Quién dice que aquí queremos llevar a nuestra patria en mala hora una guerra que tuviese más probabilidades de ser vencida que de vencer en corte plazo? ¡Aún cuando la tuviéramos en nuestras manos, aún cuando sólo aguardase la señal de partir, para el viaje santo y ligero, corazón a corazón iríamos llamando, afrontándolo todo en la angustiosa súplica, para que no diesen rienda al valor impaciente hasta que ya no hubiera modo de salvar sin esa desventura a la patria!

Acá, en esta tiniebla, precedido de sangre en nuestra historia como en la naturaleza, ya nos parece divisar el día; ya, confundiendo con el miedo el recogimiento semejante a la duda que precede a las sacudidas nacionales, irrita un desdén insolente la última paciencia del país, avergonzado de su credulidad; ya, con el favor inicuo de gobiernos que traicionan a su patria usurpando una autoridad que no osan ejercer con honra, se preparan nuestros dominadores a provocar la Isla a una guerra incompleta y prematura, a azuzar acaso a los inquietos y los ciegos de nuestro propio bando, para segar al país la flor nueva que ha echado en medio de los vicios, para pasear la hoz a cercén, antes de que vibre en los brazos la indignación madura, sobre el pueblo culpable de

haber sabido perdonar a sus déspotas, creer en su honor, confiar en que con la generosidad heroica los obligaría a la justicia: ya parece menos lejano el instante doloroso, como todo nacimiento, en que se realicen al fin las esperanzas que enfrena la cordura, pero que no deben morir jamás, porque con ellas morirían la verdad y la grandeza. Mas, si esperásemos en vano; si la zozobra en que vivimos, o el ardor del deseo, nos anublasen el conocimiento; si otra solución política fuera superior a la nuestra; si por la virtud de otros esfuerzos lograrse nuestra patria, contra todo lo probable, una calma relativa; si tanto como por cualquier otro esfuerzo, se lograra por el de nuestra actitud sin plácemes y sin gloria, por nuestro poder secreto e imperante, por el látigo invisible que aquí todos tenemos en las manos,—lógrese en buena hora, aunque de esta última herida que le falta para ya morir, cese nuestro corazón de latir con la esperanza que lo alienta. ¡Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz! Pues ¿para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él, y en sacrificarle hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

Pero si, como anuncian los tiempos, fracasa el empeño de obtener de España para los cubanos la suma de derechos que pudiese hacer llevar a un pueblo visiblemente dispuesto a volver a arrostrarla por su libertad; si con invenciones satánicas o ardidés felices arrastra al país a una guerra, que no nos hallará desprevenidos, aquella parte perniciosa del elemento español que lo perturba; si la ira heroica o la palabra imprudente contribuyesen de parte nuestra a acelerar la lucha armada por que suspira, procurando escoger la hora y lugar de la batalla, nuestro astuto enemigo, ¡aquí habremos mantenido, sin avergonzarnos de ella, sin abatirla, sin ondearla como mercancía temible, sin asustar con ella a los políticos flojos e imprevisores, la bandera que nos adorna hoy nuestros muros porque mientras no pueda conducirnos a la victoria, mejor está plegada! ¡Aquí, en el trato abierto y en el estudio de nuestras pasiones, hemos robustecido, mientras nos acusaban y tenían en poco, los hábitos que harán mañana imposible el establecimiento en Cuba de una República incompleta, parcial en sus propósitos o métodos, encogida o injusta en su espíritu! ¡Aquí hemos aprendido a conocer y a resistir los obstáculos con que pudiera tropezar la patria nueva: el interés del hombre de guerra, la pasión del hombre de raza, la soberbia de los letrados, la desvergüenza del intrigante político! ¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos

retiene, por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña a sus habitantes! ¡Aquí hemos aprendido a amar aquella patria sincera donde podrán vivir en paz los mismos que nos oprimen, si aprenden a respetar los derechos que sus hijos hayan sabido conquistarse; donde podrán vivir en amor los esclavos azotados, y los que los azotamos!

¡Oh, no!: no es visión de la fantasía esa patria venidera donde, con la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz, prosperará, sin ayudas extrañas que lo consuman, el hombre en quien la libertad ha infundido a la vez la virtud de morir por ella y la inteligencia necesaria para ejercitarla: el hombre que reúne a la industria con que los pueblos se edifican, el brío que salva a la libertad de los que para explotarla o desviarla suelen saltar, con la agilidad del ambicioso, a su cabeza: el hombre cubano. ¿Aniquilado el cubano? ¿Desmayado el cubano? ¿Indigno el cubano de que, por esperar la ocasión de servirlo, desdeñemos, con tenacidad misteriosa, el bienestar seguro y los más gratos honores? ¿Quién nos impele, quién nos aconseja, quién nos conduce, que besamos con amor la mano que nos arrastra por la vía oscura y terrible? ¡Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: “fuiste mi hijo!” ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés, y morir sin manchas! ¿Indigno el cubano? ¡Antes debemos, con todas las fuerzas de la admiración y todo el cariño del alma, saludar a los que surgen radiantes de aquella podredumbre, como las frutas más lúcidas y jugosas brotan de la tierra fecundada por el pestilente abono, y cechar por sobre el mar, con las alas tendidas, un entrañable abrazo hacia los que en aquel aire enlutado insisten en la virtud, nutren el valor, enriquecen la ciencia, practican la literatura viril, improvisan con nunca vista rapidez las cualidades de los pueblos en sazón, y guardan la casa santa del contacto impuro! Como la libertad es la sombra de la tiranía, como las virtudes florecen sobre los cadáveres de los que las poseyeron, como la juventud orea los pueblos cansados, allí donde el sol brilla, donde las palmeras visitadas del rayo ya retoñan, donde cruzan centelleando por el aire las almas de los héroes, donde en el silencio de los caminos hay aún bastante sombra para el honor, ¡se levanta con nuevo poder, con el poder de la indignación contenida, aquel pueblo que han dado por muerto los

que, aunque vivan en su seno, lo desconocen u olvidan, los que no cambian todas las glorias y bienes del mundo por el placer inefable de oírlo palpar! A los que confían en tener aún por mucho tiempo sujeto a un régimen que es el oprobio de los que lo mantienen, aquel pueblo nuestro que sin más conspiración que la de su desdicha, ya se lleva la mano a la frente, ya se pone en pie, ya recuerda de qué lado se cargan las armas, decidles lo que vi yo en los fríos de New York hace siete años:—Era un anciano. En su alma inmaculada no cabía el odio, no era hombre de libros: ¡los libros suelen estorbar para la gloria verdadera! Cuando despertó nuestro Oriente, dejó sola, para ir a pelear, la mujer de su cariño, y la rica hacienda que levantó con sus propias manos. La guerra lo había curtido: había estado los diez años en la guerra. Después de aquella paz, lo prendieron con sus tres hijos. Huyó con ellos de su prisión en España. No le esperaba la pobreza en el extranjero. Se hablaba entonces de sujetar, con un renacimiento de la guerra mal apagada, las aspiraciones temibles y activas que se disponían a sustituirlas. Y aquel anciano de setenta y tres años, que ya había peleado por su patria diez, vino a decirme: “Quiero irme a la guerra con mis tres hijos”. La vida seca las lágrimas; pero aquella vez me corrieron sin miedo de los ojos. ¿Qué tiene la historia antigua de más bello?—Y decidles lo que vi ayer:—Es un niño, recién llegado de Cuba. Lleva en la frente pensativa la tristeza de quien vive entre esclavos, la determinación de quien decide dejar de serlo. ¡La tiranía no corrompe, sino prepara! ¡Qué cólera, la de un pueblo forzado a acorrallar su alma! Trae en los ojos la cólera de su pueblo. El sabe de dónde viene la injuria, cómo no se espera remedio pacífico, cómo el país está dejando ya caer los brazos, para levantarlos! Habla poco. Se pone a cada instante en pie. “Iré, iré de los primeros”, dice. Y espera impaciente, como un potro enfrenado.

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la naturaleza, que los días, henchidos de trabajos dichosos, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros sólo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria! ¿Con qué palabras, que no sean nuestras propias entrañas, podremos ofrecer otra vez a la patria afligida nuestro amor, y decir adiós,

adiós hasta mañana, a las sombras ilustres que pueblan el aire que está ungiendo esta noche nuestras cabezas? ¡Con velar por la patria sin violentar sus destinos con nuestras pasiones: con preparar la libertad de modo que sea digna de ella!

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1868, EN *MASONIC TEMPLE*,  
NUEVA YORK

10 DE OCTUBRE DE 1888

**Señoras y señores:**

Brevisimas frases, puesto que hemos empleado tanto tiempo, por el ardor inevitable del corazón, en dar salida a las pasiones evocadas por el recuerdo y la presencia de nuestros héroes, que ya no nos queda, a esta hora adelantada de la noche, espacio ni ocasión para rebajar con frías palabras de análisis, por necesarias que sean, por indispensables que sean en la época que atraviesa sin guía fijo ni ideal adecuado nuestro país, el entusiasmo que inspira a nuestras almas leales, más que el recuerdo santo de la guerra, la determinación de que una política incompleta y parcial, floja con los enemigos y despótica con los propios, no nos arrebatase las conquistas obtenidas por la grandiosa unión en la muerte, por la precipitación de tiempos, con que la guerra, necesaria ayer, justa hoy como ayer, probable en todo instante, restableció en Cuba, con divino calor, el equilibrio interrumpido por la violación de todas las leyes esenciales a la paz estable en las sociedades humanas. Miente a sabiendas, o yerra por ignorancia o por poco conocimiento en la ciencia de los pueblos, o por flaqueza de la voluntad incapaz de las resoluciones que imponen a los ánimos viriles los casos extremos, el que propale que la revolución es algo más que una de las formas de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.

¿Pero cómo ha de detenerse ahora a demostrar eso, ni a censurar la locura de ir dividiendo, en vez de ir juntando, los elementos necesarios en Cuba para la vida nacional; ni a condenar la torpeza de los que propagan una política que puede parar en la guerra, sin ir ordenando desde ahora los elementos necesarios para ella; ni a castigar la arrogancia de los que aumentan con sus prácticas imperiales los odios de un país que necesita tanto amor; cómo ha de detenerse ahora en la exposición de nuestros misterios políticos, y en estudiar el modo de ir guiándolos por entre ellos, la palabra conmovida, la palabra arrebatada a casi sobre-

natural trastorno, por las memorias, bellas como poemas y serenas como juicios históricos, de este hombre sacerdotal que vio en la hora de explosión salir de la tierra, como soles de la noche y columnas de la soledad, a aquel florón de héroes? Siente fuerzas de Júpiter el puño al recordar tantas hazañas, y el pecho estremecido conoce la furia del mal y sus tormentos: ¿acaso se necesita más valor para mantenerse en esta oscuridad que para volar a imitarlos!

La palabra ha caído en descrédito, porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella. Pero todavía tiene oficio la palabra, si ha de servir de heraldo al cumplimiento de la profecía del 10 de Octubre; si ha de impedir que a la tiranía de un gobierno secular, sucedan con daño público y beneficio pasajero de una casta, las tiranías civiles o militares, con cuyos estragos suelen vengarse las metrópolis vencidas de los pueblos nuevos que han tenido más valor para vencer al opresor que para extirparse de la sangre envenenada los hábitos de señor con que la gente soberbia y pedantesca antes prepara que estorba el camino a las cóleras de los humillados, hartos justos, y a los despotismos militares que sobre éstas se fomentan, y con los odios y pequenezes de los políticos débiles e intrigantes se mantienen y ayudan. Todavía tiene oficio la palabra, si en vez de ir disponiendo, en un país heterogéneo y de constitución democrática, el triunfo efímero de una casta arrogante sobre un pueblo hambriento de justicia real y empleo libre de las fuerzas que le cuesta tan caro conseguir, dispone, como aquí disponemos, sin negar con los actos lo que predicamos con la doctrina, el equilibrio de los factores inevitables del país y la obra cordial de todos, para el bienestar común, porque nada menos que ella, y no señoríos pueriles y libertadores a lo inglés, es necesario para el triunfo, en el conflicto posible, y para la paz después del triunfo, y aun para la vida sana de la patria antes de él. ¡Todavía tiene oficio la palabra para recoger de esta noche hermosa, y levantar como estandarte blanco, la declaración de que no nos animan odios ciegos contra el español, ni hemos de continuar esclavizando con nuestras preocupaciones al hombre negro que redimimos ayer con nuestra bravura, y murió a nuestro lado, no con menor gloria ni mérito que nosotros, por conquistar, para ellos y para nosotros, la libertad! ¡Jamás echaremos de nuestro lado, antes llamaremos con la voz honrada y los brazos de par en par abiertos, al hijo de España que nos ayude a reedificar el pueblo que sus compatriotas destruyen: porque no ha de ser en esa fortuna menos Cuba que los demás pueblos de América, donde el español no vio la libertad con ojos tibios, ni hemos de olvidar

que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida!

Y al negro le diremos—porque no hay injuria en decir negro como no la hay en decir blanco—que no está en el ánimo de los que mantenemos el espíritu de revolución, permitir que con odios nuevos y desdenes inconvenientes e indignos de nobles corazones, se pierdan los beneficios de aquella convulsión gloriosa y necesaria, porque nada menos que el ejercicio práctico de las grandezas de la guerra fue preciso para reparar y hacer olvidar la injusticia que la produjo. No nos levantaremos, no, de la mesa del banquete porque se va a sentar un negro a ella, sino que, aplicando a la ley de la política la ley del amor, de que da muestra suma y constante la naturaleza, le diremos lo que me decía Tomás Estrada Palma hablándome de su negro Fernando: “¡Era mi hijo!”; lo que en la majestad de su tienda de campaña decía Ignacio Agramonte de su mulato Ramón Agüero: “Este es mi hermano”.

Y a todos les diremos: Acá en estos fríos hay corazones viriles y probados que no se impacientan por el triunfo ajeno, ni se cansan con la espera forzosa, ni se deslumbran con la osadía vulgar del despotismo, ni se aturden con las intrigas, ni se dejan sacar de camino por la pasión irreflexiva, ni confunden el sentido con el sentimiento, ni sacrificarán su patria a una idea ciega, ni estarán en el destierro ocioso una sola hora, cuando por la perfección de su propia obra, o la brusca interrupción de la ajena, o los insultos repetidos del opresor, reluzca el día en que, despertando los bosques donde cayeron con un ¡viva Cuba! en los labios, saldrán a recibirlos con los brazos abiertos aquellas sombras que protegen, y que protegerán siempre a la patria, de la descomposición que con la ayuda, ¡que con la complicidad de sus hijos soberbios y torpes! adelanta a mano fría el tirano. ¡Púdrase de un lado la Isla, o púdrase toda: aunque eso no ha de ser jamás, porque la tiranía fomenta las virtudes que la matan; porque el recuerdo de los héroes y la urgencia visible de su reaparición desvanece el influjo de los que no lo saben obedecer en quienes arden ya por imitarlos, porque a nuestras almas desinteresadas y sinceras, a nuestras almas que son urnas, que son espadas, que son altares, no llegará jamás la corrupción!

Hoy mismo, evocando recuerdos, me hablaba nuestro presidente de lo que en Cuba presencié un ilustre irlandés. Era la noche. Era la victoria. Teas de júbilo ciñeron de pronto la hoya donde vigilaba el campamento de Calixto García Iñiguez. Ya se acercan los triunfadores, los que han quitado al contrario tres cornetas, diecinueve fusiles, ochenta

vidas. En la procesión venía, levantado de codos sobre su camilla, un niño glorioso. Traía la pierna atravesada. Era horrenda la boca de la herida. Parecía enmarañada y negruzca, un bosque de sangre. El dolor le iba y venía al niño herido, a Pedro Vázquez, en olas de muerte por el rostro. Todos lo rodeaban con ternura. No bajaba la cabeza. No abría el puño cerrado. Los labios, apretados, para que no se le saliese la queja. Al irlandés le pareció el niño sublime. ¡Nosotros somos, y nadie nos podrá arrebatar la honra de ser, nosotros somos como el niño del campamento! Heridos, en la agonía del destierro, tan cerca del hueso que no nos parece que cuelga más que de un hilo la vida, ni nos quejamos, ni bajamos la cabeza, ni abrimos el puño, ni lo volvemos sobre nuestros hermanos que yerran, ¡ni se lo sacaremos de debajo de la barba al enemigo hasta que deje nuestra tierra libre! Nosotros somos el freno del despotismo futuro, y el único contrario eficaz y verdadero del despotismo presente. Lo que a otros se concede, nosotros somos los que lo conseguimos. Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1868, EN *HARDMAN*  
*HALL*, NUEVA YORK

10 DE OCTUBRE DE 1889

### **Cubanos:**

Vence en mí el placer de lo que esta noche oigo y veo, al desagrado propio de enseñar la persona inútil, que más que del frío extranjero, y del miedo de morir antes de haber cumplido con todo su deber, padece del desorden y descomposición que, con ayuda de nuestros mismos hermanos extraviados, fomenta el déspota hábil para tener mejor sometida a la patria. Lo que veo y oigo no me convida a la elegía, sino al himno. Pero éste es en mí el júbilo de la resurrección, y no el gusto infecundo de la tribuna vocinglera. Con compunción, y no con arrogancia, se debe venir a hablar aquí: que hay algo de vergüenza en la oratoria, en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos. Cimientos a la vez que trincheras deben ser las palabras ahora, no torneo literario, mientras nuestro país se desmigaja y se pudre, y los caracteres se vician, y se pospone a la seguridad personal la de la patria. Tribunal somos nosotros aquí, más que tribuna: tribunal que no ha de olvidar que cumple al juez dar el ejemplo de la virtud cuya falta censura en los demás, y que los que fungen de jueces habrán en su día de ser juzgados. El que tacha a los demás de no fundar, ha de fundar. Entre nosotros, que vivimos libres en el extranjero, el 10 de Octubre no puede ser, como no es hoy, una fiesta amarga de conmemoración, donde vengamos con el rubor en la mejilla y la ceniza en la frente: sino un recuento, y una promesa.

Los que vienen aquí, pelean. Los que hablan, como que hablan la verdad, pelean. Ellos todos han sido elocuentes. Yo sólo no lo podré ser, porque mi palabra no basta a expresar el trastorno, no menos que divino, que en mi alma enamorada de la patria dolorosa, no de la gloria egoísta, han causado las voces de mis compañeros en fe y determinación: la voz del adolescente, vibrante como el clarín, que renueva el juramento de los héroes; la voz de los soldados cívicos que en la hora del combate pusieron a la espada el genio de hoja, y de puño la ley; la voz del desterrado inquebrantable, que prefiere la penuria del deber

oscuro a los aplausos vanos de la patria incompleta y a los falsos honores; la voz sacerdotal del hombre meritorio que en la hora de explosión vio salir a los héroes de la tierra, y salió con ellos, resplandecientes como soles, señalándonos, a sus hijos, con el reguero de su sangre, el camino de la tierra prometida. ¡Es morir, es morir, el dolor de no haber compartido aquella existencia sublime! Porque, aunque la prudencia nos guíe y acompañe, y tengamos decidido, porque así nos lo manda la virtud patriótica, que nos guíe y acompañe siempre, la verdad es que ya el brazo está cansado de la pluma, y la virtud está cansada de la lengua; que cuando salimos a buscar el aire puro, como remedo de la libertad, nos sorprendemos ensayando nuestros músculos para la arremetida de la batalla.

Sí: aquellos tiempos fueron maravillosos. Hay tiempos de maravilla, en que para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales a la paz de los pueblos, aparece la guerra, que es un ahorro de tiempo y de desdicha, y consume los obstáculos al bienestar del hombre en una conflagración purificadora y necesaria. ¡Delante de nuestras mujeres se puede hablar de guerra!; no así delante de muchos hombres, que de todo se sobrecogen y espantan, y quieren ir en coche a la libertad, sin ver que los problemas de composición de un pueblo que aprendió a leer, sentado sobre el lomo de un siervo, a la sombra del cadalso, no se han de resolver con el consejo del último diario inglés, ni con la tesis recién llegada de los alemanes, ni con el agasajo interesado de un mesnadero de la política de Madrid que sale por las minorías novicias y vanidosas a caza de lanzas, ni con las visiones apetecibles del humo gustoso en que en la dicha de la librería ve el joven próspero desvanecerse su fragante tabaco. A la mujer, para que se resigne. y al hombre, para que piense, se debe hablar de guerra. La desigualdad tremenda con que estaba constituida la sociedad cubana, necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas. El observador juicioso estudia el conflicto; se reconoce deudor a la patria de la existencia a que en ella nació; y cuando, por la ineficacia patente y continua de los recursos cuyo ensayo no quiso ni debió turbar, ve comprobada la necesidad de pagar, en cambio de la vida decorosa y el trabajo libre, el tributo de sangre; cuando con el tributo de sangre de una generación, se salvará la patria del exterminio lento; cuando con las virtudes evo-

cadas por la grandeza de la rebelión pueden apagarse, y acaso borrarse, los odios y diferencias que amenazan, tal vez para siglos, al país; cuando el sacrificio es indispensable y útil, marcha sereno al sacrificio, como los héroes del 10 de Octubre, a la luz del incendio de la casa paterna, con sus hijos de la mano.

¡Oh, sí!, aquellos tiempos eran maravillosos. Ahora les tiran piedras los pedantes, y los enanos vestidos de papel se suben sobre los cadáveres de los héroes, para excomulgar a los que están continuando su obra. ¡De un revés de las sombras irritadas se vendrán abajo, si se les quieren oponer, los que tienen por única hueste las huestes de las sombras: los que han intentado dispersarles, en la hora del descanso, las fuerzas de que necesitaban para triunfar, cuando se levanten, como ya se están levantando, sobre la debilidad de los enemigos y el desconcierto de los propios! Aquellos tiempos eran de veras maravillosos. Con ramas de árbol paraban, y echaban atrás, el fusil enemigo; aplicaban a la naturaleza salvaje el ingenio virgen; creaban en la poesía de la libertad la civilización; se confundían en la muerte, porque nada menos que la muerte era necesaria para que se confundiesen, el amo y el siervo; el hombre lanudo del Congo y el Benin defendía con su pecho a los hombres del color de sus tiranos, a los que habían sido sus tiranos, y moría a sus pies, enviándoles una mirada de lealtad y de amor: entró la patria, por la acumulación de la guerra, en aquel estado de invención y aislamiento en que los pueblos descubren en sí y ejercitan la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación; el orden de la familia, los inventos de la industria, y las mismas gracias del arte, crecían, espontáneos, con toda la fuerza de la verdad natural, en la punta del machete; pero “¿somos nosotros?” se decían aquellos hombres, como si se desconocieran, y andaban como por un mundo superior, felicitándose de hallarse tan grandes, con el poder de la tempestad en la mano y la limpieza del cielo en la conciencia. ¿Y consentiremos en que tanta grandeza venga a ser inútil, y estériles la unión milagrosa y precipitación de tiempos, cumplidas en la guerra, y renovados, con caracteres más dañinos que nunca, los celos y desdenes que preparan suerte tan sombría, si no se curan a tiempo, a la patria que puede levantarse, hábil y pura a la vez, con la potencia unificadora del amor, que es la ley de la política como la de la naturaleza, sobre las ruinas, porque no son más que ruinas, que mantiene como con restos de energía la

política temible en que la flojedad meticulosa y soberbia, compite en vano con el empuje combinado de la codicia y el odio?

¡En pie está el templo, con las palmas por columnas y el cielo de estrellas por techumbre; y los sacerdotes gigantes que vagan, creciendo al andar, nos mandan que no lo consintamos! Lo que nos ordenan aquellos brazos alzados, lo que nos suplican aquellos ojos vigilantes, lo que se nos impone como legado ineludible, de aquellos campos en donde a todas horas, por la virtud de los que cayeron en ellos, esplende, como aclarando el camino a los que han de venir, una luz de astros, es que no perpetuemos los odios, ni pongamos más de los que hay, ni convirtamos al neutral en enemigo, ni dejemos ir de la mano a un amigo posible, ni ofendamos más a quienes hemos ofendido ya bastante, ni esperemos para intentar la salvación a que no haya ya fuerzas con que salvarse; sino que nos empeñemos en juntar, para la catástrofe inevitable, los elementos refrenados o desunidos por los que no tienen manera de evitar la catástrofe; que creemos cátedras de despreocupar, en vez de olimpos de entresuelo y de sillas de odio; que enseñemos al ignorante infeliz, en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias, a modo de rebaño; que completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos, para el bien de todos; que desechemos, como funesta e indigna de hombres, la libertad ficticia y alevosa que pudiera venirnos, por arreglos o ventas, del comerciante extranjero, que con sus manos se conquistó la libertad, y no podría tratar como a iguales, ni como dignos de ella, a los que no supiesen conquistarla. ¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos? ¡Aquí estamos para cumplir lo que nos mandan, de entre los árboles que nos esperan con nuevos frutos, los ojos que no se cierran, las voces que no se oyen, los brazos alzados!

No es esta noche propicia, cuando la mano se nos está yendo sola a la cintura, para disertar como en academia política sobre las razones, dobladas y notorias, de no quitar ya de la cintura la mano: ni hay que refutar, porque de sí misma anda escondida, la idea pretenciosa que en la isla se propala, la cual manda tener por crimen o necedad toda opinión de cubano sobre asuntos de Cuba que no alcance la fortuna de ajustarse, como el zapato del zapatero al pie del señor, a la política que, con aplauso y satisfacción profunda de sí misma, se ha puesto ¡delante de los que llevan la frente coronada de heridas! la corona. Todo lo de la patria es propiedad común, y objeto libre e

inalienable de la acción y el pensamiento de todo el que haya nacido en Cuba. La patria es dicha de todos, y dolor de todos, y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie; y las cosas públicas en que un grupo o partido de cubanos ponga las manos con el mismo derecho indiscutible con que nosotros las ponemos, no son suyas sólo, y de privilegiada propiedad, por virtud sutil y contraria a la naturaleza, sino tan nuestras como suyas; por lo que, cuando las manos no están bien puestas, hay derecho pleno para quitarles de sobre la patria las manos. No hay que refutar ya, arrogancias semejantes. Ya se están cayendo las estatuas de polvo: ya se van apagando de sí propias las escorias brillantes que quedaron, vestidas como de oro por la luz del gran incendio, después de la guerra: ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüenos para las bofetadas: ya están cumplidas nuestras profecías, y vencidos por su impotencia y por sus yerros los que osaban tachar de usurpación la tarea nuestra de preparar el país de acuerdo con sus antecedentes y sus elementos, para la acción desesperada que según ellos mismos habría de seguir inevitablemente a la catástrofe de su política. De ningún modo es necesario responder con ira desde aquí, —porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos,—a los que nos censuran el amor tenaz a nuestras glorias, que aun cuando no pasara de amor de contemplación no sería censurable, sino vital y fecundo, por más que sea preferible acompañarlo de una parte activa en la reedificación de la hermosura cuyo desastre se lamenta: de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar, por sobre nuestras cabezas, el culto de los que murieron por nosotros. ¡Desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarsé, hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores!

No es ésta ocasión de preguntarnos si estará bien guardado el espíritu de la revolución por los que pelearon contra ella, o vivieron ante ella indiferentes, o disimularon con una calma constante ante el español sus simpatías infecundas, o la trastornaron, en vez de servirla, con sus ambiciones. El arrepentimiento es un modo de entrar en la virtud; aunque no se concibe que los que llevaban ya barba en aquella hora difícil, pudieran con honor dejar de ejercer el patriotismo que les abunda luego en la hora fácil, ni es de uso que los arrepentidos tengan en la casa de la virtud más derecho que los que fueron siempre virtuosos. Ni cabe en el concepto alto del deber patriótico venir a esta tribuna,

tan alta que no pueden llegar a ella celos aldeanos ni competencias infantiles, a hacer oficio de matador de moros muertos, y de lanceadores de nuestra propia carne. Ni al convencido, que cayó en su convicción, se le ha de desdeñar aunque milite en campo opuesto, ni halar de la barba que le encaneció en el servicio de sus ideas: porque hay un campo en que los hombres se dan las manos, que es el de la honradez, donde se respeta, y aun se ama por su virtud, a los adversarios constantes y veraces.

Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España nos puede venir un remedio durable y esencial,—porque hay uno, o dos, cubanos que lo creen: honra y respeto al que, en la certidumbre de que un pueblo no ha de disponerse a los horrores de la guerra por el convite romántico de un héroe frustrado, dirija su política ¡si hay algún visor ignorado que la dirija! de modo que las fuerzas que garantizarían la paz, más amable que la muerte, caso de que cupiera la paz sana y libre, diesen de sí en la hora de la última necesidad la guerra cordial y breve a que la miseria, y el recuerdo de lo que pudo, y la ira de haber confiado en vano, han de llevar forzosamente, por el mismo exceso y extremo de la sumisión, a un pueblo hambriento y desesperanzado que conoce la enredadera silvestre que calma la sed, y el pedernal de los ríos con que se enciende el fuego, y la miel generosa de la abeja, que aplaca el hambre y dispone a pelear, y los farallones inexpugnables de la serranía, donde puede hacer cejar al sitiador numeroso un riflero bien arrodillado. Al que se engañe de buena fe, y al que se prepare, sin traición a la política de paz insegura, para atender con el menor desconcierto posible a las consecuencias naturales, en un pueblo empobrecido e infeliz, del fracaso de una tentativa de paz tan inútil como sincera,—honra y respeto. Pero al que finja, blanqueando el corazón, aquella creencia en el remedio imposible que afloja las fuerzas indispensables para el remedio final; al que prefiere su bien inseguro, impuro, al servicio franco de la patria, o contribuye con su silencio y su favor, o con la hábil atenuación de sus censuras ostentosas, a prolongar, sin que el remordimiento le muerda, este descanso, ya temible, que el gobernante aprovecha, astuto, para quebrar los últimos huesos al pueblo enviado, y beberle, con anuencia de los letrados, la última sangre; al que oculta a sabiendas la verdad, y promete lo que no cree, con labios prostituidos, y pretende demorar la obra sana de la indignación, como si la cólera de un pueblo fuera un dócil criado de mano, hasta que crezca su persona aspirante, o duerman las arcas a buen

recaudo, a esos enemigos de la república, a esos aliados convictos del gobierno opresor, ¡ni honra ni respeto!

Pero ¿a qué insistir sobre el engaño, loable en algunos, y criminal en los más; sobre la tibieza, que es culpa de carácter en unos, y en otros de juicio; sobre el interés personal, que ha de ser siempre, por fortuna, entre los cubanos el pecado de los menos,—de aquellos que por sus propios errores, o por equivocación de fe, o por consejo extemporáneo de una pacífica nobleza, están hoy ante el país sin crédito ni valimiento, ni más influjo que el que les ha de dar, por algún tiempo aún, la certidumbre, patente entre sus parciales, de que la confesión de derrota que implicaría su abandono de la política nominal, precipitaría las soluciones de la política real,—el desconsuelo, temible en los pueblos pobres,—la guerra, a que no están personalmente preparados? Por eso viven, y nada más que por eso. ¡Hablen con honradez, y digan si viven por más! Al mal que han hecho es a lo que hay que atender, para remediarlo, y no a los que por error excusable o por dilatada cobardía lo hicieron.

Los tiempos se han cumplido, y cuanto les predijimos, acontece. El miedo no ha resuelto una situación que sólo podía resolver el valor. El amo insolente ha empleado en fortificarse los años que el siervo tímido empleaba en desunir sus huestes y en destruir sus fortalezas. Una jefatura de policía es nuestra patria, con un sargento atrevido a la cabeza. Lo único que ha logrado el partido autonomista de veras, porque es lo único que con tesón procuró, ha sido el trastorno de los elementos que a haber estado unidos, como debieran, pudiesen precipitarlos, como fin natural de su política, a la guerra a que sólo tienen derecho a resistirse mientras presenten prueba plena de su capacidad para evitarla. Ya están frente a frente el amo preparado, y el siervo sin preparación. Jamás podré olvidar cierta conversación que tuve en mi último destierro a España con uno de los prohombres en quienes más esperanzas tuvieron puestas por largo tiempo los caudillos autonomistas; jamás podré olvidar que luego de haber analizado los factores de nuestra población, y los hábitos y agentes políticos de España, y la urgencia de nuestra necesidad de remedio, y lo que tarda el pueblo español en mudar de hábitos, y de haber deducido, en vista de todo, los sucesos y estado a que habíamos de venir, y hemos venido, “¡Oh, sí!” me dijo: “Usted tiene razón. Es triste, pero es cierto. Podremos aplazar el resultado; pero el resultado tiene que venir. Allí no cabemos los dos juntos. O ustedes o nosotros”. Y éste es el problema después

de diez años: o ellos, o nosotros. Esto me lo decía el prohombre español tendido en su cama, como símbolo de su nación, en pleno mediodía.

Y no es que se nos ocurra negar que en una situación de paz, aunque aparente, haya debido existir un partido de paz, que debió ser aparente también, para ser real y fecundo, y estar en correspondencia con la situación que lo creaba. Ni es que caigamos en el extremo de pedir que el partido autonomista, basado en la suficiencia de la paz, tenga una mano puesta en el parlamento de Madrid, y otra en el parlamento silencioso, por más que anden a cada paso aceptando la posibilidad de que el país, en fuerza de la desesperación, haya de parar en la guerra. Si adelantasen con ánimo igual y determinado, y atención vigilante a la variedad de elementos y delicadeza de los problemas vivos del país, tratando al adversario como auxiliar en lo que lo es naturalmente, y como hermano o como amigo al menos al liberto que ha padecido tanto de nosotros, y en nosotros está, y ni por su voluntad ni por la nuestra puede arrancarse de nosotros; si no se valiesen para la revolución de su error natural, de las fuerzas mismas de la revolución, —que no es más, en la ciencia política verdadera, que una forma de la evolución, indispensable a veces, por la semejanza u oposición de los factores que se desenvuelven en común, para que el desenvolvimiento se consuma; si la guerra que como recurso inevitable, y por razones confusas de patriotismo, interés y hábito de autoridad, podría suceder, con los más amenazados y los más impacientes del partido, a la confesión, ya poco lejana, de su derrota, fuese aquella guerra de raíz, entera y generosa, que Cuba, criada en odios y desigualdades, necesita; y si sintiésemos palpitar, bajo los actos necesarios y loables de prudencia, aquel espíritu redentor que llevó a la contienda épica a nuestros mártires, e hizo de ellos a la vez héroes y apóstoles,—con paciencia, y hasta con júbilo, porque al hombre honrado no le asusta morir esperando en la oscuridad en el servicio de la patria, veríamos adelantar a los que más ilusorios o menos decididos, tardasen en venir a nuestras vías, sin echarles en cara el venir lentamente porque venían fundando.

¿Qué culpa no será la de los que, para cuando haya llegado la hora de la guerra, en vez de haber conducido su política en previsión de un resultado que son incapaces de evitar y ellos mismos reconocen como posible, tengan al país revuelto y enconado, sin que los de allá, por aquel alejamiento vecino al odio que se les predica para con los de acá, se hayan puesto al habla; sin la simpatía, precursora del acuerdo, con los peninsulares liberales, que ya son muchos más de los que eran,

y en esta como en otras partes pudieran ver la independencia con buenos ojos; sin el interés fraternal de nuestros libertos que, a no ser tan nobles como son, y hombres de tanto fuego y libertad como nosotros, pudieran seguir con más agradecimiento, en su afán legítimo de mejora, al español aleccionado que se la ofrece que a los conterráneos incapaces que los desdeñan, por más que todavía palpiten a miles bajo su pecho oscuro los corazones generosos que sostuvieron en sus horas de agonía la guerra pasada, y están hoy, como siempre, con el pie en el estribo, prontos a partir de nuevo a la conquista de la libertad plena de la patria! No es que no debió existir el partido de la paz, sino que no existe como debe, ni para lo que debe. Es que jamás ha cumplido con su misión, por el error de su nacimiento híbrido, por falta de grandeza en las miras. Es que no abarca, en la lucha del país contra sus opresores, todos los elementos del país. Es que no ha podido allegarse las fuerzas indispensables para el triunfo, ni para el goce pacífico de él, ni para la vida sana de la patria, aun dentro de la libertad incompleta, o desdeña el trato veraz con todos aquellos que se hubieran puesto del lado de la libertad contra España, si hubiese citado a guerra común por la libertad, como debió citar, a los que por culpa de España padecen como nosotros de falta de libertad, y la hubieran defendido, y la defenderán tal vez en el suelo en que nacen sus hijos y en que viven—al andaluz descontento, al isleño oprimido, al gallego liberal, al catalán independiente—¡somos hombres, además de cubanos, y peleamos por el decoro y la felicidad de los hombres! Es que el partido autonomista, por su debilidad, su estrechez y su imprevisión, ha hecho mayores los peligros de la patria.

Y está la patria así, buscando con los ojos el estandarte de las sombras, pifando, sin fe en los que la han aconsejado mal, sin divisar de lejos la luz que le puede ir de nosotros; y a sus puertas el sable del sargento atrevido, que necesita, a fin de salvar su fama, que la guerra surja sin orden ni preparación, para vencerla fácilmente, antes que estalle la guerra definitiva e invencible de la dignidad y la miseria. ¡Y para eso estamos aquí; para evitar con nuestra vigilancia, y con la confianza que a nuestra patria inspiramos, el estallido de la guerra desordenada, aunque siempre santa; para preparar, con todos, para el bien de todos, la guerra definitiva e invencible; para que si estalla la guerra, por la vehemencia del dolor cubano o la habilidad del español que la provoca, no nos la ahoguen al nacer, ni se adueñen de ella los aventureros de espada o de tribuna que espían esas ocasiones de revuelta

para salir, sin más riesgo que el de la vida, a la conquista del renombre y del botín; ni se convierta por nuestra incapacidad y desidia en una revolución de clases, para la preponderancia de un cenáculo de amigos, o la liga, henchida de guerras futuras, de los políticos débiles y autoritarios con los déspotas que le salen a la libertad, aquella revolución de amor y de fuego que de su primer abrazo con el hombre echó por tierra, rotas para siempre, las barreras inicuas y las prisiones de los esclavos!

Lo que hacemos, el silencio lo sabe. Pero eso es lo que debemos hacer todos juntos, los de mañana y los de ayer, los convencidos de siempre y los que se vayan convenciendo; los que preparan y los que rematan, los trabajadores del libro y los trabajadores del tabaco: ¡juntos, pues, de una vez, para hoy y para el porvenir, todos los trabajadores! El tiempo falta. El deber es mucho. El peligro es grande. Es hábil el provocador. Son tenaces, y vigilan y dividen, los ambiciosos. ¡Pues vigilemos nosotros, y anunciemos a la patria agonizante la buena nueva, que ya tarda mucho, de que sus hijos que viven libres en el extranjero han juntado las manos en unión poderosa, y han decidido salvarla!

Un himno siento en mi alma, tan bello que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcán, asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes.

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1868, EN *HARDMAN*  
*HALL*, NUEVA YORK

10 DE OCTUBRE DE 1890

### **Cubanos:**

Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes: yo tiemblo avergonzado: tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia. Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, mientras me queden pies, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponernos en pie, y decir: "¡presente!"

¿Ni qué falta por decir, ni qué soldado falta en la lista de esta noche? Lo que ha de asombrar a los descreídos, si saben algo de las flaquezas humanas, y lo que han de tomar como anuncio y lección, es que, en esta época sin gloria y sin triunfo, nos queden tantos como nos quedan: porque el hombre acude a la fortuna, como el mendigo al sol, y esquiva el sacrificio oscuro y la sombra del silencio; aunque el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ése es el verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia.

¿Qué falta por decir, aquí donde el discurso es la ejemplar concurrencia; donde están juntos, brazo a brazo, sin que ni para un látigo quede hueco entre el hombro de uno y el del otro, los que en la patria trabajadora de mañana, en un pueblo de nuestro continente y de nuestro siglo, han de defenderse y de crear, han de vivir y fundar juntos; donde el guerrero imberbe devora con los ojos al que echó la barba peleando, y la mujer infatigable, domando el miedo amoroso de su corazón, viene, en angustia heroica, a oír con cariño, a alentar con su presencia, a coronar con su aplauso a los que, con el ejemplo de ayer y con la

palabra de hoy, aconsejan la muerte, y la empresa de donde no es fácil volver, al hijo a quien un decreto superior a la vida manda seguir, por ley del mundo y no por la de la venganza, la senda donde cayó el padre? Las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más, cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden. ¿Y qué es lo que dicen estos hombres tenaces, estos discursos salidos de las entrañas, este estrado donde están juntas la ley y la milicia, y el cubano del Cayo con el cubano neoyorquino, y la gente de Lares con la gente de Yara, y un niño, que no supo dónde se iba a sentar, y se sentó al pie de nuestra bandera? A nuestra patria, de lo más hondo y decoroso de nuestra alma, enviamos de aquí este unánime mensaje: “¡Patria, más querida mientras más infeliz, y más bella, mil veces, a nuestros ojos, mientras más débil y abandonada, tu semilla dio fruto; las frentes que besaste te son fieles; la sangre de los padres corre por las venas de los hijos; el acero centellea y el viva retumba en la palabra de tus jóvenes: los niños, enamorados del rayo, oyen envidiosos el cuento inmortal; en el descanso ponemos a tu espada empuñadura de razón; de toda la tierra tus hijos y tus amigos te empiezan a tender las manos!”

Porque nuestra espada no nos la quitó nadie de la mano, sino que la dejamos caer nosotros mismos; y no estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para entretener la conciencia con festividades funerales, ni para ofrecer, sobre el pedestal de los discursos, lo que no podemos ni intentamos cumplir; sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que no volvamos a dejar caer la espada. Epoca de aprovechamiento y de reconstrucción es esta época, y tregua más útil tal vez que el triunfo mismo, e indispensable acaso, para el triunfo: que es lo que no se ha visto en Cuba, y por donde toda la política cubana yerra, porque no han entendido que un pueblo que entra en revolución no sale de ella hasta que se extingue o la corona. No han entendido que la política científica no está en aplicar a un pueblo, siquiera sea con buena voluntad, instituciones nacidas de otros antecedentes y naturaleza, y desacreditadas por ineficaces donde parecían más salvadoras; sino en dirigir hacia lo posible el país con sus elementos reales. No han entendido que el estado público que siguió al fracaso aparente de la revolución era una nueva forma de ella, en la que continuaban chocando o amalgamándose sus factores, y que el deber interno y esencial en la política, que es sobre todo arte de previsión, era el de ir removiendo por la cordialidad y la justicia los

elementos de choque y transformándolos, en cuanto se pudiese, en elementos de amalgama. No han entendido que en los países no hay que estar tanto a los modos de gobierno, que no pueden ser más que el resultado de los factores de la población y de sus relaciones, como al arreglo prudente de los factores inevitables, que han de crecer e influir en junto. No han entendido que en la guerra, a pesar de la magnífica explosión de nuestra virtud, pudieron más que la virtud confiada y adolescente, los intereses y hábitos criados en su ejercicio, y las pasiones de mando y de localidad que desfiguran y anulan los más bellos arranques. No han entendido que, puesto que existe el peligro innegable y continuo de una guerra nueva,—como que existen, tan graves como antes, las causas de la anterior,—había que allegar, con indulgencia y vigilancia unidas, la mayor suma posible de elementos de victoria para la guerra siempre probable, y aminorar, en cuanto cabe en el tiempo y en nuestra educación confusa, los elementos que produjeron antes nuestro desorden y derrota. ¿Pues pensar, qué es, si no es fundar? No es ir de lira o de bonete por el mundo, trovando y arguyendo, con una oda al brazo izquierdo y las pandectas al derecho, poniéndose cuando haga falta una escarapela verde o un barboquejo de hule. Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones. Y este deber de preparar y unir, que es el deber continuo de la política en todas partes, lo era especial, por causas propias, de la política cubana; porque en Cuba, a despecho de los consejos del interés momentáneo, y por el aviso superior del interés constante, desean la guerra con el corazón leal los mismos que la rechazan con el juicio tímido. Y nosotros mantenemos que los que son impotentes para hacer desaparecer las causas de la guerra en un país, necesitan, si aman a su patria y quieren ahorrarse males, tener preparado el país para la guerra. Por supuesto que es lícito, y tan patriótico como lo que más, procurar, con la dignidad entera y el rumbo al porvenir, que el país se salve a la vez de la servidumbre angustiosa y de la guerra terrible. Pero es más lícito, y más práctico, continuar, con la mira en lo inevitable, la obra de fusión, de purificación, de reducción, de acumulación de los elementos necesarios para que la guerra sea corta y justa y de beneficios duraderos, sobre todo cuando la obra pacífica para extinguir la servidumbre ha dado por único resultado el de aumentarla.

Estas no son noches de enumeraciones ni de tesis; ni está para ciencias el sentimiento estremecido; ni el ánimo llevado a las alturas por los modelos gloriosos y las palabras vibrantes, por las lágrimas que

hemos visto aquí rodar de los ojos del patricio magnánimo y de la viuda a cuyos brazos no volvió nunca el compañero, permite el examen detallado de nuestros temas de ordenamiento y constitución que en la academia política fuera menester: aunque a todo acto público, sobre todo en estas épocas de creación, ha de llevarse el tacto y la sabiduría de la academia política,—porque el sentimiento es también un elemento de la ciencia. No está, bien se ve que no está, nuestro público para discreteos y retóricas. Lo del almirante Nelson es lo que quiere este público, cuando le vino un estado mayor de casaquín y tricornio, con muchos compases y muchos cordeles, y muchos cálculos y muchas enumeraciones, y el almirante le dijo, de una buena tronada de la voz: “¡Al diablo las maniobras: arriba y a ellos!” Pero la política es un arte muy delicado y complejo; y la vida de un pueblo, de un pueblo que en nuestra generación se abrió ya las venas otra vez, no es cosa que ha de comprometerse en una loca corazonada, ni llevársela de arremetida, como la muchedumbre que se va detrás de los tambores: es nuestro pueblo nuestro corazón, que no hemos de querer que nos lo engañen ni nos lo destrocen: es nuestro pueblo, el pueblo de nuestras entrañas, que no hemos de convertir, por un empeño fanático, en foro de leguleyos ineptos o en hato de generales celosos, o en montón de cenizas.

Si se nos salta el corazón ¡cómo no se nos ha de saltar! cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes, en el silencio de los montes, lleno de consuelos, a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando, que montó a caballo cuando el honor pasó redoblando por su casa, y con su esclavo de hermano se echó por el camino de la muerte, dejando atrás la madre, adorada de veras, y la tierra en que cada retoño era como un hijo, y el gusto y el orgullo de todo cuanto poseía. Si se nos salta el corazón de celos y de agradecimiento, cuando oímos de algunos labios asombrados, porque de sus labios viriles se la oye rara vez, la historia de aquellos hechos de indecible bravura que ha de poner en lo más alto del firmamento la admiración del hombre, de aquellos hechos que no se pueden oír sin que se llene como de luz toda nuestra carne mortal, o sin sentir como que la mar se hace puente, y nos vamos, detrás del ejemplo ilustre, adonde la tierra nos llama. Como el viejo Schamyl de Circasia somos los cubanos todos,—¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!—cuando vemos vivo o veneramos muerto, a uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud, ni más sabiduría que la que improvisó el genio natural—¡donde hay valor hay academias!—ni más

defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon, año sobre año por nuestra honra y nuestra salvación, de tal modo que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. Hasta el derecho de errar tienen, y la gloria les da cierta impunidad: ¡diga el bufete lo que quiera, el triunfo es de los que se sacrifican y el corazón de los pueblos es de los que osan! Como el viejo Schamyl de Circasia somos todos, cuando, rendidos con honores después de veinte años de guerra contra Rusia, guerra en los derriscaderos, guerra en los picos y en las grietas del monte, guerra al son del torrente y la avalancha, veía desde una ventana de San Petersburgo, mudos los ojos la barba blanca por el cinto, la revista de gala del matrimonio del emperador. Pasó la guardia verde, la que le guarda el cuerpo al zar y Schamyl callaba. Cosacos y kurdos y turcomanos pasaron, vitoreando, de amarillo y de azul, o de espadón al aire y banderola, y Schamyl callaba. Y de repente, entre el gentío que retrocede y se arremolina, asoma, al ras de la tierra, la caballería de Circasia: los capacetes les relucen, la túnica es roja, las mallas chispean, vienen volando y relampagueando los arneses, les da el sol en los ojos, y Schamyl, con el llanto por la barba, llameante la mirada de león viejo, soberana la voz como cuando mandaba en la barranca arremeter hasta morir, dijo, tendiéndoles desde el alma los dos brazos: “¡La bendición de Dios sea con vosotros, hijos míos!” Y nuestros héroes, los vivos como los muertos, tienen la bendición de todos los cubanos.

Pero yerra el que diga, tomando a mal esta honrada admiración nuestra, yerra a sabiendas el que diga, como por Cuba andan diciendo ahora los que no ven sino lo que se les pone delante, que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos. No conocen los que esto dicen a muchos de los militares de nuestra guerra, que saben que el hombre se deshonorra cuando deshonorra a los demás; ni a su patria conocen, la patria oculta y verdadera, que está ya, en la certeza de lo que no se ve, más alta y más segura que cuantas manos pudieran atreverse a ella; ni nos conocen a nosotros. Si esa plaga de la milicia desocupada fuese una de las que nos hubiese quedado de la guerra; si con la golosina de la pereza o el hábito del mando hubiese acabado este o aquel militar por hacer de su gloria escabel de su ambición o mercancía de patriotismo; si los que despertaron a nuestra libertad virgen, y la escoltaron diez años por los montes, pudieran volver para clavarle en el corazón la lanza

gaucha; si con la cubierta de echar abajo una tiranía se estuviese preparando otra: otros cubanos serán los que lo vean, que nosotros, que estamos aquí, y sabemos por qué estamos, no lo vemos; otros cubanos serán los que lo consientan, porque nosotros, mientras nos queden lengua y manos, no lo hemos de consentir.

Pero aun cuando semejante crimen estuviera en preparación, como si pudiera ser que los defensores de la libertad se convirtiesen en sus asesinos, no sería a este o aquel pretendiente militar, errante por oficio o despótico por naturaleza, a quien habría que temer; ni a los tenientes ciegos que fueran en su pasión hasta ser infieles a la patria por ser fieles a un jefe y traidores al bien público por sumisión servil a su capitán; sino a los hombres civiles sin propósito ni carácter, que por su pusilanimidad en la acción excitan el justo desdén de los que son capaces de ella, y con sus rencillas aldeanas y sus hábitos de consentimiento, de lujo y de lisonja, hacen posible en las repúblicas nuevas el predominio de un militar osado y hábil. El hombre de actos sólo respeta al hombre de actos. El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, ni puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte. El político de razón es vencido, en los tiempos de acción, por el político de acción; vencido y despreciado, o usado como mero instrumento y cómplice, a menos que, a la hora de montar, no se eche la razón al frente, y monte. ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir. No son los admiradores ciegos del prestigio militar los enemigos más temibles de la república; sino los que, en la hora de ser soldados, se niegan a ser soldados. ¡Y eso de soldados no lo ha de decir ningún irrespetuoso de los militares cubanos, porque pelearon sin sueldo! La historia verdadera no enseña que los pretendientes militares,—que por lo general sólo arrollan, en la hombría de su bravura, lo que no pueden respetar sinceramente,—sean tanto de temer como los letrados incapaces que en el momento decisivo de la acción, dan tiempo a que el militar de ojo seguro se aproveche de él, y después de la victoria lo rodean, para vivir triunfalmente a la sombra de su autoridad, o le disputan el poder que ellos mismos le dieron, con una oposición nimia y verbosa, ¡ni se sabe cuáles sean las ambiciones más funestas para un país que no ha comenzado aún a nacer, si las militares, o las civiles!

Pero si por este lado padecemos, y vemos al país sin guía y por tierra, por otro lado levantamos el corazón; porque con los pueblos sucede como con lo demás de la naturaleza, donde todo lo necesario se crea a la hora

oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice. Los que sabemos que la casa empieza a levantarse desde que la piedra se empieza a formar en la montaña, los que vemos al cubano errante, hijo de la revolución, adquirir en las pruebas de la vida, entre latinos y sajones, en monarquías como en repúblicas, las enseñanzas y fe que no pueden tener los que vinieron a la guerra con el corazón flojo y maleado por la capitania general,—o en los diez años del heroísmo vivieron lejos de él o con los que lo fusilaban,—o no andan en la odisea que volverá al suelo nativo con la madurez de sus viajes; los que en la triste independencia del destierro cultivan en la dificultad sus fuerzas de hombre, y ven por sí, y en cabeza de otros, los peligros continuos y las obligaciones ineludibles de la ciudadanía; los que vemos sazonarse dentro y fuera de Cuba, con la viveza y cordura que le viene de lo natural, a ese ingenio cubano nuestro, a la vez templado y ardiente, en que la fuerza de la imaginación no oscurece ni sofoca la del juicio; los que sabemos que por el contraste de la indignación se precipita y cuaja con más violencia la virtud en los pueblos y condiciones donde la podredumbre insolente la injuria y desafía, no tememos que el gusano del Lavapiés llegue al corazón de Ignacio Agramonte. ¡Viva en buen hora en gacetilla permanente, con el pelo a la sien y la petenera en la garganta, nuestra pobre ciudad capital, y ensáyese la juventud demacrada el pantalón enjuto del terne de Madrid, y su lengua grosera; que a su lado crece, pálida la frente y el puño nervioso, esa otra juventud, hermana de la nuestra, que le ha de quitar la pandereta de la mano!

Los que vivimos aquí sabemos lo que se ha de querer, sabemos todo lo que se ha de temer, sabemos cómo se ha de poner el pecho a cuanto nos parezca amenazar, de fuera o de adentro, la reconstrucción cordial y la independencia próspera de nuestra patria. No nos ciega el entendimiento el hábito de haber vivido en nuestra tierra como señores; ni imaginamos, crueles y desagradecidos, que el único modo de resolver nuestro problema social es encontrarlo: ¿de qué sirve tener a Darwin sobre la mesa, si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres? No creemos que sea Cuba una isla moral, que en este siglo nivelador y justiciero pueda salvarse de la marejada de libertad que de todas partes empuja y rodea, ni que un pueblo industrial, como Cuba es, viva dichoso con una política de señorío, política de volanta y calesero, que no habla con los que van por el mundo a pie, sin ver que son más que los que van sobre ruedas, y tienen la fuerza de la ignorancia y del padecimiento, y si les ayuda la justicia pueden volcarnos la volanta. No creemos que el arte de gobernar un pueblo

mixto, en que están unidos por la sangre, y aun por el apego a la tierra, el cubano oprimido y el español opresor, esté en poner al uno sobre el otro, aun cuando llegase la hora del recuento de los pecados, sino en pelear primero con ellos hasta morir, para convidarlos luego a quedarse, libres como nosotros mismos, en nuestra casa libre. ¡No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos goberarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa para que nos gobierne a un vecino que, al día siguiente de su independencia, emplumó en la plaza pública a sus adversarios, vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un Estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos! No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora y bajará del cielo, pronto y bien armado: ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con unos treinta locos, que llamaron luego "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente, una república que le ofrecía su ayuda en cambio de una concesión ignominiosa; y la nación del indio fugitivo, a quien el discurso de un poeta libró por cierto de morir, es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra,—la nación híbrida, la nación de un millón de blancos y siete millones de indios. ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo. Ni creemos, por estas novedades de tratados en moda ahora, que aunque le saliesen a España de una pirueta los estadistas evangélicos y portentosos con que en la suma de todos los partidos habría de contar para obtener que por el beneficio de una colonia transitoria, que de un modo u otro ha de venirse abajo, sacrificase la monarquía el interés constante de las provincias que le dan de comer, y son carne perpetua de su carne; aunque se crease en Cuba, como para el triunfo del tratado se habría de crear, una liga odiosa, y a la larga irreconciliable, de lo más descarado del partido español con lo más acomodaticio del cubano; aunque con el

gusto del pan, que ya allí se va perdiendo de pura falta de ejercicio, se aquietasen las iras que hoy trastornan los rincones más apacibles del país,—;con la fuerza del pan nuevo le volvería a la sangre dormida la memoria, la dignidad latente azotaría el rostro en cuanto callase el hambre satisfecha, despertaría en los corazones reanimados el fantasma de San Lorenzo y de Jimaguayú!

Con esta fe vivimos; con este cuidado prevemos; con esas miras preparamos; así adelantamos atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Obra de hombre prometemos. Si el clarín suena de allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos a donde nos llame el clarín. Y si por la timidez continua de los intereses esperanzados,—o por el freno que a la guerra pudieran poner, confundiendo en mala hora el patriotismo y la ambición, los pretendientes militares y los pretendientes civiles,—o por temor de que la guerra se alzase con bandera imprudente, imprudente y culpable, de localidad,—o porque llegase hasta el hueso el gusano del Lavapiés que nos está comiendo ya las carnes;—si por habilidad de nuestro opresor o culpa nuestra, se fueran dividiendo allí los que se debieran unir, y cayéndose a tierra, por no juntarse con otros, los brazos que se debieran levantar,—aquí de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!

**DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 10 DE  
OCTUBRE DE 1863, EN *HARDMAN*  
*HALL*, NUEVA YORK**

**10 DE OCTUBRE DE 1891**

### Cubanos:

No venimos aquí como gusanos, a empinarnos sobre el sauce heroico; ni a cantar en sus ramas lindamente, como sinsontes vocingleros; ni a fiar, como bonzos, la suerte del país de nuestras entrañas al buitre que acecha ya la gangrena que corroe; ni a proclamar, con el reloj de arena sobre nuestras cabezas, que llegó la hora de la descomposición y del espanto, ni a tañer en la mandolina patrióticas serenatas a balcones que no se quieren abrir. Venimos a caballo como el año pasado, a anunciar que al caballo le ha ido bien; que las jornadas que se andan en la sombra son también jornadas; que con las orejas caídas y los belfos al pesebre no se fundan pueblos; que no es la hora todavía de soltarle el freno a la cabalgadura, pero que la cincha se la hemos puesto ya, y la venda se la hemos quitado ya, y la silla se la vamos a poner, y los jinetes... ¡los corazones están llenos de jinetes! La miseria cría magníficos jinetes. La visión del padre glorioso hace jinete al hijo. Lo que pudo una generación muelle y ofendida, que desconocía el poder que mostró, lo podrá una generación trabajadora y ofendida, que conoce su poder. ¡A caballo venimos este año, lo mismo que el pasado, sólo que esta caballería anda por donde se vence, y por donde no la oye andar el enemigo!

Y es lo primero este año, porque ha pasado por el aire una que otra ave de noche, proclamar que nunca fue tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución. Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de nuestro pueblo; aquellos propietarios regalones que en la casa tenían su recién nacido y su mujer, y en una hora de transfiguración sublime, se entraron selva adentro, con la estrella a la frente; aquellos letrados entumidos que, al resplandor del primer rayo, saltaron de la toga tentadora al caballo de pelear; aquellos jóvenes angélicos que del altar de sus bodas o del festín de la fortuna salieron arrebatados de júbilo celeste, a sangrar y morir, sin

agua y sin almohada, por nuestro decoro de hombres; aquéllos son carne nuestra, y entrañas y orgullo nuestros, y raíces de nuestra libertad y padres de nuestro corazón, y soles de nuestro cielo y del cielo de la justicia, y sombras que nadie ha de tocar sino con reverencia y ternura. ¡Y todo el que sirvió, es sagrado! El que puso el pie en la guerra; el que armó un cubano de su bolsa; el que quiso la redención de buena fe, y le sacrificó su porvenir y su fortuna, ya lleva un sello sobre el rostro, y un centelleo en los ojos, que ni su misma ignominia le pudiera borrar luego. ¡A todos los valientes, salud, y salud cien veces, aunque se hayan empuñado o equivocado!

Y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído a aquella fe cordial y serena, a aquella determinación definitiva e inquebrantable, a aquella fraternal e indulgente disposición del ánimo, a aquella prudencia considerada y equitativa, que no pueden perturbar los gobernantes españoles, deseosos de revueltas prematuras,—ni el desaliento propio de los que tienen, allá en la Isla, encendida el alma heroica en un desierto moral,—ni la censura de los que desconocen en los demás la eficacia del brío que se ha entibiado ya en su corazón. No estamos aquí, pujando la oportunidad, para caer mañana, como rancheros, sobre la patria del alma; ni levantando, a pura excomunión, un partido cubano que humille a los cubanos; ni peleando, como gauchos mortales, por el señorío de la tierra espantada; ni negando apoyo a la guerra que otros pudiesen preparar, por el pecado de no haberla preparado nosotros; ni comiéndoles los pies a los culpables de amor y de luz. No soñamos aquí en una patria de corrillo, donde el goce voluntario o casual de la libertad del extranjero dé privilegio de virtud sobre los que viven tan fieles a su ideal como nosotros al alcance del cadalso: no vivimos aquí contando los defectos, sino las virtudes. ¡Llena tenemos la memoria de nombres queridos que no dicen los labios! ¡Abiertos, tenemos los brazos para aquellos cuyo nombre amado no osa escribir nuestra pluma! ¡Dispuestos están en nuestro corazón los asientos de fiesta para muchos huéspedes ausentes! Otros descontarían de las listas del triunfo a los que, por legítimo temor o por enfermedad del ánimo, no acudiesen en la hora difícil a defendernos la bandera; otros distribuirían, con el ojo rapante, los beneficios de la victoria entre los criados sumisos a su mandato; otros tacharían con acritud a los que, por incompleta educación política, o por falta de paciencia, o por aquella sincera desconfianza de sí que viene a los hombres de una larga vida de disimulo y dependencia, buscan en un

poder extraño la salvación que no saben sacar de su voluntad; otros, con resabios de dueño, andarán sobre las puntas de los pies, para no lastimarse el charol, por entre las sepulturas donde cayeron de su brega de héroes, envueltos en el mismo pabellón, los negros y los blancos: ¡nosotros no somos aquí más que el corazón de Cuba, en donde caben todos los cubanos!

Aquí hemos estudiado las causas reales y complejas de la derrota de la Revolución; hemos desentrañado los elementos que en ella se crearon, y continuaron de ella, y podrían entorpecer o ayudar la pelea definitiva; hemos compuesto en un alma sola,—sin más excepción que uno u otro pedrusco, o uno u otro veneno,—los factores que dejó en hostilidad la dirección diversa y tibia de la guerra anterior; hemos ajustado nuestra acción, que pudimos muchas veces precipitar o extraviar, a los periodos de aquella convalecencia dolorosa por donde, en cuanto le acaben de crecer los cabellos, ha de volver a nuestra patria la salud; hemos reunido en la obra de todos los días, con la proporción debida al derecho humano y a su importancia real, los componentes sin cuya colaboración afectuosa no puede aunarse en la libertad durable nuestra tierra heterogénea; hemos inspirado en los pueblos de nuestra familia aquel cariño y estimación profundos que convienen para que no tropiece en su enemistad o en su indiferencia la obra de nuestra redención, por donde la familia se completa y asegura; hemos cerrado el paso de la patria, sin ira y sin temor, a las correrías que por su origen, o por sus métodos, o por sus resultados, f uran indignas de ella: y cuando ya no queda de una política imprevisora más que el escarmiento saludable y la cólera útil, cuando la liga floja y temporal del alma cubana con un sistema extraño a su constitución y a los que lo habían de permitir, sólo deja tras sí al desvanecerse, un silencio desordenado y sombrío, o la demanda de una nueva esclavitud, ni blandimos el marchamo para señalar las frentes culpables del terrible desorden espiritual, ni les señalamos con mano rencorosa la agonía de un pueblo que pudo mantenerse, y se debió mantener, en la campaña de la prudencia, disciplinado para la de la resolución; sino que abrimos los brazos, pensando sólo en que somos pocos, aun cuando fuésemos todos, para reparar el tiempo perdido, para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes, para correr el hilo misterioso por los corazones; y a cuantos sufren como nosotros del dolor del país, y aspiran como nosotros a levantarlo de él, a todos les decimos, con los brazos abiertos: Aquí velábamos; aquí aguardábamos; aquí anticipábamos; aquí ordenábamos nuestras fuerzas; aquí

nos ganábamos los corazones; aquí recogíamos y fundíamos y sublimábamos, y atraíamos para el bien de todos, el alma que se desmigajaba en el país!

Con el dolor de toda la patria padecemos, y para el bien de toda la patria edificamos, y no queremos revolución de exclusiones ni de banderías, ni caeremos otra vez en el peligro del entusiasmo desordenado ni de las emulaciones criminales. Todo lo sabemos y todo lo evitaremos. Razón y corazón nos llevan juntos. Ni nos ofuscamos, ni nos acobardamos. Ni compelemos, ni excluimos. ¿Qué es la mejor libertad sino el deber de emplearla en bien de los que tienen menos libertad que nosotros? ¿Para qué es la fe, sino para enardecer a los que no la tienen? ¿A qué somos, fuera de Cuba, una legión hecha a la tempestad, sino para amparar con nuestros cuerpos a los que sufren de miedo de mujer? ¡El hábito de ceder embota la capacidad de osar! ¡Cedan el paso los tímidos estériles a los prudentes que han sabido respetarlo...! ¿A qué vivimos, unidos al fin con alma igual para el rescate juicioso y cruento; a qué vivimos, los que hemos fundado en la arena y dejado señales en la roca, sino para mostrar que el patriotismo cubano sacó de la derrota la ciencia política necesaria para no caer otra vez en ella? ¿Qué somos, sino práctica viva, sin aquel funesto divorcio de antes entre los indecisos acá y los arremetedores allá, de aquella patria sana venidera en que no ha de haber ¡porque no los ha de haber! ni soberbias de capital, ni recelos de terruño? ¿Qué somos ya, fuera de Cuba, sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible, como han de ser los pueblos destinados a la felicidad en las repúblicas? ¡Pero es cierto que el hombre vanidoso niega o censura las virtudes difíciles que no se atreve a cultivar: es cierto que las primeras señales de los pueblos nacientes, no las saben discernir, ni las saben obedecer, sino las almas republicanás!

¿Y esto hacemos aquí, y labramos aquí sin alarde un porvenir en que quepamos todos, y tendremos aquí la mansedumbre de mirar como nuestros a los que nos desoyen, y amar a los que nos desaman? ¿Qué somos aquí, cubanos o enemigos de Cuba? ¿Aventureros, o patriotas? ¿Merodeadores, o redentores? ¿Y qué sabemos nosotros si eso es desamor, o si es que ya nos buscan en silencio, acaso sin sentir cómo el corazón se les va oreando, y no han hallado aún el modo de decirnos que nos aman? ¡Vayan alzando el pecho a la callada, que de aquí iremos poniendo a su compás nuestro ímpetu! ¿No se viene la tierra por nuestro camino? La esposa, trasportada de ira, ¿no le dice al esposo: “¡vete, vete, criollo infeliz, a donde haya trabajo y justicia!”?; los más hechos

a aquel pan villano, y los que le han sacrificado más, ¿qué son sino sombras de miseria, y fantasmas en casas vacías?: los hijos de los ricos, después de una vida inútil de vaqueros, ¿no vienen a pedir la limosna de la vida a los pueblos extraños?: los de ahora, los de sangre nueva, ¿no levantan en sus hombros, y pasean en triunfo, por la ley de honra que es más fuerte que el miedo, a los que vieron de cara al sol en los días gloriosos?: y los gobernantes espantados, ¿no arrancan de las manos a los niños, las escopetas de jugar con que se ensayan en el viento? ¡La tierra se viene por nuestro camino, y los de allá y los de acá no tenemos más que hacer que juntar, con prudencia, nuestros corazones!

¡Cunda allá, de alma en alma, este fuego domado que nos nutre y enciende; medite, cada uno a solas, en esta fe tranquila y vigilancia seria y ternura de nuestro cariño fraternal; sepan que, en la agonía en que los ha puesto el triunfo aniquilador de un dueño incorregible, y la confianza desordenada en una política fantástica y artificial, vela por ellos, sangra con ellos, purifica para ellos, funda para ellos, con precisión de problema científico y conocimiento entero de la realidad, un pueblo ausente en que se han llegado a fundir, en diez años de estudio y de sacrificio, en diez años de equidad y de precisión, el más puro anhelo heroico y la más severa disciplina pública!

¡Ni esperen, para tener noticias nuestras, aquellos infantiles organismos revolucionarios de antes, que fueron grandes en su día, y hoy, cubiertos por el espionaje, no serían más que semilleros para el cadalso! ¡Amamos mucho a los cubanos nuevos para ponerlos en peligro así! Lo que es, es, y lo sabemos acá; pero es preferible que, por falta de obra patente nos crean inactivos, a que caiga una sola cabeza de cubano, por el prurito de alardear de organizadores. Busquemos, uno a uno, quien nos desee; mándenos ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe: veamos aquí, como lo estamos viendo, que el alma de la isla, renovada en la espera, se encrespa y se decide: venga a nosotros, por sí y como le parezca bien, el alma de allá que se nos quiera venir; ¡clubs de espíritus es lo que queremos, y los nombramientos que firma el valor, y los compromisos que se le juran a solas a la conciencia, y aquella determinación cauta y viril con la que no puede traficar el espía, y en la que no tiene dónde asir el asesino! ¡Esté el alma en pie, para cuando le llevemos la mitad del alma!

Peligros, es claro que los tenemos, y ni uno solo nos es extraño, y los hay grandes; pero, ¿conocer los peligros, no es el primer paso ya para vencerlos? Y la determinación de ajustar nuestros métodos a nuestros componentes ¿no es prenda de que los factores del país, satisfechos en su justa relación, no se alzarán, como la vez pasada, contra la falta de ella? En este estudio asiduo, en esta indulgencia constante, en este apego a toda la realidad, está el espíritu, y ha de estar la salvación de nuestra guerra nueva. Nada nos es desconocido de los obstáculos de afuera o de adentro, ni nada de lo que nos puede ayudar. Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, yarey al aire. Estimamos con afectuosa cautela aquel mismo talento timorato,—pero útil en lo futuro por su preparación crítica y estudio sosegado del arte de gobierno,—de los que en Cuba han vivido con aquel exceso de mente, sin válvula de acción, que vicia y desequilibra el carácter. Observamos, con júbilo como de cosa propia, en los cubanos de todas condiciones y colores, aquella laboriosidad tenaz, aquella crítica vehemente, aquel ejercicio de sí propio, aquel decoro inquieto por donde se preservan y salvan las repúblicas. Reconocemos—¿cómo no hemos de reconocer, recordando a Mina en México, a Gainza en Guatemala, a Villamil en Cuba, al gallego Insua en New York?—reconocemos el valor político del español amigo de la libertad, que le deja franco el paso, sin oponerse a su triunfo, o sale a defenderla a la luz del día: ¡y nuestra estimación por el español bueno, sólo iguala a nuestra determinación de arrancar de raíz, aunque se queje la tierra, los vicios y las vergüenzas con que el español malo nos pudre! Y en nosotros mismos sentimos la fuerza serena que da el hábito del sacrificio. Ni a nosotros mismos nos tememos, porque sabemos que nuestro error es menos que nuestra virtud; ni tememos a esos peligros de América tan decantados: porque venimos después de ellos,—y ni la América ni nosotros hemos vivido en vano,—¡y estamos al quite!

Ni sueño pueril, ni evocación retórica, es lo que tengo ahora delante de mis ojos, sino visión de lo que ha de ser, y escena de verdadera profecía. ¡Ah, los días buenos, los días de trabajo después de la redención, los días de la reedificación, en el contento de un derecho igual, los días de aquella ardiente labor de paz que ha de seguir a la labor de guerra, en que allá en el palacio de nuestra ley, con las palmas de mármol que le vamos a poner de pórtico, nos contemos, paseando entre las estatuas de los héroes,—los sagaces junto a los fanáticos, que son tan útiles como

el sagaz, los buenos junto a los viles, que son tan necesarios, como los buenos, para indignarlos, y levantarlos y sacarles las chispas,—nos contemos los errores de ambas Américas, de la nuestra y de la otra, para no caer en ellos,—ajustemos las leyes de nuestra tierra original a su composición histórica, y a sus defectos, y a su naturaleza,—fundamos en el concepto uno y superior del país común,—que unió con el sacrificio lo que el déspota procuró apartar con la astucia,—las quejas de vecindad y las pequeñas lealtades regionales!—¡Ah, los días buenos, del trabajo después de la redención, del trabajo continuo, y de buena fe, para evitar el exceso de política de los desocupados ambiciosos, o de los aspirantes soberbios, o de los logreros de la palabra y del valor,—y para reparar, estando como estamos a las puertas de un crítico goloso e impaciente, la época larga de desigualdad y languidez que pudiera darle razón para echarse sobre el pueblo incapaz, o darnos razón para desconfiar de nosotros mismos! ¡Ah, los días buenos...! ¡ya me parece ver brillar el sol sobre las estatuas de los héroes, y sobre el pórtico de palmas de mármol!

¡De veras que se nos habla demasiado de peligros! ¿Pues esta tierra que pisamos, qué fue hace tres siglos, sino un barquichuelo, cargado de cañones y de mujeres, que vino, en el hambre y en la tormenta, más pobre que nuestra pobreza mayor, huyendo de donde no se podía amar la libertad? Y la protesta religiosa, que lo puso en la vía de la política, y dan los cuentos eruditos como la única semilla de libertad viable; ¿qué fue sino obra de un monje guitarrero, con ríos de sangre por venas, y naciones frenéticas y convulsas por pedestal, y hecatombes humeantes por antorchas? ¡Esos cómodos, y esos liberales de aguamiel! ¡Sangre, el que aspire! ¿Para qué somos hombres, sino para mirar cara a cara a la verdad? ¡Dése lo justo, y no se nos pedirá lo injusto! El que a ser hombre tenga miedo, póngase de alquiler, con el ambicioso que lo use y lo pague, y le defienda la casta o la mala propiedad. ¡Para otros no hay goce mayor que el de ver cómo el hombre se redime y crece...! Lo que no se puede cambiar, ha de tomarse como es. ¿Quién teme al juego natural y necesario de las pasiones y virtudes de los hombres, ni al conflicto inevitable de sus aspiraciones y cobardías, y de sus ímpetus e intereses? Vea el que desconfíe a la Naturaleza equilibrada y triunfante. Nace el guao en el campo del hombre laborioso, y silba la serpiente desde sus agujeros escondidos, y pestaña la lechuza desde la torre de los campanarios; pero el sol sigue alumbrando los ámbitos del mundo, y la verdad continúa incólume su marcha por la tierra.

Y si nos preguntan dónde está la forma visible de esta energía y política nuestra, dónde el alarde infantil que desagrada a los senectos, dónde la autoridad ostentosa que levanta recelos y pone en lucha las localidades, dónde la fogata imprudente que descubre el campo al enemigo,—responderemos con el recuerdo de una maravilla que anda escrita en un libro de victorias. Cuentan de un coronel que, en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cercenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga el coronel descabezado! Pues así somos nosotros amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Éntrese nuestro caballo por el invasor y espántelo y derrótelo, aunque no se les vean a los jefes la cabeza!

## DISCURSO EN EL LICEO CUBANO, TAMPA<sup>71</sup>

26 DE NOVIEMBRE DE 1891

<sup>71</sup> Invitado por el *Club Ignacio Agramonte* de Tampa, para tomar parte en una gran fiesta de carácter artístico-literario a beneficio del Club, Martí llegó por primera vez a Tampa a medianoche del 25 de noviembre, y el día 26 pronunció en el *Liceo Cubano* de esa ciudad el discurso que es conocido por *Con todos y para el bien de todos*.

El discurso fue tomado taquigráficamente por Francisco María González, lector del taller de Eduardo H. Gato, de Cayo Hueso.

Reproducido en hoja suelta con el título *Por Cuba y para Cuba*, el discurso provocó el conocido incidente entre Enrique Collazo y Martí.

Cubanos:

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no a deshora por cierto! acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mi mismo, no daré gracias egoistas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menesteroso que bajo la capa de la patria anda sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo reciba pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir orde-

nado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobre-culta ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas,—y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síanla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre,—o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. ¡Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente, de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra que rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhelase yo

levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos, ante todo en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! ¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! ¡Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravié, o la ira lo enfurezca, o lo ensangrienta el crimen! ¡Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad, créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil, que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos por los ausentes, donde reponemos la casa que allá se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsoras que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien ve-

ladas allí en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! ¿Pues qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas malélicas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador, que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima, e inevitable.—e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituir las. ¡Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen, y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, y de pabellones que se despliegan! ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos, y para todos: la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver

a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelva a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallen, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto! ¿Pues quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no busquemos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías,—ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petímetros de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir,—y que se pondrá a refunfunar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos!

En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. ¡Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuélguese al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira:—y al lado de la lengua de los aduladores, clévese la de los que se niegan a la justicia!

¡La lengua del adulador se clave donde todos la vean,—y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. ¡No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra, los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él como a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas,—una falange de inteligencias plenas, fecundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen,—una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva,—una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora,—que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro; por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reúnen con iguales sueños, y con igual honradez, aquéllos a quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura—sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírse nos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante?—Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja: tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar, y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar

el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: "Mienten". Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo:—"Mienten".

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto de pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas; o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicuca a su país, le digo:—"¡Mienten!"

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está a paga del gobierno español. el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? ¡Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo:—"Mienten".

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco: yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco: yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las

libertades patrias. Otros le teman: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena:—"Mienten".

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en la Rambla su caudal y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, y por miedo al castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta, al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos:—"¡Mienten!"

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quien les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se le administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: "Mienten".

Y a los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primeros fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; a los

olimpas de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados, y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan, a sabiendas, el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonra o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá, como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera,—a lindoros, o a olimpos, y a alzacolas,—les diremos:—“Mienten”. ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones, y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer; a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado la buena fe, y creemos haber logrado suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota, y allegar con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados, con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar, allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelvo a ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que

se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a pudrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos, para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos! Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos, y para el bien de todos”.

**DISCURSO EN CONMEMORACIÓN DEL 27 DE  
NOVIEMBRE DE 1871, EN TAMPA<sup>72</sup>**

**27 DE NOVIEMBRE DE 1891**

<sup>72</sup> Este discurso, conocido por *Los Pinos Nuevos*, pronunciado por Martí en el *Liceo Cubano*, en la velada-homenaje de la *Convención Cubana* a los estudiantes fusilados en 1871, fue también tomado taquigráficamente por Francisco María González.

Cubanos:

Todo convida esta noche al silencio respetuoso más que a las palabras: las tumbas tienen por lenguaje las flores de resurrección que nacen sobre las sepulturas: ni lágrimas pasajeras ni himnos de oficio son tributo propio a los que con la luz de su muerte señalaron a la piedad humana soñolienta el imperio de la abominación y la codicia. Esas orlas son de respeto, no de muerte; esas banderas están a media asta, no los corazones. Pido luto a mi pensamiento para las frases breves que se esperan esta noche del viajero que viene a estas palabras de improviso, después de un día atareado de creación: y el pensamiento se me niega al luto. No siento hoy como ayer romper coléricas al pie de esta tribuna, coléricas y dolorosas, las olas de la mar que trae de nuestra tierra la agonía y la ira, ni es llanto lo que oigo, ni manos suplicantes las que veo, ni cabezas caídas las que escuchan,—¡sino cabezas altas! y afuera de esas puertas repletas, viene la ola de un pueblo que marcha. ¡Así el sol, después de la sombra de la noche, levanta por el horizonte puro su copa de oro!

Otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida. La mañana después de la tormenta, por la cuenca del árbol desraigado echa la tierra fuente de frescura, y es más alegre el verde de los árboles, y el aire está como lleno de banderas, y el cielo es un dosel de gloria azul, y se inundan los pechos de los hombres de una titánica alegría. Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea, como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto.

Otros lamenten la muerte hermosa y útil, por donde la patria sañeada rescató su complicidad involuntaria con el crimen, por donde se cría aquel fuego purísimo e invisible en que se acendran para la virtud

y se templan para el porvenir las almas fieles. Del semillero de las tumbas levántase impalpable, como los vahos del amanecer, la virtud inmortal, orea la tierra tímida, azota los rostros viles, empapa el aire, entra triunfante en los corazones de los vivos: la muerte da jefes, la muerte da lecciones y ejemplos, la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida: ¡así, de esos enlaces continuos invisibles, se va tejiendo el alma de la patria!

La palabra viril no se complace en descripciones espantosas; ni se ha de abrumar al arrepentido por fustigar al malvado; ni ha de convertirse la tumba del mártir en parche de pelea; ni se ha de decir, aun en la ciega hermosura de las batallas, lo que mueve las almas de los hombres a la fiereza y al rencor. ¡Ni es de cubanos, ni lo será jamás, meterse en la sangre hasta la cintura, y avivar con un haz de niños muertos, los crímenes del mundo: ni es de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio! Lo que anhelamos es decir aquí con qué amor entrañable, un amor como purificado y angélico, queremos a aquellas criaturas que el decoro levantó de un rayo hasta la sublimidad, y cayeron, por la ley del sacrificio, para publicar al mundo indiferente aún a nuestro clamor, la justicia absoluta con que se irguió la tierra contra sus dueños: lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla, a los que, a la primer voz de la muerte, subieron sonriendo, del apego y cobardía de la vida común, al heroísmo ejemplar.

¿Quién, quién era el primero en la procesión del sacrificio, cuando el tambor de muerte redoblaba, y se oía el olear de los sollozos, y bajaban la cabeza los asesinos; quién era el primero, con una sonrisa de paz en los labios, y el paso firme, y casi alegre, y todo él como ceñido ya de luz? Chispeaba por los corredores de las aulas un criollo dádivo y fino, el bozo en flor y el pájaro en el alma, ensortijada la mano, como una joya el pie, gusto todo y regalo y carruaje, sin una arruga en el ligero pensamiento: ¡y el que marchaba a paso firme a la cabeza de la procesión, era el niño travieso y casquivano de las aulas felices, el de la mano de sortijas y el pie como una joya! ¿Y el otro, el taciturno, el que tenían sus compañeros por mozo de poco empuje y de avisos escasos? ¡Con superior beldad se le animó el rostro caído, con soberbio poder se le levantó el ánimo patrio, con abrazos firmes apretó, al salir a la muerte, a sus amigos, y con la mano serena les enjugó las lágrimas! ¡Así, en los alzamientos por venir, del pecho más oscuro saldrá, a triunfar,

la gloria! ¡Así, del valor oculto, crecerán los ejércitos de mañana! ¡Así, con la ocasión sublime, los indiferentes y culpables de hoy, los vanos y descuidados de hoy, competirán en fuego con los más valerosos! El niño de dieciseis años iba delante, sonriendo, ceñido como de luz, volviendo atrás la cabeza, por si alguien se le acobardaba...

Y ¿recordaré el presidio inicuo, con la galera espantable de vicios contribuyentes, tanto por cada villanía, a los pargos y valdepeñas de la mesa venenosa del general: con los viejos acuchillados por pura diversión,—los viejos que dieron al país trece hombres fuertes,—para que no fuese en balde el paseo de las cintas de hule y de sus fáciles amigas; con los presidiarios moribundos, volteados sobre la tierra, a ver si revivían, a punta de sable; con el castigo de la yaya feroz, al compás de la banda de bronce, para que no se oyesen por sobre los muros de piedra los alaridos del preso despedazado? ¡Pues éstos son de otros horrores más crueles, y más tristes y más inútiles, y más de temer que los de andar descalzo! ¿O recordaré la madrugada fría, cuando de pie, como fantasmas justiciadores, en el silencio de Madrid dormido, a la puerta de los palacios y bajo la cruz de las iglesias, clavaron los estudiantes sobrevivientes el padrón de vergüenza nacional, el recuerdo del crimen que la ciudad leyó espantada? ¿O un día recordaré, un día de verano madrileño, cuando al calce de un hombre seco y lívido, de barba y alma ralas, muy cruzado y muy saludado y muy pomposo, iba un niño febril, sujeto apenas por brazos más potentes, gritando al horrible codicioso: “¡Infame, infame!” ¡Recordaré al magnánimo español, huésped querido de todos nuestros hogares, laureado aquí en efigie junto con el heroico vindicador, que en los dientes de la misma muerte, prefiriendo al premio del cómplice la pobreza del justo, negó su espada al asesinato! Dicen que sufre, comido de pesar en el rincón donde apenas puede consolarlo de la cólera del vencedor pudiente, el cariño de los vencidos miserables. ¡Sean para el buen español, cubanas agradecidas, nuestras flores piadosas!

Y después ¡ya no hay más, en cuanto a tierra, que aquellas cuatro osamentas que dormían, de Sur a Norte, sobre las otras cuatro que dormían de Norte a Sur: no hay más que un gemelo de camisa, junto a una mano seca: no hay más que un montón de huesos abrazados en el fondo de un cajón de plomo! ¡Nunca olvidará Cuba, ni los que sepan de heroicidad olvidarán, al que con mano augusta detuvo, frente a todos los riesgos, el sarcófago intacto, que fue para la patria manantial de sangre; al que bajó a la tierra con sus manos de amor, y en acerba hora,

de aquellas que juntan de súbito al hombre con la eternidad, palpó la muerte helada, bañó de llanto terrible los cráneos de sus compañeros. El sol lucía en el cielo cuando sacó en sus brazos, de la fosa, los huesos venerados: ¡jamás cesará de caer el sol sobre el sublime vengador sin ira!

¡Cesen ya, puesto que por ellos es la patria más pura y hermosa, las lamentaciones que sólo han de acompañar a los muertos inútiles! Los pueblos viven de la levadura heroica. El mucho heroísmo ha de sanear el mucho crimen. Donde se fue muy vil, se ha de ser muy grande. Por lo invisible de la vida corren magníficas leyes. Para sacudir al mundo, con el horror extremo de la inhumanidad y la codicia que agobian a su patria, murieron, con la poesía de la niñez y el candor de la inocencia, a manos de la inhumanidad y la codicia. Para levantar con la razón de su prueba irrecusable el ánima medrosa de los que dudan del arranque y virtud de un pueblo en apariencia indiferente y frívolo, salieron riendo del aula descuidada, o pensando en la novia y el pie breve, y entraron a paso firme, sin quebrantos de rodilla ni temblores de brazos, en la muerte bárbara. Para unir en concordia, por el respeto que impone en unos el remordimiento y la piedad que moverán en otros los arrepentidos, las dos poblaciones que han de llegar por fatalidad inevitable a un acuerdo en la justicia o a un exterminio violento, se alzó el vengador con alma de perdón, y aseguró, por la moderación de su triunfo, su obra de justicia. ¡Mañana, como hoy en el destierro, irán a poner flores en la tierra libre, ante el monumento del perdón, los hermanos de los asesinados, y los que, poniendo el honor sobre el accidente del país, no quieren llamarse hermanos de los asesinos!

Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra, cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel. Era el paisaje húmedo y negruzco; corría turbulento el arroyo cenagoso; las cañas, pocas y mustias, no mecían su verdor quejosamente, como aquellas queridas por donde piden redención los que las fecundaron con su muerte, sino se entraban, ásperas e hirsutas, como puñales extranjeros, por el corazón: y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la tempestad, erguía entero, su copa. Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!

## DISCURSO EN CAYO HUESO<sup>78</sup>

25 DE DICIEMBRE DE 1891

<sup>78</sup> Aunque Martí se sentía enfermo de una broncolaringitis, al llegar por primera vez a Cayo Hueso, pronunció este discurso en *Duval-House*, de Madame Bolio, subido en una silla.

Este discurso, que no aparece en anteriores recopilaciones de discursos de Martí, se encuentra en el folleto: *Rasgos Patrióticos de los Emigrados Cubanos en Key West (Florida)*, Habana, Establecimiento Tipográfico "El Arte", 1902, pág. 15.

Y he aquí la medicina, cubanos... he aquí el confortativo del alma, que también se enferma como el cuerpo, y dominada por la pasión, se postra o se entibia a veces;—he aquí el cariño de este santo hogar, que aunque no es el legítimo, que sueño en mi fiebre o delirio, de una justicia definitiva para mi pueblo, tiene aquí su mejor levadura para levantarlo y sus raíces abonadas, con lágrimas tan puras y tan sinceras, como las de este joven<sup>74</sup> y las vuestras. Y este cariño obliga al viajero tanto a merecerlo, que es ya medicina en su naturaleza; y ya se alivia la dolencia física y rejuvenecen sus bríos, y se siente doble en su júbilo, y el viajero no puede, en lengua de lisonja, hablar, a quienes ha tiempo, les guardaba el deseo de hacerles compañía: agradecido por cuanto ve, y sin estériles reservas, debe decirlos: que os abraza, con esperanza real y con el alma entera. Pero el alma de nuestro pueblo, disgregada en jirones, paseando su nostalgia por tierras frías, que carecen del fuego de nuestro sol y la dignidad de nuestra palma, puedo decir, sin temor a equivocarme, que su mayor suma congregada, siempre la vi, y la palpo más de cerca ahora,—unas veces con intensísimo dolor, otras con admiración, pero siempre con respetuoso recogimiento, por haber creado y mantenido un número de patriarcas leales a una idea, en los estrechos límites de este nido cubano: el noble Cayo.

Y esta conjunción de dolor y este perseverar en el sacrificio, por vivir en casa propia, levantada con manos amigas, débiles acaso, por la constante vigilia, pero heroicas por la tenacidad en las arremetidas, cuyos impulsos serán santificados con la sangre de nuestros soldados temerarios, serán también compensados, cuando en el banquete cordial y sincero de la patria redimida, pechándonos todos, hombreándonos, tocándonos el corazón con manos leales, alborozados por haber pagado y merecido nuestro cubierto, arraiguemos en tierra grata, la semilla fructífera de nuestra vida republicana,—ya constitutiva de medio ambiente en nuestra residencia temporal del extranjero.

<sup>74</sup> Genaro Hernández.

Entonces, unidos en amor y aspiraciones, los cubanos, levantaremos hogar a los proscriptos, con el mismo generoso ejemplo que levantáis la vivienda temporal y el sublime altar en vuestras conciencias, al sacrificio por la Patria, que llevaremos en triunfo al Capitolio.

Adviértense pues, sin escudriñamientos ni sagacidad maliciosa, en las miradas que me rodean toda esa voluntad y deseo que habremos de realizar sin duda... Y este apretar de almas y enlazamiento de corazones, llenos de amor y verdad, desdeñando la pasión que pudo entibiarnos alguna vez,—por avanzar muy de prisa o no precaver la oportunidad,—es augurio de oportunidad que se allega, donde con provecho y eficacia para todos, podamos hablarnos, corazón a corazón, y sacarnos a un golpe previsor, para que vuele al cielo de nuestro destino, lo que tiene de enérgico y humilde nuestro pueblo, de grande y de sublime: ¡las águilas y las palomas!

## DISCURSO EN *HARDMAN HALL*, NUEVA YORK<sup>75</sup>

17 DE FEBRERO DE 1892

<sup>75</sup> Este discurso es conocido como *La Oración de Tampa y Cayo Hueso*.

### Cubanos:

El júbilo, mezclado de zozobra, del explorador que adivina bajo la tierra áspera y revuelta el oro puro, del explorador que anunció el hallazgo a los compañeros que se iban a medio camino, no puede compararse con el júbilo del que vuelve ante los que le ayudaron a confiar, con las manos llenas de oro. De oro sin mancha, porque fuera de aquí no he hallado una sola mancha, traigo llenas las manos. Y aún tiemblo de la dicha de haber visto la mayor suma de virtud que me haya sido dado ver entre los hombres,—en los hombres de mi patria. Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Y si hay alcalde mayor o escribiente que lo dude, le enseñaré aquellas ciudades levantadas en libre discusión por las fuerzas más varias y desiguales que sobre la peña y las arenas han ido echando la guerra y la miseria y la dignidad; le enseñaré la casa del pueblo, que todo el pueblo paga y administra, y donde el pueblo entero se educa y se reúne; le enseñaré aquellos talleres donde los hombres, poniendo la vida real de margen a los libros, practican la política, que es el estudio de los intereses públicos, en el trabajo que la sana y la modera, y en la verdad que le pone pie firme; le enseñaré aquellas casitas sencillas y felices, con tanta luz y tanta sonrisa y tanta rosa, donde la recién casada recibe a su trabajador con el niño en los brazos, y de testigo los libros del estante y los retratos de los héroes, —aquellas casas que tienen dos pisos, uno para la familia que trabaja, y otro para los cubanos desamparados; aquellas familias le enseñaré, que cuando la tibieza pública deja caer un club patriótico, a la casa se llevan el estandarte, y con la casa sigue vivo el club; le enseñaré aquellos niños, sin cuello y sin chaleco, que se abrazan llorando al viajero desconocido: “¡acuérdense de mí, que quiero aprender!”; le enseñaré aquellos ancianos que dieron su fortuna primera, y una fortuna más, y sus hijos luego, a la idea de ver libre su país, y ya de rodillas en la tierra que

se abre para recibirlos, alzan el cuerpo sobre el brazo moribundo y dicen: "¡Te adoro, oh patria!"

Mi alegría es mayor porque el levantamiento admirable de espíritus que me ha sido dable ver, el jubileo de corazones que se declaró de sí mismo y que no parece que esté en temple de acabar, el acuerdo grandioso y conmovedor de los cubanos escarmentados y libres, no fue la obra de ese entusiasmo pasajero, y a la larga más dañoso que útil, por la persona única de quien en ocasiones parece depender el triunfo,—ni fue atraído, con lenta habilidad, por aquella ambición que va buscándose, en la cautela de la sombra, amigos personales, y cultiva el poder asiduamente con la lisonja fina y las mieles del trato,—sino que se mostró, con ocasión de un hombre recogido en sí, en el instante en que el desinterés y sagacidad honrada que se le supone, y la obra ancha y unida que predica, parecen ser las que ordena el país a los que tratan de salvarlo. ¡Ni una palabra habló o escribió el viajero en solicitud, directa o indirecta, de esta demostración y convenio de las almas,—ni una palabra escribirá o dirá jamás para sostener, por medio de la discusión o de la intriga, el crédito que en él se ha querido poner, no como premio de lo poco que ha hecho, sino como modo de decirle hasta dónde ha de ir, para que la ignominia sea igual al honor, si se tuerce o flaquea antes de acabar la jornada!

¿Y aquel convite de Tampa primero, que fue de veras como el grito del águila, y aquel sencillo comité del Cayo que ya a la hora de llegar había prendido en el pueblo todo generoso, y a los pocos instantes, sin el empleo de una sola de las artes usuales del hombre, era abrazo y ternura de manera que los que no se hablaban ayer seguían de brazo por la calle en que se hallaban, y una extraña oratoria poseía, rebotante y soberbia, la lengua de los hombres, y se decían los hombres, uno a otro, hermanos e hijos. ¿Era virtud del hombre silencioso que deja sola a la verdad, sin calzarla ni empujarla con servicios o convenios, o carteos o lisonjas, porque si es verdad, sola se ha de amparar y ha de vencer, y si no es verdad, no se le debe buscar amparo? ¿Era magia de un viajero sin fuerzas y sin voz, cuidado ya, como en anuncio y promesa, con el cariño con que los compañeros de batalla se atienden en los campamentos? ¡El adversario mismo venía de amistad, porque volvía a ver que la guerra de Cuba no tendrá que ser, ni quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cubana, sino la manera de poner a Cuba en condición de que pueda en ella vivir feliz el hombre! Y aquellos rumores de

talleres que se engalanaban, de palmeras que se quedaban sin penacho, de trabajadores que deliberaban sobre un tierno presente, de voces nuevas que aprendían del abuelo lleno de cicatrices el saludo de la fe o la música de la guerra, ¿eran tributo, indigno de quienes lo ofrecieran y de quien lo recibiese, a un hombre que sólo la poca vida que le resta puede dar,—y no es de aquéllos que se ponen de pie sobre la patria, o a espaldas de la patria, a buscar prosélitos con quienes repartir el poder, como quien paga intereses de suma recibida, o cumple con su parte de contrato,—sino de aquellos que con su justicia han podido ganar respeto suficiente para ayudar a su patria al triunfo, y quedarse lejos de él, si le alcanza la vida, cuando para mantenerse llegue la hora, que en las sociedades de hombres llega siempre, de las complicidades y de las componendas? No era el acatamiento bochornoso a un hombre en quien sólo se aplaudía el levisimo anuncio de aquella fuerza tenaz de amor, y aquella vigilancia e indulgencia por donde se podrá salvar definitivamente un país que aspira a la libertad con una población educada sin ella; ni la escena amarga de un pueblo que se fia a un voceador espasmódico, o a un dueño disimulado: ¡porque cosas tristes puedo yo concebir, pero no he podido concebir todavía a un cubano abyecto!: ¿los hay? ¡no los puede haber! ¡y no sé si vale la pena de vivir, después de que el país donde se nació decida darse un amo!

Era aquel un impulso tan espontáneo de virtud en un pueblo a quien se supone escaso de ella, que sólo un político mezquino, temeroso de que la tacha de vano pudiera dañar los propósitos de su ambición, hubiera sobrepuesto el interés previsor al deber de contemplar con respeto y cariño la demostración que el pueblo hacía de las virtudes que le niegan: ¡sólo el cobarde se prefiere a su pueblo; y el que lo ama, se le somete! ¡Mayor hubiera sido el arranque, que en lo humano no pudo ser más; y mayor hubiera sido la obligación de someterse a él; porque así era más la prueba que daba el pueblo, en la hora de la necesidad, de las condiciones de desinterés y concordia y agradecimiento y previsión y republicanismo que requiere la hora necesaria! ¡Para canijos, la enfermería! ¡Y si se ha de sacrificar el desamor honroso de la ostentación pública, se le sacrifica, que la vida vale más y se la sacrifica también! ¡Póngase el hombre de alfombra de su pueblo!

Yo bien sé lo que fue. Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver a mi tierra en pie. Yo sufro, como de un crimen, de cada día que tardamos en enseñarnos todos juntos a ella. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud, y sé

donde está la pujanza. Yo aborrezco la elocuencia inútil. Fue que los hombres, necesitados del consuelo y justicia que buscan en la libertad, saludaban el consuelo y la justicia en quien no les ha dado hasta hoy prueba alguna de buscar su adelanto y provecho en la fatiga de la patria, sino el adelanto y provecho de todos. Fue que un pueblo en que el exceso de odio ha hecho más viva que en pueblo alguno la necesidad del amor, entiende y proclama que por el amor, sincero y continuo, han de resolverse, y si no, no se han de resolver,—los problemas que ha anudado el odio. Fue que el alma cubana, preparada por su propia naturaleza y por la guerra y por el destierro para su libre ejercicio en la república, creía reconocerse, y así la ocasión de publicarse, en quien no quiere para su tierra remedos de tierra ajena, ni república de antifaz, sino el orden seguro y la paz equitativa, por el pleno respeto al ejercicio legítimo de toda el alma cubana. Fue que las semillas de la sombra daban flor:—y de sí misma y sin convenios artificiales,—en los momentos en que la isla española se desmigaja y derrumba; en los momentos en que los mismos héroes desconsolados se suelen doler de la tentativa, a la vez política y sentimental, que fracasó porque no estuvo a nivel de los arranques del sentimiento la organización de la política; en los momentos en que los patriotas fantásticos, y de mera arrancada, pudiesen creer que el alma de Cuba fue como flor de aroma, que se entreabre un instante, y se desvanece luego al viento,—surge, una desde Cayo Hueso a New York, el alma cubana, libre de los vicios que parecían incurables en ella, fuerte con las virtudes de energía y cautela y concordia que no le pueden conocer los que en vano la buscan donde el pensamiento se sienta a la mesa de los boquerones y de la manzanilla, y el genio mismo tiene que partir con la desvergüenza el pedazo de pan. Fue que hemos cumplido la promesa que en los doce años de labor veníamos empeñando al país, que hemos vigilado desde la oscuridad, que hemos deshecho y rehecho, que hemos purgado y renovado, y cuando la patria, a despecho de sus agoreros, se palpa el corazón, cualesquiera que sean las llagas del cuerpo y el corte del vestido, ¡el corazón está sano!

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la flor primera de la maravilla, y la educación necia nos aparta, en Cuba como en todas partes, de la joyería viva del jardín, y del templo grave y solemne de la naturaleza póstrase el alma de admiración y poesía al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar, por entre las arañas que remedan los lumineros del cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que borda en las nubes el sol, las notas que parecen cernerse por las naves pom-

posas como bandadas de almas. Y el viajero sorprendido por la puesta de la luz en la cumbre del monte, olvida atónito un momento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de llamas se sumerge en el himno glorioso de la naturaleza:—¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro, y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis trabajadores:—jamás, ni en la iglesia de niño, ni en la cumbre del monte!

La madrugada iba ya a ser—¡bien lo recuerdo!—cuando el tren que llevaba a un hombre invencible, porque no lo ha abandonado jamás la fe en la virtud de su país, arribó, bajo lluvia tenaz, a la estación donde le dio la mano, como si le diera el alma, un amigo—nuevo y ya inolvidable—que descansó junto al arroyo al lado de Gutiérrez, que oyó a Joaquín Palma en las veladas de la selva, que montó a caballo al lado de Castillo. No se hablaban los hombres, de tanto como se decían. La casa de la patria estaba henchida de leales. Ceñían las columnas embanderadas orlas de pinos nuevos. Lució el sol, y con él el amor inusitado, los conocimientos súbitos, el deleite de verse juntos en el amanecer de la época nueva, el orgullo de mostrar y de ver la familia dichosa—el liceo con sus lujos—el consejero que va y viene, poniendo bálsamo donde quiera que ve herida, y libros y periódicos y lecciones en la mesa atenta del trabajador;—el orador que arranca a su grandeza natural la elocuencia más fiera y entrañable que puede oír la tribuna;—el médico que olvida, en la casa que con su labor le compró a su compañera, la pompa de París;—el petimetre redimido que enseña con orgullo, en el respeto de todos y en su hogar holgado, su obra fuerte de hombre;—el artesano elegante y caballeresco, fuente de amor y ejemplo de la juventud, que estuviera bien en la más pulcra sala;—el guerrillero de poco hablar, fuerte por la bondad y por el brazo, que con la mano que guió al potro por los bosques lleva a sus hijos, camino del trabajo, a la mejor escuela;—el criollo enamorado, verboso y melifluido, que se da entero a los que acatan la justicia, y se revuelve temible contra los que la niegan;—el niño que va, vestido como de fiesta, a la mesa del oficio, donde asoma entre el cuchillo y los recortes, la poesía que acaba de hacer, o su libro de cuentos, o su libro de física;—y la anciana del taller, que del trabajo de sus manos sustenta en los castillos a los presos de la patria, y en el hospital a sus enfermos, y con la pluma elocuentísima flagela o aconseja, como modo de descansar, a los que le parece que no le aman la patria según se debe, desde aquel cuarto blanco suyo con la mesita de pino, y las cortinas como de novia cuidadosa, y el vaso lleno siempre de

madreselvas. ¿Hubo en Tampa disensiones algún día, o modos diversos de pensar sobre la urgencia de levantarse al fin, con un espíritu y un brazo, todos los que quieren ordenar con tiempo la salvación del país? ¿Lo que sé es que en tres días de belleza moral inmaculada no se vio mano encogida, ni reserva enconosa, ni celos de capitaneo, ni aquellos comercios abominables que suele ofrecer al patriotismo puro el anhelo de la autoridad,—sino fiesta increíble, en que se fundían los hombres! ¿Y cuando el viajero, con aquella grandeza ennoblecido, volvió los ojos al decir adiós, los ojos inseguros, ni campos diversos ni rivales ni perezosos ni descarriados vio, sino un pueblo, sembrado de antorchas, detrás de la bandera única de la patria!

La tarde era—bien lo recuerdo—cuando un vapor, engalanado por el respeto extranjero, que sabe a veces más del porvenir que el respeto propio, iba serenando sobre el mar azul la marcha que lo acercaba a un muelle rebotante. De oro era el aire, y chispeaban, como combatiéndose, los rayos de sol. ¿Y es de otros aquella isla, labrada y hermoçada por el esfuerzo cubano? ¿Y no cargaremos con ella, como nuestra alma invencible que ha sido, y nos la clavaremos al costado, para monumento de sus fundadores, y objeto de nuestra justa admiración? Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder de crear, con los retazos de un pueblo de amos y de siervos que fue echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pecho a pecho lanzó al mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó sin ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de razas y procedencias diferentes que un sistema de odio crió cuidadosamente para esclavos. Pero ¿era allí, a aquella fiesta, donde iba el viajero,—o allá, a las playas vecinas, donde los muertos despiertan, donde espera el caballo...? Por el portón del muelle oscuro, henchido de cabezas, salía, como una virgen, el estandarte patrio.

Y al día siguiente, entraron por la puerta del viajero enfermo un patriarca ya al caer, a quien no podía verse sin deseos de llorar, y un guerrero que se distingue en la paz por su civismo como en la guerra brilló por el valor, y un periodista que no sabe lo que es quebrar, ni desviar, la pluma que juró a la patria: y en nombre de los patriotas veteranos del lugar, ni a discordias ni a recelos ni a reparos dijeron que venían, sino a declarar, por la boca sentenciosa del anciano, que no hay más que un alma entre los cubanos que anhelan la felicidad de su

país. ¡Ya no habla el que habló allí tan bien: ya están solos los robles de su casa señorial: ya le nace la gloria sobre la sepultura!...

Abrieron los brazos al recién venido, aquellos que por el puntillo humano, o por los desconocimientos de la distancia, o por los desvíos que dejó tras sí, injusta e imprevisora, la época anterior, pudieron verlo como a mero convidado de un grupo de jóvenes fervientes, o al transeúnte pedantesco que sólo que aprender tuviera de los padres gloriosos de nuestro Cayo. ¡Y lo que de Tampa arrancó, y allí se consagró, tropezará en una hoja de yerba o en un grano de maíz, pero en Cuba irá a terminar!

“Yo siento en mi corazón”, decía en junta solemne un comerciante que de los frutos de su comercio le pone escuelas a la patria, y en las batallas de la vida conserva el fuego de la adolescencia heroica, “yo siento que en este programa que firmamos está la independencia de mi país”. Y el pobre y el rico, y el cubano de padres africanos y el cubano de padres europeos, y el militar y diputado de la guerra y el periodista incansable de la emigración, y el que no cree bien las sociedades como están y cree que de otro modo estarían mejor, como a honra pedían poner la firma al programa de unión de los cubanos, de los cubanos de afuera y de adentro, de los cubanos de ayer y de mañana, de los cubanos que yerran o maltratan de buena fe y los que sufren injustamente de sus errores: y proclamo que no asistí jamás, en una vida ya larga de labores difíciles, a reunión de hombres reales y de propio pensar, de hombres probados y de voluntad poco llevadiza, que moviera mi alma a la reverencia y ternura a que la movió aquella junta de cubanos. Aún la tengo delante, y respondo con ella a los que creen que en el alma cubana hay como un duende artístico, y de muy peregrina y criolla composición, empeñado en avivar todas las malas prendas y sofocar toda virtud,—a los que por ignorancia supina de la naturaleza perenne del hombre, o carencia de aquella humildad que pone el juicio en la perspectiva natural, tienen por tacha ingénita del carácter en Cuba aquella dificultad que los hombres en todas partes experimentan para avenir sus ideales y pasiones,—a los que no vieron, en sus tres días de labor, aquella junta de patricios donde,—al discutir libremente los mejores medios de coronar en el país la obra revolucionaria, de organizar a los cubanos en un cuerpo que asegure la acción enérgica, secreta y responsable, por donde los partidos ejecutivos de guerra se diferencian de los partidos deliberantes de paz, y congregar las fuerzas revolucionarias de manera que sus movimientos se ajusten a su composición real, y la

autoridad se distribuya en relación estricta a los servicios,—al reunir en un código revolucionario, sin choque y sin hipocresía, cuantas realidades pudieran inhabilitarse por desconfianza o por recelo, no asomó un solo interés, no se levantó un solo egoísmo o vanidad, no se oyó la palabra reticente y fría que afea las más nobles deliberaciones humanas: ¡éramos cubanos! ¡Y si aquellos hombres obraban con reserva o mala fe, lo supondrá quien no los conozca, no quien como yo los vió crecer con su propia nobleza, los ojos relampaguearles, las manos buscarse unas a otras, la palabra—como innecesaria—huir, la bolsa abrirse impaciente a quien no iba a poner la mano en ella, y los congregados en pie, como cuando lo sublime pasa!

¿Y cómo recordará la gratitud, cómo podrá recordar la reverencia, sin que parezca exageración o vanagloria, aquel día patrio que duró cuatro días, aquel triunfo de la idea nueva entre pabellones y entre palmas, aquel paseo del convidado de la juventud por la academia de los talleres, y los nidos felices de nuestro trabajo, y la casa de los huérfanos y de las viudas de la patria? ¿Cómo podrá el convidado, sin parecer lisonjero, decir, donde no se oiga, que le acompañó, en aquella cohorte de jóvenes, todo el mérito humano; que el ojo triste y sagaz de quien conoce los bastidores de la vida, y los títeres de la virtud, no pudo descubrir, en días en que iban las almas desarmadas y desnudas, un ápice siquiera de la pasión de mando o de notoriedad, rayana a veces en el mismo crimen, que suele cabecear disimulada bajo los ímpetus simpáticos del patriotismo? Vacíarse unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol, fue, en competencia donde todos fueron vencedores, el afán de aquella juventud apostólica, de aquellos médicos frustrados que de la universidad tiránica de la colonia subieron de estudios, a la universidad más cierta de la vida; de aquellos letrados en ciernes que, por la picadura de la dignidad, prefirieron al bufete exangüe de los dominadores la mesa viril donde no mancha el pan la mentira ni el soborno; de aquellos graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los abalorios y moños de la conferencia, discurren, como en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira a mejorarlo. Una hoguera y un juramento es toda aquella juventud, no criada como otra a alpiste ajeno, sino al valiente esfuerzo de su brazo. ¡El trastorno y poder de la batalla embellecían a la cohorte impaciente, cuando detrás de la bandera misteriosa que asomó sin cesar en las manos

de un niño, detrás del caballo de aviso, negro como la cerrazón del cielo y con la plata del arnés echando luz, acudía como el viajero enamorado a los talleres aquel concurso religioso, que en las galas todas de la más fina cultura, daba elegancia y aire de liceo! ¡El trabajo: ése es el pie del libro! La juventud, humillada la cabeza, oía piafante, como una orden de combatir, los entrañables aplausos! ¡Uno eran las banderas y las palmas y el gentío! Niñas allí, con rosas en las manos; mozos, ansiosos; las madres, levantando a sus hijos; los viejos, llorando a hilos, con sus caras curtidas. Iba el alma y venía, como pujante marejada. ¡Patria, la mar se hincha!... La tribuna, avanzada de la libertad, se alzaba de entre las cabezas, orlada por los retratos de los héroes. Rifles que vieron pelea daban guardia al camagüeyano que no muere: allí era otra vez su palabra gigantesca, aquella que tenía él cuando arengaba a sus soldados, con el bosque de escenario y de tribuna los estribos: allí era otra vez, en los labios de todos, su consejo de ordenar, y su vehemente censura del delito de impedir—con los pretextos familiares a aquel patriotismo tan semejante a la traición—la guía sana y enérgica de la libertad, y el arranque seguro de sus fuerzas todas, que sólo combaten los que en el sagrado de la patria buscan, antes que el bien público y el decoro del hombre, su autoridad o su provecho. ¡Bandera fue el pueblo entero, y por entre una calle y otra vio la comitiva a los niños blancos y negros apiñados a la puerta de la escuela, cuando, rendida el alma de dicha patriótica, iba camino del último taller, tras la bandera, en las manos del niño misterioso, tras el caballo, que parecía preferir el rumbo de la mar!

No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso, el viajero feliz, aunque lo rindiese la dicha del agradecimiento, ni tomaba aquellas festividades como mérito propio y cúspide de su fortuna; sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía. Ni le escondía aquel pórtico embanderado el camino de tinieblas que han de poblar los ayes que acompañan, en el misterio materno, el nacimiento de la libertad. Ni en escarceos indignos oratorios iba pensando aquel que a cada paso era sorprendido por tales pruebas de la grandeza del corazón de su país, que a la oratoria más osada hicieran enmudecer, y a la más peripuesta le hubieran aventado los perejiles, y sólo dejaban paso a un silencio que caía sobre los hombros como una investidura. ¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían a dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido a la muñeca, el acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas! Ni de nada hubiesen valido

las oratorias aprendidas, ni aquellas frases bataneadas y traspuestas, y redondas a fuerza de fuelle, con que los narcisos de la elocuencia se encaran con los rivales de emociones comunes: porque a aquellos tablados del taller, alzados a porfía con las dádivas sobrantes de los obreros entusiastas, y clavados por sus manos trabajadoras—como símbolo de que la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fe de los hijos del trabajo; a aquellos tablados prendidos con los colores de nuestro corazón por las compañeras que no nos echan en cara las virtudes que prefieren a la comodidad sin la honra; a aquellos tablados subían, con la luz del instante, y un discurso como ungido y angélico, los hombres que han adornado, con cultura que pocos les conocen, la sana verdad que descubren por sí en los ajustes y durezas de la vida, y sale fluyendo de sus labios en estrofas de límpida hermosura, en imágenes nuevas y felices, en ideas sagaces y esenciales, y en torrentes de aquella hermandad que no he de sufrir que nadie me le niegue a la ejemplar alma cubana. ¡Otros hablen de castas y de odios, que yo no oí en aquellos talleres sino la elocuencia que funda los pueblos, y enciende y mejora las almas, y escala las alturas y rellena los fosos, y adorna las academias y los parlamentos! Esos han sido los comicios verdaderos, y no otros falsos a donde iban nuestros compatriotas, de medio corazón, a la batalla inútil. Esa es la liza diaria y libre donde ha continuado cumpliéndose—aunque no quieran verlo los que miran demasiado en sí, o han vivido donde no está la verdad, o tachan de vano cuanto no les place, o por inveterada hinchazón propia no hallan espacio en el mundo para lo ajeno—aquella concordia creciente de nuestros factores burdos y hostiles que en la guerra útil e indispensable se comenzaron a fundir, y han continuado conociéndose y apretándose en la miseria bajo la tiranía, y en la fatiga creadora del desierto. Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran a la cumbre a los disertos y apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcán hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas, y subir con él!

En las entrañas es donde he oído palpar ese corazón de amor que manaba grandezas y ternuras por los labios de aquellos que en el dolor de la vida hubieran podido aprender, si no llevaran en sí la majestad e independencia de cubano que llevan, aquellos odios de rincón con que el hombre en los países menos generosos y altivos, depone, por los pro-

blemas menores de su oficio, su autoridad y obligación en la tarea de edificar y mantener el pueblo que a todos los contiene, y a todos los aflige con su ruina o con su abundancia los sustenta. ¡Caballeros de la verdad y la palabra humana, y casacas de la virtud, y magníficos cuelliparados del patriotismo eran aquellos hombres, de cuello alto o bajo, que de la tribuna se asían como de su dominio natural, y proclamaban en ella que la política, o modo de hacer felices a los pueblos, es el deber y el interés primero de quien aspira a ser feliz, y entiende que no lo puede ni merece ser quien no contribuya a la felicidad de los demás; que la política, o arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria, es la primer necesidad de las guerras que quieren vencer: y las que no quieren vencer, sino corretear y rendirse, ésas no lleven plan ni espíritu, que es no llevar política. Proclaman que en la casa de la patria, ni el derecho se ha de mermar, ni se ha de exagerar, y que, por la nobleza peculiar criolla, y aquella alma común que crían los hombres en lo verdadero de la vida, estarán juntos en la hora del sosiego los que juntos se han defendido de la tempestad. Eran brazos abiertos las palabras aquellas; y la elocuencia, aun en los labios vírgenes, era profecía y unción. Se derramaban las almas, y en los corazones de los cubanos presidía, como preside su efigie la escuela y el hogar, aquel que supo echar semilla antes que ponerse a cortar hojas, aquel que habló para encender y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo a las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano a temblar a cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila húmeda de ternura. ¡Yo no vi casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero...! Otros amen la ira y la tiranía. El cubano es capaz del amor, que hace perdurable la libertad.

A mí, demagogo me podrán decir, porque—sin miedo a los demagogos verdaderos, que son los que se niegan a reconocer la virtud de unos por halagar la soberbia de otros—creo a mi pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república. Demagogo me podrá decir un felino cualquiera, o cualquier alma alquilona, de esas que no van y vienen sino donde hay gala y reparto; porque es moda, del enemigo sin duda, tachar de demagogo a quien procure, por la unión y el roce libre de todas sus fuerzas, salvar a la patria de la demagogia verdadera, de los autoritarios que pululan entre los pobres como entre los ricos, de los segundones, brillantes o rastreros, que se

pasan la vida de salario, y gustan más de la compañía de quien lo paga que de la de quien lo gana. Quien crea, ama al que crea: y sólo desdén a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio. Demagogo me digan, que Madrid y nuestros madrileños algo han de decir; pero publico que allí he visto al que vende de mañana sus lencerías, guiando el carro de su comercio por las calles alegres, citar de puerta en puerta, con enojos de creador, para la junta donde se ha de defender una libertad, o para la fiesta donde van a esparcir unidos el ánimo los obreros y los que los emplean;—al que recibe en sus brazos el cadáver del amigo, y se lleva a su hogar al padre solo, y lo mima o venera como a padre;—al que en la mesa del taller enrolla la hoja del tabaco, y escribe versos próceres, o párrafos de fuego y pedrería, en la mesa augusta de su casa;—al que lee a los obreros, de patria y de moderación, a la hora del oficio, con voz que ni lisonjea ni se vende, y cierra el libro ajeno para leer del propio suyo, de la majestad silenciosa de su vida oscura, con oratoria que es llama y sentencia, y patriotismo caldeado a hierro blanco;—al artesano endeble, niño aún de cabeza apolínea, que sube a la tribuna, y baja con la gloria;—al mozo de la universidad y la riqueza, a quien el padre, al caer por su país, legó la casa desamparada, la casa criolla de toda la familia, y con los libros de almohada, y la casa del brazo, se vino al decoro del destierro a levantar su tienda de trabajador;—a la enfermera de la guerra, aún no cansada de curar, que va a ver al enfermo forastero con el chal que le ganó el hijo en el último ataque, blanco el vestido como la niñez de su alma, y el chal azul;—al bravo de diez años que en la fiesta, toda de luz, con que honra a la visita, muestra orgulloso la casa de sus esfuerzos, que por dentro y por fuera no es más que un jardín, habla de la abundancia de su pecho, como fino orador, y llama al coro del piano a los ocho hijos, que cantan la música de guerra que compuso el padre: ¡y si se olvida una estrofa, la apunta la madre impaciente, que estuvo en la guerra los diez años!—;El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete a su esposo, en la casa de palmas! Unos chocan las copas, en el último espasmo del festín: ¡y otros las rompen! ¡Demagogo me digan; pero yo vengo de ver, en la ciudad que nuestros amos cubrieron con todos los vicios de la servidumbre, la práctica arraigada y continua de todas las virtudes indispensables para la fundación y el goce de la libertad!

Para proclamarlo estamos aquí, porque desde la angustia del país es necesario que se vea por dónde vienen, y de qué luz se guían, los que están de marcha ¡de marcha final! para rescatarlo. Para eso estamos aquí, y para decir que le cumplimos a la patria lo que teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados.

Vano sería el júbilo evangélico que parece poseer, como por consejo superior a la mera previsión del hombre, a los que anhelan con el espíritu puro la dicha de la patria; vana sería la capacidad criolla para levantar en arenales y peñones asilo digno del ideal recobrado ya de sus primeras heridas, y pronto a bregar sin rencor con los obstáculos de afuera y con los que la historia inevitable le pone en sí; vano sería este encendido amor del corazón cubano que, por la armonía y la abundancia con que se reflejan en él las de nuestra naturaleza, une en concordia las corrientes que suelen ir apartadas o encontradas en los hombres: porque ni el júbilo del deseo, ni la viveza de la inteligencia, ni la bondad del alma son fuerzas bastantes para aspirar con éxito a la formación de un pueblo, —sino la capacidad de ordenar a tiempo los elementos indispensables para la victoria.

¡Y el vapor embanderado, y los talleres henchidos, y los enemigos que se abrazan, y el caballo caracoleador, serían mera espuma de mar muerto, últimos restos de un naufragio ilustre, si hoy que viene el aviso de nuestras entrañas, y baja la voz de lo que está por encima de nuestras cabezas; hoy que algo nos empuja a unos en brazos de otros, como cuando avisa la centinela, y los valientes descuidados corren a las armas; hoy que como en un horno magnífico se arrojan todas las pequeñeces de la preparación, todas las debilidades del aislamiento, todas las reservas de la antipatía, todas las diferencias de la distancia, y en un fuego iluminador se funden y consumen, para que no se vea de lejos más que la llamarada,—¿usaremos nuestra libertad para disponer con tiempo y grandeza el modo de servir a la patria infeliz, o mereceremos el estigma de la Historia por no haber unido nuestras fuerzas con el empuje necesario para salvarlas? ¡Estas citas que nos estamos dando a un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de ternura y arrebató místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible

y envidiable el nombre de cubano, dicen que hemos juntado a tiempo nuestras fuerzaa, que en Tampa aletea el águila, y en Cayo Hueso brilla el sol, y en New York da luz la nieve,—y que la historia no nos ha de declarar culpables!

*Patria*, suplemento, 14 de marzo de 1892.

DISCURSO EN *HARDMAN HALL*, NUEVA YORK

31 DE ENERO DE 1893

### Cubanos:

En nombre de los cubanos, unidos para el amor y bien del país, que viven en insegura y amarga libertad lejos de Cuba, en nombre de los cubanos de la Isla que nos tienen dado su corazón y su voz, y cuyo patriotismo, más riesgoso y loable que el nuestro, en nada cede, sino iguala o aventaja, al de los emigrados, vengo a declarar, con la fuerza y el deber del encargo puesto en mí por el voto de los cubanos independientes, que el Partido Revolucionario Cubano, robustecido en sus razones de preparación y urgencia por la ley electoral nula y ofensiva con que el gobierno de España ha intentado sin fruto desviar la ira legítima y creciente del país, y por la premura injustificable con que el único partido cubano visible en la Isla acató la ley ineficaz para resolver, o encaminar a resolución, los problemas vitales e inmediatos de Cuba, continúa con vigor, y con el éxito debido a la realidad, su tarea de ordenar con equidad y rapidez todas las fuerzas necesarias para establecer en Cuba y Puerto Rico, con el menor sacrificio posible, una república durable y justa, en acuerdo con el desarrollo peculiar y bastante de las islas, con sus intereses propios y amenazados por la producción igual de países vecinos, con el continente en que las puso la naturaleza y la época que las arrollará si no la siguen, y con la ineludible dignidad humana.

La palabra, fácil a la celebración, viene premiosa, y aun se pudiera decir que triste, a los labios que no hallan en lo que se ve de la política cubana, sino en lo que no se ve, razón alguna de alabanza; y el silencio penoso hubiera sido, según práctica que tenemos por previsora y cuerda, la censura de los cubanos revolucionarios a aquellos otros cubanos que por indisculpable fe, o timidez elocuente, solicitan una forma de gobierno inútil de un pueblo incapaz de concederla, si el peligro cercano de desordenada revuelta en que pone a Cuba el acatamiento inoportuno de una ley que sólo puede exacerbar su indignación, no hiciera conveniente y patriótico declarar que el Partido Revolucionario vela sobre la revuelta

inevitable, sin arrogancia ni ira, para tener unidos, a la hora de la rebelión culpablemente abandonada a sí misma por los medrosos y los ciegos, todos los elementos posibles de vigor y de orden. Quien desencadena los vientos, ha de saber, y de poder, dirigirlos. Quien sale a políticas que puedan parar en guerra, o hace política de espunte y lanci, a que se vea en lo frenético de la tempestad el linco del bordado, o dispone la guerra que puede ser una consecuencia de su política. Quien reconoce y proclama que puede haberse de echar por una vía o por otra, o no debió sacar a los demás a camino, o en honor y conciencia ha de prepararse para todas las vías. Pero en vano vendría aquí a oírnos esta noche la malicia o el escándalo, o se esperaría de nosotros palabra que ofenda, aun donde hubiese sobrada razón, aun donde la palabra debiera ser vainazo o revés; porque es fijo que el cielo se ha de nublar, y la patria ha de cubrirse con el velo el rostro, cuando, por inicua pedantería, o celos de hetaira, o amor al extranjero, o ira senil, hablen unos cubanos contra otros. ¡En el suelo se ha de clavar la mano, y por el aire se ha de dejar colgando la lengua, que muevan a partido o disensión a los cubanos, que llamen a los hombres a la desconfianza y el odio! Es bueno el que ama, y él sólo es bueno: y el que no ama, no lo es.

No es ésta, ni entre entes de razón pudiera serlo, noche de servil deleite o rudimentaria idolatría, en que, por el gusto terco del amo, o la pasión tímida e inculca del progreso, o el amor singular que los enemigos de la guerra tienen a un país creado por la guerra, se contase cómo cayó sobre unas islas vecinas el norteamericano industrial, a hacer púrpura y flor al país, y colgarlo de miles de empresas: y lo plagó y turbó de modo que ha echado del pan y gobierno de las islas a sus propios hijos. Ni ésta es ceremonia de quita y pon, donde el uno derriba de un capirotozo la montera que se ensaya el otro, o certamen de gaya política, donde pujan, con visos de ciencia, un sistema que prescinde de los elementos principales de ella, que son la realidad y la experimentación. Ni la deslucirá amenaza alguna, solapada o descubierta, de unos cubanos a otros, más pueriles cuando vienen de los que tienen que salir de su campo al campo a donde por fin tienen que entrar, más tachables cuando vienen de los que sacrifican menos, o nada han sacrificado aún, a los que todo lo han sacrificado. Acá un general, jefe ayer de un ejército libre, come a la pobre mesa la humildad que cultiva con sus propias manos: otro, valiente y culto, curtido en los diez años, sale del hogar feliz, donde una esposa bella aguarda sin miedo la hora del abandono, a ganar con sus manos de héroe el pan del jornalero: otro lega sin dolor, requiriendo

el arma ni mellada ni rota, el fruto pingüe de toda su industria de desterrado, que amó mientras la tuvo de posada de los peregrinos y de campamento, y hoy le pesa sobre el alma, otra vez alada y poderosa: otro consume en un servicio mortal la última vida, que pudiese, al caer por lo menos, dedicar a una cómoda agonía, o a la fama a que en buena moralidad no se tiene derecho, mientras las cualidades por donde se habría de conseguir tengan empleo más fecundo en la redención silenciosa y oscura de los hombres: miles de cubanos, mes tras mes, en humildad desconocida, sin más premio que el de ver su nombre algún día en la legión del honor, sin más estímulo que el miedo natural de no ver mañana su nombre en la legión del honor,—¡el miedo de hallar su nombre en la otra legión!—privan a sus casas de lo más necesario, del fuego tal vez en un día frío, del regalo del viejo enfermo o de la madre aún desgarrada, para aumentar con el producto de un día de jornal el tesoro de la revolución que proveen en público los mismos que nada han hecho aún por salvar a la patria del desconcierto y el azar de la revolución que anuncian. ¡El más arrogante de los cubanos que no ven acomodo entre los términos del país en la paz, y declaran posible la guerra que en modo alguno han contribuido a ordenar, ha de inclinarse con respeto y gratitud, con cariño de hermano ha de abrazarse, al más humilde de los cubanos que con el jugo de su vida ayuda a componer sin conflictos ni flaquezas la revolución que los arrogantes ven venir con los brazos cruzados!

Mañana, cuando los desconsolados, en la hora igual del sacrificio, entrasen en él sin el amor y el agradecimiento a que se les pudo y debió traer por el cariño humano y oportuno; cuando la aspiración ignorante y pavorosa, desviada por la lectura fragmentaria o descompuesta de la piedad de su origen, trajese al combate nacional, estorbando el concierto o anulándolo con daño propio, el rencor que pudo mudarse, con un poco de anchura de corazón, en ímpetu de fraternidad invencible; cuando los hombres de determinación, que saben saltar sobre el caballo sin estribo, dejasen atrás mercedamente, sin consulta ni respeto, a los que no preparan más cura al conflicto radical que el viaje melancólico de los profetas engañados al extranjero, o la revolución sin guía ni conjunto, herida desde el nacer por la desconfianza de la población humilde, el predominio desdeñoso de los hombres resueltos, y la rivalidad de las comarcas; mañana se reconocería, con tardo arrepentimiento, la imperdonable culpa, que el Partido Revolucionario no quiere cometer, de ver cernirse sobre el pueblo que se ama con infinita ternura, sobre la única

casa caliente y empresa cierta de este mundo, sobre la dicha fundamental y permanente que a todas las demás abarca, y sin la cual no es durable ni firme ninguna otra dicha, una guerra que puede obtener a la patria la libertad sin más trabajo que el de ordenar a tiempo sus elementos, y abandona la patria de nuestras entrañas, por cobardía o desidia, a los desastres y tanteos de una rebelión sin plan ni orden,—¡de una rebelión que puede, si se la ordena bien, durar sólo lo que dura una llamarada! ¡Respeten los que ven la guerra, y no amparan de ella al país ni quitan de ella elementos de debilidad o de odio, a aquellos cuya santa culpa es ver la guerra y prepararla, poniendo en ella elementos de vitalidad y amor!

La nulidad radical y probada del sistema de la autonomía, desechado ya, después de su ejercicio sincero, por las colonias que en la plenitud de él sienten y proclaman el deseo imperioso de la finalidad e integración de la independencia, y la virtud decisiva de la responsabilidad propia, excusan, por innecesario e inclemente, todo raciocinio dispuesto para combatir el sistema y debilitar a sus mantenedores. En el fondo del corazón del hombre, de ciertos corazones a lo menos, de los corazones a lo menos que en el destierro criamos, hay una voz que, aun en los instantes de mayor indignación e ira, nos grita tiernamente: “¡hermano!” El puñal mismo nos sacaríamos de la herida por donde entrase la muerte, sólo dolorosa porque sería la ocasión de cesar en el servicio del país, y si una mano de nuestra propia tierra lo hubiese clavado allí, se lo devolveríamos por el pomo, y lo llamaríamos: “¡hermano!” El patriotismo, que enciende a los hombres en sublime ardor, y al alma más suave de naturaleza da el peso de la roca y la inflexibilidad de la ley, permite, y aun impone, como de hijo que ve a la madre amenazada de otro hijo, la áspera exaltación, grito a la vez de cólera y cariño, con que el hermano quisiera desviar de sobre la cabeza de la madre común el yerro y pecado de su propia sangre; pero una vez que el brazo del hermano se alce de sobre la madre infeliz y se vuelva contra los que la oprimen, los que la extravían, los que la enjugan con sus bocas ávidas, los que la gozan y envilecen, se verá el júbilo en aquellos en quienes tronó la ira: el júbilo del que temió que su propia sangre se le iba a deshonorar, y en el borde del crimen recobra a su hermano.

La insuficiencia patente del sistema autonómico, suspenso de una nación tiránica y desconfiada, para poner a Cuba y Puerto Rico en aptitudes de competencia viable y libre contratación con los pueblos soberanos y activos del continente en que están enclavadas; la impo-

sibilidad visible de que el natural violento, el interés peninsular y la política viciosa de España muden de raíz, como habrían de mudar para conceder a las Antillas un sistema probatorio y de todos modos ineficaz, en el breve tiempo que, por causas amenazantes de historia y comercio, queda a las islas de ocupar y mantener en América su puesto pingüe y codiciado; y las marcadas e instructivas contradicciones de los discursos en que en una reciente ceremonia trataron de la ley electoral los representantes autonomistas de las Cortes últimas—¡porque todavía en esta grandiosa América, como hombres en pañales, estamos hablando de Cortes!—libertan, totalmente, a la palabra caritativa de los comentarios que todo cubano real y previsor ha de poner, y ha puesto, a la insolente ley electoral que dio al país una ocasión salva de enseñar a España el temple que requería para recabar de ella la menor concesión útil, y de forjar la indignación renovada al fuego preciso para estallar con más garantía de éxito:—¡una ocasión salva, y perdida! Ni pudiera en el mismo comentario involucrase con justicia, por lo híbrido e ilusorio de la composición del partido autonómico de Cuba, del partido irracional que sin más alma que la de la revolución pretende oponerse a ella,—a esa generación nueva de Cuba, tan revolucionaria como la de ayer, que mantuvo y amó en la autonomía los únicos abogados y voceros de la libertad que le era dable conocer y seguir, y a la que se ha de tener abierto el corazón, porque ella es la grandeza de mañana;—a los cubanos sinceros que, por la composición misma de su mente, criada a pechos pasiegos, entre capas y picas, en los años en que sangraba, lejos de su letargo ameno, el país que desconocen, pudieron, con pura fe y política literaria, pretender la indefinida sumisión y espera, soportables sólo al cubanismo novel, de un pueblo unificado por la lucha, que en la paz en que se le sigue maltratando había de descubrir que perdió por un fraude innecesario la guerra que le rebosa del ofendido corazón, y puede no perderla otra vez;—y a otros cubanos, sueño acaso de nuestra malicia y no seres reales, a quienes llamaríamos nulos si no fuesen de funesta eficacia contra el país que inútilmente adornan, cubanos cuya natural ambición, ahogada por el continuo predominio del español a quien exceden en capacidad, no llega nunca, sea cualquiera la bofetada y el latigazo, a quitarles de la hipócrita mano, de los ojos que esconden su fuego, de los labios mordidos hasta la sangre, el saludo al gobierno que aborrecen. ¡Y aquí hierven las venas, y saltan y estallan, porque no se concibe cómo unos hombres padezcan hasta morir del primer choque con la insolencia extranjera en su tierra, y se crean maculados para toda

la vida por un solo día de haberla soportado, y otros vivan sumisos, con tan larga y tan innecesaria sumisión, a unos dueños ridículos e incapaces! ¡De veras que aquí se padece, como de ver a nuestro hermano azotado, azotado por una bestia en botas! ¡De veras que es lícito desear que a nuestro hermano le vuelva el corazón!

Jamás fue el incidente autonómico, expresión comprensible y mínima del período de desaliento y tregua de un pueblo a la vez castigado de la guerra y activo ya en la libertad, obstáculo formal ni factor de importancia en el desarrollo de las ideas revolucionarias. Mera época de la revolución el partido autonomista, que debió y pudo hacer lo que no ha hecho, y ha fallado tristemente en su misión preparadora, dábase el caso singular de que los que proclamaban el dogma político de la evolución eran meros retrógrados, que mantenían para un pueblo formado en la revolución las soluciones imaginadas antes de ella, y que los que en silencio respetuoso les permitían el pleno ensayo de su sistema inútil, eran, aunque acusados de enemigos de la evolución, los verdaderos evolucionarios. Pero como el argumento de la revolución, que tiene su raíz en toda conciencia honrada de cubano, está en la irreductible incompatibilidad entre Cuba y España, entre los intereses peninsulares y desesperados de España pobre, y los intereses diversos y sacrificados de la isla de Cuba, entre las necesidades fundamentales y crecientes de la inextinguible burocracia española y el ocio forzado e indigno de la capacidad cubana, entre el carácter, ya en sazón de trabajo y libertad, de los cubanos amalgamados en la guerra y el ultraje común, y el carácter de España, mayoral alegre y temible, que lleva a látigo la diligencia deshecha de sus pueblos, y al pie de una copla clava la puñalada; como el argumento de la revolución está en la incapacidad de España para concebir y conceder realmente el sistema ineficaz de la autonomía en el plazo en que pueden esperarlo sin estallar la dignidad y la miseria de Cuba, movida de sí propia a la revolución, sin menester de esfuerzo alguno externo, porque peca de ignorancia del país o pedantería emigrada quien otra cosa crea,—y en la ineficacia del sistema autonómico, no ya mermado, según de continuo estaría, por la constitución burocrática y dependencia colonial de las pocas industrias españolas, sino llano y sincero, para satisfacer la vida robusta de un pueblo que hoy mismo ya supera en plan y aptitud a las colonias autonómicas, mortecinas y descontentas, de la misma Inglaterra liberal,—era el deber de los cubanos previsores, en el sacrificio y angustia del silencio, allegar y disciplinar los recursos necesarios para la independencia a que se habría de ir a parar tras el

fracaso ineludible de cualquiera otro ensayo. Si no era fatal la lucha por la independencia ¿qué pueblo, por complacer a un trovador sangriento, cambiaría en una guerra injusta su estado dichoso? Pero si hay temor racional y suficiente—por la composición viciosa y de tardía mudanza del carácter nacional y político de España, y por el privilegio indispensable al sustento de sus pocas ciudades vivas—de la necesidad final de la lucha por la independencia: si esta necesidad final, en el siglo de la honradez y la verdad de la desolación, surge ante todo cubano, y ante el más reacio ha surgido alguna vez, como la visión del puerto único, del que sólo les aparta el miedo excesivo a la salud y oro de las tempestades,—¿qué pueblo perdonará, a menos que al cabo no le obedezcan y le sigan, a los que, por el juicio y por el corazón, por la historia del sentimiento y la del interés que los espolea, por el cálculo preciso de la oportunidad del país y el plazo improrrogable para aprovecharla, por la previsión que es en resumen el único derecho al ejercicio de la política, pudieron ver, y vieron y confesaron, que la lucha por la independencia era a lo menos un peligro inminente, que se había de dirigir si no podía esquivar, y después de un período prolongado de fe y omnipotencia en que por el mismo influjo de la ordenación podían sujetar la guerra innecesaria, entregan al país, llevado sin amor y sin composición y sin rumbo, a las mismas tentativas imprevistas, al mismo noviciado tremendo, a la misma confusión, agravada por agentes nuevos y amenazadores, de la guerra que sólo fue vencida por la resistencia de los cobardes y ambiciosos a prepararla con fuerza y con orden?

Aquí viene a reiterar el Partido Revolucionario, con cuanto cabe de limpio amor patrio y desinterés en la voz de sus hombres, el urgente deber que le dio vida, y no ha manchado hasta hoy pasión alguna de las que a veces, por el interés o la soberbia, por la vanidad o el recelo, turban, como vaho infernal, las más bellas empresas humanas. Aquí viene a proclamar,—en acuerdo espontáneo y absoluto con los héroes de la tradición y los de la esperanza,—que, después de años útiles de expurgación y reforma revolucionaria, y el estudio y codeo de los factores vivos del país, arrollados o descontados por los que no han sabido extender la obra heroica de los unos ni encauzar la aspiración exasperada de los otros, apareció a su hora el Partido Revolucionario, constituido con la más celosa república por base, para aspirar a la independencia inevitable por la unión previa y sincera de los elementos que en el extrañamiento o desconcierto pudieran perturbarla. Aquí declara de nuevo el Partido Revolucionario que a la Isla toda, y a los cubanos de todas

partes, convida y reúne, que dominando la impaciencia justa con que se ve al interés pasajero oscurecer las claras luces de los hombres, y la indignación de pagar anualmente a un gobierno postrado, para vivir bajo sus vicios, la suma que de una sola vez nos bastaría para emanciparnos de ellos, ni dejará al azar de la revuelta imprevista la composición de una guerra tan fácil si se la ordena, como temible si se la abandona, ni echará sobre la patria un heroísmo desatentado, sólo comparable, en culpa y responsabilidad, a la desidia que lo provoca o a la cobardía que lo exacerba. Y puesto que dos pueblos de interés permanentemente hostil, divididos por la historia sangrienta y por el abuso inextinguible del pueblo superior bajo el inferior que por causas mudables lo avasalla, no pueden convivir sino en el aborrecimiento y desconfianza que impiden la seguridad de la persona y el desarrollo de las facultades del hombre y su acción sobre la riqueza natural; puesto que la España indecisa y viciosa que había de conceder el ensayo de la autonomía, la España basada aún en los servicios confesos y disimulados del sistema colonial, no puede crearse nuevo modo de hacienda, ni industrias y carácter bastantes a alimentar con el trabajo peninsular y verdadero la población rapaz y pródiga que hoy nutre en las colonias, dentro del plazo angustioso en que las Antillas, veladas por un pueblo que sólo las respetará en el decoro de la independencia productora, pueden asegurarse el puesto que le toman de prisa los pueblos capacitados por la libertad; puesto que ni por lento, ni por inadecuado a la composición heterogénea y vehemente del país, ni por la falta de correspondencia entre el sistema probatorio y receloso de la autonomía y su capacidad extraordinaria y madura, podrían Cuba y Puerto Rico desenvolverse y afirmarse a su hora en el mecanismo autonómico, confesamente ineficaz en las colonias más libres, dado que le permitiesen a España concederle su incurable despotismo, su población holgazana e inquieta, sus industrias coloniales y su desconfianza de la fidelidad de las Antillas; puesto que una guerra conmovedora y respetable, donde llegó el ser humano, con su tanto forzoso de culpa, a su mayor esfuerzo y beldad, una guerra terca de diez años, sólo ha servido para fomentar en el país, menos disciplinado bajo la política exánime de la autonomía que en la confusión creadora de la república naciente, una sociedad venal y mendaz, más impura que lo fue nunca la sociedad de Cuba, y en la que la virtud ahogada aspira en vano a la gloria y cariño de la sociedad, superior, y sublime, donde en pecado y heroísmo gigantescos se unieron por primera vez los elementos morales de la sociedad cubana,—puesto que el beneficio

apetecible del afecto español, de los españoles que son nuestros padres en el hogar y nuestros amigos en la batalla del derecho, más que en ligas de interés pasajero y meramente pecuniario se logró y se seguirá logrando en los combates de la libertad, donde los hombres se abrazan en la compañía del martirio, más completa y durable que la del interés, en los combates del aragonés Huerta, del gallego Villamil, del asturiano Alvarez, del andaluz Dorado;—puesto que de la demanda desatendida de un país pobre que conoce las armas y las ama, y la desatención insolente de un gobierno sin más escudo real que la inacción de los que lo combaten en la forma y lo perpetúan en las costumbres, ha de surgir, por toda ley humana y local, por todo lo que prueba y anuncia la verdadera ciencia política, la ciencia de los antecedentes semejantes y los resultados necesarios, una guerra ciega y parcial, si no se la dispone con amor y estudio, o fuerte y completa si se ligan a tiempo sus elementos,—aquí declara el Partido Revolucionario Cubano, constituido para ordenar las fuerzas abandonadas de la revolución inevitable y conveniente, que enfrenando la indignación que pudieran alzar en él la sumisión excesiva e inútil de sus compatriotas o la conformidad inactiva con la tiranía que se censura, cumple, y continuará cumpliendo, con su deber de preparar la guerra en un país que va a ella por todas las vías, y que un partido impotente para contenerla abandona a sus caprichos y sus furias.

**DISCURSO EN HONOR DE FERMÍN VALDÉS  
DOMÍNGUEZ, EN EL SALÓN *JAEGER'S*,  
NUEVA YORK**

**24 DE FEBRERO DE 1894**

**Señor Presidente**

**Señores:**

Vengo a cumplir, con legítimo orgullo, en nombre de los cubanos y puertorriqueños de Nueva York, el encargo de expresar a Fermín Valdés Domínguez la estimación en que tienen su hermoso corazón y su hecho heroico. La tarea es tan grata como difícil. Con la realidad con que, por la presencia misma de su vindicador, reviven a nuestros ojos aquellos adolescentes que, como símbolos del alma cubana, supieron salir de la vida frívola a la muerte sublime; ante este espacio mismo que parece, con el misterio y la luz de su blancura, como mudarnos súbitamente el espíritu, de la malicia y pequeñez que en la tierra lo atormentan, a la región de amor y claridad donde viven en fúlgido deleite las almas emancipadas por el sacrificio; ante el temor de que, en las puertas mismas, vaguen aún sus almas sin entrada, manchadas con las manchas de su pueblo, o negadas a gozar en la eternidad la dicha de que no goza su patria en la tierra,—la palabra se esconde y acongoja. La elocuencia con que se les ha de honrar, no es la de la palabra. En las tinieblas está aún, adonde lo hemos de ir a rescatar con nuestras manos, el altar que ha de recibir el homenaje digno de ellos. Un pueblo libre y justo es el único homenaje propio de los que mueren por él. Las palabras, como ánforas vacías, rodarían despedazadas de mis labios, si no sirviesen hoy a una sociedad agradecida para rendir tributo ínfimo al que de las entrañas de la tierra sacó, apretadas a su pecho, las reliquias de sus compañeros, inocentes víctimas del odio español a América, y—cara a cara de la tiranía—enseñó al mundo el crimen, demostró a sus conciudadanos la eficacia del valor, y obligó a los culpables a rendir la cabeza castigada ante las víctimas.

No es de nuestro corazón cubano, ni de nuestro respeto, ni de la dignidad de nuestro concepto de la patria, que sólo excluye la opresión y el crimen, recrudecer la memoria harto vehemente del espantable ase-

sinato; ni convidar, con palabra baja e imprevisora, a la venganza y el odio: ¡triste patria sería la que tuviese el odio por sostén, tan triste por lo menos como la que se arrastra en el olvido indecoroso de las ofensas, y convive alegre, sin más enmienda que una censura escurridiza y senil, con los tiranos que la estrujan, los soberbios que prefieren la dominación extraña al reparto de la justicia entre los propios,—y los cobardes, que son los verdaderos responsables de la tiranía! Verdad es que se padecerá siempre de un profundo dolor, como de hoguera que abrasase el pecho o puñal que se retorciese en las carnes, cada vez que se recuerde el gran crimen, cuando aún se levanta por sobre cada cabeza útil un patíbulo, y el único modo de escapar al del verdugo es someterse al de la honra. Pero la estéril declamación sobre el suceso inicuo, que fatalmente figura entre los crímenes históricos, no sería apropiado tributo a quien realzó su persecución continua de la gran maldad, y su glorioso triunfo, con la moderación propia de las almas fuertes, y el perdón sincero de los arrepentidos,—sin caer por eso con el disimulo de la prudencia, en el olvido inmoral e imposible con que cubre su palidez la cobardía.

El tributo mejor al hombre que, en la soledad tan natural en los arranques de la osadía como el séquito a la hora de su triunfo, se alzó, inolvidable, con la pujanza toda de su pueblo oprimido, y reanimó con su valor las esperanzas patrias, es el tributo que le ofrecemos hoy aquí: el de la constancia en el servicio de la patria infeliz. Y el del regocijo de que Cuba tenga en él corazón de tan puro linaje, y de aquellos muy raros que, en el vaivén revuelto de la vida, y entre sus caídas y desfallecimientos, guardan, como el rayo en las nubes, la grandeza que en las horas decisivas condensa a las sociedades y las salva. Es como imposición divina, o marca de un fuego superior a la justicia misma de los hombres, la conjunción de un hombre y su pueblo; y cuando, siquiera sea por cortos instantes, llega un hombre a servir a su país de palabra o de brazo, ya está a prueba de su misma maldad, y la patria agradecida no querrá ver en él el extravío con que se desluce, sino el servicio con que la honró. Se ama tiernamente, aun cuando se les vean las manos en el crimen, a los que la pusieron un día en la libertad, por aquella causa misma de que veamos con horror a los que contribuyen, por la flojedad de su corazón, o la golosina del buen vivir, al envilecimiento de su pueblo. Pero más bello y útil que esos servidores casuales, es quien de la raíz de la vida viene con aquellas dotes que culminan luego en un hecho excepcional, cuando el aislamiento mismo en que queda la

virtud, por la falta de provecho o de brillo en servirla, invita a los corazones caballerescos a defenderla en su abandono. Desde sus comienzos fue nobilísima la vida de Valdés Domínguez, y su mesa la de los desamparados, y sus amores la ciencia y el país triste, y sus amigos los que estudiaban o servían a Cuba, y su único enojo el no tener qué dar. El fue preso cuando aún estaba en los primeros libros, y en las bóvedas de la infame fortaleza lloró abrazado, cuando su primer condena, a los mártires de la revolución, que le legaron, con la muda mirada, aquel amor enérgico y rebelde, aquella santa y justiciera altivez, con que había de defender su tierra luego de guías complacientes, hijos olvidadizos y venenosos corruptores. Él, cuando fue de su presidio a España, antes que al placer de Madrid, maleante y faldero, se dio todo, por sobre censuras y amenazas, a la tarea de proclamar la inocencia de las víctimas y clavó el marchamo en la frente de la nación culpable. Él, cuando tuvo gloria con que servir a la patria, no la puso de mercadería, a que le pagase el sonriente opresor la ágil tibieza, o el arrebató aparatoso que encubre la productiva docilidad, o la resistencia mansa y nula; sino que la echó entera, descuidado de obstáculos y redes, por la parte áspera y solitaria de la rebeldía y la indignación. Mas la patria tendrá siempre por secundarios todos sus méritos, ante el acto inesperado y difícil que le ha dado asiento perdurable en nuestra historia. Fácil es el heroísmo de contagio cuando el arrebató popular enciende el aire, cuando la ilusión de la libertad oculta a un pueblo estremecido sus obstáculos; cuando el abogado pomposo prende al cabello de sus hijas la flor de la patria, la flor mortal, de aspas de astro; cuando las mujeres, sofocando la tentación perenne del amor egoísta a la infidelidad a la patria y el servicio del hombre, más dañina y punible que las infidelidades del amor, prefiere ver al amante ausente o muerto que inferior a su deber, o a los amantes de sus compañeras; cuando el país entero se lanza en el quitrín del paseo a la guerra romántica y literaria. Pero solo, frente a la turba que no podía olvidar quien la vio aullar una vez, y sacudir, goteándole la sangre, la cabeza desmelenada,—solo, por sobre los consejos de los pechos temerosos, o acobardados por la persecución larga y sutil, o descorazonados por la pobreza aparente del espíritu público,—solo, pedir y lograr la confesión exculpatoria ante el cadáver que pudo, a su mera reaparición, desenfrenar la rabia contenida de los que creen que cada pensamiento cubano es un pan que le roban de su mesa o una joya que hurta el criollo a la corona real,—solo, demandar justicia ante una sociedad inerme y aterrada, para los que no tienen ya cómo pagar su defensa en este mundo,

ni podían darle más honorarios que un rincón junto a sus huesos... ¡Ah! ese hombre no ha vindicado solamente a los estudiantes de medicina, ese hombre ha vindicado a la sociedad de Cuba.

Ese fue el singular servicio de Fermín Valdés Domínguez a su patria. El dolor natural que nos causa la censura a nuestros conciudadanos, por merecida y oportuna que sea, acorta, por piedad y decoro, la alabanza de un hecho que resplandece más por su rareza en la sociedad que lo produjo: ¡amargo elogio de unos el que envuelve la condenación de los demás! Las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión. Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan. El déspota cede a quien se le encara, con su única manera de ceder, que es desaparecer: no cede jamás a quien se le humilla. A los que le desafían respeta: nunca a sus cómplices. Los pueblos, como las bestias, no son bellos cuando, bien trajeados y rollizos, sirven de cabalgadura al amo burlón, sino cuando de un vuelco altivo desensillan al amo. Un pueblo se amengua cuando no tiene confianza en sí: crece cuando un suceso honrado viene a demostrarle que aún tiene entero y limpio el corazón. Y eso hizo este vindicador: descubrió, de entre sus cenizas aparentes, el corazón cubano: reveló al pueblo de Cuba su unidad y su pujanza. Parecía en su lecho de venenos adormecida para siempre el alma cubana; toda la hez y pereza de España, carnícera vestida de torero—de la España podrida de la monarquía conquistadora, en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades—se comía, triunfante como el pus, la sociedad criolla: ya no tenía, por lo visible de afuera, mucho que hacer el afortunado vencedor, y eran los hijos de Cuba, viciosos o conformes, los soldados más seguros de la tiranía que la avergüenza—¡cuando en este hombre atrevidor se alza soberbia toda el alma hollada; pálpase, al verlo, el pecho el país; hállalo, como siempre, indómito y sano; y dice, por la vengadora voz de este hijo puro: “Aquí estoy vivo, con el puñal en el costado, y la bravura en el corazón. Ni el cadalso ni el destierro me han domado: me creías muerto, sentenciado, reducido a unos ocho cráneos húmedos, perdidos por las entrañas de la tierra, y aquí me tienes, inmortal como la conciencia, invicto como la justicia, indomable como el honor, y yo creceré como la luz, y tu maldad y tiranía huirán aterradas por las tinieblas de la historia!”

Y aquí he de poner término brusco al encargo que me dio la comisión organizadora de esta fiesta de cariño y gratitud. Mi alma, que sólo al horror de la fealdad humana retrocede rendida, entona como

un canto de resurrección, y en la zozobra de la muerte exhala el grito universal, cuando contempla un corazón donde el polvo del camino no ha bastado a apagar la llama triunfante de la virtud. El egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol. En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan, antes que todo, su propio interés, bien sea el de su vanidad o el de su soberbia o el de su peculio: —ni hay más que una raza superior: la de los que consultan, antes que todo, el interés humano. Sagrado es el que, en la robustez de la vida, con el amor a la cabecera de la mesa cómoda, echó la mesa atrás, y los consejos del amor cobarde, y sirvió a su pueblo, sin miedo a padecer ni a morir: y así es Valdés Domínguez. Pero el amor entrañable que le tengo, porque desde la niñez amamos juntos la verdad y el dolor, porque aborrecemos con el mismo fuego la arrogancia y la codicia que dividen a los hombres, porque derramamos con la misma pasión la amistad que los calma y congrega, porque en la vida nublada perseguimos la misma estrella doliente y adorable, impone a mis labios el silencio en el instante en que desbordarían de ellos el entusiasmo y la ternura. Nos queremos, como de la misma raíz. Juntos gustamos por primera vez la lealtad de los amigos, que es la almohada cierta; y el amor, que suele irse en cieno o en espuma, o llevarnos del brazo por la existencia, como un ángel de luz. Juntos descubrimos en nuestra naturaleza el fuego escondido de la cólera patria, que enseña y ordena, desde el sigilo del corazón, y nos juramos a la única esposa a quien se perdonan la ingratitud y el deshonor. Juntos vimos, en la desnudez de las cárceles, la poquedad que sueña afear a los favorecidos de la vida, la grandeza que crece inculta, como con menos obstáculos, en la gente infeliz, y la sublimidad envidiable de la muerte por la redención del hombre y la independencia de la patria. Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.

Pero el silencio a que me obliga esta amistad, de nada priva al huésped que ya era como de todas nuestras casas, porque es la suya entre nosotros historia de aquellas pocas que se quedan prendidas al corazón del país, y dan al dichoso héroe puesto de honor en todos los hogares, y asilo caluroso en los más tibios brazos. Su pueblo le ha dicho muchas veces, y le vuelve a decir hoy, lo que le está vedado decir a mi cariño. Para él ya no hay desdicha ni muerte. No viene aquí a la tristeza ni al frío, sino al abrigo íntimo de nuestro afecto. Cuanto piensa y siente entre nosotros se congrega aquí a dar muestra pública de aprecio a su valor

sin alarde, a su prudencia sin hipocresía, a su corazón sin más flaquezas que las de una desbordada piedad. De la patria ha de padecer cubano tan viril, de la existencia puede ser que sufra su alma ardiente, pero el orgullo con que le vemos los cubanos le dará fuerzas para sobrellevar sonriendo la amargura inevitable de toda vida sincera y generosa. Y esta ternura nuestra no es excesiva, ni indigna del extraordinario mérito que la promueve; sino arranque natural de nuestra gratitud, y como la caricia del corazón desesperanzado a quien le vuelve la fe en el honor y en la felicidad:—porque no hay dicha sin honra y sin patria:—porque cuando desfallezca el corazón cubano, y sienta que ya le llega la turbación de los campos perseguidos, y el tósigo de la ciudad envenenada por la miseria y los placeres en que el hombre busca entretenimiento a la inactividad forzada o consuelo a su deshonra; cuando se pregunte el corazón cubano por el hecho mayor, por el hecho único, que después de la guerra ha estremecido a Cuba con la intrepidez excelsa de los diez años de gloria, volverá los ojos, a la hora en que el sol cae, a la fosa en que este hombre leal—sin que la tímida admiración de la ciudad le fuera defensa contra el rencor de la soldadesca embravecida—sacó de la tierra, con sus brazos desnudos, los restos del crimen pasmoso por donde muestra España la crueldad permanente que la incapacita, con su corazón de Ovando, para reinar sobre el alma altiva y pía de América, y de pie junto a la desgarradora sepultura, miró al cielo, y vio brillar en él, como astros proféticos, las almas de sus compañeros de martirio. Las coronas de la historia y el corazón de sus conciudadanos son, con justicia, para el hombre que supo, él solo, tener frente a los déspotas de su patria, el valor que había tenido antes todo un pueblo.

## FRAGMENTOS <sup>76</sup>

1. *HARDMAN HALL*, NUEVA YORK, 17 DE ABRIL, 1892
2. *CLUB "BORINQUEN"*, NUEVA YORK, 29 DE MAYO, 1892
3. *LICEO CUBANO*, TAMPA, 6 DE JULIO, 1892
4. *CLUB SAN CARLOS*, CAYO HUESO, 23 DE NOVIEMBRE, 1892
5. NUEVA YORK, 10 DE ABRIL, 1894
6. *CLUB SAN CARLOS*, CAYO HUESO, 18 DE MAYO, 1894
- 7-8. BORRADORES

<sup>76</sup> Como dato curioso, cabe señalar que Martí habló tres veces, en inglés, en el teatro de Ocala, el 21 de julio de 1892. (Artículo: *Desde Ocala*. *Patria*, 30 de julio de 1892), y que también ofreció una conferencia-discurso en el mismo idioma en el *Marion Opera House* de Ocala, el 15 de diciembre de 1892. (Artículo: *Tampa en su puesto*. *Patria*, 31 de diciembre de 1892).

La reseña del discurso que pronunció Martí en Filadelfia el 17 de agosto de 1892, se encuentra en su trabajo: *La recepción en Filadelfia*. *Patria*, 20 de agosto de 1892.

Una interesante nota sobre el discurso pronunciado por Martí el 17 de diciembre de 1892, en el *Club San Carlos* de Cayo Hueso, con motivo del alzamiento frustrado de Lajas y Ranchuelo, en que Martí negó que el alzamiento hubiese sido ordenado por el Partido Revolucionario Cubano, se encuentra en el artículo *En Cayo Hueso*. *Patria*, 28 de diciembre de 1893.

En el suplemento de *Patria* del 23 de abril de 1892, en el que se publicaron los discursos pronunciados en *Hardman Hall*, el 17 de abril, con motivo de la proclamación del Partido Revolucionario Cubano, aparece la siguiente reseña sobre el discurso de Martí.

El estado visible de su mala salud impedía a José Martí, presente en el estrado, consumir su turno, y así lo anunciaba ya la presidencia, cuando el deseo público movió al delegado electo a saludar a sus compatriotas con breves palabras. De su discurso, rápido y ferviente, es imposible dar aquí reseña. En sus palabras contrastaba la vehemencia de la dicción con el ajuste estrecho de su doctrina a las Bases del Partido Revolucionario Cubano.

Este quebranto que se me ve, no me llega al alma. Mi discurso mejor es la impaciencia con que me preparo a poner la voluntad de mis conciudadanos en acción; el júbilo silencioso con que veo, en la creación del Partido Revolucionario Cubano, alejado para siempre el peligro de que el entusiasta desorden, o el capricho ambicioso, llevasen a la patria una guerra que ella no apeteciese, o deseara en otra forma; el júbilo republicano con que veo convertirse definitivamente el sentimiento ambulante de heroísmo que de los cubanos rebosa, en una obra continua y común, en que sabrá el heroísmo contenerse hasta que la patria le tienda los brazos. La fuerza del Partido Revolucionario Cubano, es que el espíritu que lo mueve, que lo mantiene, que en todas partes brota, no es la obra de un hombre; ni su acción será la de un cabecilla marcial o civil que busque tumba en la inmortalidad, o cortejo para sus vanidades complacientes, o primacía futura entre sus conciudadanos, sino el empuje de todos los cubanos libres, para concertar con el país descompuesto el modo mejor y menos cruento de libertarlo.

Quien ha visto venirse elaborando año por año en el juicio creciente de sus compatriotas, el Partido Revolucionario Cubano, quien le conoce en todos nuestros corazones nobles y en todas nuestras mentes sagaces

sus orígenes, quien ha seguido de cerca la lucha continua entre los factores disolventes de la revolución y sus factores constituyentes, ese sabe que en el Partido Revolucionario Cubano se coronan los esfuerzos, premiados ya por la experiencia, de los que creen que la salvación de un pueblo escarmentado y crítico como el nuestro, de un pueblo indómito y sagaz, no depende del frenesí heroico, ni del flamigero apostolado de uno solo de sus hijos, ni de una aventura de gloria que pararía en lo que paran casi siempre las aventuras, sino que depende, precisamente, del desistimiento de esta idea de la salvación personal, ofensiva para los que buscan en la independencia del país la garantía y seguridad de su decoro, y peligrosa en la creación de un pueblo nuevo. El Partido Revolucionario se funda para asegurar a la patria esclava, de parte de sus hijos ausentes, la voz y el voto que le niegan sus dueños presentes; para componer la guerra imprescindible de modo que no falle por el temor o desconocimiento del país, sino que triunfe por el concierto de espíritu y de forma con la voluntad explorada de él; para que entren en la guerra de la república, en justo equilibrio, todos los elementos necesarios a su constitución; para que no caiga el sacrificio de la guerra bajo el poder de los anémicos o de los autoritarios, o la complicidad de los autoritarios y los anémicos; para salvar a la revolución, ahora que vuelve a estallar, de los peligros, igualmente graves, de la invasión desconcertada de afuera, o la explosión desordenada de adentro; para vivir en habla amorosa con los cubanos verdaderos de la patria.

Luego aludía a la bandera cubana, una bandera de la guerra, que un patriota, el abogado bayamés Joaquín Castellanos, puso, al morir en Centro América, en manos del ex presidente de Cuba, de Tomás Estrada Palma. Y decía así, señalando a los pabellones que adornaban el salón:

No levantamos aquí bandera nueva, sino que ondeamos otra vez la bandera de los padres. No es nuestro verdadero pabellón este de seda y flecos de oro, labrado, con la visión del cielo azul, por la fidelidad de nuestras mujeres, ni hemos de caer sobre la tierra amada con estos colores de afuera, colores sólo de la esperanza y el deseo: nuestra bandera es aquella misma, ondeada en la patria libre, que el patriota de los diez años, al caer bajo ella en el destierro, legó a un cubano que no se ha dejado vencer!

¿A qué entretenernos, en esta sala henchida, en contar los que somos? Somos los cubanos todos de las emigraciones, las asociaciones todas de las emigraciones, las emigraciones todas, más poderosas hoy, naturalmente,

cuando trabajan unidas, que cuando iban, ciegas de fe, sin método y propósito comunes. Somos los cubanos invictos, los que viven en Cuba sin rendir el valor ni la esperanza, y con los ojos a la selva dicen aún, con la fiereza misma de antes: "¡nosotros somos republicanos democráticos!" Pero si fuéramos menos, y se ve bien que somos todos, un diario de hoy, que leía yo más por calmar el pensamiento que por ocuparlo, me daría la respuesta. Viene a cuento el recuerdo, aunque no guste yo de hablar en la casa de la patria de héroes ajenos, de héroes falsos, de héroes dañinos, de héroes asesinos. De Napoleón es el recuerdo del diario de hoy, en la campaña que remató con la victoria de Castiglione. Hasta Massena, el indomable, cedía. Napoleón, reducido, convocó a su consejo. Alzar el campo aconsejaban todos. Y Angereau se puso en pie, descansó las dos manos en el puño del sable, y dijo: "¡Yo me quedo!" Napoleón se quedó con él: ¡y ganaron la batalla de Castiglione! La república en la guerra, y después de la guerra: el respeto manifiesto al país en todo lo que concierne al país: la satisfacción oportuna de la justicia para que la tardanza o negativa de ella no perturbe las conquistas del heroísmo, inútiles sin el amor y la previsión: la creación ordenada y cordial de la patria confusa: eso es el Partido Revolucionario Cubano.

## 2

En *Patria* del 4 de junio de 1892, en el artículo *El Club "Borinquen" y Betances*, sin duda escrito por Martí, se describe como sigue el resumen que éste hizo en la sesión del 29 de mayo:

El último en contestar al convite, en señalar el alcance de aquel manifiesto de almas, en derivar de él la lección patria, y de democracia genuina, que se ha de sacar, en estos tiempos definitivos, de toda junta patriótica, en encomiar la disciplina cerrada, con la honradez y la franqueza adentro, del club revolucionario de Puerto Rico, en definir la política futura, de agregación y equidad, con que espera salvar a las islas hermanas de los escollos de la república colonial el Partido Revolucionario Cubano, en pintar, con colores de su corazón, la figura de Betances, piafante bajo la injusticia, organizador bajo la colonia, sereno bajo el destierro, piadoso bajo la amargura, fue José Martí, el Delegado actuante del Partido Revolucionario Cubano. Lo que decía no importaba, sino la ardiente disposición de alma de los que escucharon su amorosa descripción de aquel que, en el consuelo de su trabajo, ni recuerda, mezcquino,

la riqueza que puso, para el beneficio futuro de su patria, en la semilla de la libertad, ni vacila, cobarde, en poner su pecho a la hora necesaria, con el pecho de los hombres en quienes se asila el porvenir, de sus paisanos buenos en quienes se asila el decoro.—Así, en una fiesta de almas, terminó, con consecuencias de importancia singular, la sesión del 29 de mayo del Club “Borinquen”.

## 3

En *Patria* del 16 de julio de 1892, en una carta de Luis M. Ruiz, fechada en Tampa el 10 de julio, hay el siguiente fragmento de un discurso pronunciado por Martí en el *Liceo Cubano*, el 6 de julio:

No nos atrevemos ni siquiera a intentar ocuparnos ni del argumento de esa preciosa joya porque creemos no somos capaces para hacerlo sin desfigurarla.

“¿Por qué”, dijo Martí, “varios de los oradores que me han precedido se han ocupado de los españoles; no se han puesto, de seguro, de acuerdo, y sin embargo lo han hecho? ¿Será porque se quiera con frase hueca atraerlos, será que nosotros queremos halagar sus pasiones porque les temamos, será porque dispensemos los halagos para engañarlos o podremos llegar a ser serviles aduladores?” (Varias voces: ¡Nunca! ¡Nunca!)

No los halagamos para atraerlos, no les temamos ni los solicitamos de aliados, pues somos suficientes para defender y conquistar nuestro derecho. Si somos suficientes para, a costa de toda nuestra sangre, lograr nuestra independencia o perecer en la demanda. Mas nuestra causa, dijo, es tan grande, tan magnánima que en ella caben todos los hombres de buena voluntad sin excepción alguna, y también dijo que como la libertad no es más que una lo mismo se lucha por ella allá en la Península Ibérica que acá en América. Que el español Mina, luchó igualmente en Andalucía contra los tiranos que luchó en América, porque para Mina el tirano que combatió allá era el propio tirano que acá venía a combatir. Después se ocupó de la anexión, de esa manera que sólo él sabe hacerlo. Cuando nos habló del Partido Revolucionario Cubano, terminó con estas o parecidas palabras: “Andamos por un sendero donde ya no es posible retroceder. Nada he hecho, mientras no pueda doblar la rodilla debajo de una palmera en la Patria libre”. Nos habló después del mal efecto que le había hecho a su llegada, la noche anterior, un edificio que tenía las luces más rojas que azules, y más amarillas que blancas; y que como seis meses antes no había dejado ese edificio de las luces más rojas que azules y más amarillas que blancas, hubo de preguntarle a su guía, un americano, quien le contestó era—“The Spanish Opera House”. Que él no sintió no fuera de los cubanos pues él sabía que los cubanos han hecho un edificio con puntales inmensos, que le constaba, pues lo conocía, que era grandioso, porque en su magnánimo recinto caben todos los hombres de buena voluntad y que en el edificio de los cubanos las luces eran más azules que rojas y más blancas que amarillas y

que está fabricado con ladrillos y tablones más preciosos que el edificio de los dos altos torreones o cualquiera otro edificio por precioso que sean sus ladrillos y tablones, si éstos descansan o se levantan en tierra extranjera.

Terminó de esta manera el señor Martí entre los más atronadores aplausos y el entusiasmo más alto que pueda darse. Al retirarse de la tribuna le abandonó por completo la voz debido a la laboriosa tarea que con el incansable tesón y energía que sólo él posee, llevó a cabo durante más de diez horas de continuo trabajo.

## 4

De *Patria*, 3 de diciembre de 1892. Artículo *El Delegado en Cayo Hueso*.

El día 23 a petición del *Equator Democrat*, dio una conferencia en inglés, el señor Martí.

San Carlos estaba lleno completamente, la gran mayoría eran norteamericanos.

En la plataforma, acompañado de las principales personas americanas del Cayo, el honorable Wm. Bethel, el Coronel C. E. Merrill y los señores R. A. Monsalbatje, J. W. Sawyer, Richard Kemp y J. A. Day, presidía el Coronel Horatio Crain.

A las ocho y cuarto el Coronel Crain abrió la velada con un precioso discurso presentando al señor Martí.

Por algunos minutos, el aplauso no permitió a nuestro Delegado dar principio a su conferencia magistral.

Dos horas ocupó la tribuna, y ni un instante dejaron de oírle las miles de personas con entusiasmo y atención.

Habló el orador de la hospitalidad del país, del albergue que los cubanos han encontrado en el Cayo donde sus hijos nacían, donde enterraban sus muertos, donde habían sido acogidos en la hora de la tristeza.

“Los americanos”, dijo, “no deben juzgar los esfuerzos de Cuba desde el punto de vista de hoy. Ellos parecen desdeñar a Cuba porque Cuba no hizo lo que ellos hicieron hace un siglo, pero las colonias americanas tenían tres siglos de vida cuando arrojaron el yugo inglés, y Cuba solamente ha vivido cincuenta años en la cultura. Diez años de ellos gastados en una guerra infructuosa por la libertad. Pónganse los americanos en el lugar de sus antepasados, en 1776, y ellos comprenderán lo desigual de la lucha. La diferencia del idioma ha sido la causa de tantos errores acerca de la causa cubana. Es injusto que un país que ha vivido trecientos años desdeñe a la colonia militar de cincuenta años”.

Insistió en que no se odiaba a los españoles, pero sí la opresión y mal gobierno de España o al español que intente remachar las cadenas de los que no querían ser esclavos. “El que se proponga ahogar nuestro amor a la libertad, a ese lo combatiremos, sea nuestro padre o pariente, lo mismo que Uds. los americanos combatieron a sus padres, sus parientes”.

El Delegado analizó concienzudamente, las diferencias de composición, carácter, sociedad, gobierno y tendencias de España y Cuba; demostró que Cuba es superior

a España en civilización, en ideas de gobierno, en riqueza, y que no puede esperar que una metrópoli que no sabe ni puede resolver sus propios problemas resuelva los de su colonia; explicó el por qué del fracaso de los autonomistas, y dijo que la recompensa que habían recibido era ver los impuestos doblados, y los derechos desconocidos; expuso con claridad las razones por qué ni a este país ni a Cuba convenía la anexión, y sí la amistad y comercio entre las dos repúblicas.

Concluyó en medio de atronadores aplausos, pidiendo que la simpatía norteamericana no falte a la patria esclava que desea conquistar su independencia. El Coronel Crain cerró la memorable velada respondiendo por los americanos de Cayo Hueso, y asegurando al Delegado que Cuba tendrá la simpatía de los Estados Unidos.

Los periódicos americanos consagran largos artículos al acontecimiento que ha hecho profunda impresión en toda la ciudad.

## 5

En *Patria* del 17 de abril de 1894, en la reseña titulada *El último 10 de Abril en New York*, aparece la siguiente nota:

A excitación de la presidencia se levantó el señor Martí a hacer uso de la palabra. El orador afluente de otras veces, el propagandista admirable que lleva en su palabra todas las rebeldías indómitas de los que no quieren ser esclavos; el que cuenta los triunfos por los discursos pronunciados, apareció en la tribuna como agobiado por la fecha magna que se conmemoraba, como confundido ante tamaña ovación que compartía con la más alta representación de la sagacidad y el valor militar encarnados en Máximo Gómez. Las palabras salían de sus labios como si las comprimiese profunda interna emoción.

"Yo no puedo hablar esta noche, dijo, porque ante la gloria del padre se inclina el hijo reverente". Pero no pudo menos de recordar que la virtud silenciosa tiene pocos amigos en los días amargos y tristes, muchos a la hora del triunfo, y son contados los que salen de la prueba difícil, limpias las manos y la conciencia, pudiendo exclamar satisfechos que han cumplido con su deber. De la "luz dealumbrante que vio una vez en su vida, y que será hoguera en que se consuma", tomó un rayo de vivísima refulgencia e iluminó el escenario con imágenes tan fulgurantes, que la asamblea ahogó su voz en oleadas de entusiasmo; las aclamaciones se sucedían a los aplausos, y las protestas revolucionarias a las efusiones de confraternidad patriótica. Pero el período más culminante de su breve y conceptuoso discurso, fue cuando, dirigiéndose a la concurrencia, presentó a Máximo Gómez como el prototipo de la abnegación ilimitada por la redención de Cuba. Débil nuestra memoria, pobre nuestra frase, no acierta a reconstruir aquel período de generosa, de noble admiración. "Este hombre, que no nació en Cuba, a quien conoce y admira todo el continente americano, que ha hacinado tantos laureles sobre su frente que habría con ellos para dar prestigio a muchos héroes; este hombre, que ya es inmortal, y que podría descansar satisfecho de su obra, abandona su como-

didad presente, deja una familia que le rinde culto de adoración y que es como premio digno a sus virtudes, se lanza al mar y viene a nosotros con todo el ímpetu de sus pasadas proezas, dispuesto a proseguir en su propósito nobilísimo de completar la democracia americana. Este hombre, ¡ah, cubanos! merece toda nuestra veneración, y ante él yo me reconozco pequeño, y no puedo hablar sino para saludarlo con la efusión de hijo agradecido".

## 6

*Patria* del 29 de mayo de 1894, reproduce la siguiente nota, tomada del periódico *El Yara*, de Cayo Hueso, del 19, referente al discurso pronunciado por Martí en el "Mass Meeting", en el *Club San Carlos*:

Entre aplausos escaló la tribuna el Delegado. Dijo, cuando presentaba el hijo de nuestro general Gómez al pueblo con ternura de padre, que de la gloria del ilustre legionario, como del sol, no se podía hablar más que lo mismo siempre y en pocas palabras: nosotros al hablar de Martí, como si del sol hablásemos, no seremos difusos, porque no es nuestra pluma inhábil la llamada a comentar, ni mucho menos a encomiar un discurso del eximio tribuno.

La tesis de su oración fue el estado de nuestra política, que él supo exponer con su claridad y lógica de filósofo, coloreando sus períodos de bellas imágenes y pensamientos profundos que el auditorio escuchaba con avidez, como si hubiese querido esculpirlos en el fondo de sus conciencias.

No puede ser más franca, ni más real, ni más fructuosa la labor del Partido Revolucionario, fundado, según la declaración explícita de sus Bases, no para llevar al país una agrupación victoriosa que considerase a la Isla como su presa y dominio, sino para preparar con cuantos medios le sean permitidos en el extranjero, la guerra, indispensable, para el bien de todos los cubanos.

"Se puede jugar con la muerte propia—dijo—pero no con la muerte de los demás, y el Partido Revolucionario, que aspira a hacer menos cruento el sacrificio, no lanzaría nunca a Cuba a una revolución prematura y a la que el país no estuviera dispuesto".

Cuando en interrogación sencilla preguntó, luego de haber expuesto la situación: "¿Puedo seguir confiando en mi pueblo, cuyo patriotismo me reanima, cuya voz me alienta, para proseguir en la jornada?" una exclamación ruidosa en la que se mezclaban vivas al orador resonó en todo el recinto.

Vibró el concurso cuando en imagen sublime nos representaba a Cuba atada a la roca de la ignominia como el semidiós estoico, robador del fuego divino e inventor de las Artes, sojuzgado, oprimido, pero despreciando las crueldades del buitre sangriento que le comía las entrañas, mientras que la mar, alborotada y pujante, se estrellaba contra el Cáucaso erguido, como impotente para romper las ligaduras del primer mártir del Progreso y de la Libertad.

Bajó de la tribuna Martí en medio de grandes y estruendosas palmadas, y el señor Poyo, con breves frases, sencillas y elocuentes, dio por terminada la reunión.

Rompe sobre nuestra tierra, como si a un tiempo las almas de los buenos se hubiesen decidido a amanecer, una radiante claridad de aurora, azul en lo alto, confusa en lo que va tocando a tierra, y en lo que toca con la tierra, roja, como la sangre de que ha de nacer la luz. Y el divino espectáculo, que por todas partes me rodea, y día y noche está en mí, y a todas partes va conmigo, me da fuerzas para poner sin miedo el alma, libre de pequeñez y de pasión, junto a esta alma del Cayo, sustancia y levadura de toda el alma cubana del destierro, las fuerzas que me quitarían un justo bochorno si sólo trajese yo a este pueblo de hechos, a esta raíz de la fe cubana, a este cuarto de banderas donde el pabellón no se plegó jamás. la pompa vana del fraseador de oficio, o el gorjeo pretencioso del ruiseñor enamorado de su canto, o el lamento infecundo de los que no saben que cada muerto es una raíz y cada vivo es un peleador, o la elocuencia deshonrada por los que disimulan con ella la verdad, y sirven con ella su interés, o el discurso desdeñable y hueco, pueril y vergonzoso, de los que no saben, en la hora creadora de la muerte, ponerle a la palabra el pensamiento que le exige, y el espíritu que unifica y el machete que pelea.

O cada palabra es una piedra de cimiento y un fusil más, y un espectáculo menos, o cada palabra es respuesta grave y decisiva, al temor o a la alarma de los sensatos, o a la vacilación de los débiles; o cada palabra es lazo amoroso que apriete, en dicha magnífica, en inefable ternura, a todos los que con igual limpieza batallan por fundar la patria, o cada palabra es anatema a cuantos osasen por rencillas de hormiga, o ambición de lugar, o miedos de coqueta, o ceguera de buho, detener, en la hora que no admite dilación ni error, el alzamiento unánime y activo, de cuanto nos quede de previsión y honor,—o la palabra es vil pintura, vil albayalde y vil carmin, buena sólo a esconder la prostitución del alma.

¡Maldita sea la inteligencia que incapacita a la otra de hacer cundir la obra del corazón!

Nada es la inteligencia que la naturaleza, sembrando al azar o des- envolviendo por ley, pone por igual en el alma del apóstol, que se consume del deseo de ver felices a los hombres en la patria y en la justicia, y en el alma del traidor, que se acurruca de dócil escabel a los pies del tirano de su patria.

Nada es la inteligencia que se emplea, como el hurón enamorado de su agujero, en cavar, con la cabeza hacia lo oscuro de la tierra, convocando a los hombres a desconfiar de los que aman el sol. Nada es la inteligencia, que, por la insinuación artera, o la mentira voluntaria, o la hostilidad sorda, o los mil modos deshonorosos y eficaces que aconseja y pone en uso la soberbia descontenta y disimulada, mina la tierra que el patriotismo necesita mantener henchida de corazones empalmados como las vigas de una trinchera. Me quemaría en el casco la inteligencia si me hubiese servido, en un solo acto de mi vida, para fomentar en mi provecho mi autoridad personal, o para atraerme amigos por la complicidad o el halago, o para negarle amigos a la virtud ajena, porque no es virtud mía, o para obligar al patriotismo puro a pasar por las horcas de mi poder, o para imperar sobre los hombres divididos.

...que por la insinuación aviesa, o la ignorancia tenaz, o la mentira voluntaria, aparta los corazones de los hombres de modo que la hora sublime no los halle capaces ni ordenados para cumplir con su deber. Crimen es la inteligencia cuando, con cada uso de ella, con la palabra privada como con la palabra pública, con la carta como con el discurso, con el acto como con el consejo, no se emplea sin rezagos de interés propio ni pujos de autoridad confesos u ocultos.

Cuanto rebaje a un hombre me rebaja, y un hombre bajo que viniese detrás de mí, me pesaría como mi propia bajeza. Encender a los hombres quiero, y abrirles los ojos para que con sus ojos vean la luz, y decirles la verdad que sé para que con ella me avergüencen y castiguen cuando obre yo contra la verdad, y unirlos de manera que cuando la patria, convencida definitivamente por la desesperación, nos pregunte qué hemos hecho de la libertad que tuvimos, en doce años de tierra extranjera, para redimirla de la agonía en que se revuelve, cortada de las ataduras y empobrecida por el veneno, no tengamos que responderle, con la cabeza baja del culpable, con la cabeza inútil: ¡te cantamos, y te lloramos, y tuvimos encendidos los fuegos pequeños, encendidos por acá y allá; pero no supimos, con alzamiento unánime y magnífico, deponiendo lo ruin de nuestras almas y confundiéndonos en los esplendores inmarcesibles de lo grande, reunir con la fe de los nuestros y el respeto del mundo, las fuerzas reales que teníamos para salvarte: ¡oh patria!—yo no quiero ser de los

que tengan que bajar la frente! ¡Yo quiero ser de los que, sofocando todo lo ruin de la naturaleza, me alce luego, en mi cuerpo o en mi sombra, con mi patria salvada, del brazo de todos los buenos, en los esplendores inmarcesibles de lo grande!

Y por eso es tan vehemente mi alegría, tan fiero el júbilo que se me desborda del corazón,—porque estoy delante de los hombres que no tendrán que bajar la frente,—porque mi misma presencia aquí, la presencia del cubano continuo que jamás se ha manchado con una intriga, ni ha incubado ninguna camarilla, ni ha entrado en repartos y componendas de autoridades presentes o futuras, ni disfraza con nombres patrióticos apetitos personales, ni ha tenido ni querido tener más compañeros que la palabra justa, y el plan creciente de acción, y la pasión de amor por los solos y los desvalidos del mundo, y el coraje de decir la verdad,—demuestra que este pueblo que ha aprendido en la experiencia a razonar el entusiasmo, y honra muy de veras a aquellos a quienes honra, no caería nunca en el odio de poner la menor rémora, con esta o aquella máscara plausible que jamás faltan a la mala voluntad, al deber de eruirnos todos juntos, de modo que el mundo nos vea, y nos respete y nos ayude, de modo que la patria no nos halle miserables canijos incapaces de llevar adelante la obra gigantesca, en el momento en que el dolor de la patria ha llegado ya a su madurez, ¡y necesita y exige de nosotros la obra de gigantes! ¡Y para mí la tarea es fácil, porque tengo en mi corazón la memoria de tantas víctimas y horrores, que me tiene en continua llama el pensamiento, y a todas horas me tiene armado el brazo! ¡para mí la tarea es fácil, porque soy hijo de aquella tierra, donde al primer . . . de la libertad, del abrazo de la danza y el manteo del cura y el bastonete del celador, salió volcánico, Céspedes; salió, ígneo, Agramonte; salió. angélico, Morales; salió. creador, Valdés; salieron los padres sublimes que a cada jornada de la libertad encendían una nueva virtud e iban dejando atrás un vicio;—para mí la tarea es fácil, porque siento llameante a mi alrededor. como círculo de fuego que no logró apagar el enemigo. aquel pueblo donde ha vivido la patria infeliz, como en la ternura del seno maternal.

¡Salga del corazón la gratitud de novio con que año sobre año, he venido, queriendo, queriendo como a un timbre de familia o a una virtud mía personal. a este pueblo imperecedero donde ha perdurado sobre los desdenes, y sobre el injerto sistemático del crimen con que la quiso envenenar el vigilante español, aquella virtud por la que todas las demás son posibles, y por donde el criminal mismo se redime y hermosea,—la

virtud patriótica! ¡Salga del corazón enamorado el himno de ternura para los que, con las manos criadas en la ciudad, podrida, alzarón, a los ojos atónitos del extranjero irrespetuoso, la escuela que prepara, la casa que fortalece, el banco que . . . , el liceo que une; para los que derramaron sin tasa el bálsamo de su consuelo sobre los peregrinos que andan por el mundo con los pies llagados de las jornadas inmortales; para los que de la deleznable arena del extranjero han hecho mármol para la historia; para los que, cuando cayó por nuestro crimen, la guerra sacratísima de la independencia, la amortajaron en sus corazones. ¡Y otros crean que son los más de un pueblo aquellos que en la hora de la necesidad flaquearon más pronto, o aguardaron ásperos e inútiles en el destierro la hora de volver, o volvieron contritos, a codearse con aquellas gentes que manchan la ropa, o crían a los hijos en el olvido imposible e inútil dentro del país, o en la vida sin placer ni fin ni raíces del suelo extranjero, o duermen contentos con la llaga de cabecera, porque ya tuvieron bastante con la primera vez! ¡Pues nosotros no hemos tenido bastante, hasta que, sin el miedo y limosna de la vida extranjera, sin el pesar violento de la humillación continua, sin la bofetada abrasante de tanto cubano envilecido y tanta honra vendida por el hambre, podamos vivir por fin donde los hijos se levanten con el jugo y la fuerza de su tierra nativa, y los ancianos mueran, ¡morir al menos en la tierra donde cayeron sus hijos! hasta que los cubanos no anden por la tierra ajena sin el descrédito que sigue entre los hombres a los incapaces, y por la propia con ese paso femenino que los observadores de la decadencia humana vieron sólo en los fórnices de Roma y en los serrallos! Otros crean que son los más de un pueblo los que de la mente generosa o la vanidad herida sacaron el valor preciso para ir detrás de los que osaban acometer, y por su convivencia aseguraron luego una situación que con su desvío no hubiese criado el poder alarmante de desmigajar, carácter a carácter, el país; otros crean que los que se apresuraron a reconocerse vencidos, porque tenían toga y nombre, valen y pueden más que los que, por resistirse a vivir como vencidos, han demostrado su derecho y su capacidad de vencedores; otros crean que lo mejor de un pueblo es lo más débil, y lo menos creador de él: ¡yo siempre creeré que lo mejor de un pueblo, y lo más enérgico y seguro, es aquella parte de él que, con menos elementos para fundar, y con menos estudio y ejercicio de las artes de fundación, creó, en la soledad hostil del destierro, un pueblo vivo y creciente cuyo igual no han podido fundar, con las fuerzas supuestas de la tierra nativa, los que se pavonean ante el consuelo de su espejo, como poderes superiores; siempre

creeré que la virtud de un pueblo, y la cultura verdadera, porque lleva en sí los gérmenes reales de genuinidad e independencia de la cultura definitiva, está, más que en los que volvieron a vivir de los recursos viciados, en cuanto aire se respira y en cuanto pan se come, por la complicidad culpable y la condescendencia insolente de los dueños,—en los que levantan y mantuvieron en pie, por sobre deserciones, y transiciones —y las minas que abre por tierra el colmillo español, y barcadas de crímenes, la ciudad de arena que ha dado ya mármol para la historia!

Y si de mí no naciera tan tierno y ardoroso este saludo mío orgulloso a los que con la prueba del Cayo desmienten a los cubanos anémicos que creen a sus compatriotas todos mermados por la flojedad que los aqueja, yo tendría el deber de traer conmigo el cariño entusiasta que la bravura, y la lealtad, y el tesón del Cayo inspira a cuantos junto a mí, sin sueños ridículos de localidad predominante, ni recelos delincuentes de otras localidades, admiran, como admiro yo, el brío cubano que ha venido a quitar, con esta prueba viva, el argumento a aquellos hombres segundones, levantados en el mundo sobre la comodidad de las castas triunfantes, que negaban,—que niegan aún, a nuestra tierra el poder para sacarse de la sangre los gusanos de la colonia, el poder de mejorarse, y vivir por sí, y regir por sí, en la franqueza de la opinión y en el orden del derecho. Conmigo viene,—con la excepción humana y posible de los que en lo más santo buscan su notoriedad y su ventaja, el deseo amoroso de apretar el alma, de modo que sea una con este pueblo querido que, en la hora de la soledad, guardó, como una urna, el corazón cubano . . . . .

lo siento verdad desde lo más solemne y entrañable de mi alma; apenas hay ya tiempo para juntar el país de afuera en los tamaños convincentes y el propósito visible que puedan dar vida a la explosión de ira y miseria, por donde, de un componente mal aconsejado, o de un padre que no tenga pan para la casa, o de un justo a quien se le inflame el corazón, resucitará, más convencida que antes, el alma de la patria.

¡Y los plácemes del mundo serán sobre nosotros, si con el mérito de los hombres fuertes preparamos el modo de dar al universo una república feliz en el jardín de la naturaleza—o la maldición justa de la patria, y el desdén merecido de la historia, caerá sobre los que por miopías o pequeñeces abandonamos la patria que pudimos salvar a una guerra desordenada que en caso de triunfo traería al gobierno su caos peligroso, y en caso de derrota de la última sangre del país, rendiría, al fin de tanta muerte, la tierra consagrada en manos extranjeras! ¡Alejemos la maldición

de nuestras cabezas! ¡Obremos, ya que tenemos tiempo, de modo que sean sobre nosotros los plácemes del mundo!

No tenemos, no, tiempo de errar, ni es posible, en las matemáticas invisibles e implacables por que se rigen los pueblos, tomar más tiempo, entre los cubanos de afuera, para ordenar su acción en . . . . .  
. . . . .  
como quien está de compra y venta, a menos que no se le reconociese cabeza obligada de lo nacional; ahora, cuando está el rayo para caer, no hay más que asirlo, en vez de ofrecerle nuestras cabezas, y pelear con él.

Antes pudimos, mientras se maduraban y pudrían, una por una, las frutas de la paz, dejar que las propias nuestras llegasen a sazón, y se pudrieran las que fuesen de pudrir. Pudimos antes de irnos contando y probando, y viendo quiénes quedaban y por qué, y dando ocasión a que se fuese entendiendo cómo ha de tener sesos el caballo, si quiere aprear en tierra firme a la virtud; mientras que un puñado de tranquilos y voluntarios, con su sal de España y su pimienta de Guáimaro, y sus espolones de hombres de buena voluntad, levantaron, detrás de un tráfuga menesteroso, el partido inútil de una paz que sólo podía imponer respeto mientras estuviese de la brida el caballo de pelear, que pareció de monta muy incómoda a los voluntarios y a los tranquilos: ¡y está seguro, y con la silla nueva, en nuestras manos!: pudimos, y debimos, dar ocasión, con el respeto franco y continuo, a que se disipasen en el conocimiento seguro, y por la prueba de la acción, los recelos justos que quedaron de una guerra que tuvo todas las energías y las condiciones todas para vencer, y por nuestra incapacidad y nuestras vacilaciones fue vencida, por el deseo tímido en unos y sensato en otros de procurar la libertad por menos de su precio, mientras la turbación precedente al derrumbe del partido que pedía paz de rodillas al vencedor que le tiene el sable sobre la cabeza, abrió paso á la cobarde conseja del anexionismo, de la anexión de un pueblo sembrado con las semillas de la sangre, héroe de la epopeya única de los tiempos modernos, capaz, con capacidad probada en la inclemencia de la nieve, y en la inseguridad de la arena, de alzar, con los elementos menos propicios, pueblos de industria viva y organización honrosa, jamás de hijos ilustres por dotes raras de administración y fundación,—de la anexión de un pueblo criado en la leyenda y el deseo y el ejercicio de su vida propia—a una nación donde el hombre de más humanidad y cordura, el leñador que vivió sin engaño y triunfó sin ira, lo creyó propio sólo para echar como en un vertedero,

toda la hez de la guerra de la esclavitud. Mientras los globos se hinchaban, y bamboleaban, y se venían abajo, pudimos andar de reconocimiento, esperando unos por otros, cayendo en una impaciencia, y levantándonos en una lección, catando y desechando remedios incompletos y dañosos; pero hay que andar por el polvo, revuelta la poca honradez con la mucha falsedad, el autonomismo hoy, que anda la anexión, después de su tratado burlesco, metiéndose donde debe para que no la silben por las calles, hoy que, con amarga tristeza, o sonriendo de hambre, aguardan en la antesala de los condes ahitos, los que fían a la especie de una liga urbana e inmoral, de una liga traidora y movediza de intereses parciales la paz de un país cuya necesidad no pueden cubrir los intereses coaligables, y cuyo decoro exacerbado por la falta de remedio correspondiente a las ofensas, vuelve, con los caballos y la yerba nueva, a los senderos donde la miseria halla al menos el diario del..... nombre escrito, para salir, en el día súbito, al paso de los redentores que le hayan avivado la fe en sí y hayan convertido en respeto útil la simpatía vaga o el desdén temible de los pueblos del mundo; hoy que la isla desesperada y deshecha, pronta a redoble y marcha, abre anchamente el corazón a los que hemos jurado vivir para su bien, y esperar por ella, y reservarnos para ella; hoy que se vuelve a nosotros el país, con la angustia suprema en los pechos, y una razón harto escarmentada para echarse a ciegas detrás de un pensamiento o una ilusión, no le mostraremos, llorones incapaces, sin tacto y sin virtud y sin pujanza para salvarlo, con la acción ordenada, de la agonía de donde nos seguirá cuando nos vea capaces a llevarlo a la salvación,—¿o nos le mostraremos como somos, y como sería vileza y ceguera que no fuésemos, unos en mente para la preparación discreta e invencible, unos en brazo, para la pechada que no habrá cómo volver atrás, unos en corazón, para la república cordial y trabajadora? ¿O vamos a responder, con pedradas sueltas, a los cañonazos que se nos lleven la segunda y última flor de nuestra tierra? ¡No, me dicen las miradas! ¡No, me dicen las manos impacientes! ¡No, me dicen los corazones alarmados! ¡No seremos los asesinos de la patria! ¡No destruiremos su última esperanza! ¡No ayudaremos con nuestro desorden a sofocar la guerra nueva, la guerra última, de la desesperación desordenada! ¡No serviremos a la patria, con nombre de patriotas, como si le fuéramos traidores! ¡No haremos menos de lo que la patria espera y necesita de nosotros! ¡De nosotros, como del pecho de los bravos cansados de aguardar, como de la fe de los viejos, retemplada por la espera bochornosa e inútil, como del fuego

de los jóvenes inquietos, en su vida mísera e insegura, por el recuerdo centelleante de los que con menos ignominia tuvieron a su edad menos... de nosotros, acreditados por la obra despaciosa y necesaria de limpieza y ordenación en estos años penosos y turbulentos, brota por impulso espontáneo, con beldad de luz, que sólo han de morder los que andan por la tierra. con el diente enconado, clavando el diente dondequiera que asoma un rayo de luz, brota, por el mandato que no se ha de desobedecer sin castigo, el himno indómito de la resurrección!

¿Qué ley soberana es ésta que manda poner, y pone a una hora misma, sin una carta de intriga, sin una palabra de convenio, sin una reserva de trastienda a los corazones? ¿Qué empuje incontrastable es éste que, por sobre la mar y el desconocimiento, nos tiene en estos días..... como rodeados de amigos, de amigos que nos hablan y nos cuchichean, que nos saludan con ternura, que nos tratan como conocidos de viejo, que nos piden perdón, por no habernos conocido antes, que están a nuestro lado, en solemne concilio, aunque estén, pálidos de ira ante la ignominia, del otro lado de la mar? ¿Qué bando misterioso, que no perdonará al traidor solapado bajo la ambición, ni al traidor manso por el egoísmo, ni al traidor por la envidia, pasa, como un vuelo de almas, como.....

878

## SALUDO

Yo no he hallado en el Cayo más que ternura y buena voluntad, y lealtad abierta, y generoso e igual ofrecimiento de los que entran en la lid con el arremetimiento de lo nuevo, y de aquellos cuya simpatía es tanto más preciosa cuanto que la novedad no los deslumbra, y tienen la reserva, fácil de confundir con la tibieza, cuando no es más que la reflexión que debe preceder al verdadero entusiasmo. He visto piafar al corcel nuevo que pide inquieto, campo por donde emplear la sangre reposada. He visto, con lágrimas en mis ojos, pasar ante mí la procesión sublime de los ancianos que van por la tierra, con la cabeza descubierta y las barbas al pecho, buscando en vano con el báculo roto la sepultura de sus hijos. Y a los ancianos les beso la mano; y a los jóvenes les acaricio y les amanso el corazón.

78 Borrador en el *Archivo de Gonzalo de Quesada*.

No ha nacido en Cuba ni semilla de nihilista, ni semilla de zar. La ofensa fue en Cuba mucha, y el nihilismo pudo venir, porque las grandes cóleras vienen de los grandes agravios, como en Santo Domingo, del esclavo agraviado, pero ahogamos nuestra maldad, y nuestro nihilismo con ella en los raudales de nuestra propia sangre. Y en cuanto a zares, por más que nos hayan dejado en la carne la semilla, y todavía llevemos la bota española debajo del botín, y en la levita del patriota el bastonete del capitán de partido, pero hay cierto grano en la sangre cubana que mandará espolvoreado por el aire a quien quiera hacer de la libertad pavo y sillón, y al imbécil que tome para sí los honores que en su persona se tributan al amor sincero y a la práctica de libertad.

Dispongamos el alma a esta gran resolución. Los jóvenes se encuentran prestos, y no hay quien se resista a las almas dispuestas. ¡Clávesenos en la mente la realidad de que, si no nos enseñamos todos juntos ante el país, ahora que vuelve por su desesperación y sus pruebas inútiles a nosotros, de modo que le acabemos de armar el alma aún vacilante y fíe a la guerra su destino, si no nos enseñamos todos juntos ante el mundo, con propósito y métodos útiles al mundo y dignos de una nación, el mundo, cruzado de brazos, dejará morir otra vez, para provecho de un pueblo que nos desdeña, la guerra desordenada en que se acaba de desangrar la patria! O grandes o culpables. O alzar juntos la red, o vivir, rebeldes inútiles, bajo la red.

Con las manos tendidas, como si me saliesen del corazón.

padecen, ni con qué derecho ha de pedir simpatía para sí quien niega las suyas a los otros?

Y es tanto más obligatoria la ayuda ardiente a la guerra que vamos a hacer, cuanto que no es la justicia que queremos una guerra de señor, hecha por el interés astuto de los de arriba, y el entusiasmo ciego de los de abajo, que luego de la victoria, se hallase con los amos hechos; ni una guerra.....

C U B A

HOMBRES

## NOTA PRELIMINAR

En su carta testamento-literario<sup>70</sup> a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Martí le indicó: *En un grupo puede poner hombres*, al referirse a la posibilidad de reunir sus trabajos sobre figuras conocidas o relacionadas con Cuba, sobre todo, con las guerras y luchas por nuestra independencia.

Esta indicación fue atendida por el discípulo, en su edición de las obras del Maestro, tomo VI, con el título *Hombres*, pero al reproducir ahora esos trabajos, el feliz hallazgo de numerosos artículos nuevos ha hecho conveniente una ordenación distinta, en que se procura ofrecerle mayor claridad al lector.

Tarea nada fácil por no tener siempre cada semblanza o reseña una característica bien definida, aunque en todas late naturalmente, como *leit-motiv*, el inmenso amor de Martí por su Patria.

De ahí que, de acuerdo con el orden establecido en la publicación de estas *Obras Completas* de Martí, se inicie *Hombres*, en primer término, con los que figuraron o estaban relacionados con nuestras contiendas libertadoras y la Emigración, siguiéndoles, luego, los correspondientes a *Letras, Educación, Pintura, Música* y otras actividades, donde descollaron también los compatriotas contemporáneos de Martí.

<sup>70</sup> Véase *Cuba, Política y Revolución*, 1, página 27.

**1. CASTILLO**

**2. FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ**

**3. CÉSPEDES Y AGRAMONTE**

Los hombres de corazón escriben en la primera línea de la historia del sufrimiento humano,—¡Jesús!—Los hijos de Cuba deben escribir en las primeras páginas de su historia de dolores,—¡Castillo!—Todas las grandes ideas tienen su Nazareno, y Nicolás del Castillo es nuestro Nazareno infortunado. El ha sido la personificación de Cuba actual. El ha sido el molde en que se han vaciado las iras y las ansias que han venido a manchar de cieno el manto blanco que cubrió los hombros de la diosa de la libertad española.

Todavía vibran en mis oídos los golpes del martillo que remachó mis cadenas. Todavía quema en mis espaldas, el látigo que coaguló en ellas la sangre. Todavía oscila en mis párpados la lágrima preñada que congeló en ellos el dolor del presidio, el más cruel dolor de los dolores; el que mata la inteligencia y seca el alma.

Las penas empero que se han sufrido no son a mi ver más que la obligación de remediar en ellas a los que aún las sufren. El sufrimiento tiene sus goces, y el único que comprendo es el de hacer bien. Por eso vengo lleno de esperanzas a pedir vida para los que arrastran la vida de la muerte. Por eso el alma, abrumada por los horrores de la España de allá, se levanta firme y decidida, porque confía en la dignidad y en la nobleza de la España de aquí. En la dignidad y en la nobleza, que no

<sup>80</sup> Este artículo se publicó en el periódico de Cádiz *La Soberanía Nacional*, el 24 de marzo de 1871, con la siguiente introducción: "Sin comentario alguno, porque realmente no lo necesita, pero con la profunda convicción de que el servicio más patriótico que hacemos a España, es el de que se entere de la verdad de lo que pasa en Cuba, y con el objeto de llamar la atención del Gobierno y especialmente del señor Ministro de Ultramar, insertamos a continuación el relato que se nos ha entregado, y de cuya autenticidad no abrigamos la menor duda".

Por el estilo, por el contenido, tejido de referencias y evocaciones reiteradas en el folleto *El Presidio Político en Cuba*, que de seguro se publicó posteriormente, no se puede dudar de que este artículo sea de Martí.

siempre han de ser pálidos reflejos de la historia pasada, la nobleza y dignidad castellanas. En la dignidad y en la nobleza, que ya está viejo y cansado el sol de Pelayo, y no alcanzarían sus rayos a las generaciones venideras, si los esplendentes del de la libertad, no le prestasen su grandeza.

En estas páginas, no se encontrará más que la verdad, porque la verdad es tan horrible en lo que voy a decir, que no se puede decir más que la verdad. Y no se extrañe que sea nuevo y quizás desconocido el nombre del desventurado cuyo apellido sirve de epigrafe a estos renglones. Los dolores ignorados, suelen ser siempre los más terribles dolores.

Hace un año tenía yo dieciséis: un consejo de guerra me sentenció a seis de presidio: mi cuerpo vistió el uniforme del establecimiento: la cadena se unió a mi pie: mis ojos esperaban con compasión, ni un instante siquiera con terror, la llegada de aquellos que al día siguiente habían de ser mis compañeros en los trabajos del presidio, en las canteras.

Vinieron esos compañeros, dobladas las cabezas, flacos los rostros, llagadas las manos, arrastrándose más bien que moviéndose, hundidos los ojos, brillando sólo la vida de muda desesperación. Entre ellos, más inclinado que todos, más macilento que todos, más agotado que todos, un hombre respetable, que no tenía un solo cabello negro en la cabeza. Vestía sucio, manchados de sangre los vestidos, harapiento. Aquella figura descarnada, se levantó a mis ojos, noble como la figura de Jesús, inmensamente grande, como él. Aquel anciano de cabellos canos y de ropas ensangrentadas, tenía 75 años: estaba condenado a diez años de presidio: se llamaba don Nicolás del Castillo. Corrí hacia él por un impulso incomprensible: al verme lozano, y al ver el sombrero negro en mis manos, las estrechó con las suyas, algunas de las lágrimas perennes en sus ojos se perdieron en las arrugas de su rostro, y me dijo:

—¡Pobre! ¡Pobre joven!

Yo le miraba con ese angustioso afán, con esa dolorosa simpatía que inspira siempre una pena que no puede remediarse. En el acto levantó su blusa y me dijo:

—¡Mira!

La pluma escribe con sangre al escribir lo que yo vi; pero la verdad sangrienta es también verdad.

Vi una llaga que cubría las espaldas del anciano: destilaba sangre por unos lados, materia pútrida por otro: en los alrededores, se veían señales recientes de un número considerable de ventosas. Y sin embargo, ese hombre, ese anciano trabajaba, y trabaja, en las canteras de San Lázaro.

Mis ojos fijos, inmóviles, espantados, eran mis únicas palabras. Sabía yo que allí se nos castigaba; sabía que se nos trataba con crueldad; pero no podía creer, ni que la crueldad llegara a tal refinamiento, ni que el castigo llegara hasta la iniquidad. No lo podía creer, porque era aún un niño, y no pudiendo concebirlo, exclamé: ¿Pero eso se lo han hecho aquí? ¿Y por qué se lo han hecho?

—Hijo mío, me contestó, quizás no me creyeras; pregúntalo a otro cualquiera, y te dirá por qué.

Muy pronto me rodearon los compañeros de infortunio, y no lo extrañé. Allí donde se es más esclavo, se es también más libre: allí donde se tiene encadenado el cuerpo brota sin cadenas el corazón. Y mis grillos eran demasiado fuertes para que no fuesen lazos muy estrechos, que unieran pronto nuestras almas.

Rara vez me río ya: no hallo nada que seduzca mi vista, nada que distraiga mi pensamiento. En cada una de las flores de mi alma, dejó una negra lágrima el dolor; pero estoy tranquilo, estoy contento, estoy hasta ufano con mis dolores. Si sufrir es morir para la alegría, en cambio es nacer para la vida del bien. Gracias para los que me han hecho sufrir tanto. Gracias para los que arrancaron de mi frente la corona de la inocencia, colgando de mis hombros la túnica del firme, del enérgico, del fuerte varón.

Los que me rodearon, me dijeron lo siguiente: un vigilante del presidio me lo ratificó más tarde. Los peninsulares presos lo repiten a quien quiera oírlo:

“Estábamos una tarde en la cantera a donde irá usted mañana. El anciano Castillo picaba piedras: uno de los vigilantes habló con el brigada, éste hizo levantar al anciano, mandándole cargar cajones: desde el punto donde estaba la piedra al en que debía amontonarse se hallaban dos cabos de vara y el brigada. Cada vez que el viejo Nicolás pasaba por delante de cada uno de ellos, recibía un palo: al retorno, se verificaba lo mismo. A la hora, el cajón rodó de la cabeza; los brazos se abrieron; el anciano cayó desmayado entre el polvo de las piedras.

“Caer desmayado aquí no significa siquiera que se les dé o que se les rocíe con agua. Significa una nueva dosis de palos, hasta que el

brigada estime que no puede cargar más. Eso sucedió a don Nicolás. Su cuerpo casi inerte fue conducido entre dos compañeros, por todo el camino que andará usted mañana, de cerca de legua y cuarto, y fue presentado en la visita diaria que hace el médico. Levantada la camisa, se le hizo notar que su pulso apenas latía, y que no podía hablar. El facultativo expresó que aquello se curaba con baños de canteras, y en consecuencia, a don Nicolás nada se hizo; ni un vaso de agua se le mandó dar. Lo ejecutado con aquel infeliz procedía de una orden: esa orden la había dado el comandante: éste no podía ignorar las rigurosas consecuencias de su determinación.

“Al siguiente día, a las cuatro y media de la madrugada, hora en que se llama para el trabajo, el anciano magullado no había abierto los ojos; permanecía sin movimiento en el pedazo de lona embreada, que es todo lo que constituye aquí la cama. Nadie pudo creer que aquel día por lo menos saliera para el trabajo. Y salió sin embargo. Como él no lo podía ejecutar, se le arrojó en un carretón sobre las tablas del mismo, golpeando su cabeza a cada choque del camino erizado de piedras. Al llegar, se le dieron golpes para que se levantara, y como no podía hacerlo, a las seis de la mañana fue arrojado sobre un montón de piedras, en el que permaneció bajo el sol de los trópicos durante once horas, que son las diarias del trabajo. Y esto sucedió durante algunos días. Al cabo, tanto lujo de crimen se hizo público, tanto refinamiento de barbarie indignó a algunos peninsulares de influencia, lográndose por medio de ellos, que don Nicolás quedara en las galeras unos días sobre el suelo, y que por único remedio se pusieran treinta y tres ventosas en sus espaldas despedazadas”.

—Pero, ¿qué delito, o qué falta cometió don Nicolás para tanto castigo?—Ninguno, respondieron a una voz los que me rodeaban. Se ha dicho que don Nicolás era brigadier en la insurrección. Esto era suficiente: esto era bastante para que a la pena del presidio, se agregaran las otras que hemos contado a usted.

No vengo a sostener principios más o menos encarnados en mi corazón. Me he propuesto únicamente decir la verdad, y nada más que la verdad, pese a quien pese, y sean cuales fueran las consecuencias.

Los martirios de Nicolás del Castillo no han acabado con él: vive todavía, y soporta con resignación sus amargas; ese anciano vive en el presidio. Si el Gobierno de España en Cuba pudo consentir y autorizar tanta crueldad, el Gobierno de España en España no puede, no debe soportar tanta mengua.

Que no sea este dolorosísimo relato hoja seca que se lleva el viento. Que se alcance con él siquiera el arrancar con presteza ese capítulo de horrores de la España de allá—que Nicolás del Castillo salga de aquel terrible recinto y expie racional y humanitariamente sus culpas, si es que las ha cometido—que con él sea extraído también el niño de trece años llamado Lino Figueredo, sentenciado por consejo de guerra a arrastrar cadena por infidente—que a los dos se agregue el otro niño de catorce años, Ramón Rodríguez Alvarez, que conmigo y a mi lado ha sentido los crujidos del látigo en sus espaldas—y un infeliz negro de doce años, bozal, que lleva remachada a su pie la cadena de diez años de presidio.

Tanto horror no tiene nombre. Tanto dolor no se puede comentar.

Que estas palabras arranquen una lágrima de piedad a los buenos corazones; que levanten un grito de indignación en el alma de los hombres rectos; que se remedien en algún tanto los males sin cuento de aquel país que es todo mi amor, y olvidará alguno de sus días más amargos, quien, ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto, ni al rumor de sus cadenas

ha podido aprender aún a odiar.

J. M.

*La Soberanía Nacional, Cádiz, 24 de marzo de 1871.*

2

## FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

Los grandes crímenes son útiles, porque demuestran hasta donde puede llegar la nobleza necesaria para perdonarlos. Hace dieciséis años arrancó un niño una rosa que florecía en nuestro cementerio, y, habituados a mirar la muerte sin temor, esperaban otros, paseando entre las tumbas, la hora de estudiarla.

Una cohorte de demagogos poderosos, no menos terribles que los que prosperan al amparo de las libertades, fingió creer, por acaudalar fama política, el rumor de que aquellos adolescentes, culpables sólo de la alegría que en la juventud infunden el espacio y la luz, habían puesto la mano en un histórico cadáver. ¡El hierro no se ha calentado todavía a fuego bastante intenso para marcar como fuera debido la frente del primer infame! Por la ola de sangre se vieron impelidos los mismos que para ganarse el favor de la opinión la levantaron: ¿quién sabe dónde

va el odio una vez que se le desata? Se llenó nuestra Habana de turbas engañadas y coléricas: temblaron ante ellas los que hubieran podido desarmar la furia con mostrar a sus jefes el ataúd: todavía se estremecen de pavor los que recuerdan las cárceles cercadas, el palacio sitiado, los caballos de los pacificadores muertos a bayonetazos, los toques de corneta anunciando en el lúgubre silencio las gallardas cabezas que caían; hoy sólo quedan de aquel drama tremendo unas hebillas de plata, una corbata de seda envuelta a un hueso, y ocho cráneos despedazados por las balas.

Encoge la prudencia, sujeta la generosidad, contiene el respeto al remordimiento de los culpables y sus cómplices, la fuerza de himno con que saluda esos restos, recobrados con un valor heroico, el alma enamorada de sus mártires. ¡Oh, quién pudiera, en una fiesta pública, para atenuar el crimen con la reparación comparable a él, ver en silencio, desceñidas las armas y con las cabezas descubiertas, a aquellos mismos mal aconsejados que nos los arrebataron! Esa sí es paz, la que se afirma en el arrepentimiento. Ese sí es olvido, el que empieza en la confesión honrosa de la culpa. ¿A qué el miedo de escribir la verdad en un pueblo donde nadie lo tiene? Nuestra sangre no sabe de miedos, ni en padres ni en hijos. Con el valor sencillo y la palabra franca se cautiva y convence a los que los poseen. Sí: las rodillas dobladas de los que pecaron serían aquí la prueba verdadera del valor. Sí: la historia sería entonces clemente para los que la mancharon. ¡Hasta entonces vagarán, sin consuelo, viendo allá en las alturas preñarse las nubes y aglomerarse la tempestad, aquellas ocho almas!

¿Qué hay en nuestra historia tan bello, desde que cesamos de morir, como ese joven que se acerca refrenando las lágrimas, al ataúd de donde surgió la muerte de sus ocho compañeros, para pedir a un hijo conmovido que no deje ir cargadas con el crimen las cenizas nunca ofendidas de su padre? ¿Qué manos temblaron como las suyas, cuando al abrir el ataúd, abría su propia gloria? ¿Qué trágico sepulturero bajó como él a la fosa donde consumió la tierra a sus amigos, y puso en ellos las manos, y lloró como no se vuelve a llorar, y con los ojos triunfantes miró al cielo, que enviaba sobre los cráneos destrozados su luz vengadora?

Fermín Valdés Domínguez, pródigo siempre de nobleza, llevaba en los ojos, desde que heló aquel horror su juventud, como la sombra de una culpa involuntaria: la culpa de no haber vindicado a sus amigos. El narró con desorden patético aquellas escenas que el mismo que pudo impedir las, el General Crespo, declaró en un documento publicado en

Madrid "sólo comparables a la época del terror de la República Francesa por su sangriento colorido".

El, tan bueno y tan justo, sacudió en días difíciles su ira sobre los que el rumor público acusaba de instigadores de aquella extraordinaria maldad. El, con la sencillez de la grandeza, alzó la mano en nombre de Dios frente al cadáver que decían profanado por sus discípulos, y en un dramático momento, digno de que el pincel lo perpetúe, levantó las sombras de sus amigos inocentes entre el féretro intacto del padre y el primer beso apasionado de su hijo. ¡El propaló la vindicación, congregó en su casa propia a tímidos y valientes, aceptó en cartas bellas el tributo de un hombre acusado sin justicia, y al fin, símbolo triste y hermoso de nuestra historia, bajó a buscar al seno de la tierra los restos de sus amigos muertos, con los brazos desnudos! ¡Glorioso joven! ¡Ya puede morir, puesto que no ha de prestar a su patria un servicio mayor!

Grande ha sido en Valdés Domínguez la lealtad a los muertos—; que tienen pocos amigos!—; grande su arrojo; grande la fuerza que su prueba añade a nuestros derechos olvidados. Pero la más grande en él, a semejanza de su pueblo, donde no encuentra raíz el odio, es ese acento inefable de perdón que embellece su digna tristeza. ¡Perdón es la palabra, y aquí se trata sólo de merecerlo! Ya quiere bálsamos esta tierra triste donde los vencedores cuentan tantas heridas como los vencidos: ya se siente en el aire el tácito acuerdo de los que aprendieron a odiarse en la opresión para estimarse después por sus virtudes comunes en la guerra: ya asoma acaso la hora de marchar juntos a la conquista de toda la justicia. Mueva sus lenguas como un flagelo el aire sobre esas catervas de viciosos que pudren nuestras ciudades, y nos convierten en un bazar inundo; pero florezca por sobre estas llamas la indulgencia sincera que hermosea el combate, y debilita más a los enemigos que la amenaza estéril o la odiada lisonja.

¿Qué son ya, más que polvo y memoria, aquellos que en un sueño de sangre salieron sin culpa y sin miedo de la vida? Cuatro esqueletos estaban tendidos de Sur a Norte: cuatro esqueletos estaban tendidos de Norte a Sur; ¡pero los muertos son las raíces de los pueblos, y, abonada con ellos la tierra, el aire nos los devuelve y nutre de ellos; ellos encienden en el corazón cansado el fuego que se apaga; ellos vigilan, sentados en la sombra, a los que pierden la virtud en ocio cobarde o diversiones viles; en ellos, por decreto supremo de la naturaleza, se juntan los victimarios y las víctimas! ¡Día radioso será para Fermín Valdés Domínguez, y digno de su carácter y su gloria, cuando al entregar a la

patria el mausoleo de los muertos vindicados por su esfuerzo, alcance a ver, en el silencio religioso del gentío, a los mal aconsejados que nos los arrebataron, desceñidas las armas, y con las cabezas descubiertas!

JOSÉ MARTÍ

*La Lucha*, 9 de abril de 1887.

3

### CÉSPEDES Y AGRAMONTE

El extraño puede escribir estos nombres sin temblar, o el pedante, o el ambicioso: el buen cubano, no. De Céspedes el ímpetu, y de Agramonte la virtud. El uno es como el volcán, que viene, tremendo e imperfecto, de las entrañas de la tierra; y el otro es como el espacio azul que lo corona. De Céspedes el arrebato, y de Agramonte la purificación. El uno desafía con autoridad como de rey; y con fuerza como de la luz, el otro vence. Vendrá la historia, con sus pasiones y justicias; y cuando los haya mordido y recortado a su sabor, aún quedará en el arranque del uno y en la dignidad del otro, asunto para la epopeya. Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes. Otros hagan, y en otra ocasión, la cuenta de los yerros, que nunca será tanta como la de las grandezas. Hoy es fiesta, y lo que queremos es volverlos a ver al uno en pie, audaz y magnífico, dictando de un ademán, al disiparse la noche, la creación de un pueblo libre, y al otro tendido en sus últimas ropas, cruzado del látigo el rostro angélico, vencedor aun en la muerte. ¡Aún se puede vivir, puesto que vivieron a nuestros ojos hombres tales!

Es preciso haberse echado alguna vez un pueblo a los hombros, para saber cuál fue la fortaleza del que, sin más armas que un bastón de *carey* con puño de oro, decidió, cara a cara de una nación implacable, quitarle para la libertad su posesión más infeliz, como quien quita a una tigre su último cachorro. ¡Tal majestad debe inundar el alma entonces, que bien puede ser que el hombre ciegue con ella! ¿Quién no conoce nuestros días de cuna? Nuestra espalda era llagas, y nuestro rostro recreo favorito de la mano del tirano. Ya no había paciencia para más tributos, ni mejillas para más bofetones. Hervía la Isla. Vacilaba la Habana. Las Villas volvían los ojos a Occidente. Piafaba Santiago indeciso. “¡Lacayos, lacayos!” escribe al Camagüey Ignacio Agramonte desconsolado. Pero en Bayamo rebosaba la ira. La logia bayamesa juntaba en su

círculo secreto, reconocido como autoridad por Manzanillo y Holguín, y Jiguani y las Tunas, a los abogados y propietarios de la comarca, a Maceos y Figueredos, a Milaneses y Céspedes, a Palmas y Estradas, a Aguilera, presidente por su caudal y su bondad, y a un moreno albañil, al noble García. En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra: ¡seque Dios la primera mano que se levante contra la otra! No cabía duda, no; era preciso alzarse en guerra. Y no se sabía cómo, ni con qué ayuda, ni cuándo se decidiría la Habana, de donde volvió descorazonado Pedro Figueredo cuando por Manzanillo, en cuyos consejos dominaba Céspedes, lo buscan por guía los que le ven centellear los ojos. ¡La tierra se alza en montañas, y en estos hombres los pueblos! Tal vez Bayamo desea más tiempo; aún no se decide la junta de la logia; ¡acaso esperen a decidirse cuando tengan al cuello al enemigo vigilante! ¿Que un alzamiento es como un encaje, que se borda a la luz hasta que no queda una hebra suelta? ¡Si no los arrastramos, jamás se determinarán! Y tras unos instantes de silencio, en que los héroes bajaron la cabeza para ocultar sus lágrimas solemnes, aquel pleitista, aquel amo de hombres, aquel negociante revoltoso, se levantó como por increíble claridad transfigurado. Y no fue más grande cuando proclamó a su patria libre, sino cuando reunió a sus siervos, y los llamó a sus brazos como hermanos.

La voz cunde: acuden con sus siervos libres y con sus amigos los conspiradores, que, admirados por su atrevimiento, aclaman jefe a Céspedes en el potrero de Mabay; caen bajo Mármol Jiguani y Holguín; con Céspedes a la cabeza adelanta Marcano sobre Bayamo; las armas son machetes de buen filo, rifles de cazoleta, y pistolones comidos de herrumbre, atados al cabo por tiras de *majagua*. Ya ciñen a Bayamo, donde vacila el Gobernador, que los cree levantados en apoyo de su amigo Prim. Y era el diecinueve por la mañana, en todo el brillo del sol, cuando la cabalgata libertadora pasa en orden el río, que pareció más ancho. ¡No es batalla, sino fiesta! Los más pacíficos salen a unírseles, y sus esclavos con ellos; viene a su encuentro la caballería española, y de un machetazo desbarban al jefe; llévenselo en brazos al refugio del cuartel sus soldados despavoridos. Con piedras cubiertas de algodón encendido prenden los cubanos el techo del cuartel empapado en petróleo, a falta de bombas. La guarnición se rinde, y con la espada a la cintura pasa por las calles entre las filas del vencedor respetuoso. Céspedes ha organizado el Ayuntamiento, se ha titulado Capitán General, ha decidido con su empeño que el préstamo inevitable sea voluntario y

no forzoso, ha arreglado en cuatro negociados la administración, escribe a los pueblos que acaba de nacer la República de Cuba, escoge para miembros del Municipio a varios españoles. Pone en paz a los celosos; con los indiferentes es magnánimo; confirma su mando por la serenidad con que lo ejerce. Es humano y conciliador. Es firme y suave.

Cree que su pueblo va en él, y como ha sido el primero en obrar, se ve como con derechos propios y personales, como con derechos de padre, sobre su obra. Asistió en lo interior de su mente al misterio divino del nacimiento de un pueblo en la voluntad de un hombre, y no se ve como mortal, capaz de yerros y obediencia, sino como monarca de la libertad, que ha entrado vivo en el cielo de los redentores. No le parece que tengan derecho a aconsejarle los que no tuvieron decisión para precederle. Se mira como sagrado, y no duda de que deba imperar su juicio. Tal vez no atiende a que él es como el árbol más alto del monte, pero que sin el monte no puede erguirse el árbol. Jamás se le vuelve a ver como en aquellos días de autoridad plena; porque los hombres de fuerza original sólo la enseñan íntegra cuando la pueden ejercer sin trabas. Cuando el monte se le echa encima; cuando comienza a ver que la revolución es algo más que el alzamiento de las ideas patriarcales; cuando la juventud apostólica le sale con las tablas de la ley al paso; cuando inclina la cabeza, con penas de martirio, ante los inesperados colaboradores, es acaso tan grande, dado el concepto que tenía de sí, como cuando decide, en la soledad épica, guiar a su pueblo informe a la libertad por métodos rudimentarios, como cuando en el júbilo del triunfo no venga la sangre cubana vertida por España en la cabeza de los españoles, sino que los sienta a su lado en el gobierno, con el genio del hombre de Estado. Luego se obscurece: se considera como desposeído de lo que le pareció suyo por fuerza de conquista; se reserva arrogante la energía que no le dejan ejercer sin más ley que la de su fe ciega en la unión impuesta por obra sobrenatural entre su persona y la República; pero jamás, en su choza de guano, deja de ser el hombre majestuoso que siente e impone la dignidad de la patria. Baja de la presidencia cuando se lo manda el país, y muere disparando sus últimas balas contra el enemigo, con la mano que acaba de escribir sobre una mesa rústica versos de tema sublime.

¡Mañana, mañana sabremos si por sus vías bruscas y originales hubiéramos llegado a la libertad antes que por las de sus émulos; si los medios que sugirió el patriotismo por el miedo de un César, no han sido los que pusieron a la patria, creada por el héroe, a la merced de los ge-

nerales de Alejandro; si no fue Céspedes, de sueños heroicos y trágicas lecturas, el hombre a la vez refinado y primario, imitador y creador, personal y nacional, augusto por la benignidad y el acontecimiento, en quien chocaron, como en una peña, despedazándola en su primer combate, las fuerzas rudas de un país nuevo, y las aspiraciones que encienden en la sagrada juventud el conocimiento del mundo libre y la pasión de la República! En tanto, ¡sé bendito, hombre de mármol!

¿Y aquél del Camagüey, aquel diamante con alma de beso? Ama a su Amalia locamente; pero no la invita a levantar casa sino cuando vuelve de sus triunfos de estudiante en la Habana, convencido de que tienen todavía mejilla aquellos señores para años: "no valen para nada ¡para nada!" Y a los pocos días de llegar al Camagüey, la Audiencia lo visita, pasmada de tanta autoridad y moderación en abogado tan joven; y por las calles dicen: "¡ése!"; y se siente la presencia de una majestad, pero ¡no él, no él! que hasta que su mujer no le cosió con sus manos la guajira azul para irse a la guerra, no creyó que habían comenzado sus bodas.

Por su modestia parecía orgulloso: la frente, en que el cabello negro encajaba como en un casco, era de seda, blanca y tersa, como para que la besase la gloria: oía más que hablaba, aunque tenía la única elocuencia estimable, que es la que arranca de la limpieza del corazón; se sonrojaba cuando le ponderaban su mérito; se le humedecían los ojos cuando pensaba en el heroísmo, o cuando sabía de una desventura, o cuando el amor le besaba la mano: "¡le tengo miedo a tanta felicidad!" Leía despacio obras serias. Era un ángel para defender, y un niño para acariciar. De cuerpo era delgado, y más fino que recio, aunque de mucha esbeltez. Pero vino la guerra, domó de la primera embestida la soberbia natural, y se le vio por la fuerza del cuerpo, la exaltación de la virtud. Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella. Su luz era así, como la que dan los astros; y al recordarlo, suelen sus amigos hablar de él con unción, como se habla en las noches claras, y como si llevasen descubierta la cabeza.

¡Acaso no hay otro hombre que en grado semejante haya sometido en horas de tumulto su autoridad natural a la de la patria! ¡Acaso no haya romance más bello que el de aquel guerrero, que volvía de sus glorias a descansar, en la casa de palmas, junto a su novia y su hijo! "¡Jamás, Amalia, jamás seré militar cuando acabe la guerra! Hoy es grandeza, y mañana será crimen. ¡Yo te lo juro por él, que ha nacido libre! Mira, Amalia: aquí colgaré mi rifle, y allí, en aquel rincón donde le di el primer beso a mi hijo, colgaré mi sable". Y se inclinaba el

héroe, sin más tocador que los ojos de su esposa, a que con las tijeras de coserle las dos mudas de dril en que lucía tan pulcro y hermoso, le cortase, para estar de gala en el santo de su hijo, los cabellos largos.

¿Y aquél era el que a paso de gloria mandaba el ejercicio de su gente, virgen y gigantesco como el monte donde escondía la casa de palmas de su compañera, donde escondía "El Idilio"? ¿Aquél el que arengaba a sus tropas con voz desconocida, e inflamaba su patriotismo con arranques y gestos soberanos? ¿Aquél el que tenía por entretenimiento saltar tan alto con su alazán *Mambí* la cerca, que se le veía perder el cuerpo en la copa de los árboles? ¿Aquél el que jamás permite que en la pelea se le adelante nadie, y cuando le viene en un encuentro el *Tigre* al frente, el *Tigre* jamás vencido brazo a brazo, pica hondo al *Mambí* para que no se lo sujeten, y con la espada de Mayor, y la que le relampaguea en los ojos, tiene el machete del *Tigre* a raya? ¿Aquél que cuando le profana el español su casa nupcial, se va solo, sin más ejército que Elpidio Mola, a rondar, mano al cinto, el campamento en que le tienen cautivos sus amores? ¿Aquél que cuando mil españoles le llevan preso al amigo, da sobre ellos con treinta caballos, se les mete por entre las ancas, y saca al amigo libre? ¿Aquél que, sin más ciencia militar que el genio, organiza la caballería, rehace el Camagüey deshecho, mantiene en los bosques talleres de guerra, combina y dirige ataques victoriosos, y se vale de su renombre para servir con él al prestigio de la ley, cuando era el único que, acaso con beneplácito popular, pudo siempre desafiarla?

¡Aquél era; el amigo de su mulato Ramón Agüero; el que enseñó a leer a su mulato con la punta del cuchillo en las hojas de los árboles; el que despedía en sigilo decoroso sus palabras austeras, y parecía que curaba como médico cuando censuraba como general; el que cuando no podía repartir, por ser pocos, los *buniatos* o la miel, hacía *cubalibre* con la miel para que alcanzase a sus oficiales, o le daba los *buniatos* a su caballo, antes que comérselos él solo; el que ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre! Pero jamás fue tan grande, ni aun cuando profanaron su cadáver sus enemigos, como cuando al oír la censura que hacían del gobierno lento sus oficiales, deseosos de verlo rey por el poder como lo era por la virtud, se puso en pie, alarmado y soberbio, con estatura que no se le había visto hasta entonces, y dijo estas palabras: "¡Nunca permitiré que se murmure en mi presencia del Presidente de la República!"

¡Esos son, Cuba, tus verdaderos hijos!

*El Avisador Cubano*, Nueva York, 10 de octubre de 1888.

1. CUENTO DE LA GUERRA.—EI TENIENTE CRESPO
2. SE VAN LOS ANCIANOS
3. SOTERO FIGUEROA
4. EN LA RATIFICACIÓN.—JUAN FRAGA
5. EN LA GUERRA

## EL TENIENTE CRESPO

## SOBRE RECUERDOS DEL GENERAL FRANCISCO CARRILLO

Cuando se oyen las cosas de la guerra grande, se cierran los ojos, como cuando reluce mucho el sol, y al volverlos a abrir están llenos de lágrimas. Y si el que cuenta las cosas de la guerra es Francisco Carrillo, no se puede oír de pie, no se puede: la barba tiembla de la vergüenza de no estar donde se debía; se ven sabanas, lomas, cabalgatas de triunfo, agonizantes inmortales, fuertes encendidos; la vida cuelga de la garganta, con el ansia de la pelea; se sale el cuerpo de la silla, como si fuera silla de montar, como si nos tendiéramos sobre el cuello del caballo, picando espuela, besándole la crín, hablándole al oído, para alcanzar al general bueno, que se echa a morir por salvar a los demás, para correrle al lado al general de barba de oro, que va, de sombrero de yarey, tejido por sus manos, y de polainas negras, para que lo vean bien los españoles, bebiéndole los secretos al camino, rasando, como el viento, la sabana.—Porque Francisco Carrillo cuenta así, como si volviese a ver lo que cuenta,—como si le estuviera calculando al enemigo los alientos, para ganarle el combate por un hilo,—como si estuviese hasta la cintura en la batalla. ¿A Carrillo, quién lo ha visto sentado? Mira, y es un ojeo. Pinta un puesto, y sale un plano. Oírle, es un curso de armas. Sus cuentos son un manual de la revolución. A veces, cuando el enemigo le pica las ancas a Palomo, se oye el chis chas de las vainas, se oye el soplo de los caballos: los hombres van sin resuello. O vuelve grupas, y le brillan los ojos, como si los tuviera tendidos por delante, con la bandera amarilla hecha pedazos. O acordándose del compañero infeliz, se le aguan los ojos azules. O de pronto, como si pasara una visión, se le ve en la cara el paño de la muerte. ¡Eso es contar, y aquello fue pelear! Cuanto hay aquí que conmueva y resplandezca, es de Francisco Carrillo, es de él; cuanto hay aquí impotente, es mío.

Oír a Carrillo, de veras, es como ir de la mano por la revolución; —alzarse en las Villas y correrse en busca de elementos,—entrar en el Camagüey, y ver a Ignacio Agramonte,—meterse hambriento por los farallones orientales, y volver adonde el Mayor, a aprender la táctica sentados en la glorieta de Jimaguayú,—a curtir el cuero de jutía, que andaba escaso, y era el único vestido,—a mandar el ejercicio a los soldados, fríos de hambre. Es apearse de la montería con los novillos cogidos, en la habilidad del corral falso, a puño y a pecho; y almorzar de la res cuando había fiesta, o tallo de corajo y mangos verdes, que era el almuerzo de costumbre, con miel de la colmena del país, que no es como la de España, porque la de España clava, y deja el alma con la picadura, y la del país, la abeja cubana, no tiene ponzoña. Es sentarse, después de un día de marcha, a descansar haciendo cartuchos: —un cuarto de hoja de Diccionario, repartido como pan bendito: de bala, un pedazo de clavo o de balaustre, “con más picos que el demonio”, la goma, la del jagüey, que no se despega sino con la vida:—“enrólese la bala, y está hecho el cartucho”. Es oír a Agramonte, cuando el capitán Hernández le fue a decir que le quitara la compañía de chinos, que no los podía mandar, y salió Hernández con los ojos aguados, y como mejor de lo que entró, diciendo que a ver a aquel hombre no volvía él, porque “si vuelvo a ir allá, me hago hasta padre de los chinos esos”. Es oír a Máximo Gómez, cuando un adúlador le viene a celebrar los triunfos que gana con las fuerzas que organizó Ignacio Agramonte, y Gómez le contesta, de un revés magnífico: “Amigo, aquí lo que ha pasado es lo siguiente: me he encontrado un violín con muy buenas cuerdas, y muy bien templado, y yo no he hecho más que pasarle la ballestilla”.

Pero hay un nombre que no se cae de los labios de Carrillo, ni de los de la gloria, porque hasta allí pueden ir las hazañas, pero más lejos de allí, no. ¡Da gusto ser hombre, y cubano, cuando con la mano al sombrero, como para saludar, se le oyen a Carrillo los cuentos de su teniente Crespo, de Jesús Crespo, “el último en la huida y el primero en atacar”. Y apenas sabe Crespo leer y escribir, pero sabe cien veces más, y es grande en literaturas, porque no es de los que escriben poemas, sino de los que los hacen. Carrillo le enseñó las primeras letras que supo; porque aquellos hombres, el capitán y el cabo, el general y el asistente, se enseñaban a leer unos a otros, sentados en un tronco, con el dedo en el libro y el machete al lado. Del padre no pudo aprender mucha lec-

tura, porque era campesino como él, y porque se lo mataron los españoles de un hachazo:—“¡Veo a mi padre! ¡veo a mi padre!” dicen que decía, en medio del fuego, chamuscado de la pólvora, con la cabeza por sobre todos los demás, con el machete chorreando. Y era bueno como una paloma, y tan sufrido que parecía un cobardón, y cuanto tenía era de sus compañeros; a Carrillo, con los dientes, arrodillado en tierra, le sacó un día una estaca del pie. Pero cuando tocan a combatir, llama a sus dos hermanos, se cierran a pelear los tres, de cada mandoble rueda una rebanada por el aire; y un día que acude ciego a la carnicería, a galope de presa, con el machete en alto, y al llegar ve el tendal de hombres muertos a sus pies—del ímpetu inútil, rodó por tierra desmayado. Siempre volvía del ataque, con la hoja sin puño, o no más que la empuñadura, o con un balazo en la hoja, o con el machete hecho una cuchara. Un día vino muy satisfecho, con un sable de Toledo que se halló, de esos que se doblan hasta la mano sin quebrarse; y “estaba loco por probar el pájaro”. Pero el toledano le falló en el ataque de Santa Cruz, y le pareció mal “porque hace padecer mucho al infeliz”, por lo que se decidió a buscar “una cosa suya, porque la de otros no le daba resultado”. Al amanecer colgaba de una rama un palo de manajú, que era la invención de Crespo, que lo quería orear al sol, para que se le pusiera invencible. Y andaba así, por aquellas llanuras ardientes, grandazo, ido de lado, huesudo y socarrón, con la macana a la muñeca, derribando árboles. Un día, oye, en el estruendo de la fusilería, que adentro del cuartel, en un ataque al pueblo, se quedó un cubano. ¿Quién es el que se queja, con ayes muy hondos, como si estuviese herido? Tomeguín es, el negrito de once años. Entra por medio de balazos; se pierde en la humareda; retumba adentro el tiroteo, y sale Crespo, rodeado de humo, con Tomeguín, como un fardo, colgando del brazo.

El día grande, que en piedras se ha de escribir, fue el de la toma del fuerte de Tetuán. A Carrillo le dolía que el fuerte aquél, que se alzaba orgulloso en el limpio, camino del Príncipe, tuviera de defensores a los bomberos remedianos. Que el de afuera oprima, bueno, porque es de afuera; pero ¡que un hermano se ponga al servicio del que acuchilla a su hermano! De breña en breña se van descolgando, sigilosos, los noventa hombres de Carrillo, agachándose, saltando, alargándose los fusiles, hasta que acaba el seborucal, donde se ve ya el fuerte. Era pelea de lujo, y Carrillo iba con Crespo al lado, deslizándose por las piedras,

con el oído puesto al aire. De dos en fondo se lanzan, a carrera tendida, sobre el fuerte. Una cerca, la saltan. Por entre tiros llegan al fuerte que ha cerrado las puertas. De las aspilleras, al alto de un hombre, disparan los de adentro, tiro abajo. Pegados a la pared, entre las balas, aguardan el disparo. Por el tajo de la aspillera, boca a boca el fusil, meten el tiro de respuesta. Encucillado pasa el jefe de una aspillera a otra. Blasfeman los de adentro. Vocean los de afuera. ¡Salgan! ¡Vengan! Vuelan tiros e injurias. ¿Por dónde se podrá entrar? Macurijes, el mulato de la cabeza milagrosa, toma vuelo; corre sobre el fuerte; de un salto, cabeza baja, se tira sobre la puerta; vuelve, con la cabeza entre los hombros: “¡Me he matado! ¡Me he matado!”; ¡La puerta se había movido! Unos hombro a hombro, bregan por desencajarla. Allá, al pie de uno de los torreones de la esquina, Crespo, de pie en un poyo, escala la torre, con ayuda de Carrillo. Ase el borde abierto, y por la boca les dispara adentro a los remedianos el fusil; todos los rifles le apuntan, y él se echa entre ellos, “solo contra toda España”. A filo de machete se abre paso; taja la masa viva; con el puño aturde a uno, y con la hoja corta a otro; y cercado de sus enemigos, con una mano al cerrojo y otra al arma, abre la puerta. De la arremetida, no quedó bombero. El humo llenaba la casa. Entra Carrillo en un cuarto, ve en la mesa de comer un huevo revuelto con arroz, y de un manazo se lo lleva a la boca. Perdonaron, perdonaron mucho entonces: “lo que les dio un resultado magnífico”.

Si había que cazar al español atrevido, con Crespo tenía Carrillo bastante, como cuando mandó a un correo a Caibarién, y volvió el correo del susto de los españoles, con la lengua negra. Con Crespo y sus hermanos, y algún valiente más, salió Carrillo a ver cuántos eran, que eran más de lo que tan pocos jinetes podían vencer; pero no lo querían oír aquellos locos, que corrían loma abajo a dar sobre el campamento, sin más recurso que volver colas, por la loma seca, con la caballería contraria a la espalda. Los vocean. Los tirotean. Van anca con cuello. No hay monte, y es la muerte. Agramonte se dispuso a morir en Jimaguayú por salvar a sus compañeros fugitivos, y ver luego de salvarse él. Carrillo, en la fuga desesperada, se acuerda de Agramonte, y como él, ordena a sus amigos rebeldes que se metan por el primer monte cercano; él, él solo, con su revólver y su caballo Palomo, tendrá a raya a los españoles, mientras sus compañeros huyen. Gritos salvajes festejan su

apuro. Los caballos lo cercan, desdeñando a los que escapan. A tiros y a miradas, los retiene Carrillo, que va a escape, disparando para atrás, con el enemigo por la izquierda para que el revés del machete sea seguro. No se respira. Los sables chiscean. Ya ve Carrillo la cabeza del potro español; ya la va a echar atrás de un machetazo. Palomo, de una ancada, les aventaja, los deja lejos, ya no se oyen los sables. Carrillo vuelve la cabeza: está el español como a cinco cordeles: tuerce Carrillo grupas, en lo alto de la loma, y de pie en los estribos, les echa encima una magnífica desvergüenza. Pero volverá el jefe por donde vino con los cabellos erizados; volverá el jefe, solo, a donde deben estar sus muertos: los habrán seguido, los habrán alcanzado. Palomo, que sabe como gente, anda sin pararse, largo y de oreja en punta, porque no da con rastro español. Y cuando Carrillo se juntó con los suyos, y se le abrazaron al caballo todos, y a las manos, y a las piernas, Crespo estaba contra un tronco, donde no lo veían, llorando.

Pero como el valor sublime no basta, por desdicha, a vencer en las guerras, sino que ha de dirigirlo y de concertarse con él, una política sincera y hábil, que le abra el camino en vez de entorpecérselo, y lo vaya limpiando de las enfermedades que le salen con el uso, sucedió aquel oprobio innecesario, en que por envidia de los unos y desmayo de los otros, se rindió la guerra floreciente a un sitiador sin esperanza: y los héroes clavaron sus espadas en el fango. Cubrían Las Villas los españoles victoriosos. Cada árbol llevaba cinta de hule. Carrillo invicto, les disputaba las últimas defensas. Iban de ancas, corridos, los que habían atacado de frente tantas veces. Crespo, en una fuga, llevaba la pierna derecha lisiada y se clavó la izquierda, al bajar del caballo. Carrillo se lo llevó, poco menos que en brazos, al guardián casto y astuto de las mujeres de los oficiales, y de lo más sagrado de la fuerza, al pulcro y caballeroso sargento mulato Pablo Martínez, que llamaban “el viejo Pablo” por su moderación y sensatez, y era persona de tanta limpieza y respeto, que donde estaba él no había quien dijera una desvergüenza en una legua a la redonda.—Allí, en las barbas de los españoles, Pablo le halló un asilo al teniente Crespo,—el mulato Pablo. Con sus manos le armó la cama de hojas; con su boca le rociaba las heridas; en el hueco de sus palmas le traía agua que beber; hasta que un día, gigantazo como era, por poco le ven el cuerpo grande, los españoles, al bajar al arroyo. ¡Y le quitarían a su teniente, al amigo del general,

a Jesús Crespo el bueno! Pisando por el aire, la mano a la oreja y el dedo al gatillo, llega al escondite. Agacha el cuerpo, con las manos en las rodillas, y dice: "Monte, teniente". Con el rifle en una mano y el lio de ropa en la otra, monta Crespo en el mulato Pablo... El arroyo cae a lo lejos. Las hojas, dormidas, no se mueven. El sol, como suspenso, vela su luz. "¡Teniente!" dice Pablo, mirándolo de abajo, "¡tenga cuidado con la retaguardia, que yo me ocuparé del frente!" Y en el silencio de la selva, avanzaban sagaces, los dos gigantes. Al llegar al seguro, se limpió Pablo el sudor y se arrimó a un tronco: "¡Desmóntese, Teniente!" Cuando Crespo, con una luz inefable en los ojos, se lo contaba a Carrillo, como una sencillez, "te puedo decir,—le dijo,— que iba más seguro montado en el viejo Pablo que en mi caballo *Adela*".—Es justo que haya aún palmas en Cuba, porque cuando la tiniebla se acabe, y seamos dignos de poner la mano en ellas, al mulato Pablo, ¡de la palma más alta le hemos de tejer una corona!

¿Y cómo vive ahora, dónde vive ahora el teniente Crespo? ¿Dónde, a más de nuestros corazones? Hace unos meses venía de Cuba un amigo de él y de Francisco Carrillo, que le fue a pedir el recado que quisiese para el General. Pensó el pobre enfermo; miró a su alrededor, en las paredes desnudas; miró, en vano, en las gavetas vacías; mandó descolgar una cartuchera y la llenó de huesos: "Ahí te mando, Carrillo, lo único que te puedo mandar, la cartuchera que le quité al oficial de las Nuevas de Jobosí, y los huesos que me han sacado". ¡Le mandaba su gloria y su existencia! Carrillo al contarle, una vez, al fin, palideció. El teniente Crespo vive en Cuba, enfermo de un mal terrible, en una casita muy pobre, cayéndose a pedazos.

## 2

## SE VAN LOS ANCIANOS

Doce años hace, cuando fue vencido en Cuba, por su infeliz organización, el movimiento que pudo evitar al país diez años de esperas inútiles, vino fugitivo de Cádiz un anciano modoso, de rara cordura, de cuerpo recio y pequeño, y el rostro inolvidable, con la tez curtida por el sol de las escuadras del Oriente, honrados los ojos y serenos, de águila la nariz y la barba blanca. Un cubano que no se ha cansado aún lo recibió en sus brazos, y le evitó el viaje mortal a la guerra que ya se des-

vanecía. "Aquí vengo, señor, dijo Silverio del Prado, para que me mande a la guerra con mis tres hijos". ¡Era Silverio del Prado, que con sus tres hijos había peleado ya diez años! Cayó ya en suelo amigo el hombre cuyas heridas no se pudieron cerrar al sol de su país. Las palmas que le dan sombra, no son sus palmas.

En Cayo Hueso vivía, en una casa señorial como su corazón, un hombre que dio a la patria sus ochenta años de vida, su riqueza, sus sueños de gloria, sus dos hijos. Nacido en sedas, no tenía fe en ellas. Amaba, por un instinto superior al influjo de la falsa cultura, aquella libertad que se paga en lo que vale, y nace y se mantiene del reparto equitativo de la justicia entre los hombres. Hablaba el matancero José Francisco Lamadriz como maestro eximio la lengua de sus opresores, y el haber vivido en España largamente, reforzó su convicción de la necesidad de apartar a Cuba de ella. Era un gozo ver florear su robusto entendimiento. Todo se le fue cayendo alrededor. Con la muerte sentada a la mesa, aún le hacía seña de esperar, y se ponía en pie a decir adiós a la patria. Moría muy pobre aquel rico. Y en tierra ajena están ahora sus huesos.

Ahora muere en Puerto Príncipe, rodeado de ruinas, *El Solitario* que amó a su tierra ardientemente. Ni huyó el cuerpo, ni cedió la pluma. Si no tenía más que un amigo el defensor de la independencia de la patria, Francisco Agüero era el amigo. De cárceles y de peligros salía más fresco y determinado, como el nadador de debajo de las olas. La edad le comió las carnes, y le royó la pobreza los vestidos. De una tristísima soledad tenía llenos los ojos. Cayó en su patria, como si cayera en tierra extraña.

*Patria*, 19 de marzo de 1892.

## 3

## SOTERO FIGUEROA

Sotero Figueroa es uno de los hijos más meritorios, de los caracteres más probados y de los escritores más enérgicos y conocidos de Puerto Rico. Tuvo un maestro que no se puede recordar sin ternura: el maestro Rafael.

Desde la adolescencia escribió mucho, en verso y en prosa. De la prosa, ya por entonces eran notables, por la fidelidad de la observación y el buen sentido, sus artículos de costumbres. Pronto empezó a coleccionar y a estudiar con afán todo lo referente al país, a colaborar en todas las obras de su adelanto y cultura con sus personas distinguidas, y a defender con marcado tesón las libertades públicas.

Su labor ha sido, desde sus comienzos, continua y múltiple; en la prensa, donde fue pronto adalid formidable, en la tribuna, en la que luce con dotes de expositor sereno, en el teatro, a que ha dado obras sustanciosas y de sagaz actualidad, en la conversación familiar, donde se muestra de preferencia su carácter firme y su buen consejo, ha sido como aquel ilustre Baldorioty de Castro, que lo tuvo en el periódico de compañero privilegiado, "ha ido siempre adelante". En la polémica política de su país, Figueroa sólo ha tenido iguales; ni da de costado, ni perdona juntura. A los males les busca el remedio en la raíz, y quiere que en todo se proclame y respete el pleno derecho del hombre. La suya es una energía que no cesa jamás hasta la transacción, ni sube nunca hasta la arrogancia. Su párrafo es numeroso, sin palabras que huelguen, ni ideas recalentadas, y con la música completa de los acentos y del sentido.

Cuando flaqueaba casi todo a su alrededor, él no flaqueaba. Cuando en los días del "componte" terrible, en los días de las torturas de sus compañeros, el principal periódico de Ponce, *El Pueblo*, no tenía más redactor que él, él no faltó un solo día a la mesa del periódico. Cuando se convenció de que no había esperanza legítima de reforma por los métodos que había abogado como miembro valiosísimo del autonomismo, cesó de escribir. De su ciudad querida, de Ponce, cuyo espíritu progresista y liberal encomió en notable artículo, a modo de altivo saludo, en la visita del general Palacio, mudó su hogar a New York, donde su pluma, siempre activa, y cada día más útil y elocuente, continúa manteniendo con sobriedad ejemplar todas las formas y la esencia plena del derecho. Sus versos son robustos y sentenciosos; sus discursos son breves, bien repartidos y memorables; sus artículos fáciles e instructivos, versan sobre los temas más variados de Europa o de América, de biografía o de literatura. Es escritor de arte, a la vez que de trabajo; en todo lo suyo se le ve el carácter, que es su dote principal, el carácter honrado, afirmativo y directo. Entre puertorriqueños y cubanos y entre cuantos le conocen, goza de autoridad y simpatías.

De sus obras, aparte de la continua y laboriosa de la prensa, y de sus comedias verdaderamente notables, la más conocida es la colección

de "Estudios Biográficos" de Puerto Rico, premiada por la primera corporación de Ponce. Es obra en que ya se ven, aunque sin el crecimiento a que han llegado luego, las cualidades dominantes de Figueroa; la unidad de pensamiento, la investigación laboriosa, la forma elegante, el indómito y ardiente patriotismo. Hoy escribe como uno de los redactores principales, en *La Revista Ilustrada* de New York, y allá vieron la luz sus *Reparos Literarios*, colección de cartas sobre literatura de Hispanoamérica, en que entre nuevos y excelentes datos biográficos, pone de realce la individualidad, e ignorada riqueza, de las letras hispano-americanas y muestra la viveza y profundidad con que ha comprendido el problema de América, aún cerrado para muchos que lo debieran entender, y la estrecha relación de las Antillas con el problema americano.

JOSÉ MARTÍ

Publicado en *La Igualdad*, de La Habana, 1892, y reproducido en *La Doctrina de Martí*, Nueva York, 2 de marzo de 1897.

4

## EN LA RATIFICACIÓN

JUAN FRAGA

En esta hornada de corazones, todos leales, que da empuje de misión a lo que viene con menos fuerza cuando es mera idea política; en esta campaña que ha ganado la constancia insigne, hasta volver a los días heroicos de nuestro patriotismo, toca por su tesón e independencia, y por la rara capacidad de rendir la preocupación misma al juicio, asiento de honor al que ha puesto en las manos de la patria su primer libreta de banco, al que ha quitado a todos, con la prueba de su ejemplo, el derecho de decir que no hay modo de llevar de afuera ayuda al país. Cien hicieran lo que él: ¡y fuéramos libres! Cien lo harán. Y el día de triunfo, cuando haya cuajado y vencido el poder de corazón con tanta pena compuesto hilo a hilo en la sombra, cuando la organización ambiente y crecedera nos haya puesto en una libertad tan hecha a ella desde la raíz que no se nos pueda desordenar, cuando el espíritu victorioso llegue a caballo a las puertas del palacio podrido, y mande sellar las

puertas del palacio, las manos se alzarán por sobre las cabezas para proclamar al que, con los ojos escudriñadores, vio que era preciso tenerle el caballo preparado al espíritu que ¡por fin! venía a vencer, al que en la fatiga de la vida halló tiempo para llamar a todos los corazones, y maña y honradez para que todos se le abrieran; al que inició y custodia el tesoro de la patria: a Juan Fraga.

De otros la codicia de acapararse de la bondad o la debilidad de un hombre, con la lisonja sólo grata a los pequeños, y valerse de la virtud, trastornada por la adulación, para ponerle estorbos a la patria. Y de otra época, la necesidad de lisonjear al virtuoso. Estos tiempos de ahora son como de competencia en el honor, y no se está a quien brilla sino a quien sirve. Hay afán de ser útil, y el sacrificio vuelve a ser la moda. A brazadas se pueden tomar ahora los hombres buenos. Pero hay que poner donde se le vea a quien, en el día del recuento, puede decir: "Yo uní, cubano a cubano, las almas dispersas: yo pensé de día, y velé de noche: yo cumplí con el deber que vi ambulante, mientras cumplían los otros con el suyo: yo demostré lo que pueden hacer siete hombres en tres años: yo, cuando la patria me dijo "¡necesito!" pude decirle: "¡toma!"

*Patria* no pudo recoger, porque fue aquello una relampagueante función de armas, cuanto se dijo en la noche unánime de la ratificación de las Bases y Estatutos con que se mueven, para el bien de su patria, los revolucionarios emigrados. Pero el peso y brevedad de las palabras presidenciales, permiten ponerlas aquí íntegras. Así, en la noche de la ratificación, habló Juan Fraga:

Señores:

La circunstancia de presidir el club de "Los Independientes", el club decano, padre cariñoso de todos los clubs recientemente organizados en la emigración, ha hecho que los señores presidentes de los clubs aquí presentes hayan tenido la benevolencia de nombrarme para presidir esta asamblea, como un tributo de consideración y respeto a la antigüedad del club "Los Independientes".

Y no nos reunimos aquí esta noche, señores, para hacer una exhibición de oratoria innecesaria: dejemos eso para los que allá en nuestra patria agotan la retórica tratando de revivir un ideal muerto, sin darse cuenta de que la dignidad de un pueblo está por encima de la retórica de sus sabios, y de las especulaciones financieras de aquellos que no tendrían escrúpulos en vender la patria, si este acto redundara en beneficio de su tesoro.

Aquí nos reunimos, señores, para dar un testimonio público de la unión cordial y entusiasmo con que aceptamos el programa y los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, formulados en Cayo Hueso, que es lo mismo que si dijéramos en Guáimaro o en Cascorro.

El programa es amplio y democrático, y abre las puertas a todos los cubanos, puertorriqueños y españoles de buena voluntad que se interesen por el bien de Cuba y Puerto Rico.

Sí, señores, de Cuba y Puerto Rico: Lares y la Demajagua son dos hermanas que se besan a través de las olas que las separan. Por eso es que al efectuarse este movimiento cubano no ha sido necesario llamar a los puertorriqueños patriotas, que ellos han sabido presentarse espontáneamente, y aquí tenemos entre nosotros el club "Borinquen".

Los Estatutos puede ser que tengan alguna deficiencia ¿y por qué no? ¿no las tuvo el código más sublime que han escrito los hombres, la constitución norteamericana que tiene quince enmiendas?

Si los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano tienen alguna falta, se enmendarán sin que este acto disturbe la unión compacta de los emigrados, propuesta en Cayo Hueso, aprobada en Tampa y sellada en Nueva York en este acto solemne para la patria.

Continuemos nuestra obra de unificación y llevemos escrito en nuestras frentes: fe, perseverancia y honradez.

*Patria*, 26 de marzo de 1892.

## 5

## EN LA GUERRA

Es Ramos, de las Cruces. New York le ha sido cruel, y se vuelve a Tampa. Viene a decir: "¡Presente!" Allá tiene su mujer, que padeció mucho del frío, y sus dos hijitos. "Pero, señor, habrá quién los cuide. Yo empecé, señor, y tengo que acabar". Y no habla de sus hambres; no habla de los padecimientos que lleva en la cara marcial; no habla de la herida que le destrozó la mano.

—¿Y esa mano, Ramos?

Ramos baja los ojos hermosos: por la frente alta, y enjuta hacia las cejas, le cuelga el cabello rebelde. Carga bigote y pera militar.

—Pues esto de la mano fue en el Guayacón. Fue una entrega que nos hicieron. Nosotros éramos doce, y teníamos hecho un chapeo dentro de la yerba de Guinea. Uno de nosotros salió al limpio, y vio a la fuerza

española pegándonos candela. Trescientos veintiocho era la fuerza de ellos, señor, y nosotros éramos doce nada más.

—¿Y cómo escaparon vivos, Ramos?

—Pues salimos, y les descargamos de retirada. Nosotros teníamos que buscar una ceja de monte que había a la izquierda. Ellos se abrieron a correr, eran de caballo ellos, para cogernos el frente de la ceja. Nosotros no nos habíamos dispersado, y descargamos todos juntos. Ellos se detuvieron un momento, y por ahí nos les corrimos a la ceja.

—¿Pero lo de la mano, Ramos?

—¡Ah! pues fue en la descarga, cuando le entró la bala en el costado a un muchacho que yo apreciaba mucho, y yo le vi el desmayo de la muerte, y le dije: “Cáete aquí, hermano: cáete en mi hombro”. Y cuando alcé el brazo para abarcarlo bien, me entró la bala, señor, me entró de frente; vea que me entró por la palma de la mano.

—¿Y se salvaron? ¿Cómo?

—Pues nos salvamos. El cubano es como las codornices cuando llega la hora. Y pelea muy templado también. El muerto no se quedó allí, no señor. Entre un compañero y yo nos lo llevamos; por la cabeza yo y él por los pies. Se acabó de morir allá en el monte. Eso sí que defendíamos nosotros: ¡nuestros muertos!

Y con la derecha se cubría Ramos, y con los ojos miraba largamente, su mano destrozada.

*Patria*, 26 de marzo de 1892.

1. RAFAEL SERRA.—PARA UN LIBRO
2. UN ALMA DE HÉROE
3. EL 10 DE ABRIL
4. UN ESPAÑOL

## RAFAEL SERRA

## PARA UN LIBRO

De luz se han de hacer los hombres, y deben dar luz. De la naturaleza se tiene el talento, vil o glorioso, según se le use en el servicio frenético de sí, o para el bien humano; y de sí elabora el hombre, aquilatándose y reduciéndose, el mérito supremo del carácter. Corre las calles, revuelta con el fango, la elocuencia; el letrado menesteroso se acurruca de escabel, o como víbora enroscada, a los pies del magnate que aborrece; duerme el genio alquilado cerca de la bota del déspota inculto. No es de éstos Rafael Serra; sino de los que con su indignación, acrisolada en la justicia, propaga el alma buena y libre entre los hombres.

Tiene la vida, entre sus viles, los que le niegan a la madre el vientre, o cargan con rabia sorda la condición que no saben realzar con su virtud, o venden, por el apoyo que los empine en el mundo, el honor que puede sólo asegurarlos en él. No es de éstos Rafael Serra, ni de los que andan la jornada a la grupa de otro, ni de los que empeñan su albedrío por una migaja de lisonja; sino de los que ejercitan la piedad, sin más pecado que el de amar con exceso, y con imprevisión a veces, a los que creen piadosos.

Otros van en la vida con la lepra que no se les ve, porque les sale por dentro, derribando cuanto hallan de altura, buscando en las estatuas el lunar, afilando la palabra asesina, zapando cuanto las almas de construcción levantan y congregan. Un gozo, de luces como verdes, les brilla en la mirada cuando se viene abajo una columna, o mana de una frente pura un chorro de sangre. Corren unos el mundo cubriendo con voces

escandalosas de patria y libertad el desierto de su corazón, sin más alegría que la de ver como se derrumba, ya que no ha de servirles de pedestal, la fábrica de los hombres. Unos están en el mundo para minar; y para edificar están otros. La pelea es continua entre el genio albañil y el genio roedor. Unos trabajan con la uña y el diente: otros con la cuchara y el nivel. No es de éstos Rafael Serra, sino de los que construyen.

Yo he vivido a su lado. Yo he visto, como en los talleres de los lapidarios, la lámpara azul y serena de su corazón. Yo le vi sujetarse, cultivarse, perdonar y fundar, vencerse. Yo le veo, con orgullo de hermano, cómo guía, en las horas de prueba, las iras más santas con la benignidad que las hace útiles. Yo lo veo, obrero ardiente, levantarse de la mesa de trabajar para encender, allá en su cuarto de cenobita, la llama a que lee su Macaulay o su Hume, o su Chateaubriand o su Virgilio. Yo lo veo vivir, como para ampararla mejor, en la casa memorable de *La Liga*, la casa de juntarse y de querer, que es de lo más puro que haya yo conocido entre los hombres. Yo veo a este creador, libre en el juicio y tenaz en el consejo, alzarse impávido ante el auditorio que lo vitorea, clavar en el aire sus máximas firmes, dominar al injusto y asombrarlo con el poder natural de su razón. Yo le veo volver de la casaca de los aplausos a su mandil de obrero, y con la fatiga de sus manos ganar el óbolo que lleva a la caridad o a la enseñanza. El va de casa en casa, y llama pecho por pecho, y tiene en la cara el castigo de los prodigios y de los avaros, y de su corazón, como un bálsamo, se derrama la escuela.

Que la frase sentenciosa, de querer decir mucho, se le queja algunas veces, y se le quiebra. Que el verbo singular suele pelearse con el plural de los sujetos, y huelga esta adversativa, o la disyuntiva aquella. Que el párrafo músico le pide, una ocasión u otra, armonías que pudiera rehuir sin que le reclamara el sentido. Que en la construcción y desarrollo de sus discursos le titubeó aquí o allá la mano novicia, sin dar de golpe con el arte breve. Que esta palabra o aquélla dice más o menos de lo que él quisiera decir, o es más pintoresca que castiza. Pero él descubre la lengua raizal por donde los idiomas se esfuerzan y engrandecen; él va alzando la frase con la idea, y la reprime cuando el pensamiento la abandona; él usa del lenguaje como de atalaya, para divisar y anunciar, no como percha, para colgar púrpuras; él prefiere la estatua al color, y habla la lengua épica.

La epopeya está en el mundo, y no saldrá jamás de él: la epopeya renace con cada alma libre: quién ve en sí es la epopeya. Unos son segundones, y meras criaturas, de empacho de libros, y si les quitan de

acá el Spencer y de allá el Ribot, y por aquí el Gibbons y por allí el Tucídides, se quedarían como el maniquí, sin piernas ni brazos. Otros leen por saber, pero traen la marca propia donde el maestro, como sobre la luz, no osa poner la mano. Y artesanos o príncipes, éstos son los creadores. Epopeya es raiz.

Van y vienen las corrientes humanas por el mundo, que hoy arrolla los pueblos del color que temió ayer, y funde el oro de sus coronas en cadenas con que atarlos al carro del triunfo. Desdeñó un día el sajón, y tuvo a menos, el trato y la amistad con el italiano o andaluz, porque por lo moreno de la cara se creía mejor que él; y luego el andaluz y el italiano desdeñan a los de tez más morena que la suya. Los esclavos, blancos o negros, fueron depuestos en largas generaciones, por el recuerdo de la esclavitud más que por la culpa del color, del derecho de igualdad, en la aptitud y en la virtud, con sus antiguos amos. El mundo sangra sin cesar de los crímenes que se cometen en él contra la naturaleza. Y cuando, con el corazón clavado de espinas, un hombre ama en el mundo a los mismos que lo niegan, ese hombre es épico.

*Patria*, 26 de marzo de 1892.

## 2

## UN ALMA DE HEROE

Admirados vieron un día los obreros de la fábrica de Mora, famosa años ha, a un hombre de más letras que mecánica que, con la cara llena aún de sufrimientos, se sentó valiente a aprender el trabajo humilde y libre; porque con independencia, en hombres como en pueblos, la mayor humildad es corona: y sin ella, el genio mismo va de saltimbanqui, y la virtud, de verse incapaz, se vuelve ponzoña. Aquel letrado, aquel negociante, aquel secretario, vio que el oficio de torcer tabacos mantenía en el destierro honrado al hombre: se subió al codo los puños petimetres, y aprendió a torcer tabacos. Aquel rostro, decidido y sereno; aquel buen consejo y continua cortesía; aquel trabajar desde la primera hasta la última luz: aquel alzar con el alma unida de la asociación el corazón disperso de los cubanos, se llamaron en vida Ramón del Valle. Murió ayer, de cincuenta y cuatro años, a la hora en que rompe el día, a la madrugada.

El español lo metió en el barco horrible, y fue, en la náusea de aquella bodega, a Fernando Poo. Se le veía morir en el camino, no

abatirse; si alzaba una mano, era para darla a los demás: su bocado tenía dos pedazos, y uno solo era suyo. Burló su cárcel, pisó esta nieve y demostró su fortaleza con el aborrecimiento de la fea comodidad de la limosna. No se puso de cesante, a gruñir y pedir; ni creyó que el padecer por la patria excluyese al hombre del deber de honrarla por el mundo con el ejercicio constante de su virtud. ¡El apóstol, que lo sea a costa suya! ¡ni puede decir la verdad a los hombres quien les recibe la carne y el vino! De tabaquero comenzó el destierro quien en riqueza y secretaría vivió en la patria. De tabaquero cultivó su lengua, y escribió documentos memorables. De tabaquero levantó a sus hijos. Y ni descubrió él que los hombres se desposeyesen de una sola virtud, o se limpiaran de una sola culpa, por estar en un empleo en vez de otro; ni el obrero cubano, que no ve en su mesa una barrera que lo aparte del mundo, ni un bochorno que lo haga menos que él, cesó de admirarle el alma bravía al culto Ramón Valle. Al caer en la tierra ajena del cementerio de Woodlawn, con los ritos de la hermandad masónica en que vio él como la patria misma, por ser la patria imposible sin el trato libre e indulgente de los que han de vivir en ella como hermanos, no cayó solo, ni entre pechos fríos, sino rodeado de cabezas descubiertas.

*Patria*, 3 de abril de 1892.

## 3

## EL 10 DE ABRIL

Más bella es la naturaleza cuando la luz del mundo crece con la de la libertad; y va como empañada y turbia, sin el sol elocuente de la tierra redimida, ni el júbilo del campo, ni la salud del aire, allí donde los hombres, al despertar cada mañana, ponen la frente al yugo, lo mismo que los bueyes. Guáimaro libre nunca estuvo más hermosa que en los días en que iba a entrar en la gloria y en el sacrificio. Era mañana y feria de almas Guáimaro, con sus casas de lujo, de calicanto todas, y de grandes portales, que en calles rectas y anchas caían de la plaza espaciosa a la pobreza pintoresca de los suburbios, y luego el bosque en todo el rededor, y detrás, como un coro, las colinas vigilantes. Las tiendas rebosaban. La calle era cabalgata. Las familias de los héroes, anhelosas de verlos, venían adonde su heroísmo, por ponerse en la ley, iba a ser mayor. Los caballos venían trenzados, y las carretas venían enramadas. Como novias venían las esposas; y las criaturas, como cuando

les hablan de lo sobrenatural. De los estribos se saltaba a los brazos, Los españoles, alegres, hacían buena venta. Era que el Oriente y las Villas y el Centro, de las almas locales perniciosas componían espontánea el alma nacional, y entraba la revolución en la república. El jefe del Gobierno provisional de Oriente acudía al abrazo de la asamblea de representantes del Centro. El pabellón nuevo de Yara cedía, por la antigüedad y la historia, al pabellón, saneado por la muerte, de López y Agüero. Venía Céspedes, a detenerlo a la puerta de la Cámara, en el caballo que le pidió al Camagüey permiso para ir por su territorio a beber las aguas del Almendares. El que había sabido deponer, se deponía. El sable que Céspedes regaló a Agramonte, en la visita en que el Oriente quiso seguir hasta palacio con su ley, y el Centro quiso poner a la guerra las formas de la república, esperaba impaciente, antes que desenvainarse mal, la carta de libertades que ha de poner por sobre su cabeza, y ha de colgar del pecho de su caballo, todo militar de honor. En los modos y en el ejercicio de la carta se enredó, y cayó tal vez, el caballo libertador; y hubo yerro acaso en ponerles pesas a las alas, en cuanto a formas y regulaciones, pero nunca en escribir en ellas la palabra de luz. Ni Cuba ni la historia olvidarán jamás que el que llegó a ser el primero en la guerra, comenzó siendo el primero en exigir el respeto de la ley... Estaba Guáimaro más que nunca hermosa. Era el pueblo señorial como familia en fiesta. Venían el Oriente, y el Centro, y las Villas al abrazo de los fundadores.

¿A quién salen a ver, éstos, saltando el mostrador, las casas saliendo a los portales, las madres levantando en brazos a los hijos, un tendero español sombrero en mano, un negro canoso echándose de rodillas? Un hombre erguido y grave, trae a buen paso, alta la rienda, el caballo poderoso; manda por el imperio natural, más que por la estatura; lleva al sol la cabeza, de largos cabellos; los ojos, claros y firmes, ordenan, más que obedecen: es blanca la chamarreta, el sable de puño de oro, las polainas pulcras.

¡Y qué cortejo el que viene con Carlos Manuel de Céspedes! Francisco Vicente Aguilera, alto y tostado, y con la barba por el pecho, viene hablando, a paso de hacienda, con un anciano florido, muy blanco y canoso, con el abogado Ramón Céspedes. Van callados, del mucho amor el uno, y el otro de su seriedad natural, José María Izaguirre, que en los de Céspedes tiene sus ojos, y Eligio, el otro Izaguirre, rubio y barbado.

Corte a caballo parece Francisco del Castillo, que trae a la guerra su fama y su fortuna, y en la Habana, cuando se enseñó, ganó silla de prohombre: y le conversa, con su habla de seda, José Joaquín Palma, muy mirado y celebrado, y muy arrogante en su retinto. El otro es Manuel Peña, todo brío y libertad, hecho al sol y al combate, brava alma en cuerpo nimio. Jesús Rodríguez es el otro, de más hechos que palabras, y hombre que se da, o se quita. Van y vienen, caracoleando, el ayudante Jorge Milanés, muy urbano y patricio; el gobernador Miguel Luis Aguilera, criado al campo leal, y prendado del jefe; y un mozo de ancha espalda, y mirada a la vez fogosa y tierna, que monta como quién nació para mandar, y es Fernando Figueredo.—En silencio pasan unas veces; y otras veces se oye un viva.

¿Por quién manda Céspedes que echen a vuelo las campanas, que Guáimaro se conmueva y alegre, que salga entero a recibir a una modesta comitiva? Entra Ignacio Agramonte, saliéndose del caballo, echando la mano por el aire, queriendo poner sobre las campanas la mano. El rubor le llena el rostro, y una angustia que tiene de cólera: “¡Que se callen, que se callen las campanas!” El bigote apenas sombrea el labio belfoso: la nariz le afina el rostro puro: lleva en los ojos su augusto sacrificio. Antonio Zambrana monta airoso, como clarín que va de silla, seguro y enfrenado; el Marqués va caído, el ardiente Salvador Cisneros, que es fuego todo bajo su marquesado, y cabalga como si llevara los pedazos mal compuestos; Francisco Sánchez Betancourt le trae a la patria lo que le queda aún del cuerpo pobre, y todos le preguntan, rodean y respetan. Pasa Eduardo Agramonte, bello y bueno, llevándose las almas.—¡Allá van, entre el polvo, los yareyes, y las crines, y las chamarretas!

Los de las Villas llegaron más al paso, como quienes venían de marchas muy forzadas, y a bala viva ganaron el camino al enemigo. Les mandaba la escolta el polaco Roloff, noble jinete, que sabe acometer, y sabe salvar, alto de frente, inquieto y franco de ojos, reñido con las esperas, e hijo fanático y errante de la libertad. Doctores y maestros y poetas y hacendados vienen con él; ¡y esto fue lo singular y sublime de la guerra en Cuba: que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron! Por el valer y por los años hacía como de cabeza Miguel Jerónimo Gutiérrez, que se trajo a pelear el juicio cauteloso, el simple corazón, la cabeza inclinada, la lánguida poesía, el lento hablar: y su hijo. Honorato Castillo venía a levantar la ley sin la que las guerras paran en abuso, o derrota, o deshonor,—y a volverse al combate, austero

e impetuoso, bello por dentro, corto de figura, de alma clara y sobria. Manso, “como una dama”, en la conversación, peinadas las barbas de oro, y todo él consejo y cortesía cabalgaba Eduardo Machado, ya comentando y midiendo; y con él Antonio Lorda, en quien el obstáculo de la obesidad hacía más admirable la bravura, y la constancia era igual a la llaneza; las patillas negras se las echaba por el hombro: clavaba sus ojos claros. Arcadio García venía con ellos, natural y amistoso; y patria todo, y buena voluntad; y Antonio Alcalá, popular y querido, y cabeza en su región; y Tranquilino Valdés, de voto que pesa, hombre de arraigo y calma. Iba la cabalgata, fatigada y gloriosa: se disputaban a los valientes villareños las casas amigas: ¿no venían bajo un toldo de balas?

Tienen los pueblos, como los hombres, horas de heroica virtud, que suelen ser cuando el alma pública, en la niñez de la esperanza, cree hallar en sus héroes, sublimados con el ejemplo unánime, la fuerza y el amor que han de sacarlos de agonía; o cuando la pureza continua de un alma esencial despierta, a la hora misteriosa del deber, las raíces del alma pública. Son entonces los corazones como la flor de la maravilla de nuestras sabanas, todos sensibles y de color rico; y hay guirnalda de almas, lo mismo que de flores. Dejan caer la pasión los pechos más mezuquinos, y la porfía es por vencer en la virtud. Manos heladas, del poco uso, se dan con vehemencia: los hombres no se murmuran los méritos, ni se los picotean: miran de frente los ojos resbaladizos. Guáimaro vivió así, de casa en casa, de junta en junta, de banquete en banquete. Hoy Céspedes convidó a su mesa larga, y entre rústica y rica, con ochenta cubiertos, y manteles y vinos: y en la mirada ceremoniosa, y siempre suya, se le veía la felicidad: ¡qué arranques conmovedores, de jóvenes y de viejos, y qué mezcla de pompa aprendida y de grandeza natural en los discursos! Luego el Centro invitó a Oriente y a las Villas. Y las Villas invitaron después. Y después Manuel Quesada, general del Centro entonces, la palabra entre melosa y altanera, el vestido ejemplar y de campaña, alta y calzada la estatura. No había casas con puertas, ni asambleas sin concordia, ni dudas del triunfo. La crónica no era de la que infama y empequeñece, sobre mundanidades y chismes; sino de las victorias más bellas de los héroes, que son las que alcanzan sobre sí propios. Las conversaciones de la noche eran gloriosos boletines.

Que Céspedes, convencido de la urgencia de arremeter, cedía a la traba de la Cámara. Que Agramonte y Zambrana, porque no se les

tuviera la idea de la Cámara por aspiración personal, ponían, en el proyecto de constitución que la junta de representantes les encargó, lejos de su alcance por algunos años la edad de la presidencia. Que Céspedes cedía la bandera nueva que echó al mundo en Yara, para que imperase la bandera de Narciso López, con que se echó a morir con los Agüeros el Camagüey. Que el estandarte de Yara y de Bayamo se conservaría en el salón de sesiones de la Cámara, y sería considerado como parte del tesoro de la República. Que aunque suene, por parte de los unos a amenaza o reticencia, los otros consentirán en que la Cámara quede con el derecho de juzgar y de deponer a los funcionarios que puede nombrar. Que la Cámara pueda nombrar al Presidente de la República.

Y mientras concertaban los jóvenes ilustres, en el proyecto del código de la guerra, las entidades reales y activas del país y sus pasiones y razones criollas, con sus recuerdos más literarios que naturales, e históricos que útiles, de la Constitución extraña y diversa de los Estados Unidos; mientras en junta amigable componían, en el trato de su romántica juventud con lo que la prudencia ajena pudiera añadir a la suya, un código donde puede haber una forma que sobre, pero donde no hay una libertad que falte, crecía en Guáimaro, con el afecto íntimo, la cordialidad que dio a aquellos días inolvidable hermosura. Era ya la cabalgata tempranera, por fatigar el caballo o por lucirlo, a la fonda del chocolate del país, con las roscas de catibía servidas entre risas, y el buen queso fresco. Era el pasear de brazo, admirándose y señalándose; y contando unos, sin regatear, el mérito de los otros. Era el visitar la casa hospitalaria de Francisco Sánchez Betancourt, donde tenían estrado Amelia y Luisa; o la de Manuel Quesada, con Ana y Caridad; o la de Céspedes, siempre afable y ameno. Era el enseñarse en el paseo del portal a Rafael Morales, de viril etiqueta, empinado y vivaz, verboso de pensamiento, y todo acero y fulgor, como tallado en una espada; a Julio Sanguily, amigo universal, llano y feliz, oyendo más que hablando, saliéndose del grupo en cuanto le trataban de sus proezas; a Manuel Sanguily, siempre de cara al enemigo y al debate, y con la palabra, como la cabellera, de oro; a Francisco la Rua, fino y sencillo, con aquella rectitud de su alma militar que ya anunciaba en él el flagelo de los que quieren alzarse sobre la república por la fama ganada en su servicio; a Luis Ayestarán, velada por la cultura su tristeza, y bueno y silencioso, como un enamorado; a Luis Victoriano Betancourt, que veía las entrañas de las cosas, y las del hombre, con sus espejuelos de oro; a Tomás Mendoza, austero y cabe-

ceador, con chistes que eran sentencias, y autoridad que le alzaba la estatura; a Cristóbal Mendoza, con el alma en los labios chispeantes y la cabeza llena de letras y de lenguas; Domingo Guiral, más notorio por el brio con que condenó a Napoleón Arango, que por la frase social y el esmero immaculado del vestido; a Francisco Diago, jubiloso y menudo, valiente como cien, siempre al pie de una dama; a Ramón Pérez Trujillo, disputando, negando, flagelando, arguyendo; a Federico Betancourt, de burla amiga y suave, y con los brazos siempre abiertos. Al caer la noche, cuando el entusiasmo no cabe ya en las casas, en la plaza es la cita, y una mesa la tribuna: toda es amor y fuerza la palabra; se aspira a lo mayor, y se sienten bríos para asegurarlo; la elocuencia es arenga: y en el noble tumulto, una mujer de oratoria vibrante, Ana Betancourt, anuncia que el fuego de la libertad y el ansia del martirio no calientan con más viveza el alma del hombre que la de la mujer cubana. Del brazo andan las gentes, y el día entra en la noche. Así, hombro a hombro, se acercaba el día diez.

Era la casa de la Asamblea vasta y hermosa, a una esquina de la plaza del pueblo: casa de calicanto, de ancho portal de horcones, y las rejas de la madera del país. Adentro, en dos hileras a los lados, aguardaban, al centro del salón, los asientos de rejilla de los representantes, y de cabecera estaba la mesa presidencial, y a ambos cabos las dos sillas de la secretaría. Suele el hombre en los grandes momentos, cuando lo pone por las alturas la nobleza ajena o propia, perder, con la visión de lo porvenir, la memoria minuciosa de lo presente. Sombra es el hombre, y su palabra como espuma, y la idea es la única realidad. Aquel tesoro de pureza que busca en vano el hombre se viene a la mano, y sólo a él se ve, y todo lo del rededor se olvida, como sólo ve la luz de un rostro la mujer de repente enamorada. Sí: Céspedes presidió, ceremonioso y culto: Agramonte y Zambrana presentaron el proyecto: Zambrana, como águilas domesticadas, echaba a cernirse las imágenes grandiosas: Agramonte, con fuego y poder, ponía la majestad en el ajuste de la palabra sumisa y el pensamiento republicano; tomaba al vuelo, y recogía, cuanto le parecía brida suelta, o pasión de hombre; ni idólatras quiso, ni ídolos; y tuvo la viveza que descubre el plan tortuoso del contrario, y la cordura que corrige sin ofender; tajaba, al hablar, el aire con la mano ancha. Acaso habló Machado, que era más asesor que tribuno. Y Céspedes, si hablaba, era con el acero debajo de la palabra, y mesurado y prolijo. En

conjunto aprobaron el proyecto los representantes, y luego por artículos, "con ligeras enmiendas". El golpe de la gente en las ventanas, y la muchedumbre, no muy numerosa, de los bancos del salón, más con el corazón encogido que con los vitores saludaron en la república nueva el poder de someter la ambición noble a la voluntad general, y acallar ante el veto de la patria la convicción misma, fanática o previsoras, del modo de salvarla. Un tierno apego se notó a la salida, de la multitud confusa, a los jóvenes triunfantes, y había algo de regio de una parte, que se envuelve en el armiño y desaparece, y algo por la otra del placer de la batalla.

Momentos después iba de mano en mano la despedida del general en jefe del ejército de Cuba, y jefe de su gobierno provisional. "El curso de los acontecimientos le conduce dócil de la mano ante la república local": "La Cámara de Representantes es la única y suprema autoridad para los cubanos todos": "El Destino le deparó ser el primero" en levantar en Yara el estandarte de la independencia: "Al Destino le place dejar terminada la misión del caudillo" de Yara y de Bayamo: "Vanguardia de los soldados de nuestra libertad" llama a los cubanos de Oriente: jura "dar mil veces la vida en el sostenimiento de la república proclamada en Guáimaro".

El once, a la misma mesa, se sentaban, ya en Cámara, los diputados, y por la autoridad del artículo séptimo de la constitución eligieron presidente del poder ejecutivo a quien fue el primero en ejecutar, a Carlos Manuel de Céspedes; presidente de la Cámara, al que presidía la Asamblea de representantes del Centro, de que la Cámara era ensanche y hechura, a Salvador Cisneros Betancourt; y general en jefe de las fuerzas de la república al general de las del Centro, a Manuel Quesada.

Era luz plena el día 12 cuando, con aquel respeto que los sucesos y lugares extraordinarios ponen en la voz, con aquella emoción, no sujeta ni disimulada, que los actos heroicos inspiran en los que son capaces de ellos, fueron, rodeados del poder y juventud de la guerra, de almas en quienes la virtud patriótica sofocaba la emulación, tomando asiento en sus sillas poco menos que campestras los que, con sus manos novicias habían levantado a nivel del mundo un hato de almas presas. Juró Salvador Cisneros Betancourt, más alto de lo usual, y con el discurso en los ojos, la presidencia de la Cámara. De pie juró la ley de la República el presidente Carlos Manuel de Céspedes, con acentos de entrañable

resignación, y el dejo sublime de quien ama a la patria de manera que ante ella depone los que estimó decretos del destino: aquellos juveniles corazones, tocados apenas del veneno del mundo, palpitaron aceleradamente. Y sobre la espada de honor que le tendieron, juró Manuel Quesada no rendirla sino en el capitolio de los libres, o en el campo de batalla, al lado de su cadáver. Afuera, en el gentío, le caían a uno las lágrimas: otro, apretaba la mano a su compañero: otro oró con fervor. Apiñadas las cabezas ansiosas, las cabezas de hacendados y de abogados y de coroneles, las cabezas quemadas del campo y las rubias de la universidad, vieron salir, a la alegría del pueblo, los que de una aventura de gloria entraban en el decoro y obligación de la república, los que llevaban ya en sí aquella majestad, y como súbita estatura, que pone en los hombres la confianza de sus conciudadanos.

Un mes después, se ordenó, con veinticuatro horas de plazo para la devastación, salvar del enemigo, por el fuego, al pueblo sagrado, y darle ruinas donde esperaba fortalezas. Ni las madres lloraron, ni los hombres vacilaron, ni el flojo corazón se puso a ver cómo caían aquellos cedros y caobas. Con sus manos prendieron la corona de hogueras a la santa ciudad, y cuando cerró la noche, se reflejaba en el cielo el sacrificio. Ardía, rugía, silbaba el fuego grande y puro; en la casa de la Constitución ardía más alto y bello. Sobre la ola de las llamas, en la torre de la iglesia, colgaba la campana encendida. Al bosque se fue el pueblo, al Derrocal. Y en la tierra escondió una mano buena el acta de la Constitución. ¡Es necesario ir a buscarla!

*Patria*, 10 de abril de 1892.

## 4

## UN ESPAÑOL

El mundo tiene dos campos: todos los que aborrecen la libertad, porque sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad, y la quieren para todos, están en otro. En Cuba, como en Puerto Rico, los dos campos son éstos: españoles, y criollos del alma autocrática española, están de un lado, con letreros diversos más o menos liberales, que no son más que disimulo de la parcialidad y arrogancia de sus

almas; y los cubanos, y los naturales de España que bajo ella ven ofendidas sus almas libres, éstos, como el español Mariano Balaguer, que acaba de morir en el Cayo, levantan su copa por sobre los fusiles en un banquete español, para brindar "por un hombre bueno y liberal, por Carlos Manuel de Céspedes".

Cuenta *El Yara* el banquete donde por poco deja la vida el sincero Balaguer. De vicio y oprobio está hecho el camino de la Chorrera, allá en los alrededores de la Habana; y la misma hermosura del mar debiera ser aborrecible, en tanto que los aires no cambien, a los que año sobre año han visto pasar por el camino al mártir presidiario que llagado y ciego arrastraba su cadena, y al carruaje del crimen y la orgía. Es criminal quien sonríe al crimen; quien lo ve y no lo ataca; quien se sienta a su mesa; quien se sienta a la mesa de los que se codean con él o le sacan el sombrero interesado; quienes reciben de él el permiso de vivir. Con la cabeza descubierta de respeto, con el alma movida de horror, con el corazón quemado de la vergüenza, con lágrimas en los ojos como las que lloraba el llanero Páez al arremeter, es como puede, y no de otro modo, poner el pie un cubano en el camino de la Chorrera. Por allí, con las poliandras ebrias del brazo, las poliandras encintadas de rojo y amarillo, iban de tarde, con el uniforme que abrasa, las turbas repletas de odios, turbas de Cangas y de Covadonga, a la diversión de apuntar con los fusiles a los ancianos y a las criaturas que, del fondo de la cantera, ciegos de la ira imponente, subían, con las piedras a la cabeza y el grillo al pie, las veredas de su cruz. Por allí han ido a celebrar con vino la muerte de los dos hermanos que se besaban al caer, o a quemar la efigie del patriarca glorioso que llevó a la muerte a su propio hijo. Por allí, con la lacra que tiene a medio pudrir nuestra generación, han paseado y pasean de fuelle abierto, ante los criollos que miran sumisos desde los portales, viendo salir la luna, los mismos que le niegan el pan de la vida si no parten con ellos el pecado y el botín. ¡El caso en Cuba no es ya de libertades políticas, sino de moralidad personal! ¡Y el que no pueda vivir honrado, que no viva!... Por allí, por el camino de la Chorrera adonde fue el banquete de Balaguer, pasó el crimen visible de ayer, el garrote y la bala; y pasa el crimen invisible de hoy, la corrupción y el vicio: ¿quién come hoy un pan en Cuba que no lo parta con la desvergüenza?: por allí pasa triunfante el deshonor cubano.

Y por allí volvió, salvo a maravillas, el catalán que osó brindar en plena guerra por "un hombre liberal y bueno, por Carlos Manuel de Céspedes". De la Habana saltó al Cayo, y en él ha vivido entre los

cubanos veinte años, rodeado de cariño y de respeto, con los cubanos trabajando como un hombre libre, con los cubanos batallando por la libertad. Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida, y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden,—no es hombre entero. En Zaragoza, cuando Pavía holló el congreso de Madrid y el aragonés se levantó contra él, no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y Padilla, que el del negro cubano Simón; y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, ¡allí estaba, él solo, peleando en la plaza!

Por aquella alma rebelde del español llano, y del provincial sometido que con encono de siglos solicita satisfacción y venganza; por aquel coraje de recluta que sangra de la quinta, y de labriego cansado de saludar a su inútil señor; por aquel dolor del patriotismo regional de las provincias españolas sofocado y vejado por la monarquía injusta de Castilla; por aquel rencor santo de la servidumbre que hermana en un fuego a todos los que de ella conocen y padecen; por aquella igualdad en las humillaciones que igualó en la hora de la rebelión a Honorato Castillo y al bravo Villamil, a Federico Cavada y a Dorado, a Serafín Sánchez y al sargento Huerta; por aquel aborrecimiento de la tiranía que junta con simpatía invencible al cubano liberal y al liberal español,—el catalán Mariano Balaguer no sintió nunca, ni los cubanos del Cayo le dejaron sentir, que vivía de limosna ni de intruso entre ellos, sino por derecho propio, por el derecho del hombre que atiende más a la voz del honor que a la de la injusticia, a la voz de la humanidad que a la de quienes la niegan y oprimen. Los españoles buenos, son cubanos.

*Patria*, 16 de abril de 1892.

1. DEL GENERAL MAXIMO GÓMEZ
2. LOS HOMBRES DE LA GUERRA
3. NUEVA YORK, EL ESCUDO
4. EN LOS TALLERES
5. ROLOFF

## DEL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Con el título de “El Héroe del Naranjo” ha publicado el general Máximo Gómez su relación de la hazaña del patriota humilde que con su arrojo aseguró aquel día el triunfo. Alma y ocasión es lo que necesitan los pueblos para redimirse, y en cuanto hay ocasión, salen las almas: ¡del pecho más infeliz en apariencia sale tronando la gloria! El folleto del general Gómez, conmovedor y conciso, es buena prueba de que una misma mano puede mover la pluma y la espada.

La narración es un arranque de justicia, y toda ella parece escrita a caballo, con el afecto misterioso que junta a los que hombro a hombro, en la hora de lo sobrenatural, se vieron dignos de ella. Las páginas rebosan en aquel amor de padre por sus segundos que afianza al jefe en el corazón de los que han de ayudarle a vencer; y en la admiración del hombre genuino por la virtud sencilla y verdadera. Pero lo que no puede el folleto decir es el ojo de águila con que el general Gómez midió las posiciones en la batalla del Naranjo; la viveza con que atendió, en el encuentro comprometido, a los obstáculos súbitos; la beldad militar de su apostura misma, que fue como de estatua del silencio, que sólo hablaba para vencer; y la llaneza con que admiró a sus soldados después de la victoria.

*Patria*, 16 de abril de 1892.

## LOS HOMBRES DE LA GUERRA

Hablaba un cubano días atrás de lo que se ve ahora por Cuba, de cómo persiste la generación pasada, de cómo piafa la nueva generación. Hablaba de los que allá quedan, de los que pasean allá sigilosos, lejos

de los teatros salvos, el alma del país. Y se contaban cuentos de la guerra; de las costumbres señoriales que se iban convirtiendo, con el heroísmo común, en costumbres democráticas; de algunas frases de característica sencillez. Uno contó de Ignacio Agramonte, cuando le regalaron un *buniato*, que no alcanzaba para todos, y se lo dio a su caballo. Otro dijo lo de la miel, cuando le trajo un poco de ella un asistente, y él la hizo zambumbia, a que alcanzase para todos. Y entonces contó otro lo del Marqués de Santa Lucía, cuando le preguntaron cómo era que andaba en lomillo, en la montura de juncos que usan por el Camagüey los campesinos pobres, cuando ya era Presidente de la Cámara, y en la revolución hombre mayor. Y el Marqués dijo:

—Porque yo siempre creí que mientras no tuviera silla el último soldado de caballería, el gobierno no debía montar en silla.

*Patria*, 23 de abril de 1892.

## 3

## NUEVA YORK, EL ESCUDO

Pocos meses hace corrió por el Cayo virtuoso un frío enemigo, y dio en tierra con el anciano que, rodeado de las ruinas de cuanto tuvo y amó, de pie entre los despojos últimos de su fortuna, de pie entre los cadáveres de sus hijos, miró de frente, sobre la tentación del mar azul, a su tierra vilipendiada, a su tierra desmigajada, a su tierra corrompida. Él salió de su casa la última vez, sin más aliento que el de su corazón, para ir a tender la mano fraternal, en símbolo de la era nueva y de la grandeza de nuestra alma, al emigrado de una ciudad de donde le vinieron acaso a la guerra tantos obstáculos como ayudas; para ir a saludar en el destierro de hoy, como quien entrega una bandera, la misma virtud, puesto que mayor no pudiera ser, de la generación de la primer campaña. Y de aquellos días de abnegación y de gloria volvió a su casa, a morir. Donde José Francisco Lamadriz descansa, donde descansa, de todos venerado, el patriota rico que dio a la república su quietud y su fortuna, donde descansa el padre amoroso que vio impávido morir por la república a sus hijos, donde descansa el emigrado invicto que prefirió, en largos años de agonía, la arena heroica del destierro a la tierra manchada de su país, va Cayo Hueso a levantar un monumento de mármol y bronce a las virtudes cubanas.

Huelgan los monumentos cuando los erige la vanidad o la lisonja, o el patriotismo satisfecho con poner en mármoles fáciles el ansia de libertad que no acierta a poner su floja y vana aspiración en obras, pero en los instantes en que no todos los hombres recuerdan lo que debieran recordar, urge que en el lugar del sacrificio y de la muerte, como señal enérgica y activa de la determinación indómita, se alce, a mandar y a avergonzar, el monumento que consagra las virtudes que se nos niegan, el monumento que convidará perennemente a imitarlas. Y allí donde ha sido más tenaz la virtud, allí, en el rincón sagrado y querido, es donde debe alzarse el monumento.

Y era justo también, porque éstos son los tiempos definitivos de la realidad, que la idea de poner juntos en la tumba solemne al héroe de los campos y al héroe de la emigración, no surgiera, parcial y tibia, de quien por su persona fuese hombre de esta clase o aquella, o de una clase más que otra, o de camisa incompleta, o de bastón de Carey, sino de un hombre que, de su arranque sencillo al alto puesto en que le tiene la gratitud de sus conciudadanos, es tipo vivo de la época de amalgama y justicia que prepara, en el ejercicio completo y franco de los derechos humanos, y en el ajuste natural de los elementos diversos, la victoria durable de nuestra revolución. Martín Herrera mueve con el suyo el corazón del Cayo: él le alzó al cubano de todos los colores la escuela de San Carlos, y él se la mantiene; él va de casa en casa, sacudiendo las conciencias; él preside, desde su carro de trabajar; él ama la libertad, y amasa, con sus manos populares, las virtudes que han de impedirle el extravío. Él, hijo de la emigración libre, cubano nuevo de la patria errante que trajeron los héroes al mundo, debía ser el que del corazón impetuoso, y del patriotismo que espera en pie, levantara el sagrado monumento.

Sóbranos la emoción: fáltanos el espacio. Sobre el pedestal de lápidas y urnas conmemorativas, en honor de los que dentro y fuera han sacrificado sus vidas por la patria, se alzarán, en símbolo de los cuatro departamentos del 10 de Abril, el obelisco de las cuatro fases: ¡y en él, los mártires, el blanco, el negro, el abogado, el guajiro, el rico, el desheredado el cubano, el extranjero!; ¡ya se ve a los hombres de rodillas! Una verja de bronce rodeará el monumento: un arco de bronce, de suntuoso y artístico trabajo, dará entrada a él: un escudo cubano, de bronce, coronará el arco. ¿Y no se levantarán de nuestras tumbas frías, de acá donde no hay cielo azul ni compañías amables, los emigrados de Nueva York triste, los emigrados de la soledad y de la nieve, tendiendo

las manos al anciano que cayó con su honor, tendiendo las manos al monumento donde se abrazarán, para no separarse nunca, los héroes de destierro y los de la campaña, al monumento de la época nueva? Acá oímos la voz del cementerio: acá oímos la voz de nuestro corazón: ¡Nueva York, con el trabajo de sus manos, llevará al arco del Cayo el escudo de bronce!

*Patria*, 30 de abril de 1892.

4

### EN LOS TALLERES

Taller es la vida entera. Taller es cada hombre. Taller es la patria. Los hombres a medias, vuelven la espalda a los hombres enteros: les alzan la cola cuando los necesitan, y les besan el bolsillo, y les piden la compañía, y les adulan los mismos pecados; pero fabrican el mundo, con su odio de bastidores y sus cucharadas de polvos de arroz, de modo que el trono, y el pavo, sea de los hombres a medias. Los hombres enteros, los cubanos creadores, los cubanos fundadores suben, orgullosos, las escaleras de los talleres,—como acaban de subir las de los talleres del Cayo nuestros dos grandes músicos, Albertini y Cervantes. ¡Ni se escapó jamás del teclado soberano del uno, ni del violín impecable del otro, armonía semejante a la que en aquella visita de los hombres del trabajo de salón a los hombres del trabajo de la fábrica ascendió, como un himno de anuncio, como una promesa de paz, como una proclama de concordia, del silencio satisfecho de aquellos corazones! Por una víbora que a Cuba le nazca ¡cuánta águila hermosa!

¿Temible el cubano, disociador el cubano, degregador el cubano, fratricida el cubano, parcial y sectario el cubano, y criatura de rincón, como en las naciones donde la servidumbre rural y las castas de cincuenta siglos han puesto a los hombres en diferencias innecesarias y artificiales en Europa, o diversas y menos graves en América? ¿ruin celoso el cubano, que no se halla sin la cultura, que desdeña por naturaleza todo lo desgarrado e inculto, ruin celoso de la cultura que él mismo anhela y codicia? ¿marcado el cubano, por estar empleado hoy en un oficio como puede mañana estar empleado en otro, con una marca de clase especial, con una marca que lo acorrale y separe de los demás hijos de su pueblo, con una marca en que se reconoce, por un momento siquiera, inferior en

la realidad a los demás hombres? ¡Reconocerlo, es serlo! Los hombres no son rosillos, ni bayos, ni alazanes, ni moros. Son esta cosa sublime: ¡hombres! ¿Desconfiado, el cubano que vuelve la hoja generosa del tabaco, del cubano que vuelve la hoja fundadora del libro, del cubano que vuelve la hoja elegante de la música? El cubano ama la gloria, porque es capaz de ella: ama a los que pasean por el mundo la gloria de su patria. “El arte, decía ayer un gran orador, es una necesidad comercial, más que un lujo del espíritu. El arte libre, el arte en todo y a todas horas, es tan necesario a los pueblos como el aire libre. Pueblo sin arte, sin mucho arte, es pueblo segundón. Los grandes educadores, y los grandes gobiernos, han hecho siempre obligatoria la enseñanza del arte. Hay que recortar los dientes, y que alimentar las alas”. ¡De pie recibieron los tabaqueros cubanos del Cayo a los dos músicos cubanos! “Fue como una ola—dice el buen *Yara*,—como una ola que iba a deshacerse complacida en el pedestal de aquellos dos grandes “*virtuosos del arte*”.

Habló Manuel Deulofeu, lleno de fuego criollo, con su alma rica de bondad. Habló Francisco María González, clarín del entusiasmo y la belleza, y hermoso corazón cubano. Albertini, que brega con sus notas tantas horas al día, saludó por una voz amiga a aquellos hijos de su pueblo, clavados a su trabajo durante tantas horas.

Después Ignacio Cervantes escaló la tribuna. Su voz, tan baja como esas notas imposibles que arranca su mano triunfante al monstruo de las octavas, dijo con una sencillez verdaderamente arrebatadora: “Sólo he tenido dos orgullos en mi vida: el primero, haber nacido en Cuba, y el segundo, haber obtenido el Primer Premio en el Conservatorio de París para poder ofrecérselo como tributo de amor a mi patria querida, y de hoy más el tercero, por esta visita al taller donde se me acoge de este modo por mis amados compatriotas, los honrados obreros que aquí se encuentran”.

¡Una es, pues, el alma cubana que ha de florecer en la isla feliz, cuando del último tajo, que ya tarda, la saquemos de entre sus ligaduras! ¡Uno es, pues, el espíritu evangélico que en la hora de la creación funde a los hombres, a los de la isla y a los de fuera de la isla, en el mismo abrazo de fraternidad! ¡Uno es, pues, en los que pisan el mármol y los que pisan el tablado, aquel espíritu de redención, y de orgullo común, que al morir en la campaña y en el cadalso y en el destierro se exhaló, a inspirarnos y a vigilarnos, de la carne mortal de nuestros padres! El arte es trabajo. Trabajo es arte. Los trabajadores, se aman.

Nuestro pueblo no es pueblo de hombres que quieren derribar la grandeza; sino de hombres que quieren alzarse. No pelagra, no tiene que temer, un pueblo que junta conmovido, que junta espontáneamente, sus diversos oficios, allí donde los pueblos se elaboran y se continúan; allí donde los pueblos se maduran y se aseguran; allí donde los pueblos aprenden el hábito y los métodos de crear:—¡en los talleres!

*Patria*, 7 de mayo de 1892.

## 5

## R O L O F F

Ha vuelto a pisar la tierra del Norte, en busca de la salvada perdida en el trabajo noble y asiduo de los campos de Honduras, el vehemente y fiel polaco, el cubano indomable y fidelísimo que trajo a la guerra de la libertad, la guerra de un país donde él no había nacido, su juventud y su fortuna; que con lágrimas viriles, en los banquetes rústicos y grandiosos de los días de Guáimaro, recordó, con el arma cubana al cinto, la agonía de Polonia; que jaqueó y contuvo tantas veces al enemigo que no le pudo vencer la astucia ni el valor; que midió a palmos, con un caballo que no tropezaba, el territorio de las Villas; que al día siguiente de capitular, se palpó el uniforme, y vio que tenía aún tela para otra campaña, y empezó a organizarla; que echado al Norte, se secretó, de secretario del cubano que lleva una estrella en la frente, a reorganizar, con más empeño que fortuna, la guerra frustrada; que al caer la tentativa, fue a pedir el humilde sustento a Centro América generosa, al trabajo, al arado; que al desembarcar en Nueva Orleans, de los brazos cubanos en que cae, va a la casa cubana, a la casa de "Los Intransigentes"; y allí, como curado de todos sus males al vernos de nuevo en camino de la gloria, ofrece, entre sus compatriotas que lo oyen de pie, "su brazo y su sangre a la libertad cubana".

Hablen los que lo vieron llegar, hable la carta del bueno, del infatigable Frayle. "Tenemos entre nosotros al bravo general que se dirige a ésa. El general visitó nuestro club a invitación del presidente, y en sesión extraordinaria, el día 29, rayó muy alto el espíritu de cordialidad y unión entre los miembros del club, y se evocaron con verdadero entusiasmo los recuerdos de gloria de la década activa en la que el pueblo cubano, rifle al hombro, luchó por su libertad y su honra en la independencia.

En cortísimas frases, pero expresivas y llenas del más elocuente y puro sentimiento, dijo el general Roloff que lo mismo que había ofrecido a Cuba sus pobres servicios, y su vida, en la guerra pasada, ahora, o en cualquier tiempo que Cuba lo necesite, y siempre que sea serio y unido el trabajo revolucionario, él ofrece su brazo y su sangre a la libertad cubana".

Roloff viene a New York, a la ciudad misma donde guardó celoso la bandera caída, en el ansia de volverla a desplegar; donde, sin curarse de nieves ni pobrezas, urdía, a solas con su pluma activa, la trama revolucionaria; donde estuvo, leal como un hijo, hasta que perdió su última esperanza. Los que a su lado procurábamos, viendo como la guerra chispeaba, poner juntos, con alma buena, y noble fin, sus componentes más tenaces que unidos; los que desde entonces abríamos a la sangre inevitable el cauce firme, y de limo fecundo, de las libertades públicas; los que de la guerra hemos visto siempre los peligros tanto como las grandezas, y hemos tratado de componer y acrecer éstas de modo que amiaoren, o anulen, los peligros; los que, helada sobre helada, le veíamos a Roloff el alma indómita, el tesón habilidoso, el trabajo continuo, la mirada centelleante,—recordábamos en él a aquella Polonia insigne que tampoco ha rendido la bandera, a la Polonia vencida por sus propias castas, más que por el ruso Muoravieff, a la Polonia conmovedora y heroica de 1832 y 1863, a aquellos héroes que el polaco de Cuba no sabía recordar sin levantarse de la silla.

En Roloff veíamos su patria imperecedera. El, como Czartorisky, había aprendido la necesidad de fiarse del propio brazo más que de la esperanza canija en el auxilio del interés ajeno; él, como Langiewicz, sabía sacar en salvo la vida y el honor de en medio de los enemigos; él, como Dwernicki, conoce el arte raro de adelantar a la callada y arremeter a tiempo; él, como Mycielski, moría por un pueblo cuya lengua no había acabado aún de aprender. ¡Venga sin miedo Roloff a New York, que aquí no encontrará más que brazos abiertos!

*Patria*, 7 de mayo de 1892.

1. **LAS ANTILLAS Y BALDORIOTY CASTRO**
2. **CARTA DE UN ESPAÑOL**
3. **ALBERTINI Y CERVANTES**
4. **CAYETANO SORIA**
5. **JUAN GUALBERTO GÓMEZ EN LA SOCIEDAD  
DE AMIGOS DEL PAÍS**
6. **NUEVO SECRETARIO**

## LAS ANTILLAS Y BALDORIOTY CASTRO

Precede a las grandes épocas de ejecución, como la sazón a la madurez, un movimiento espontáneo de almas por donde conoce el observador la realidad oculta a los que sólo la quisieran ver coronada de flores, y en cuanto ven espinas, ya niegan que sea realidad. De un lado decrecen, sin más fuerzas que las necesarias para sostener el catecismo importado, las criaturas oscilantes y apagadizas de la colonia, que no aciertan a mantener definitivamente con el brazo las libertades a que aspiran con la razón; y de otro lado crecen, con el orden intuitivo y oportuno de la naturaleza, las fuerzas creadoras que de los elementos coloniales deshechos compondrán, bajo la guarda del mar y la historia, la nación futura. No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión como de la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por el temor de acarrear la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares, y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas.—El lacayo muda de amo, y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón a la libertad egoísta y conquistadora, y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside

en la abundancia de la generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva a respetar el ajeno tanto como el propio. Ni un átomo de la cayo tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty Castro, a quien, en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Los compromisos de los gobiernos, ligados a veces por la prudencia con respetos que lastiman su corazón, son acaso menos eficaces que la simpatía irresponsable y ambiente del pueblo decidido a favorecer en sus alrededores el triunfo de la libertad. Lo que la cancillería, ahíta de tratados de paz y respeto, no puede a veces intentar, lógralo, sin que se le pueda poner la mano encima, la ayuda secreta del alma del país, que alienta el brazo alzado contra los tiranos. Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos, y se firman por los más puros de sus hijos ante el altar en que las mujeres y las niñas ofrendan flores a un hombre que sólo fue poderoso por el entendimiento y la bondad, son más duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses. Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a “los pueblos de América que aún lloran y suspiran por su libertad”, no dejarán mañana caer el arma que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia que, sin más amigos confesos que los veintinueve de la Filantrópica y la Trinitaria, nació en la Puerta con la bandera de la cruz, al pensamiento de Duarte, al consejo de Sánchez y al ímpetu de Mella, y escribió entre los días decorosos del mundo el veintisiete de febrero.

Y sin arte de mensajeros, ni previos convites, ni ajustes de secretarías, cuando los puertorriqueños de New York acuerdan perpetuar en un monumento la memoria del criollo irreductible que propagó a la vez el culto del trabajo y el culto del derecho, que arrancó al amo el esclavo recién nacido y lo puso, por la enmienda a la ley Moret, en los brazos de la madre, que rompió el látigo en las manos del amo azotador, seguro de que “las instituciones que se fundan en la injusticia, si no se sostienen por la violencia, perecen inevitablemente”; que redimió las fórmulas mínimas de su acatamiento a la metrópoli con el espíritu fundador y definitivo con que las minaba; que de sus destierros frecuentes, ocupados en la siembra de almas libres, volvía, como el padre a la de-

fensa de la hija, a flagelar y mermar la opresión de su isla que sangraba; que cayó en la tumba pobre con las manos flacas sobre el pecho, y en la frente la luz inmortal;—cuando los puertorriqueños, y los cubanos con ellos, quieren poner en el bronce durable aquella cabeza temida de los malos y amada de los buenos, aquel rostro desolado, como de quien carga el duelo público, que en las esperanzas fugaces de redención centelleaba y resplandecía, como el rayo en la tormenta; aquellos ojos mansos y seguros, que no resbalaban traidores como otros ojos, sino que envolvían en la mirada dulce, como en un manto amigo; aquella nariz vigilante y afilada, propia de quien ponía el pecho de cota de la libertad, como se pone el águila de amparo de su nido; aquellos labios finos y dolorosos, guardados por el bigote marcial y prudente; aquella barba pequeña y femenil, como la de los hombres en quienes la bravura está templada por la bondad;—cuando puertorriqueños y cubanos, convencidos de que el agradecimiento a los patricios virtuosos es la semilla más fecunda de la república, anunciaron su empeño de consagrar, donde la América lo vea, al borincano que la estudió, y amó, y sirvió con fe de hijo,—los antillanos de Santo Domingo levantaron el “Altar de la patria”, de la patria única y común, en su Azua brava y noble; lo mejor de la ciudad del diez y nueve de marzo, con aplauso de Quisqueya entera, se congregó en torno del altar; y tres niñas reclinaron en él sus coronas de flor, en nombre de las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, en nombre de las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

¿Era al contemporizador forzado, al nacionalista flojo, al político de compromiso, al mero liberal reformista, al autonomista puertorriqueño, a quien, con alma y palabras libres, ofrendaron flores Cubanacán y Borinquen y Quisqueya? ¿Era al comisionado del gobierno de España a la Exposición universal de mil ochocientos sesenta y siete, al que en la misma carta magnífica de libertad que se llama en la historia “el plan de Ponce”, y vivirá sobre el que logró sustituirlo, encajaba, como un puñal en un recién nacido, la cláusula de fidelidad a la nación española? ¿No era al autor de la cláusula, necesaria, en época en que no había otra expresión o tendencia superior y manifiesta de la voluntad pública, para conquistar con ella los derechos esenciales negados en su patria al hombre; sino al autor del código de derechos que abre el plan, y podrá mañana trasportarse íntegro a la constitución de la república

puertorriqueña! No era al político acomodaticio, de mero brío verbal, que, a modo del capeador aficionado, le enseña al toro de lejos la capa colorada, y luego, sumiso y complaciente, le da la mano al toro; sino al que reconociendo, con sacrificio costoso de su altiva persona, la realidad inevitable, en vez de bregar con las armas de ella para perpetuarla, sólo usaba de sus armas para mudarla y mejorarla sin cesar, y prepararla a la conversión final e histórica de la realidad en las colonias españolas de América, ¡a su independencia! ¡No era al indio mañoso que fingía a la metrópoli una lealtad falsa para obtener de la metrópoli misma el modo de vencerla; sino al sublime preso que, olvidándose de su peligro y de lo que pueda decir de él la fama injusta, pide clemencia al alcaide aborrecible para sus compañeros de prisión, y acaso, en el sacrificio de su gratitud, hubiera ido hasta tenerle en cuenta su clemencia al alcaide: ¡y nada más! ¡No era a la carrera de San Jerónimo, la de las capas terciadas, y espadas y políticos de coleta; no era al Rastro, que es el otro nombre que dan en Madrid a la plaza de desperdicios que llaman "las Américas"; no era al chocolate del Suizo, ni a la sopa de almendras de Fornos, ni a los azucarillos de la plazuela de Cervantes; sino al que, un día de invierno, cuando su patria lo mandó, por sobre las cabezas de los metropolitanos, a recabar de España, sin ninguna habilidad que comprometiese el honor ni el porvenir de la isla, el reintegro de la mayor suma posible de las libertades que España le detentaba, iba, solo, por la plazuela de Cervantes, firme el paso, apretado el bastón, abierto el pecho al frío, y la cara resuelta y dolorosa: ¡a la vez que otros diputados, todos piel y pomada, bajaban de su lindo carruaje, repartiendo saludos! Bastón en mano, Baldorioty cruzaba la plazuela de Cervantes, solo.

Era al discípulo del maestro Rafael, del negro Rafael Cordero a quien saludaban, del negro "que tumbaba el árbol para que otros fabricasen luego con la madera"; era al colegial favorito de aquel padre Rufo que quería que sus discípulos "se murieran de hambre antes de cometer una mala acción, y que aprendiesen la verdad de la Física y de la Química"; era al que desde la juventud convidó a sus paisanos a ir allegando el alma descuidada del país en la "Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico"; era al educador radical y amable, más pagado de la sustancia del conocimiento que de sus formas, que en el Seminario mismo enseñó la Física nueva; que en Santo Domingo, país de costas, dirigió la escuela de Náutica, y fundó después, con nombre profético, el "Colegio Antillano"; que defendió cuanto pudo de los jesuitas, y del mastín de la prensa

puertorriqueña, el proyecto de la Escuela Filotécnica; que ya llegó sin fuerzas a las tareas, en sueños siempre acariciadas, del Colegio Central Ponceño; que en la enseñanza, como en la política, quería hombres enteros, directos y reales, hechos al trato común de lo natural, y aptos para poner a las propias enfermedades remedios propios. Era al hombre íntegro a quien saludaban; al que en su carne misma se sentía mermado, y como si le bebieran la sangre de su corazón, cuando se burlaba un derecho, o se lastimaba la hombría, o se humillaba en alma o cuerpo, o en algún modo se acortaba y empequeñecía la naturaleza libre de cualquiera otro hombre. Era al que vio el látigo alzado sobre el esclavo indefenso, sobre el esclavo del color mismo de su santo maestro Rafael, y con sus manos flacas peleó hasta que le quitó al amo el azote, y sentó al esclavo al lado de su amo. Era al que, con la mirada continental, cuando lo mandó la colonia, por cumplimiento manso al país, a estudiar la exposición francesa, volvió los ojos al mundo de su esperanza y su cariño, al mundo cordial y grandioso de nuestras repúblicas unidas, y levantó, en el corazón encendido de Europa, el canto americano. Era al que, con el porvenir de guía invisible, fue hablando por las islas que juntas se han de salvar, o han de perecer juntas, la palabra futura que en su día, cuando el viento se lleve la podredumbre colonial que no deja ver aún el oro del país, congregará a las islas hermanas, como ya las congrega ante "el altar de la patria"; era al defensor pobre de su patria vejada, de su patria enmudecida, de su patria azotada, de su patria torturada, de su patria ensangrentada, que sólo reconocía el tribunal inicuo para poder defender ante él la patria. Era al criollo leal que conoció, con su sabiduría verdadera, la composición americana y peculiar del país en que vivía, y el fin moral y necesario a que lo habían de llevar sus elementos: y no se puso sobre ellos de obstáculo, ni se empeñó en uncirlos a una metrópoli fatalmente retrógrada, ni a un vecino esencialmente hostil y diverso, sino que, en vez de valerse del país para desnaturalizarlo y traicionarlo, en vez de utilizar las condiciones existentes para impedir su desarrollo natural y sus fines históricos, acató las condiciones existentes, y se valió de ellas, para conformar el país a sus elementos, para acomodar la política a la verdad, para fundar el porvenir en el trabajo directo y en el cariño de los hombres, para preparar el país a sus fines naturales. La autonomía no fue para él un cambio de vinos con los generales amenos, que mandan ahorcar mañana a aquel con quien jugaban al ajedrez ayer; sino la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades que lo encontraron

siempre a su cabeza, porque nunca fue tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese más lejos que ella. La autonomía fue para Baldorioty, criollo directo y útil, el modo de congregarse, en acuerdo con su geografía e historia, las fuerzas irreductibles del país, que en todo sistema de gobierno han de estar congregadas, a fin de que pudiesen buscar sin peligro ni desorden una forma más feliz el día en que se comprobara la insuficiencia y falsedad de la autonomía, como se hubiese comprobado a poco de su establecimiento, o la imposibilidad de conseguirla. De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto injerto; de hombres puros y cordiales necesitan las colonias españolas de América, para purgarlas en la independencia de la soberbia, y los vicios burocráticos de la colonia; de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha. Los tres pueblos hermanos, las tres islas que se han de salvar juntas, o juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores en la fiesta de Azua al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro.

*Patria*, 14 de mayo de 1892.

## 2

## CARTA DE UN ESPAÑOL

Hojeaba *Patria*, en busca de ciertos datos, el número tres de las "Publicaciones de la Sociedad Democrática de los Amigos de América", que imprimían los antillanos independientes en New York hace veintisiete años, y allí encontró una carta inspirada de un español de Madrid, donde a la vez que se duele del odio innecesario con que por entonces parecían mirarse cubanos y españoles, dice que "los republicanos españoles de la Península, están dispuestos a secundar a los amigos de América".

No hace mucho tiempo contaba a *Patria* un cubano enfermo, que de cárceles y presidios sacó el mal que le come la vida, aquella brava ternura con que un republicano de España, mozo rico y ardiente, en el banco del calabozo o en los sillones de su casa enseñaba a leer a los cubanos que en la cadena del ingenio o en la fatiga del campo no habían tenido tiempo para letras, y con el fuego de un apóstol los movía "a

asegurar por la fuerza del brazo, que al cabo y al fin es la que lo crea todo en este mundo, un modo de gobierno bueno y libre donde cada hombre pueda llevar alta la cabeza, y clavar sus palabras en el aire y no cargar fusil sino contra el extranjero, y tener limpia su casa". "Si España es un obstáculo para todo eso, el deber de hombre es superior al deber de español; ¡y es un canijo, y un coco de agua, el que no pelee contra España!" Con sus dedos, sentado en el banco del calabozo, enseñaba a los negros y a los guajiros cubanos a leer aquel arrogante español.

Y hoy llega a *Patria* una carta que no puede extrañar a quien; en New York mismo, vio caer muerto al gallego Insua, al anciano Insua, cuando volvía de dejar su óbolo en la casa de donde acababa de salir para la guerra, sin pararse a oír a su mujer y a sus hijos, el general Calixto García. El gallego Insua alimentaba dos clubs. El gallego Insua, que era un hermano mayor para sus trabajadores, no admitía en su manufactura a quien no se obligara a contribuir a la revolución. El gallego Insua, amigo de la acción con idea, se enojaba, hasta saltársele las lágrimas, porque no se le aceptaba la suma con que quería imprimir un folleto de ideas. El gallego Insua fue al cementerio en hombros de los cubanos. Porque el gallego Insua defendía la paz y justicia que vienen al hombre con la libertad; y el nombre de español le era aborrecible mientras significase odio e injusticia y esclavitud, y el deber de español era para él el de lavar a España de la mancha continua del asesinato, de almas y de cuerpos, con que mantiene un poder corruptor, y de poner a España, con la pérdida de ese vaciado de desocupados, en la necesidad de echar su inteligencia, que anda todavía de cigarrillo y calañés al desenvolvimiento de sus fuerzas naturales. De la libertad vivía Insua enamorado; de Cuba libre, de España libre.

*Patria* misma recuerda ahora a un valenciano de barbas blancas que poco antes de morir le decía a su hijo cubano: "¡Anda, anda! ¿que crees tú que yo emprendí tu educación con otra idea que la de que fueras un hombre libre?" *Patria* misma recuerda a un oficial de la artillería española que se quitó los galones cuando le nació el primer hijo varón, "para que su hijo no viera un sólo día a su padre esclavo de otro hombre". Recuerda *Patria* a un empleado español que, en un domingo de mucha luz, cuando se iban acercando los días creadores del sesenta y ocho, se volvió al hijo de repente, y le dijo así: "Porque yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra": ¡y el

que quiere hoy más a aquel empleado español, el que lo tiene a todas horas, en la sombra que hoy es, de compañía y de consejero, es un corazón cubano!

Hoy llega a *Patria* una carta que se ha de leer con alma filial, y con el juicio satisfecho de quienes no se han engañado al predecir que el establecimiento definitivo de la república equitativa y libre en las Antillas, en Cuba y en Puerto Rico, se deberá—sin más sangre que aquella que en la obra de las entrañas de la naturaleza pareció convenir al amasijo de los bienes durables—a la acción unida de los antillanos y de los españoles. El día diez de abril hablaba en la tribuna del Liceo San Carlos, en Cayo Hueso, el presidente cubano de un club brioso, el Club “Guásimas de Jimaguayú”, y decía estas palabras: “El Club Guásimas de Jimaguayú saluda cariñosamente a todos los demás Clubs de nuestro partido, y hace fervientes votos a su Dios, la Libertad, que es su única fe y su única esperanza, por el engrandecimiento y mejor éxito de la justa causa a que se consagran los hombres que rompiendo y arrollando cuanto sólo agonía y miseria produce, quieren hacer de Cuba esclava una República donde, amparados por sus leyes, quepan todos los hombres de buena voluntad que la ayuden”.

Hoy se vuelve a *Patria* “un español separatista”: le escribe una carta de apasionada sencillez, que parece toda ella respuesta al sentimiento levantado del presidente de “Guásimas de Jimaguayú”; dice que anhela “decir su opinión, porque ha llegado el momento”; se exalta contra “esas leyes inicuas que manda el gobierno a un país donde no necesitan los hombres más que su libertad”, censura a los que en Cuba quieren dar a entender que hay algún otro remedio que el de que “cubanos y españoles acabemos de una vez con el yugo que nos oprime”. Y termina la carta vehemente de Bonifacio Muñiz y Fernández con estas palabras, que, a la verdad, no pueden leerse con el corazón callado, ni con los ojos secos:

“Yo que soy español, siento hoy más por Cuba que por España, porque así me lo dice la vergüenza, porque yo, pobre viejo que tengo cuatro hijos que el que menos tiene veinte años, no sólo los quiero para mí sino también para su patria cuando los necesite, y yo también con ellos, porque así nos lo manda el deber, el decoro y la dignidad; porque cuando la vergüenza se pierde, vale más que los hombres se mueran”.

*Patria*, 14 de mayo de 1892.

## 3

ALBERTINI Y CERVANTES<sup>81</sup>

## I

Es bella en el pueblo cubano la capacidad de admirar, que a derechas no es más que la capacidad constructiva, y da más frutos públicos que la de desamar, que es por esencia la capacidad de destrucción. Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen. Y la pelea del mundo viene a ser la de la dualidad hindú: bien contra mal. Como con el agua fuerte se ha de ir tentando el oro de los hombres. El que ama, es oro. El que ama poco, con trabajo, a regañadientes, contra su propia voluntad, o no ama,—no es oro. Que el amor sea la moda. Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar.

No ha de negarse que con la mucha aspiración sobrante en Cuba, por la mucha inteligencia, y el poco empleo que en aquella vida de limosna, menos deseable que la muerte, hallan los talentos desocupados, viene criándose en Cuba como un hábito de mutua desestimación y de celo rinconero, como un codeo excesivo y egoísta por el plato de la fama o de la mesa, que no preparan bien para la generosidad y concordia indispensables en la creación de la república, y es de esperar que desaparezcan en cuanto pueda echarse la actividad comprimida por más amplias canales, en cuanto la tierra nueva se abra al trabajador, el comercio al criollo, el periódico a la verdad, y la tribuna a la enseñanza, que es su verdadero empleo. ¡Ah, Cuba, futura universidad americana!: la baña el mar de penetrante azul: la tierra oreada y calurosa cría la mente a la vez clara y activa: la hermosura de la naturaleza atrae y retiene al hombre enamorado: sus hijos, nutridos con la cultura universitaria y práctica del mundo, hablan con elegancia y piensan con majestad, en una tierra donde se enlazarán mañana las tres civilizaciones. ¡Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su crudeza y brutalidad,

<sup>81</sup> Por su contenido se incluye aquí este trabajo, y no en la sección de artículos sobre música.

que rendir el alma nativa, a la vez delicada y fuerte, a un espíritu nacional ajeno que contiene sólo uno de los factores del alma de la isla, —que vaciaría en la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora,—que convertiría un pueblo fino y de glorioso porvenir en lo que Inglaterra ha convertido el Indostán! Y para esa vida verdadera, para esa vida original y culta, que haría del jardín podrido una nacionalidad salvadora e interesante, una levadura espiritual en el pan americano, un altar donde comulgasen a la vez, en la dicha del clima y la riqueza, los espíritus del mundo, no son buena preparación el celo rinconero, la fama a dentelladas, la reducción de la mente en controversias y quisquillas locales:—ni el alma de gacetiilla que nos ha caído de España. ¡Hay que sacarse de las venas el Madrid Cómico! ¡Las castañuelas, mozos cubanos, están empapadas de sangre! ¿Adónde, sino en las tumbas y en la miseria, están los hombres útiles? Los dicharachos del Lavapiés no son epitafio propio para las tumbas de los héroes, ni preceptos dignos de la Constitución de una república. No se levanta un pueblo sobre “tostadas-de-abajo”.

## II

Pero ni ese desequilibrio colonial en que, privados los criollos de los medios de vida que acaparan insolentes sus conquistadores, y desocupados en la forzosa miseria, ponen en sus propios recelos, y en la lucha penosa por las migajas que les dejan, el poder que en la vida natural se distribuiría sin choque en el fomento de las fuerzas públicas; ni esa alma torera, alma de navaja y colilla, que después de la guerra heroica logró meterse más por nuestra sangre que antes de los héroes, han podido sofocar en los cubanos aquella pasión por lo nativo, aquel gusto común del mérito criollo, aquel ingénito amor nuestro a toda elevación y especie de hermosura, en que se abrazan, sin examinarse las cédulas, los cubanos de los más encontrados pareceres, y se unen, en lo alto, los de orígenes distintos. Bien sentimos acá cómo nos aman, y cómo nos tienden los brazos en silencio, aquellos queridos hermanos de la isla cuyos nombres no osamos decir, o decir con el vehemente afecto que quisiéramos, de miedo de dañarlos. ¡Bien han de sentir allá esta ternura nuestra, que en las cabezas caídas no ve más que el deber de levantarlas, que en el mérito preso no ve más que la angustia de su prisión y el deber de redimirlo, que en el oprobio de aquella existencia no ve un derecho nuestro, y meramente casual, de arrogancia libre, sino el dolor

de los que la soportan! Esta verdad ha de entrar por aquellas venas, más que el Madrid Cómico: abrazo sea el mar, y unos los cubanos de la isla y los de afuera: pecadores somos todos, los de allá y los de acá, y todos somos héroes; beban sólo vino de piña, aunque al principio sea un poco agrio, los que hoy beben aguardiente de anís. Unos somos, en los orgullos y en la pena, los de allá y los de acá, como ayer fueron unos en la fiesta de Ibor los cubanos de Tampa, y Albertini y Cervantes. María Luisa Sánchez, encanto del destierro, cantó candorosa, donde Cervantes, como el griego la cuadriga, desataba, o enfrenaba, o encabritaba las notas; donde Albertini, con el violín, ponía en el aire de la noche extranjera los colores blandos, cálidos, fogosos de nuestro amanecer. Los obreros del destierro, que adornan sus casas con los retratos del orador, del pensador, del héroe domiciliado en la colonia, aplaudieron, aplaudieron del alma, a los cubanos de la isla. Las flores que premiaron el mérito de los cubanos de la isla, de Albertini y Cervantes, fueron las flores del destierro.

*Patria*, 21 de mayo de 1892.

## 4

### CAYETANO SORIA

Era un rico benévolo; era un obrero que no se envaneció con la riqueza; era un cubano que no veía en la riqueza el pasaporte para la indiferencia o el egoísmo: era un compañero de todos los que padecían; un hombre bueno era Cayetano Soria. Quien nada le pidió, quien rechazó lo que le ofrecía, tiene derecho a elogiarlo. Tiene el deber de elogiarlo quien fue un día recibido por él, en la casa levantada por su labor, con la franqueza de su mano, y la mirada triste e inquieta de sus ojos azules. Amable debió ser en vida aquel a quien sigue descubierto a la tumba un pueblo entero. Así se alzan los pueblos; no apedreándose las casas de acera a acera, ni recortándose los méritos como cortesanías envidiosas, sino reconociendo el mérito a pleno corazón, convidando a la virtud por el estímulo del respeto con que se la premia, juntándose los hombres en una casa sola, para venerar y amar, como los cubanos del Cayo, para decir adiós a Soria, se juntaron en el Liceo San Carlos. Juntarse: ésta es la palabra del mundo.

Como se apartan los ojos de las villanías, para que la piedad del silencio ayude a hacerlas menos feas y aborrecibles, así se ha de volver

los ojos a los espectáculos de la virtud, para que se mantenga o reviva la esperanza en el alma de los hombres. El que, de pie entre sus trabajadores, más los amaba que los oprimía, y devolvió al pobre mucho de lo que ganó con la ayuda de él; el que anhelaba ganar más para tener más que dar a la patria de su corazón; el que aborrecía como a enemigos de la humanidad, y como a ladrones, a los ricos sórdidos, que de las vilezas de su patria sacaron tal vez la fortuna que arrinconan, y se niegan a purificarla y redimirse ayudando al triunfo de la justicia en su patria; el que creyó que la posesión de mayor caudal no daba a un hombre el derecho de negarse a aumentar la felicidad de sus semejantes, y las condiciones públicas de su felicidad, sino que más es el deber de aumentarlas mientras más es el caudal; el que sostuvo con su predicación y con su ejemplo que la limosna privada, con ser santa, lo es menos que la limosna que se da al país esclavo y vilipendiado, que es la semilla de los limosneros; el que en los últimos días de su vida, en un sillón de *Patria*, padecía vehementemente del temor de que se creyese que no amó en vida bastante a su país,—cayó, joven aún, en los hombros de sus conciudadanos. No le han cantado una misa comprada, cuyos cirios encendiera, riendo o hostezando, el sacristán indiferente. No le han seguido al cementerio por el bien parecer o la obligación de la familia, unos cuantos carruajes perezosos. Las mujeres le tejieron coronas al obrero que no dejó de serlo en la prosperidad; niñas y niños fueron a pie hasta la sepultura del que en el sigilo de la bondad verdadera, repartió mucho pan y secó muchas lágrimas; las asociaciones a que ayudó, y por donde la patria empieza a vivir y se ejercita, cubrieron con sus estandartes el cadáver de quien anheló ver a los hombres asociados, y no les pidió nunca el pago de la lisonja a cambio de sus beneficios: los que le vieron vivir, acudían a declarar, ante el sol, que había vivido bien: y lo acompañó a la tumba un pueblo entero. ¡Allá, en el frío de la sepultura, debe arropar al muerto el cariño de las manos que vinieron a dejarlo en la tierra!: y cuando no se ha merecido, por la generosidad en la riqueza o por la honradez en la pobreza, el amor de los hombres, el muerto debe sentir mucho el frío!

Cuba, que está ahora otra vez en la vela de armas, limpiando el acero, limpiándose el corazón, puede levantar su fe, para los días creadores que la esperan, con el ejemplo de este humilde Cayetano Soria, que de la pobreza inculca se levantó, por su poder de orden y su tesón, a la riqueza sin arrogancia, y empleó gran parte de ella, mucha parte de ella, en contribuir a la libertad de su patria y al bienestar y adelanto

de sus hijos. Cuba en los días de ingratitud y batalla íntima en que se sana y asegura la libertad, recordará con orgullo, y como una deuda más a Cayo Hueso, el espectáculo hermoso del entierro de Cayetano Soria. En la casa del pueblo, en el Liceo San Carlos—¡y ha de ser mañana, en la libertad, que cada rincón de Cuba tenga, como el Cayo, para honor de él y garantía de la república, su casa del pueblo!—se reunieron, a la sombra de los lutos del salón, los cubanos agradecidos; por sobre las coronas del féretro se veían las de la hija de un héroe de la guerra, y otro héroe del destierro; en silencio, detrás de sus banderas, blancas y azules y orladas de mansa plata reluciente, iban las asociaciones cubanas, la de socorros mutuos de “La Fe”, la de nuestros bomberos, aún invictos, las de la patria, “Patria y Libertad”, “José Francisco Lamadriz” la logia del que empezó a emancipar nuestro pensamiento, de “Félix Varela”, y las escuelas de San Carlos. Y cubanos que trabajan en el comercio. Y cubanos que trabajan en los oficios. Y las músicas fúnebres. Caía la tarde cuando se elevaban en ella, al borde de la fosa de Cayetano Soria, la oración conmovida del sacerdote cubano Deulofeu, el elogio valioso de su colaborador indomable en la patria, José Dolores Poyo, el tributo franco de Antonio Díaz Carrazo, orador de “La Fe”, y la palabra hermana y calurosa, la palabra de la amistad y de la república, del venerable de la logia “Félix Varela”, de Fernando Figueredo. ¡Así muere, con un pueblo enjugándole el último sudor, quien ha sido útil al mundo!

*Patria*, 28 de mayo de 1892.

## 5

JUAN GUALBERTO GÓMEZ

EN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAÍS

Suele la imprevisión humana tener a mal que el hombre bueno propague la justicia, y salude el talento y la virtud, sin subir o bajar más el sombrero porque el padre del hombre virtuoso haya nacido en Africa o en Europa: ¡pues si nació en Africa esclavo, y de su esclavitud sacó al hijo que se hombrera con el hijo de los libres, mayor es la dificultad vencida, y más bajo debe ir el sombrero!

Por eso ha sido grande nuestro júbilo al leer que dos cubanos de padre europeo han llevado de la mano un cubano de padre negro a la

más alta y meritoria de las sociedades de Cuba. a la Sociedad Económica de Amigos del País, cuyo hijo más ilustre, a no haber tenido en su seno al inefable José de la Luz, al padre amoroso del alma cubana, habría sido un hijo de los campos, un titulado de la naturaleza, Tranquilino Sandalio de Noda. Grande ha sido nuestro júbilo al saber que un cubano de antigua casa, el meritorio Gabriel Millet, y Raimundo Cabrera, puesto en alto por la fuerza de sus obras, acaban de llevar al hermano mulato, al noble Juan Gualberto Gómez, a la casa ilustre donde han tenido asiento los hijos más sagaces y útiles de Cuba.

Singular es el valer del nuevo socio de la Económica. El sabe amar y perdonar, en una sociedad donde es muy necesario el perdón. El quiere a Cuba con aquel amor de vida y muerte, y aquella chispa heroica, con que la ha de amar en estos días de prueba quien la ame de veras. El tiene el tesón del periodista, la energía del organizador, y la visión distante del hombre de Estado. Pero nuestro júbilo no es tanto por la justicia que se tributa a un cubano distinguido, como por la preocupación que se derriba con motivo de su noble persona por el acomodo de las relaciones sociales de las razas de Cuba a la justicia natural, que establecería si no se le abriese campo oportuno; y porque este reconocimiento cordial del mérito del cubano negro, es anuncio feliz de que los hombres equivocados de Cuba, al sentir muy pesada ya la opresión sobre sus cabezas, entienden y aman mejor a los cubanos más oprimidos, y con cuya ayuda han de levantar la patria.

*Patria*, 11 de junio de 1892.

## 6

## NUEVO SECRETARIO

Quedó vacante la Secretaría del Cuerpo de Consejo de Key West, por el viaje a Chicago del activo y elocuente Ramón J. Socorro; y *Patria* ve con placer que le sucede un noble joven que da con su persona prueba de la sencilla y enérgica virtud del carácter cubano: el ejemplar Gualterio García.

La simple inteligencia no se ha de aplaudir, porque en nuestra tierra es como el sol, y la tiene todo el mundo; sino la capacidad de dirigirla de modo que salve de la tentación el carácter del hombre, y añada con su obra creadora al bien y crédito público. Talentos, tenemos en Cuba

más que guásimas. Lo que importa es uncir la inteligencia, con bravura continua y silenciosa, a los deberes rudos: lo que importa no es hacer de la inteligencia trompeta con que vocearse, ni solio de donde desdeñar, ni áspid con que envenenar; sino poder que saque en salvo el decoro del hombre con la tarea fuerte y creadora de la vida. Caracteres es lo que hemos menester, y lo que ha de celebrarse. ¡Talentos, tenemos más que guásimas!

Y más que los caracteres extraordinarios, cuya misma brillante excepción acusara su escasez, importa que la energía original, y la fuerza y respeto de sí, cundan e imperen, para que no sea nuestro pueblo a modo de aquellas catedrales viejas, con torres muy altas y mucho colorín y ojiva, que tenían al pie, como una gusanera, casucas y tenduchones infelices; sino como esas amables ciudades donde las casas, iguales y modestas, tienen todas su roble y su jardín.

De ese carácter cubano es tipo Gualterio García: y luce por su honradez y moderación en aquella juventud de oradores como Federico Corbet, de pensadores como J. Pombez, de poetas como Luis Muñoz, de evangelistas como Angel Peláez. El no es de los que piden prestada la vida, como una misericordia, a los empleos viciados que salen, como el veneno de la víbora, de una colonia que no es más que un escalafón de esclavos, en que unos esclavos llevan toga, y otros hasta hace poco llevaban grillos; sino de los que prefieren trabajar con sus manos en un oficio natural, a vivir, corrompido y asustado, de las industrias que no prosperan sin la complicidad, o excusa culpable, del delito. Está bien que el secretario del Cuerpo de Consejo, guardián y guía en el Cayo de la idea pura y plena de la independencia, sea un hombre que en su propia vida lleva la prueba de la capacidad de su pueblo para ser libre.

*Patria*, 13 de agosto de 1892.

1. LOS ISLEÑOS EN CUBA
2. A PEDRO GÓMEZ Y GARCÍA
3. UN CUBANO
4. CARACTERES CUBANOS
5. JOSÉ MARTÍNEZ, "EL GALLEGO"
6. CRISTINO MARTOS

## LOS ISLEÑOS EN CUBA

Allá, hace años, no había en el presidio de la Habana penado más rebelde, ni más criollo, que un bravo canario, Ignacio Montesinos. Toda la ira del país le chispeaba en aquellos ojos verdes. Echaba a rodar las piedras, como si echase a rodar la dominación española. Se asomaba, al borde de la cantera, a verla caer. Servía mucho, hablaba poco, dio opio a los guardias, y huyó libre. ¡Y ahora, veinte años después, aquel noble isleño, coronado de canas, escribe, desde un monte de Santo Domingo, que es como el de antes su corazón; que no se ha cansado de amar al país; que el padecimiento y la ruina, que le cayeron por él, se lo hacen amar más, que allá está, suspirando, por prestar a Cuba algún servicio. ¿Quién, mejor que este isleño, podrá llamarse cubano?

Ni es raro que el hijo de las Canarias, mal gobernado por el español, ame y procure en las colonias de España la independencia que por razón de cercanía, variedad de orígenes, y falta de fin bastante, no intenta en sus islas propias. Miséras viven, sin el regalo y alegría con que pudieran, las poéticas Canarias; y no cría bajo español aquella volcánica naturaleza más que campesinos que no tienen donde emplear su fuerza y honradez, y un melancólico señorío, que prefiere las mansas costumbres de su terruño a la mendicidad y zozobras de la ingrata corte. ¿Qué ha de hacer, cuando ve mundo libre, un isleño que padece del dolor de hombre, que no tiene en su tierra nativa donde alzar la cabeza, ni donde tender los brazos?

Del bien raíz suele enamorarse el hombre que ha nacido en la angustia del pan, y cultivó desde niño con sus manos la mazorca que le había de entretener el hambre robusta; por lo que ha salido el isleño común, mientras no se le despierta su propia idea confusa de libertad, atacar, más que auxiliar, a los hijos de América, en quienes el gobernante astuto

les pintaba el enemigo de su bien raíz. Pero no hay valla al valor del isleño, ni a su fidelidad, ni a su constancia, cuando siente en su misma persona, o en la de los que ama, maltratada la justicia o que ama sordamente, o cuando le llena de cólera noble la quietud de sus paisanos. ¿Quién que peleó en Cuba, dondequiera que pelease, no recuerda a un héroe isleño? ¿Quién, de paso por las islas, no ha oído con tristeza la confesión de aquella juventud melancólica? Oprimidos como nosotros, los isleños nos aman. Nosotros, agradecidos, los amamos. Pronto va a tener Montesinos la ocasión suspirada de servir a Cuba.

*Patria*, 27 de agosto de 1892.

## 2

## A PEDRO GÓMEZ Y GARCÍA

El es el firme anciano que, ya en canas, torció el camino del caballo, y lo metió en el monte libre; él es el que, como premio o remordimiento, o como retaguardia fraternal, está junto a los que le visitan, con recados de patria, su pueblo tampeño, en Tampa; él fue quien echó al cielo primero, en el pino más alto que halló, su bandera cubana: él escribe con el abandono y la fuerza de los apóstoles. Y él quiere decir, acá mismo en *Patria*, que no tiene “por digna la anexión de Cuba a los Estados Unidos, venga de donde viniere, ni después de la independencia, ni antes de ella”.—“Y si tal fatalidad pudiera ser, aunque sea después que yo deje de existir, le pediré al Todopoderoso que se levante un torbellino que consuma la mar y la tierra del seno mexicano”.

¿Y ha de dejarse en pena a aquel anciano generoso? No verá él en *Patria* jamás, ni el consejo de ligar a Cuba, peculiar y débil, con un pueblo diverso, formidable y agresivo que no nos tiene por igual suyo, y nos niega las condiciones de igualdad,—ni el enojo innecesario contra los cubanos y españoles que, por credulidad supina, o fantasmagoría de progreso, o deslumbramiento de la mera apariencia, o poco lastre de ciencia política, opinaran en su libre buena fe, que un pueblo desdeñado, de composición enojosa para el país con que se habría de unir, vivirá más seguro en la dependencia de un pueblo que se tiene por su superior, y lo quiere para fuente de azúcares y pontón estratégico, que en el orden posible de sus elementos productores propios, garantizados por su propio buen uso, que pondría de valla el respeto universal a la codicia de los

vecinos. A las estatuas de polvo, Pedro Gómez, no hay que ponerles el dedo, sino dejarlas caer. Ni hay que empeñarse en demostrar que a un pueblo de problemas menores, y cuya solución es de facilidad relativa, no le conviene, a la hora en que mudan de teatro las cóleras del mundo, y se vienen al teatro más libre de América, entrar en liga con un pueblo de problemas mayores, cuyo seno empiezan ya a desgarrar, por culpa de su arrogancia e imprevisión, las iras todas acumuladas por los siglos en las naciones europeas. ¿Quién, por huir de un espantapájaros, se echará en un horno encendido? Pero en *Patria*, y en buena república, es justo acatar sinceramente el derecho de los hombres a expresar y mantener su opinión y amar como a padres a los ancianos que tiemblan de pensar que pueda caer la tierra porque sangraron en manos burdas y desdeñosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos.

*Patria*, 27 de agosto de 1892.

## 3

## UN CUBANO

Pasan las Repúblicas por desagradecidas, y entre ciertos cubanos insuficientes y antiolímpicos, pasan los cubanos por incapaces de la República. De falta de gratitud precisamente tachaba ante *Patria*, hace poco, al pueblo cubano un héroe que tiene sin duda derecho a su agradecimiento; en lo que *Patria*, que conoce la obra lenta de la virtud entre los hombres, y el hábito humano y natural de no exhibir las dotes extraordinarias, sino en las situaciones extraordinarias, no veía pecado especial de Cuba en lo que es condición patente de la naturaleza del hombre; ni en el héroe veía injusticia, como a otros hubiera podido parecer, sino la prisa santa de un enamorado de la libertad, que se enoja porque los demás hombres, que sienten como él la bofetada, no tengan tan viva como él el ansia de redimirla:—pero hay mejillas nerviosas y otras que no lo son.

Pero los cubanos tenemos todas las virtudes necesarias, y la de la gratitud, de que es prueba conmovedora el donativo valioso que publica *El Yara*, y de que *Patria* misma fue testigo. En un cuarto de campaña, donde con el recuerdo de lo pasado, se fortalecían ciertos cubanos ilustres, para lo venidero, ciertos cubanos verdaderamente ilustres, estaba hacia un rincón, montado como un arnés, en su taburete, un hombre

que de la pura humildad parecía querer esconderse de sí mismo. Ni se le veía hablar, ni saludaba sino como pidiendo perdón. Ni se notaba, en lo muy poco que decía, que fuera hombre de muchos puntos y comas. Y era el alma de angel del cubano Gabriel Torres y García, era el doloroso corazón de un hombre que no habla de su patria sin temblar, era un rico del propio trabajo, que se está desposeyendo en vida de lo que acumuló con su honrada labor, que está repartiendo lo que tiene entre los hombres que han derramado la sangre por su patria. Aquel hombre pequeño, de pocas palabras, sin pararse a ver que el defensor de su país haya nacido en Polonia o en las Villas, acaba de dar en propiedad sus tierras de Tampa al General Roloff, que es persona que tiene ganada la palma alta sobre su sepultura, y al General Serafín Sánchez, porque es hombre que se da la vida y deja atrás por su país a la compañera ejemplar, le regala ocho acres de tierra en un condal, tres solares en otro y un solar de lo más rico en el glorioso peñón de Cayo Hueso.—Y este admirable Torres, ni es sajón, ni es rubio!

*Patria*, 3 de septiembre de 1892.

## 4

## CARACTERES CUBANOS

Conversaba *Patria* con Raimundo Ramírez, porque de vez en cuando es bueno conversar, y se contó la hermosa historia del cubano Marcelino Valenzuela Bondi, “del hombre que con más dignidad llevaba la vida del presidio en Ceuta”. Ramírez lo pintaba como si se le viese: ni de mucho cuerpo, ni de pocos años, unos treinta y cinco; un machetazo de la guerra grande le había llevado el pómulo; otro le tenía partida, de la frente al cuello, la cabeza; y en el otro, el del hombro, le cabía la mano. Recibía al mes Marcelino Valenzuela cuarenta pesos de Cuba, y los repartía, íntegros, entre sus compañeros. Marcelino era negro y los cuarenta pesos se los mandaban sus amas.

Y vale la pena saber cómo Marcelino escapó de los machetazos con vida. De la mucha sangre no se podía enderezar, y a codo y rodilla fue arrastrándose por el monte, hasta que dio con un güiral y se puso las hojas machacadas de tapón en las aberturas. Tapa bien, la hoja de güiro generosa. Y cuando su coronel lo vio aparecer vivo, se echó atrás,

como si viera un fantasma. Luego cayó; cuando dijo adiós a su mujer y a sus hijos en “la guerra chiquita”, y salió al campo con la bandera infortunada de Calixto García: cayó en Ceuta.

En Ceuta era donde había que verlo vivir, donde no tenía centavo suyo, o vendía el reloj y la cadena para cubrir la estafa de un cubano pecador, y poner lo que él había quitado, a fin de que no lo enviasen a presidio. Y en Cádiz era aún más grato verlo, porque tenía allí casa abierta, de los cuarenta pesos que le mandaban sus amas; y en la casa daba asilo a cuanto cubano, tinto o claro, lo hubiese menester. Uno le preguntaba con indignación por qué amparaba a éste o aquél, que no vivían con el decoro que debieran; y Marcelino le respondió: “Pero, ¿qué he de hacer, si son paisanos? ¿No es más doloroso que vayan a andar por ahí, donde los gaditanos le vean la necesidad, y quien salga perdiendo de la deshonor no sean ellos, sino Cuba? Entre, amigo: ya sé que se lo jugó anoche todo, y que no le queda camisa; pero aquí tiene para esta tarde el ajiao”.—Y Marcelino, para entonces, no sabía leer ni escribir. Luego lo enseñó a leer Raimundo Ramírez.

*Patria*, 1 de noviembre de 1892.

## 5

## JOSÉ MARTÍNEZ, “EL GALLEGO”

¡No es, no, contra los españoles contra quienes se levanta en Cuba el país, sino contra los que en un corazón de diez y ocho años, porque ama la libertad donde la ve ofendida, porque defiende la independencia de España en Cuba como en Galicia defienden la independencia de España los gallegos, le clavan un puñal en la sombra! Pero los cubanos levantaron el cadáver del pobre niño español, lo envolvieron en su bandera, lo tendieron en su liceo, lo llevaron en hombros a la sepultura. Los hijos de España, más grandes que España, vuelven amor por odio, y no aborrecen al español, sino al que con nombre de español afea por sus crímenes y despotismo la naturaleza, y a puñaladas o a balazos ceban la crueldad, oreada en la plaza de toros, en los que aman y defienden el derecho humano.

José Martínez era de lo muy pobre del mundo. Sus letras cabían en un puño, las pocas letras que pudo enseñarse, de codos en el mostrador, a la hora callada, o en la puerta de la casa ambulante, con el libro sobre

las rodillas. Nació con alma propia, y desde su primer niñez buscó por sí el trabajo que por su cariño a Cuba le negaban sus compatriotas. Hoy era aprendiz, y luego dependiente, con aquella inquietud vaga y profética del hombre valeroso que en todo está como de paso y a disgusto cuando el extremo de la vejación, y la hora buena, llaman la sangre a superior empleo. Grandeza es lo que parece ociosidad, y larva de héroe el que no se acomoda a una ocupación mezquina en los tiempos heroicos. Como de familia era el gallego en las casas cubanas de Tampa; y como suyo le abrió el Cayo un taller, cuando quiso ponerse allí al oficio. Aún lo recuerda *Patria*, bravo y desmañado, diciendo en la tribuna de un taller español de Tampa sus ideas liberales, ante un silencio mortal: se secó con la manga al bajar el sudor de la frente, como el herido que va a caer se enjuga a tientas la sangre que le inunda el rostro. Aún lo recuerda *Patria*, al pie de cuanto había que cargar, de centinela al dintel de los enfermos, de estribo a los ijares del caballo, de abanderado en los días de procesión. *Patria* lo ve aún, en su camiseta de trabajo, pintando afanoso los estantes de la tienda que el agradecimiento cubano le levantó, en premio mínimo de sus servicios, al general Roloff, y que le mantendrá, por decoro y por ternura, el agradecimiento cubano. Y a todo estaba él, y entraba y salía en la casa con aires de dueño, porque no sabía como sentirse menos que hijo de aquel que le hablaba del valor de Villamil, y de la caballería de Diego Dorado. Servía la tienda mal José Martínez, o respondía con la voz desatenta de quien está, en la carrera de la gloria, picando ancas. Y sabía de intrigas; y a quien a Cuba le quería hacer mal, o le quería a Cuba poco, lo odiaba de todo corazón. De persona era extraño, y como dejado a medio tallar en el nacimiento, para que en las ansias de la libertad se le acabase y hermoseara el rostro feo y rojizo. Hablaba como de lejos, y como quien sabe lo que no dice, y va a poder. Y un día, al volver de una esquina, amaneció la pobre criatura muerta de una puñalada.

Por los muertos, no se ha de llorar: se acaricia la mano fría, se baja la cabeza, y se le abre paso al misterioso caminante: se ase con mano más nerviosa la bandera que se ha jurado no dejar caer: se peleará por tu memoria, gallego bueno y querido, hasta conquistar, para cubanos y gallegos, la libertad que amaste. Pero sube a los ojos la emoción, la emoción del orgullo patrio y la fe en el porvenir, al ver tendido en la casa de Cuba, con la bandera al pecho, al pobre niño español que murió a mano oculta, allí donde viven cara a cara, en la irreconciliable pelea, criollos y españoles; al ver desfilar ante el lujoso ataúd, comprado por

Cuba agradecida, el pueblo de cubanos, con la cabeza descubierta, y los niños cubanos, hijos de héroes y poetas, que lloraban por su pobre gallego, y las cubanas; al ver pasar en hombros el cadáver, con la guardia del club "Diego Dorado", aquel bravo andaluz que cayó por Cuba, y los coches silenciosos y vacíos, y el pueblo entero a pie, allí donde un torreón maligno e imprudente flamea al aire el pabellón español, en la tierra misma adonde vienen a pedir pan los españoles que no lo hallan bajo él, allí donde los españoles que aman a Cuba mueren asesinados.

*Patria*, 28 de enero de 1893.

## 6

## CRISTINO MARTOS

Era otoño hace años, y llegó a Madrid después del Zanjón, camino de Ceuta, un cubano que se salió del camino. Llevaba un encargo, sobre cierto pleito de Cuba muy ruidoso, para los abogados que lo regían en Madrid, que eran un valenciano cortés, y Cristino Martos. Y Martos quiso ver al cubano para tratar del pleito,—del pleito que no se acaba, que estamos acabando.

La casa era de las nuevas de Madrid, de holgada escalera; y el piso un segundo o tercero.

Dos colosales fotografías adornaban, solas, la sala: el Partenón y el Coliseo. En el despacho que iba a la alcoba, había un obispo; había un cura, había un periodista de alquiler, muy untado y charolado; había un hombre fosco y mugriento, caídos los faldones por los dos lados de la silla, las manos apuñadas sobre la cabeza del bastón, la leontina bailándole; los becerros llenos de polvo; era el general Salamanca.

A las ocho entró el cubano a la cita, con un valenciano bueno, pechudo, de espejuelos, de chistera y capa. Martos estaba en cama, grueso y femenino, el pelo desrizado, la palabra ya cincelada a aquella hora; los quevedos de aro negro redondeándole los ojos. Cuba entera habló allí, Cuba desnuda. Martos decía apenas: quería oír más: oír tanta novedad: oír al criollo libre: él nunca había oído aquello. No. El cubano no se había de ir. "¿Conque ése es el problema irreconciliable? ¿Conque ustedes han criado en la guerra y en el extranjero, y aquí en España a nuestras barbas, esa alma que usted me enseña; esa alma valiente, que me habla en español, pero en que yo no reconozco un alma española? ¿Conque ustedes van aprisa, y en una dirección, y nosotros

en otra dirección, y más despacio que ustedes?" Y el cubano pintaba el engaño de la tregua, la vejación del país, la revolución triunfante en los corazones; la iniquidad con que se alzaba al cubano negro contra el blanco por aquellos días, la cárcel de Santander llena de presos llagados, de presos desconocidos, desterrados a oscuras, después del Zanjón. Describía la composición cubana, y la del español. Preveía por el carácter de la política española, y el del español de Cuba, la resurrección revolucionaria. Los intereses son diversos. Los caracteres chocan... "Oh, sí: tiene usted razón"—dijo al fin Martos: "o ustedes, o nosotros". Las once eran al salir. Todavía quería Martos oír. Afuera, chispeando, el obispo. Y cesantes, y una mujer, y coroneles. Y bufando, de una pared a otra, Salamanca.

El día siguiente fue día famoso en Cortes; el día en que se suspendían las sesiones, en homenaje a María Cristina, que se venía a casar. Martínez Campos presidía el gabinete, que asistió íntegro. De los discursos, amenazantes desde la oposición o confiados desde el gobierno, dos alzaron la casa. Uno arrancó un murmullo, era Sagasta, vestido de frac, que se ponía en pie, con la mano al pecho, que olvidaba la política en la hora de la regia felicidad, que recibía como español a la prometida del rey de España; que con sus manos de adversario rendido ofrecía a la reina joven un ramo de violetas. Las palabras eran finas, sencillas, menudas, fragantes: lo mismo que las flores. El otro discurso fue de luengos párrafos, los quevedos cercaban los ojos, el brazo erguido se alzaba por el aire, el hombre se revolvía, al coronar la frase encaramada, como para clavar la púa con el talón. De la tarde oscura sacaba la profecía para el gobierno vacilante; la profecía de muerte: "¿qué desbarajuste era aquél?" "¿qué poder extraño e ilegítimo sostenía en el gobierno a un militar rebelde cuyo puesto estaba mejor en el triunfo culpable que en la casa de las leyes?" "¿y Cánovas, no juega con el gobierno, no lo ha puesto a que descubra su nulidad, no está ya acechándolo?" El discurso, como una rosa de acero, abría, penosamente, los pétalos bruñidos. La frase se tendía, se echaba por las escalerillas, se recogía silbando, con el ministro adentro.

De pronto, sobre la Cámara atónita, baja, tronando, el párrafo cubano. Se ha mentido; se ha obtenido la paz por sorpresa; la paz no está en el país; se gobierna con el odio y el terror; se ha comprado muy caro una tregua muy poco duradera; en los caracteres es donde está la oposición; ¿qué se ha hecho para atraer sinceramente al cubano? ¿qué se ha hecho para sujetar la insolencia del dominador? ¡El discurso, el discurso

entero del cubano en la alcoba! Y pide, en la peroración conmovida, piedad para la isla desgraciada.—El rumor agrio, el diputado que se levanta, la protesta escandalizada o sorda, el discurso que acaba en la soledad y el frío. Se le aglomeran, le increpan, se defiende, le siguen pocos al irse.—Al otro día, ni un solo diario, ni el de Martos, ni el de las cortes después, publicaron una palabra, alusión siquiera, del discurso de piedad para la isla desgraciada. Martos ha muerto: "¡O ellos, o nosotros!"

*Patria*, 14 de febrero de 1893.

1. EL DÍA DE LA PATRIA.—LA LISTA DE HONOR
2. VÁZQUEZ, HERMANO EN LA LIGA
3. JOSÉ CRISTÓBAL MORILLA
4. UN CUBANO EN NEW ORLEANS
5. UN CUBANO REAL
6. CUNA VACÍA

## EL DÍA DE LA PATRIA

### LA LISTA DE HONOR

Sin agradecimiento no se pueden abrir los periódicos de nuestro Cayo. Palpita en ellos, briosa y continua, nuestra idea creciente. La tierra, con ser todo lo que es, necesita del sol diario. Grano a grano, al lomo de los insectos, se ha hecho la tierra, tan grande como es. Día a día se hace la historia. Y a la hora del mantel ¿qué se hace si no hay viandas que servir a la mesa? Sería, una vergüenza dejar en hombros de unos pocos la obra de que todos nos hemos después de aprovechar. Y si algún hombre cazurro se niega a su parte de obra; si algún cubano, rico o pobre, deja sin cumplir su parte de deber, ¡pues hay que doblar la nuestra, para que esa parte no quede sin cumplir!

De *Patria* puede a algún malévolo parecer interesado, en esta o aquella medida, el aplauso más justo; y no dijo el periódico toda su alma, como quiso decir, cuando salieron al público las ejemplares resoluciones del taller de escogida de la fábrica de Gato, donde, para honra de nuestra milicia libre y bochorno de la gente de poca virtud, gana su pan de obrero, tabaco a tabaco, el héroe de casa rica que ganó su fama de general en once años de combate; donde trabaja, venerado de todos, Serafín Sánchez. Pero ahora se pueden celebrar las resoluciones. Han caído en lo hondo y limpio de las almas. Sin violar derecho alguno, han mostrado que ningún hombre tiene derecho al deshonor. Se es libre, pero no para ser vil: no para ser indiferente a los dolores humanos; no para aprovecharse de las ventajas de un pueblo político, del trabajo creado y mantenido por las condiciones políticas de un pueblo, y negarse a contribuir a las condiciones políticas que se aprovechan. Dígase que no otra vez. El hombre no tiene la libertad de ver impasible la esclavitud.

vidud y deshonra del hombre, ni los esfuerzos que los hombres hacen por su libertad y honor.

¿Y qué trae *El Yara* ahora? Un acta hermosa de “los ciudadanos que componen el cuerpo de rezagadores del taller de E. H. Gato & Co., adhiriéndose a las resoluciones de los escogedores del taller”, de dar íntegro, como grato y apremiante deber, un día de trabajo al mes para el tesoro de la Revolución, el Día de la Patria. Y la adhesión de los escogedores de Trujillo e Hijos, con Rogelio Castillo a la cabeza, el valiente y modesto Rogelio, que se entra y se queda en las almas. Y luego una magnífica lista del taller de torcedores, una columna de nombres compacta. Mañana será el libro, se publicará el libro, se leerá el libro por la patria, tendrán asiento delantero los que lo tuvieron a la hora del deber: y los que a la hora del deber no quisieron lugar ¿cómo lo irán a pedir a la hora del derecho? En una lista de honor se publicarán todos estos nombres: ¡será como un libro de orgullo, como un libro de hermanos!

*Patria*, 10 de abril de 1893.

## 2

## VÁZQUEZ, HERMANO EN LA LIGA

Nos juntábamos un domingo en New York para levantar una casa de querer; para vernos el corazón, blancos y negros; para enseñarnos y amarnos, y echar atrás, con los rayos de la frente, con la verdad de la vida común, con un cariño apretado como la sangre, con la autoridad bebida a sorbo diario en los corazones, a los que, por maldad o preocupación, digan que el anhelo natural del cubano de padres de Africa, porque le reconozcan los cubanos de padre europeo su capacidad probada de hombre, puede ir jamás hasta castigar a los que se resisten a la justicia, por una guerra basada en la diferencia de color que se quiere desvanecer, en los que están prontos a morir por el derecho del hombre, sea negro o blanco. De un lado estarán los buenos, blancos y negros; y de otro los malos, negros y blancos. A los hombres los reúne el vicio, o la virtud. Hay blancos y negros tan juntos por la virtud, que no será posible separarlos, sin separarlos antes de sus propias entrañas. No saben lo que dicen los que otra cosa dicen. Uno que otro airado habrá, por disimulada soberbia, o por impaciencia de justicia; pero en los brazos abiertos cae toda esa montaña de odio. Lo dominante es el amor.

Fernando Vázquez ha muerto en la Habana; él ayudó a fundar La Liga; él fue hombre de las dos sangres; él fue cubano de amor.

*Patria*, 10 de abril de 1893.

## 3

## JOSÉ CRISTÓBAL MORILLA

Con reverencia profunda ha de escribirse el nombre del anciano constante y pundonoroso, limpio en el patriotismo como en su vida entera, que acaba de morir en el asilo extraño donde batalló, sin conocersele cansancio, por la independencia de su patria. Fue el suyo de aquellos caracteres que no tienen paces con la deshonra, ni buscan casos y escapes a la cobardía, ni entienden que haya conformidad con la existencia, ni se tenga el hombre por tal, mientras en el pueblo en que nació viva el hombre hipócrita y abyecto. Es como una luz del alma, que no se apaga jamás. Es como una voz secreta, que no deja dormir. Es como un caballero antiguo, que se había jurado a su dios y a su dama. La lealtad embellece estas vidas, mientras que las de otros se arrastran limosneras y torvas, y descontentas de todo, porque lo están de sí propias.

En este amor sin tacha y sin receso por su tierra mísera vivió José Cristóbal Morilla, que a la tentación de ir a pasar la vejez en la ciudad de sus estudios y de sus amores, prefirió continuar viviendo, cara a cara del despotismo que pudre a su país, entre los que se han jurado, como la mina al pie de la fortaleza, pelear juntos con su vida hasta lograr la independencia de su pueblo: y cuando ya no estén vivos, animar a los demás a pelear con el ejemplo de su muerte. Pero José Cristóbal Morilla no era de los que creen que se echan mundos abajo con la mera opinión, ni que los pueblos se libertan, o mudan del vicio a la virtud, con el deseo perdido en el pecho ocioso. Él, pulcro y tenaz, estaba a la obra siempre. Cuando todo se apagaba, allí estaba él, en su rincón de claridad, con el grupo glorioso de los incorregibles. Cuando su pueblo, como una caña loca, se plegaba a la tormenta, él, en el grupo de amigos, resistía como un roble. Para él, como para aquellos hombres todos, ni había quehacer superior al de libertar a su país, ni pasión que no domasen en su servicio. Fue siempre hermoso duelo el de España, con su isla corrompida al pie, y ese puñado de hombres. En las citas, Morilla era de los primeros: su voto, siempre el mismo, era el de arrancar de raíz: su misa, los domingos, era la junta de los amigos que no se han cansado de servir

a su patria. De su leal esposa, abnegada compañera de aquel sencillo heroísmo, salía, fuerte y cortés, a la junta imperecedera: por la sombra de los árboles viejos de la casa de Lamadriz, pasaba, vivos los ojos y el andar, el licenciado rebelde. Su esposa murió, y él ha muerto.

“A su entierro fuimos todos:—dice *El Yara*—mujeres y niños, viejos y jóvenes. El Club *José Francisco Lamadriz* con su estandarte—en que luce como un símbolo el retrato del que le dio nombre—marchaba en cuerpo, lo mismo que *Las Hijas de la Libertad*, que llevaban plegada y con crespón negro la bandera cubana. De este Club fue Morilla socio fundador, del otro Vicepresidente honorario. Marchaba la sociedad de socorros mutuos, *La Fe*, y una comisión de *San Carlos* que mandaba la Directiva a pagar el último tributo, en nombre de la institución, al apoderado del pueblo. Muchos amigos, entre ellos algunos miembros del Consejo Local de Presidentes, aumentaban la comitiva”. Del club modesto y fidelísimo de nuestras mujeres, *Mercedes Varona*, iba una comisión de señoritas. El club ejemplar de cubanas, *Las Hijas de la Libertad*, el club lealísimo, acordó llevar duelo nueve días por su miembro honorario fundador. Y los amigos, los de *Luz de Yara*, los que han estado con él año tras año a la tarea, los veteranos de la guerra y de la emigración, cargarán duelo visible quince días por el que siempre estará sentado entre ellos. La vida de Morilla fue una serie de sacrificios y de amores: su vida, ejemplo y vergüenza de cobardes y venales, fue un compendio de virtudes.

*Patria*, 22 de abril de 1893.

## 4

## UN CUBANO EN NEW ORLEANS

Por la mañana llegó, y a la tarde ya le había dicho adiós. Para otros el descanso, el ver las calles holgadas, con sus balcones de hierro, el gozar, sentado bajo el pórtico blanco, de la conversación criolla; para un cubano de veras, que lleva el pecho atormentado de la esperanza y del horror, que oye de la almohada y del mantel la voz de su tierra presa y desvalida, que va juntando virtudes y descabezando traiciones, el reposo es andar, con la espuela al riñón, hasta que su tierra sea libre. Que se le dobla la rodilla en el camino, y rueda por el polvo, y parece que ya no se vuelve a levantar: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que, como al caballo en la plaza, se le caen las entrañas por el redondel, y expira,

frente a la fiera, en la sangre de sus entrañas: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Que le escupan el honor, que le nieguen a sabiendas la virtud, que fulleros y pillos, desde el goce de su infamia, se burlen de su sacrificio: ¡bueno, con tal de que la tierra sea libre! Al vuelo, de un trabajo a otro, ve el viajero, desde el tranvía destartado que hala una alegre mula, las casas y monumentos, los kioskos y las estatuas, las columnatas y las magnolias, los colgadizos y los tenduchos; y a poco se preguntan, con justo asombro, cómo puede, quien quiera ver, imaginar que Cuba viniese a ser jamás norteamericana. Aquí está New Orleans, cordial y francesa: libre en sus leyes, loca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un estado soberano en la Unión, y, después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne. Los viejos celebran en un coro de hotel, con el retrato de Jefferson Davis en la insignia de la solapa, el artículo del *Times Democrat* donde se echa en cara su prosperidad inmortal, y su progreso de cascarón “a ese Norte insolente”: los hijos “no son americanos, son criollos”: las madres, pálidas, y como cautivas, enseñan el francés a sus criaturas: los pocos yanquis, como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones; la ciudad, aun en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece:—¡y es que lleva presa el alma!—Nadie una dos pueblos diversos.

Apenas, como puntos, recuerda el viajero, que pasó por New Orleans sin verla, una impresión a otra: la aduana, grande y gris; la calle del Canal, de tiendas grandes y animadas; un café de la calle Real, con orquesta a las ocho de la mañana; el hotel de San Carlos, con los huéspedes como perdidos en el salón de *lunch*, y una india de venta, para muestra de cigarrería, y un organillo con su teatro de monos. En la calle, sin tropezar, va y viene la gente. Una estatua, es de Lee. El *Picayune* cabe en un cuarto. Esa casa y la de al lado, blancas y de columnas, son como templos griegos. Un tiro de diez mulas, con cadenas por bandas, arrastra un corte de mármol. Las mulas del expreso llevan el arnés punteado de bronce. Por las alcantarillas, al borde de los palacios, corre el agua fétida. La biblioteca libre es de piedras rojas, acuchilladas como las de Florencia. Una madre, vestida de luto, le llena a su hijo las manos de jazmines. De vuelta al tren, va hallando el viajero nombres que le sorprenden. ¿Y ese del Nodal, con su oficina rica, en esta esquina de privilegio?: ése es el hijo de un cubano. ¿Y esa lujosa cigarrería, en las dos calles mejores de la ciudad?: ésa es de Díaz González: ahí está Echezabal. ¿Y ese otro, que dice *Infante*: padre e hijo son de Cuba, y tienen buen comercio. ¿Y Lamar Quintero, el abogado y mi-

litar y periodista, y hombre de salones, no es el hijo de nuestro poeta fiel y original, no es el redactor del *Picayune*? Se entra en la casa masonica, llena de suntuosos estudios, y brillan juntos dos nombres de cubanos: el de Bornó y el de Havá, los dos médicos jóvenes. Havá, el padre venerado, talento vario y original, y cubano de fama justa, padece ahora, y sus amigos le rodean. Esa casa cómoda es de Anastasio Montes. Allá van Frayle, Santa Cruz y Montaos, tres que han jurado volver a Cuba con la Libertad.

Pero una casita de paredes blancas, con las cortinas pulcras, recogidas por lazos punzó, es tal vez el recuerdo más grato del viajero. Las hijas, hijas de héroe, están en el trabajo. Otra, de ojos de virgen, sirve el vino hospitalario. La hermana poetisa que vive de enseñar, habla enamorada de nuestros trabajos y de nuestro valer, de la emigración honrosa de Cuba, del rincón azul donde se cría el genio. La madre, joven en la ancianidad, bella de patria y honradez, bella aún del rostro, como quien no se arrepiente del sacrificio útil, recuerda "las casas del monte, en que gozó mil veces más que en su casa rica de la ciudad"; cree imposible "¡imposible!" que los hijos, que las hijas, que las esposas que perdieron al padre del hogar en la pelea por Cuba, no le honren la idea y el sepulcro, pensando en vida por lo que murió su padre; y "yo, pobre viuda como soy, si otra vez volviera a verme con mi marido, como me vi, otra vez volvería a creer que su obligación era morir por su país".—Así hablaba la señora Julia Miranda de Morales, rodeada de las hijas, felices y cultas, que crió con la virtud de su viudez en el destierro.

Por algunos hombres, nulos y desvalidos, se puede perder la fe en Cuba: por esas mujeres, se recobra la fe en la patria.

*Patria*, 8 de mayo de 1893.

## 5

## UN CUBANO REAL

No es Francisco Javier Cisneros—servidor feliz de Cuba en aquellos días en que se tomó la medida de los hombres—de esos criollos segundones que les nacen a las colonias opresas y no saben abrir la vida sino con la llave que llevan bordada en el faldón los maestros de la real ca-

ballería. Ni es de los que, como en el dibujo de un diario de estos días, uncen al carro de la América nueva un caracol y una tortuga. El se fue a América a honrar con el trabajo creador a su país; a responder con su vida de hechos a los cubanos que, juzgando a la patria entera por su aspiración inútil, niegan a Cuba la industria y novedad que requiere en este siglo de competencia un pueblo libre; y a estrechar, por el aprecio y mérito de su trabajo valioso, la hermandad de Cuba y las repúblicas americanas. Otros se sientan, a hablar de toros y reformas alrededor de la mesa inútil del café madrileño, y a ver irse la vida en espirales de humo: Cisneros, con la pena en el alma de la patria infeliz, se fue a un pueblo que trabaja para sí, y echó puentes, llevó vapores, puso muelles a la mar, despertó las minas, aprovechó los ríos.

Ahora pasa por New York en viaje a Francia: *Patria* saluda en él a un cubano útil y verdadero.

*Patria*, 12 de agosto de 1893.

## 6

## CUNA VACÍA

El Cayo, cada día más noble, y más depurado y vigoroso después de cada prueba; el Cayo, adonde iremos mañana en peregrinación respetuosa, a coronar, año sobre año, las virtudes humildes, a saludar el rincón del patriotismo imperecedero, y el taller magnífico de nuestra república; el Cayo, invicto y cuerdo, donde el trato real del trabajo fundador, y el respeto mutuo, han comenzado ya a amasar el pueblo pacífico y generoso de la independencia, tiene en Teodoro Pérez y Tamayo, a quien no han salido canas todavía, un hombre en quien se ven la cordialidad, la laboriosidad, la magnanimidad, la sagacidad que, entre revueltas y arranques, y peligros y glorias, han ido labrando aquel pueblo. En Teodoro Pérez, el interés jamás estorba la obligación moral; la ofensa injusta no le mueve a venganza. Trabaja, ama a los hombres y se doma.

Y ahora llegó a su casa, la casa que ha levantado en la arena con su esfuerzo; llegó con un juguete para el más tierno de sus hijos, y ya no lo vio, porque estaba debajo de la tierra, y la madre, en silencio, junto a la cuna vacía.

Los muertos guían y acompañan: no hay más muerto en el mundo que el que olvida y odia: hay una flor que no se seca, y es la que crece,

en el descanso del cementerio, de una vida pura. ¡No lloren los **padres** virtuosos, que hoy tienen más seguro al hijo: lloren sólo en el mundo los egoístas, sobre el cadáver de sí propios!

*Patria*, 12 de agosto de 1893.

1. EL GENERAL SERAFÍN SÁNCHEZ
2. EL GENERAL GÓMEZ
3. ANTONIO MACEO
4. DESGRACIA DE UN AMIGO

## EL GENERAL SERAFIN SANCHEZ

Rodeado de cariños y atenciones ha pasado algunos días en Nueva York uno de los hombres extraordinarios que en la guerra supieron resplandecer como héroes, y en la tregua estudian y practican la libertad, doblados sobre la mesa dura del trabajo. El General Serafín Sánchez vino a lo que tenía que hacer, y ha vuelto al Cayo. La noche antes de su partida, sentado junto a la mar bajo estos árboles prestados del destierro, narraba, con angustia unas veces, y otras como si ya estuviera otra vez a caballo, los sucesos de la guerra: ya pintaba un combate, ya recordaba una heroicidad, ya decía los versos de Palma y de Jerónimo Gutiérrez. Las mujeres lo oían sin llorar, como envidiosas. Los hombres, canosos o jóvenes, callaban, como prometiendo. El General Serafín Sánchez es digno del amor de los cubanos por el valor que ha empleado en su servicio, por la dignidad con que vive en el destierro del trabajo de sus manos, y por la pasión republicana que le dirige el brazo heroico. He ahí a un huen ciudadano.

*Patria*, 19 de agosto de 1893.

## EL GENERAL GÓMEZ

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeandose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la

redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrazársele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre: la mujer que se los dio, y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera: la hija en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez.

Deacansó en el triste febrero la guerra de Cuba, y no fue para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino a menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dio la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón a la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fue desmigajando, y comenzó a morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen a la par. La política de libro, y de dril blanco, había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que vive de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen, o estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, o se le pone un calzado que no le viene al pie. Los hombres naturales que le salieron a la guerra, y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos

tiempos, puesto a la boca del mundo refinado y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la república, como aquellos países de mesnaderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo a puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa a los tropiezos y novelaría del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales, habrían entrado en la república con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente, mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia, mientras se componía la guerra necesaria en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gómez, indómito tras una prueba inútil, engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese delante a un ejército calmado, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secadores, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera a pasar revista el enemigo curioso. Quien ha servido a la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo; de increíble degradación se levantaría, como aturdido de un golpe de locura, a servirla otra vez; ni en la riqueza ni en el amor ni en el respeto ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. ¡Y de día y de noche se oye a la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él su juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo general: en el alma sentía sus

ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron: entró a la casa la carga ligera: pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán: dos niñas, que vinieron a la luz, llevaban y traían: fue un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir, sobre las causas perecederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover a toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo a la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándose a las jornadas las horas de luna, salvando a galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fraticidas, abominando las causas remediabiles, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gómez se ha jurado a Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va a mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante a un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. "Manana" generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en los ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se

aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose a la mano libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega. "¡Ay, Cuba del alma!" "¿Y será verdad esta vez?: ¡porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!" "Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!" dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere a todas las lecturas el *Quijote*, porque le parece que "es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre". Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han recibido todos cartas del padre amante. "El anduvo treinta y seis leguas para traer a Clemencia de Santiago, y salió ayer para *La Reforma*, que está a veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría enseguida". Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir a saludar junto a su arado al viejo agosto que cría a su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Manana le da de beber, y le echa luz el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles... ¡Santa casa de abnegación, a donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose a los halagos fraternales de los montecristeños, dio el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombre pocas veces, a un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir a Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse a todos, y los infieles mismos, para no conocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo: y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar: tenía

las piernas apretadas en cruz, y el cuerpo encogido, como quien se replega antes de acometer: las manos, las tuvo quietas: una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos: y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza, y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos: si hay baile en casa del gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco: y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto: u otras veces, cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores, ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que "hay que andar derecho en este mundo". En el trabajo "ha encontrado su único consuelo". "No subirá nadie: he puesto de guardia a mi hijo". Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para éstos trabajo yo".

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América, y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los des-

deñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa: para llamar a todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer: corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la verba y pedantería, o el miedo forrense, que disputan el paso a la batalla: a la ley no se le niega el corazón, sino a la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro, y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria. Con causa justa, y guerra así, de un salto se va de Lamensura a palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

*Patria*, 26 de agosto de 1893.

## 3

## ANTONIO MACEO

La naturaleza americana. doncella en el istmo, es ya hermosura próspera, y como de amplios senos, en el dominio de Costa Rica, que se levanta por sobre las nubes, con sus troncos de sangre serpeando por el celaje azul, y derrama a las costas encendidas, por lecho siempre verde, el agua ancha y pedregosa de sus reventazones montañosas: como un himno es la república, y cada hijo lleva la azada al hombro. Allá del lado del Atlántico, por el río Matina, los plátanos son tan altos como la palma real, y es un cubano, que dio su sangre a Cuba, quien cría en la tierra amiga el platanal mejor. Del lado del Pacífico, lo que ha un año era maleza, es vereda ahora, y caseño la soledad, de los cubanos que le sacaron a la selva la semilla, y hay allí quien deje sola a la recién casada, por novia mayor. Con ternura de hijo quiere el cubano bueno a Costa Rica. De las gracias del mundo, Costa Rica es una, con su rocío de ciudades por el valle ameno, cada cual como mosaico en joya, y en la serena población la vida fuerte, con el hijo de médico o de juez,

y su raíz en el campo, como todo hombre que quiere ser libre, y el padre al pie de las matas, buscándole al café la flor, o de peón con el cinto plateado, detrás de las carretas. Bancos y hoteles prosperan entre las creencias viejas del país, que viven más por lo ordenadas y agracivas que por lo poderosas; y por vías de luz eléctrica, con los tejados a los bordes, se va al llano común, donde cualquiera puede echar su vaca, y el aire es vida pura, o a la barranca y lomas pintorescas y el muro añoso envuelto en flores. De seda es por dentro, y de canapé de oro, la casa que aún muestra en las afueras la ventana ceñuda y el portón colonial. De tomos de París y de lo vivo americano, está llena, allá al patio, entre una fuente y un rosal, la librería del hijo joven. Y si hay justa de ideas en el salón glorioso, apriétanse a la entrada, para beber primero, magistrados y presidentes, sastres y escolares, soldado y labrador. La cáscara aún la oprime, pero ya aquello es república. Vive el hombre de su trabajo y piensa por sí. Y cae en brazos de todos, el cubano que va a Costa Rica. Pasa un hombre fornido por la calle: ni rechaza ni lisonjea, pero le saludan todos: habla cortés con una ventana suntuosa:—salvó en día y medio el camino de tres, y se lo admiran campesinos y ministros: ponen mesa de patria los cubanos leales, de Oriente y Poniente, y le dan la cabecera: otra marcha, luego de contratos y altas visitas, y ya está en su Nicoya, que era umbría hace un año, abriendo la tierra y moviendo hombres, o alzando ala nueva al rancho señor, de techo y colgadizo, donde le acompaña, venerada, la que lo aguardó en zozobra y le restañó la sangre en los diez años de la guerra. Así vive, en espera, Antonio Maceo.

De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo a gente floja o nula, a quien no se puede deber el alma; pero Maceo fue feliz, porque vino de león y de leona. Ya está yéndosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar a quien le habla de la patria. Ya se le van los ojos por el mundo, como buscando otro, y todavía le centellean, como cuando venía el español, al oír contar un lance bueno de sus hijos. Levanta la cabeza arrugada, con un pañuelo que parece corona. Y no se sabe por qué, pero se le besa la mano. A la cabecera de su nieto enfermo, de un huevecillo de hombre, habla la anciana ardiente de las peleas de sus hijos, de sus terrores, de sus alborozos, de cuando vuelva a ser. Acurrucada en un agujero de la tierra pasó horas mortales, mientras que a su alrededor se cruzaban por el pomo sables y machetes. Vio erguirse a su hijo, sangrando del cuerpo

entero, y con diez hombres desbandar a doscientos. Y a los que en nombre de Cuba la van aún a ver, les sirve con sus manos y los acompaña hasta la puerta.

María, la mujer, nobilísima dama, ni en la muerte vería espantos, porque le vio ya la sombra muchas veces, sino en un corazón de hijo de Cuba, que ésa si es noche fiera, donde se apagase el anhelo de la independencia patria. Ingratitud monstruosa le parece a tanta sangre vertida, y falta extraña de coraje, porque ella, que es mujer, ha visto al cubano terco y maravilloso, y luego, con el machete de pelea, le ve ganarse el pan. En sala no hay más culta matrona, ni hubo en la guerra mejor curandera. De ella fue el grito aquel: “Y si ahora no va a haber mujeres, ¿quién cuidará de los heridos?” Con las manos abiertas se adelanta a quien le lleve esperanzas de su tierra: y con silencio altivo ofusca a quien se la desconfia u olvida. ¡Que su esposo vea otra sangre en la pelea, y no dé la suya! De negro va siempre vestida, pero es como si la bandera la vistiese. “¡Ah! lo más bello del mundo era ver al Presidente, con su barba blanca y su sombrero grande de camino, apoyado en un palo, subiendo a pie la loma: porque él siempre, cuando iba por Oriente, paraba donde Antonio!” Y es música la sangre cuando cuenta ella “del ejército todo que se juntó por el Camagüey para caer sobre las Villas, e iban de marcha en la mañana con la caballería, y la infantería, y las banderas, y las esposas y madres en viaje, y aquellos clarines” ¡Fáciles son los héroes, con tales mujeres!

En Nicoya vive ahora, sitio real antes de que la conquista helase la vida ingenua de América, el cubano que no tuvo rival en defender, con el brazo y el respeto, la ley de su república. Calla el hombre útil, como el cañón sobre los muros, mientras la idea incendiada no lo carga de justicia y muerte. Va al paso por los caseríos de su colonia con el jinete astuto, el caballo que un día, de los dos cascos de atrás, se echó de un salto, revoleando el acero, en medio de las bayonetas enemigas.

Escudriñan hoy pecadillos de colonos y quejas de vecindad, los ojos límpidos que de una paseada se bebían un campamento. De vez en cuando sonríe, y es que ve venir la guerra. Le aviva al animal el trote, pero pronto le acude a la brida, para oír la hora verdadera, para castigarle a la sangre la mocedad. La lluvia le cae encima, y el sol fuerte, sin que le desvíen el pensamiento silencioso, ni la jovial sonrisa; y sobre la montura, como en el banquete que le dieron un día al aire libre, huirán todos, si se empieza a cerrar el cielo, mientras que él mirará de frente a la tempestad. Todo se puede hacer. Todo se hará a su hora.

En la ciudad, cuando viene a los arreglos de los colonos; a los papeles de cada uno de ellos con el gobierno, para que cada cual sea en su persona el obligado; a vender el arroz, a ver lo de la máquina que llega, a buscar licencia para la casa de tabaco, a llevarse, por carretera y golfo, cuanto trueque en pueblo lindo y animado el claro que con los suyos abrió en el monte espeso,—no hay huésped mejor recibido en el umbral de mármol o en la mesa llana, ni contratante a quien el gobierno vea con más favor, ni paisano a quien con más gusto dieran sus compatriotas de lo suyo, o le fíen la vida. Ni la cólera le aviva el andar, ni rebaja con celos y venganzas su persona, ni con la mano de la cicatriz aprieta mano manchada, ni—como que está pronto a morir por ella—habla de la patria mucho. Se puede, y será. Mientras tanto, se trabaja en la colonia un mes, y se está por San José una semana, de levita cruzada, pantalón claro y sombrero hongo. En el marco formidable cabe un gran corazón. Jamás parece que aquel hombre pueda, con su serena pujanza, afligir u ofender, por sobra de hecho o parcialidad de juicio, la patria a quien ama de modo que cuando habla, a solas con el juramento, de la realidad de ella, del fuego que arde en ella, la alegría le ilumina los ojos, y se le anuda en la garganta el regocijo: está delante el campamento, y los caballos galopando, y se ven claros los caminos. Es júbilo de novio.—Y hay que poner asunto a lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo. No hallaría el entusiasmo pueril asidero en su sagaz experiencia. Firme es su pensamiento y armonioso, como las líneas de su cráneo. Su palabra es sedosa, como la de la energía constante, y de una elegancia artística que le viene de su esmerado ajuste con la idea cauta y sobria. No se vende por cierto su palabra, que es notable de veras, y rodea cuidadosa el asunto, mientras no esté en razón, o insinúa, como quien vuelve de largo viaje, todos los escollos o entradas de él. No deja frase rota, ni usa voz impura, ni vacila cuando lo parece, sino que tantea su tema o su hombre. Ni hinchla la palabra nunca ni la deja de la rienda. Pero se pone un día el sol, y amanece al otro, y el primer fulgor da, por la ventana que mira al campo de Marte, sobre el guerrero que no durmió en toda la noche buscándole caminos a la patria. Su columna será él, jamás puñal suyo. Con el pensamiento la servirá, más aún que con el valor. Le son naturales el vigor y la grandeza. El sol, después de aquella noche, entraba a raudales por la ventana.

*Patria*, 6 de octubre de 1893.

## 4

## DESGRACIA DE UN AMIGO

Pocos días hace, al subir a saludar en sus mesas de fatiga a los trabajadores y compañeros de Marcos Morales, el cubano enérgico de Filadelfia llevó a *Patria*, siempre orgullosa del mérito y esfuerzo de sus paisanos, por largo y hondo almacén donde, en pilas que llegaban al techo, había toda una riqueza en tercios de tabaco: y Marcos Morales acariciaba un tercio, y recordaba sus días de novicio, cuando vino de Cuba de guajiro joven, y empezó a vencer la lengua y enemistad de la tierra extraña: “De lo que gane en esto, decía, la mitad es para la patria”. Hoy nada queda de aquella casa de trabajo, nada más que el corazón de Marcos Morales: “El miércoles, a las cinco de la mañana me he quedado casi en la calle, pero puede usted estar seguro de que me queda la cabeza para pensar, los brazos para trabajar, y el corazón para Cuba. Es mucho lo que he perdido, pero eso se ganará otra vez”. De veras es de apenar esta desgracia, pasajera de seguro, del buen hijo de Cuba. El vive en acomodo, y se ve como hermano obligado de los que tienen menos que él. No hay trabajo para muchos, y él lo inventa, a fin de que los más pobres remedien su necesidad. Ha pasado por la zarza encendida del mundo; y compadece las debilidades de los hombres, y los ayuda a salvarse de ellas. A Cuba la sirve en todos los momentos, por la propaganda y el oficio callado, por las simpatías que entre la buena gente del norte le levanta, y más que todo, por el calor de hombre, y mano de amigo con que trata a las gentes de su país. Ayude a Marcos Morales en su pena la justa simpatía de sus conciudadanos.

*Patria*, 21 de noviembre de 1893.

1. **RECUERDOS DE LA GUERRA**
2. **PABLO INSUA**
3. **CALIXTO GARCÍA INIGUEZ**
4. **CALIXTO GARCÍA, VIVE**

## CONVERSACION CON UN HOMBRE DE LA GUERRA

---

*Agramonte.—Los Chinos.—La Academia de Jimaguayú.—La Comida Insurrecta.—“Rabo de Mono” y “Cuba Libre”.—Balas y Cartuchos*

---

El cuarto respira libertad. Sobre la mesa, repleta de cartas, de muestras de cariño que no se publican jamás, de pruebas tristes de la vanidad y el interés humanos, de pruebas mayores de abnegación y grandeza, apenas hay espacio para los brazos flacos del hombre que escribe. Presidiéndolo está, sobre la cornisa del bufete, un retrato de Páez a medio pintar, de Páez de las Queseras y de Carabobo, con el dolmán amarillo de muchos alamares, y dos alacranes por bigote, y la nariz oliendo guerra, y los ojos muy anchos y apartados, y el pelo hosco y rizado: de San Martín, el libertador de las tres repúblicas del Sur, hay otro retrato al lado, con el cuello de canuto por las quijadas fuertes, y los pómulos como dos lanzas, por debajo de los ojos aguileños, y el pelo pegado a la sien como por mano de domador; y al pie de San Martín está una granada que los españoles echaron cuando la guerra a un campamento cubano y que el Camagüey mandó al bufete de New York, para que hable, por su boca de bronce,—para colgarla al cuello de los que olviden: ¡que vayan por el mundo así, los cobardes, los egoístas, los ingratos, con la granada al cuello! En lo alto del bufete, con la ley en la mano, está una estatua de Hidalgo, el libertador de México.—Allí a solas, con un poco de sol de invierno en el cuarto lleno de libertad, habla un cubano con un hombre de la guerra: la guerra está a mano: ¡se la atará, o se la desatará, según convenga a la patria!

Agradecer es un gusto. Al que peca se le olvida; se le deja caer; se le da tiempo a que vuelva en sí, se le tienen las puertas abiertas para que vuelva sin bochorno al cariño y a la honra; al que sirvió a sus her-

manos, al que dejó la comodidad impura por el peligro creador, al que se puso de raíz de su tierra, y dio a su pueblo el derecho de codearse con los hombres, se le quiere, como a cosa de las entrañas, se mimó su recuerdo, se le hace hueco en nuestro asiento, se le abre, para que por él se entre, nuestro corazón, se le arroja con el corazón ensangrentado. Se hablaba de Agramonte.

“Aquel era valor”, decía el hombre de la guerra, “¡y lo que lo queríamos! Verlo no más, con aquellos ojazos y aquellos labios apretados, daban ganas de morir por él: ¡siempre tan limpio! ¡siempre el primero en despertarse, y el último en dormirse! A su mujer, ¡cómo la quería aquel hombre! ¡se conocía cuando pensaba en ella; porque era cuando se paseaba muy de prisa, con las manos a la espalda, arriba y abajo! Cuando nos regañaba, no lo hacía nunca delante de los demás; ¡era demasiado hombre para eso! nos llevaba a un rincón de su rancho, o a un tronco de árbol, allá lejos, y nos echaba un discurso de honor, y como con su manaza tenía él un gesto, al hablar vivo, como quien echa sal, ya decía la gente, cuando lo veían así a uno con él: “¡Hum! ya lo está salando el Mayor!”—Así era como le decíamos siempre: el Mayor. ¡Y valiente! El creía que cuando estaba con los rifleros de las Villas y la caballería del Camagüey, ¡no había España!— ¡y no había España!

“¿Que si era bueno Ignacio Agramonte? Yo me acuerdo cuando Rafael Hernández, el capitán de los chinos, uno que tenía los ojos azules y la barba colorada, y un día medio cortó a un chino, yo no sé por qué, los chinos eran grandes patriotas; no hay caso de que un chino haya traicionado nunca: un chino, aunque lo cojan, no hay peligro: “no sabo”, nadie lo saca de su “no sabo”. Rafael Hernández se fue a ver a Agramonte, a que le quitara los chinos. La conversación fue allá en un tronco, y la mano del Mayor iba y venía, como si la salazón fuera muy grande, y nosotros, curiosísimos, le preguntamos a Hernández a la vuelta:

—¿Qué tal? ¿Ya te los quitó el Mayor?

—¿Quitar? Si yo sé lo que iba a pasarme, ¡qué voy yo a ir! Más nunca vuelvo yo a ir donde ese hombre. He salido que creo que si vuelvo a ir allá, me hago hasta padre de los chinos esos.

“En la Academia es donde yo lo conocí más, en Jimaguayú. El fue el que hizo la Academia, pero como se hacen las cosas, hombre por hombre. Hay que sudar, para hacer algo grande. Los hombres siempre se están cayendo, es verdad, pero ven a uno que anda firme, y de la

vergüenza todos siguen andando. Eso sí, hay que tenerles siempre la mano sobre los ojos, porque es medio dormilón el mundo. Y Academia como aquella no se ha visto nunca. Después del relevo de guardias se tocaba corneta de oficiales. Se había hecho una glorieta cubierta con hojas de palma, con la mesa del instructor en el cuadrado del centro, y bancos de cuje por todo el rededor. Entraban los oficiales, casi todos desnudos, uno con el sombrero de taparrabos, otro con dos cueros de jutía curtidos, un cuero al Norte y el otro por la espalda. O descalzos, o con zapatos de cuero de vaca. El sombrero de yarey, cada uno se lo había hecho con sus manos, o era de yuruguana, que es más suave, o era una gorra de catauro; el cinto para el machete era de majagua, o de cuero de vaca. Dichoso era el que tenía revólver, cuchillo y machete. Y allí se pasaban las dos horas, oyendo el libro. Pero la Academia verdadera era cuando venía el Mayor a la compañía y nos decía, meneándonos la gente: “Así se hace”. Estando en ejercicio, teníamos tanta hambre a veces, que se me han caído desmayados, temblando de hambre.

“¿Comer? Pues unas veces se come muy bien y otras se come muy mal; y a mí no me hablen de falta de comida, que con un jefe bueno y un amigo, y el gusto de que se pelea como se debe, el hombre tiene con un chupón de caña dulce, o con un mango. La verdad es que después de una gran fatiga, o de una pelea fuerte, o de una huida por la sabana, no hay como una caña fresca o un mango bien maduro. El mango es un gran hombre: en tiempo de ellos, nos los comíamos de todos modos: crudos, asados, cocinados, fritos: el verde, asado, y frito el maduro, que sabe a plátano. Asado rico es el de la piña de ratón; una vez le llevó el rancharo a Agramonte uno muy bueno, cuando había en el campamento mucha debilidad; y él se levantó de un tronco de guásima, donde estaba enseñando a Ramón Agüero a leer en hojas de árbol, y vino uno por uno, dándonos a probar. Un figurín le hizo ascos a la piña, y el Mayor le abrió los ojos, como cuando no quería él que le dijese que no, y le decía: “Pruébelo”, con una voz que era de mando y de piedad: y el figurín probó, y dijo que la piña era buena. Eso sí, no se podía comer más de cuatro o cinco sin echar sangre de la lengua. Un día estaba un hombre como ardiendo, con muchos dolores e irritación, de tanta que había comido.—“Nunca más vuelvo a comer de esta piña”.—“Tú comerás”, le dije yo, “tú comerás: esta piña es lo único que se parece a las mujeres”.—Mesa de lujo era cuando había asado de jutía, y calabaza asada, y palmito natural o hervido con ají y boniato con ají guaguao. Y de café, pues o “rabo de mono”, que era el agua de hoja

de naranjo, o "Cuba-Libre", que era agua de miel. Pero la abeja ha de ser de la tierra, y no de colmena española, porque la de España tiene ponzoña. Es bullanguera como los cubanos, pero sin mal, y muy prudente. La española, cuando pica, muere, y se le van las tripas con la ponzoña.

¿Cartuchos? Se ingenia uno. El ingenio viene con la necesidad. Vea a Guerra el venezolano, cuando vino con la gente de las Villas, de vueltas de Camagüey. No tenían cartuchos. La gente encontró un diccionario viejo en un rancho abandonado. Ya tenían pólvora: ya tenían un diccionario: faltaba la goma para pegar el papel, faltaba la bala. La goma era fácil: la leche de jagüey, que la cogen en güiros, a machetazos: sólo que al jagüey, para que no se enoje, hay que darle con suavidad: y esa goma no la quita ni el diablo.

“¿Las balas? Pues se desuellan las casas viejas, se les sacan los balaustres, y ya están todos los menesteres. Al acampar por la noche, a las once, después de marchar todo el día, se juntaban los oficiales, cerca del pabellón del jefe, debajo de un árbol, con el güiro a un lado. El del diccionario era hombre de gran confianza: ¡el papel puede mucho en las guerras, por más que digan!: aparecía con su tesoro: iba dando como pan bendito, una hoja, que cada oficial partía en cuatro, para cuatro cartuchos: había dos cortafríos y una mandarria, que servía de yunque. Unos pegaban los cartuchos, otros cortaban en pedazos los clavos y los balaustres, con cada un pico del demonio. Los españoles nos decían luego al pelear:—“¡Bárbaros, no tiréis con balaustres de ventana!” Es lo más simple hacer cartuchos”.

A este punto de la conversación, estaba ya la tarde muy al caer, pero había en el cuarto una claridad como de día. No se habló más del pasado, sino del presente. Lo que fue, es la raíz de lo que será. Allí estaba Hidalgo, a quien le colgaron de un garfio la cabeza; ¡pero México es libre! Allí estaba Páez, a quien tenían preso una vez: ¡y de un arrebató salió de la prisión, aterró y amarró a la guardia, y vino a libertar a sus compañeros! Allí estaba San Martín, que aprendió a soldado bajo España, ¡y luego armó a sus cuyanos, que eran gente infeliz, y con ellos echó a España de América!

*Patria*, 28 de noviembre de 1893

## 2

## PABLO INSUA

Sería injusticia suma, y suma ingratitud, al hablar de los gallegos en Cuba, no poner una flor de las que no se secan sobre la sepultura cubierta de nieve de Pablo Insua. Él fue el héroe modesto y eficaz de la tentativa de los cubanos por la independencia, después del Zanjón: el héroe en New York. Quien no conozca la larga lucha de Galicia por sus derechos ofendidos, la emigración voluntaria de sus mejores hijos en busca de justicia y dignidad, la levadura sorda y creciente de emancipación del terruño arruinado en torno al pazo feudal, el partido formal de independencia creado en Galicia con lo mejor del país, hubiera extrañado aquella pasión de hijo, aquella abundancia de la bolsa, aquella república viva y ardiente, con que defendía Pablo Insua la libertad cubana. Todavía al pie de su cadáver hubo quien, con poco conocimiento del mundo, dudó de la sinceridad de aquel magnífico gallego. Y hoy, el que dudó, le pone la flor sobre su tumba.

De cuerpo era pequeño, combo y cargado de canas. En su hablar había pena, como la de quien lleva en sí la de los demás; y cultura, y decisión. Dos clubs eran por entonces los más activos en New York, y los dos eran de obreros suyos porque aquel gallego no daba obra en su casa sino a quien pagaba el diezmo de ella a la Independencia de Cuba. Pero el dinero era lo de menos: lo que de hermoso había alrededor de él, era la mesa de los obreros todos, cuando comían con Insua a la cabecera, y él sirviéndoles y regañándoles, contaba sus penas de hombre que no ha podido vivir en su patria con decoro, y encendía el corazón a los que lo tenían dormido. Con la una mano pasaba el tasajo, y con la otra el sermón.

Su casa era la de los clubs, y toda ella era sesión permanente. Ya escogiesen el tabaco, ya lo picasen, ya lo aromaran y mezclasen, él andaba, de máquinas a cajones, leyéndoles el papel del día, o el discurso último, o la conferencia cuya impresión costosa había pagado él solo. Y tenía empeñado, en cuanto la fábrica le produjese, todo lo que excediera de los gastos de su mantenimiento, para el tesoro de la revolución. No había que pedirle el dinero a aquel gallego; había que rechazárselo. Tal parecía que estaba haciendo penitencia, y que quería, a fuerza de abnegación, hacerse perdonar alguna culpa,—la culpa de vivir mientras los hombres son esclavos.

Su muerte fue muy bella. Estaba en guerra Cuba, que no vio en la tentativa nueva la unidad y empuje necesarios a la confianza, y había quedado sin jefe una casa de mujeres y de niños, una casa en que había un recién nacido. Era mucha la nieve aquel día primero de mes, cuando el gallego Pablo Insua, el anciano enfermo y fatigoso, iba sin que nadie lo supiese a llevar el sustento a aquella casa cubana. La nieve era mucha. Salió apresurado de la casa en que lo bendecían, sin dar tiempo a las gracias, ni a una taza de té. Cruzó la calle helada, con la mano al corazón. Subió muy de prisa, como huyendo de su generosidad, las escaleras del ferrocarril. Y cayó muerto.

*Patria*, 5 de diciembre de 1893

## 3

CALIXTO GARCÍA ÍÑIGUEZ<sup>82</sup>

El cubano famoso, el héroe que prefirió el suicidio al cautiverio, el militar brillante y culto, el hijo fiel que por sobre todas las apariencias le guardaba a Cuba el corazón leal, ha desaparecido violentamente de la vida. La vida tiene espantos que no salen jamás a luz, y sorpresas y revelaciones de que suelen estallar las almas que por sus flaquezas o por sus muchos sufrimientos no tienen bríos ya con qué sufrir el golpe, no tienen calma ya para presenciar el horror, o no tienen fuerzas para llevarlo escondido. Unos van como muertos, otros matan, y otros se matan. Con la bandera de la revolución cubramos el cadáver del hombre desdichado. Venerémosle como a héroe.<sup>83</sup>

En New York vivía humildemente con su larga familia en un piso interior de la calle 45 y Novena Avenida. En el hogar había como la frescura de la renovación después de una prolongada ausencia, y eso hacía más conmovedor el sacrificio de un hombre dispuesto a abandonar por el servicio de su patria, entonces indiferente, o por lo menos lastimada y temerosa, la familia que le sonreía, con todos los encantos de una boda, después de diez años de destierro, de atentado heroico contra su vida, de prisión. Su hija Leonor, muy estudiosa y agraciada, aca-

<sup>82</sup> Escribió Martí este artículo cuando se supo la noticia, falsa, de la muerte de Calixto García Íñiguez.

Hay que señalar que no se incluye aquí la parte biográfica, que fue escrita por Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

<sup>83</sup> Sigue aquí una parte biográfica, que no se incluye por no ser de Martí.

riciaba con especial ternura la frente rota por el bello balazo. Su hijo mayor, arrebatado luego en las tormentas de la vida, traía orgulloso de su escuela los mejores diplomas. Un niño recién nacido celebraba la vuelta del padre. La casa, pobrísima, no tenía más sostén que el patriota indómito, y él dejaba a su familia recobrada en la miseria para ir con unos cuantos secuaces a morir por su patria o levantarla al honor. Sean cualesquiera los yerros y amarguras de la vida, momentos así y decisiones así son como bálsamo que perpetúa la memoria de los hombres. Aún lo recuerdan los cubanos de New York en los días últimos de su permanencia aquí: bajaba de mañana a la tienda de Leandro Rodríguez, tesorero de la Junta Revolucionaria, y allí en un rincón estrecho, recibía sus visitas, con benevolencia hidalga, castigaba con arranques elocuentes la desidia o abyección de sus paisanos, recordaba con chispas en los ojos la bravura de la guerra, comentaba, con lucidez singular, la historia de los pueblos y la literatura militar. Un día desapareció, y con él algunos valientes oficiales e intrépidos novicios; demoraron en Jamaica, cayeron al fin sobre Cuba, por lugar muy perseguido, y cuando el Oriente, abnegado y leal, había rendido ya las armas, las Villas se mantenían revueltas, y se hubieran mantenido así, sin el permiso que a tiempo recibieron de rendirse. Nuestra historia, cuando lleguen las horas serenas, tendrá un capítulo para aquella tentativa honrada, y juzgará sobre la oportunidad o suficiencia de ella.

Calixto García tuvo que rendirse; fue enviado a España, allá ha muerto.

.....  
¡Descanse el Jefe!

Con la bandera de la revolución, cubanos, cubramos el cadáver del hombre desdichado. Venerémosle como a héroe.

*Patria*, 16 de enero de 1894

## 4

## CALIXTO GARCÍA, VIVE

El héroe de Auras no ha muerto; el que en la noche silenciosa, al nacer de nuestra independencia, oía de adentro de la casa solariega los rumores del hogar dormido, de los hijos y de la mujer, y afuera el convite a la muerte y al honor, y dejó el hogar solo, y se fue al convite; el que, cuando la sorpresa y los celos nacidos de la guerra larga y

abandonada, dieron en el Zanjón con la primer república de Cuba, se alzó en la soledad, y desplegó en ella sin miedo la bandera rendida; el que con igual cuidado estudia las leyes de la paz y las de la guerra, y en la defensa de la patria ganó ya tanta honra que ni él mismo se la pudiera arrebatarse,—no ha muerto. El cable, ligero o interesado, anunció falsamente su suicidio. La noticia, con rara tenacidad, quedó en pie sin que nadie la desmintiera. *Patria* dijo la palabra de amor debida al héroe. La madre, el cariño que no acaba, preguntó a Madrid por su hijo, y Calixto García le responde desde Madrid: “estoy vivo”. ¿Quién que sepa de gratitud extrañará la alegría de nuestro corazón cubano? En la vida de un hombre que en las batallas de la redención encarnó un día a su pueblo; que, en la contienda del valor que se sacrifica con la desidia que lo muerde, enriqueció las glorias patrias con hechos de valor supremo; que, en la pelea de su pueblo envilecido con el amo que se lo come y envilece, no le sirvió el plato al amo, sino le clavó la espada en el apetito ¿qué importarían, aunque los hubiese, un gesto brusco, un desdén inoportuno, un error de concepto, justificado acaso por la impaciencia y la hombría, o un rasguño en las botas de camino?

Feliz ha sido, por otra parte, la equivocación de la muerte, puesto que por ella, allá en los fríos acuchillados de Madrid, habrá podido ver el hombre de la Revolución cómo sus hermanos lo aman y veneran, cómo—en el seguro de su tumba—ni sus compañeros de ayer ni los hijos de sus compañeros tuvieron para él más que palabras de cariño y de gloria.

*Patria*, 27 de enero de 1894

1. FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ
2. EL GENERAL GÓMEZ EN FILADELFIA
3. AZCÁRATE
4. EL ENTIERRO DE FRANCISCO SÁNCHEZ BETANCOURT
5. MANUEL BARRANCO

## FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ

El vengador del bestial crimen del 27 de noviembre de 1871, cuando las autoridades españolas de la Habana azusaron y sancionaron el asesinato en rifa de ocho estudiantes de Medicina, por la violación de la tumba de Gonzalo Castañón, que no fue jamás violada;—el que, deponiendo comedidades y desafiando conveniencias, no dio primero rienda, en el destierro enervante de Madrid, a los placeres fáciles de aquella tierra barata y perezosa, sino empleó las primicias de su libertad en reunir en un libro imperecedero las pruebas del crimen, y en honrar a sus amigos asesinados, cara a cara de la nación asesina;—el que, en el trabajo asiduo a que se consagró valiente después de perdida su riqueza, no se engolosinó con la fortuna que pudo sonreírle, ni creyó que en una tierra sin honra tiene un hombre derecho a acumular la riqueza inmoral, en complicidad constante con la vileza y tiranía, sino vivió siempre inquieto, como guardando las fuerzas mayores y el asiento de la vida para cuando no se la tenga que arrastrar como delito y limosna;—el que, en el único momento en que podía vindicar a sus compañeros inocentes, al salir de su nicho para España los restos de Castañón, fue, solo, al cementerio, sin más consejo que el de su conciencia ni más compañía que la de su esforzado corazón, demandó del hijo la confesión de que halló intactos los restos de su padre, y sin miedo a la ferocidad española, domada por primera vez, sacó al sol, de las sepulturas olvidadas, los pocos huesos de los mártires que no se habían deshecho ya en la tierra;—el que, entre las tentaciones y peligros de una ciudad donde todo se mancha y cede todo, y lo corriente y diario del pecado ciega y entumece a los pecadores, retuvo bríos bastantes para erguirse un día, rodeado de las sombras conminadoras, acorrallar sobre su crimen a los asesinos espantados, y unir en un arranque de justicia y misericordia el alma cubana que tantos,

cobardes y egoístas, tratan de sofocar en su pecho y en los ajenos, para esquivar, por la miseria general, las obligaciones de la virtud;—el que, como por secreta simpatía de su ánimo viril, fue a ejercer su ministerio, fiel a toda hora a la patria, y a la concordia con que se la ha de conquistar y mantener, en las tierras bravías de nuestro Oriente, horno de nuestro patriotismo, donde almas y suelo están ya como campo bien arado, en que la próxima siembra de sangre dará pronto frutos de vigorosa libertad;—el explorador enérgico en lo más hondo y viejo de nuestro país, que con ojos de hermano compasivo descubrió en las cuevas elocuentes, como si hablasen desde sus cuencas desdentadas, los cráneos de nuestra raza primitiva, que revive en sus restos leales y hermosos, y será fuerza y poesía de la patria venidera;—el médico premiado por su estudio feliz sobre las enfermedades de nuestros pobres, de nuestros heroicos tabaqueros, el médico de los desamparados y de los niños, a quien el Ayuntamiento de Baracoa acaba de dedicar “las más satisfactorias muestras de estimación, y muy especialmente por los relevantes y humanitarios servicios que ha prestado en esta jurisdicción exponiendo su propia vida en diferentes ocasiones por asistir a los enfermos y practicar reconocimientos y autopsias judiciales en épocas de abundantes lluvias, atravesando con su cabalgadura ríos a nado y caminos intransitables por llenar su deber y salvar la vida de los enfermos que reclamaban su asistencia”;—el criollo indómito y útil en quien, en uno de los momentos más dramáticos y puros de nuestra tierra, encarnó y palpité el alma cubana,—Fermín Valdés Domínguez,—ha llegado a New York, ha pisado la tierra donde sus compatriotas, sin más enemigos que los de la virtud, preparan en orden y silencio la emancipación de la patria. New York le tributará el homenaje de respeto y cariño que su patria le tributó siempre, donde quiera que aparecía; que la ciudad de Caracas, de donde viene ahora, le acaba de tributar. *Patria* saluda en él al criollo indómito y útil.

*Patria*, 3 de febrero de 1894

## 2

### EL GENERAL GÓMEZ EN FILADELFIA

Es Filadelfia ciudad de hogares, donde el espíritu reposa del afán de New York en las casas cómodas y serenas; y las manos, y las almas, se dan como con más calor. Bien pudo sentirlo así el General Gómez

en la visita con que, de la mano de su hijo, y rodeado de amigos cariñosos, respondió a la invitación de un hombre digno de ofrecer su techo al virtuoso anciano: de Marcos Morales. Del sábado al lunes moró en la casa amiga el General, con sus acompañantes, y “entre los continuos y señalados honores que—como dice con razón el respetuoso *Ledger*—se tributaron al General durante su estancia en Filadelfia”, el más grato debe haberle sido el afecto filial con que el padre cubano, la esposa americana, los niños que en la lengua del Norte revelan el tenaz corazón criollo, le ofrecían, con el más fino cuidado, la verdad toda, sencilla y ferviente, de aquella hospitalaria casa.

De la mesa de llegada, servida—como siempre que la ocasión es de moral grandeza—por las mujeres del hogar, por la compañera leal y la modesta hija, fue la comitiva a la casa cubana en Filadelfia, al puesto de caballería veterana de la república: allí, en dignidad privada, recibieron los jinetes de la guerra del Sur, canosos ahora, a nuestro héroe de rostro curtido, que iba por la sala, viendo cartucheras mohosas y sables golpeados, como quien sabe que no anduvo más veloz que el suyo el caballo de Sheridan: pero fue lo muy bello de la calurosa recepción el instante en que, luego de vertidas al inglés las felices palabras con que el General agradecía el singular cariño, y de premiado con salva justa el saludo de Gonzalo de Quesada “a la mujer fiel del soldado de la libertad”, que tenía allí junta, se alzó en la presidencia “la esposa de un soldado”, y con aquel acento que sólo brota del alma libre conmovida, saludó a Cuba en el General “a nombre de estas madres, de estas hijas, de estas compañeras de los jinetes de hace veinticinco años, nunca más dichosas que cuando se reúnen, con el orgullo inacabable de lo que sus hombres hicieron, a hablar del dolor útil de otros días, en sus vestidos de huérfanas y viudas”: y todas a la vez, tras un momento de silencio de almas, entonaron el himno a “América”, con solemnidad de templo.

El espacio falta para describir la cordial e íntima recepción que el puesto de caballería improvisó en honor del General, a quien seguían con súbito apego y vinieron a saludar hombres de alto valor,—y mucho incidente significativo de la rápida visita. Del quehacer de la mañana fue la comitiva, con veteranos del Norte por guías, a visitar el parque de Fairmount y la redacción del *Ledger*, loable en verdad, más que por su renombre y riqueza, por el respeto que en toda ella se ve a la dignidad y bienestar del empleado, y por la noble cortesía con que recibió al huésped extranjero.

La noche guardaba al General delicada sorpresa: de nuestras familias estaba henchida la casa hermosa de Marcos Morales: escaleras y pasillos rebosaban, de ingenieros, de médicos, de profesoras, de obreros, de hombres de "la guerra grande" y de "la guerra chiquita": en el salón "Las Hermanas de Martí" ofrecían al General un ramo de flores, "de la naturaleza siempre libre", por manos de Josefina González de Newburg, alma fina y enérgica, y un escudo de flores "con el azul que ve pelear a los héroes, el rojo, de su sangre, y el color puro de la virtud", como decía en muy elegante inglés la señora de Borrego. De conversación de corazones, y de poesía y música, fue la improvisada fiesta: Morales, dichoso, derramaba su corazón hermano. Un instante hubo, de tierna curiosidad, de supremo respeto: el General, erguido, daba las gracias de su corazón a las cubanas: "las flores, para su mujer y para sus hijas: para la libertad mi espada". Muy entrada era ya la noche cuando el General recibía aún, en la casa querida del doctor Emilio Brunet, pruebas nuevas, en torno a una grata mesa de familia, del afecto activo con que los hogares cubanos, por donde se mide la fe o la tibieza, ven hoy la idea madre de la independencia de la patria, y al hombre, bueno y fuerte, que le consagra una vida que ha ganado ya el derecho al descanso.

Un grupo hermoso, a la primera luz de la mañana del lunes, despedía, en la puerta amiga, al General y a sus acompañantes. De pie entre los hijos del destierro, fieles todos al dolor de la patria del padre, Marcos Morales daba un ferviente adiós, el adiós útil de la promesa y de la esperanza, al guerrero que, en dos días venturosos, había rodeado de cariños. La esposa, resplandeciéndole en el rostro el alma benévola, descaba, con saludo conmovido, "dicha al padre, a Cuba, a la familia ausente, al buen hijo". Los dos hijos de Marcos, envidiosos, parecían aguardar órdenes. Cuando el tren, a paso de quehacer, traía a los viajeros a New York, quedaba atrás una ciudad respetuosa, un pueblo enorgullecido de sus héroes, y la tierna bendición de las familias.

*Patria*, 17 de abril de 1894

## 3

## AZCÁRATE

Nicolás Ascárate ha muerto. Ha muerto el amigo, el periodista, el organizador, el orador. Expira, en la silla estrecha de un empleo español, el cubano cuya nativa majestad vino a parecer como apocada y oscura,

por el vano empeño de acomodar su carácter pródigo y rebelde a una nación rapaz, despótica y traicionera. Vive infeliz, y como fuera de sí, el hombre que no obedece plenamente el mandato de su naturaleza, ni emplea íntegra, sin miedo y sin demora, la suma de energía y entendimiento de que es depositario. Son nulas, y deshonorosas a veces, las capacidades del hombre, cuando no las usa en servicio del pueblo que se las caldea y alimenta. Ni dañinas ni nulas fueron las de Azcárate, que con el fuego del corazón, fuente única de la grandeza, lavó cuanto error, sincero u obligatorio, pudo nacer del desacuerdo entre su concepto teórico y tímido de la vida cubana, y la nacionalidad de Cuba, suficiente y briosa, y en los comienzos fea y revuelta, como las entrañas y las raíces. Lágrimas ásperas lloró Azcárate en vida, muy a solas, y quien las vio correr, y sabe que su pasión por la libertad nunca fue menos que la que tuvo por las pompas del mundo, ni encubrirá con falsía inútil las deficiencias del cubano indeciso, ni le negará la rosa de oro que la patria debe poner sobre su sepultura.

De lo saliente de su vida, no hay cubano que no sepa: de sus brillantes estudios, de sus altivas defensas, de su indignado y magnífico abolicionismo, de su confianza y laboriosidad inútiles en la Junta de Información en Madrid, de sus servicios grandes y burlados—en bolsa e inteligencia e influjo—a la democracia española, de la misión de España que paró en la muerte alevosa de Juan Clemente Zenea; de su censurable vuelta a Cuba, durante los años sagrados de la revolución, por la mar misma que se rompe contra la fortaleza donde le asesinaron al amigo, del destierro con que España ingrata recordó al incauto cubano que jamás se amó bajo ella impunemente en América la libertad, de su trabajo fecundo de periodista y de letrado en México, del calor e indulgencia con que a su vuelta a la Habana congregó a todo el pensamiento del país en el Liceo de Guanabacoa, sofocado a poco en sus manos por la Capitanía General, del cariño literario y continua nobleza de sus años últimos, que vinieron a ser en lo político, por soberbia postrera y dolorosa, como el tibio aunque leal acomodo del remate de su existencia al error que se la había consumido y estancado.

El genio no puede salvarse en la tierra si no asciende a la dicha suprema de la humildad. La personalidad individual sólo es gloriosa, y útil a su poseedor, cuando se acomoda a la persona pública. El hombre, como hombre patrio, sólo lo es en la suma de esperanza o de justicia que representa. Cuando la patria aspira, sólo es posible aspirar para ella. Los hombres secundarios, que son aquellos en quienes el apetito

del bienestar ahoga los gritos del corazón del mundo y las demandas mismas de la conciencia, pueden vivir alegres, como vasos de fango repintado, en medio de la deshonra y la vergüenza humanas. Los hombres que vienen a la vida con la semilla de lo porvenir, y luz para el camino, sólo vivirán dichosos en cuanto obedezcan a la actividad y abnegación que de fuerza fatal e incontrastable traen en sí. El hombre debe realizar su naturaleza. Debe el hombre reducirse a lo que su pueblo, o el mayor pueblo de la humanidad, requiera de él, aunque para este servicio sumo, por la crudeza de los menesterosos, sacrifique al arte difícil de componer para la dicha social los elementos burdos de su época, el arte, en verdad ínfimo, de sacar a pujo la brillantez de la persona, ya esmerilando la idea exquisita, que viene mareada del universo viejo, ya levantando, a fuerza de concesiones inmorales, una vulgar fortuna. Ni de vanidad ni de egoísmo fue culpable Azcárate, sino de aquella ceguera que suele ir con la mucha individualidad, por donde el hombre, de puro mirar en sí, y sentirse hervir la sangre, no ve afuera cuanto puede, ni entiende que sea su tiempo diverso de como se ve él, que es para sí la realidad suprema. Aquel estudiante humilde, que por su mérito y bravura entraba de señor en lo más altanero de la sociedad vencida; aquel abogado hercúleo, que de una tronada de la voz ponía a firmarle la sentencia justa a los jueces simoníacos, o echaba a la madre negra en brazos del hijo a quien le querían arrebatar; aquel habanero satisfecho, que del tocador de la esposa acaudalada salía a dar libertad, en su bufete de losas de mármol, a cientos de esclavos; aquel ingenuo triunfador, a quien una burla ruda había de castigarle en su primera tentativa pública la fe excesiva en su persona, no vio como natural en su pueblo, a la hora de la rebelión, lo que para él no lo era; ni supo salirse de sí, y ponerse en los demás, que es el don esencial, y el deber continuo, de los hombres patrios. Y en el aturdimiento de aquel golpe ha vivido Azcárate y murió. Aquel hijo favorecido de la naturaleza, de armazón robusta, de energía elocuente, de natural feliz y pomposo, cayó, en cuanto a su pueblo, en el error de creer que la política, que es el modo de conducir en la concordia de la justicia para el bienestar total los elementos diversos, estaba—en un país de yerros seculares y hábitos de perezoso señorío—en la lucha literaria y superficial de los elementos privilegiados de la población. De este sueño se despierta en el destierro imprevisto, en la guerra desordenada, o en el cadalso. Al reaparecer en Cuba el problema, halla a Azcárate muerto.

Noble era Azcárate siempre, bien bajase de su coche, como *Patria* lo recuerda, con los brazos abiertos, a traerle a un poeta amigo, antes

de la revolución, el empleo con que podía abrir casa de esposo,—bien, en su casa madrileña, recibiese como a dueños a los prohombres de la democracia, que negaron luego un puesto de diputado al criollo de quien aceptaron en la necesidad el bolsillo del socorro y el lujo de la mesa,—bien cuando, feliz con el mérito de los demás, lo llevaba de la mano al beneficio y a la gloria. Pero mejor que nunca se le pudo ver en la soledad del destierro, que es la ocasión en que enseña el hombre el valer propio, cuando se le van, con el suelo nativo, los puntales y las andaderas. Allá en lo pobre vivía del hotel que fue en otro tiempo casa de reyes: de planes vastos y prematuros le rebosaba la imaginación: le chispearon los ojos alguna vez, como de quien piensa en guerra, cuando a su alrededor se buscó modo de llevar ayuda a la república: de su pena profunda, que le reducía a veces las carnes en horas, hallaba consuelo en el trabajo asiduo y generoso. De mañana atendía a un bufete de abogado: de tarde escribía, de los cables a la crónica, un periódico diario: y la noche lo hallaba preparando la labor del día siguiente, o en el teatro, por palcos y pasillos, defendiendo el drama romántico y caballeresco. Para los magnates no era su celebración más calurosa que para los humildes, y un poeta desdeñado o un niño infeliz estaban más seguros de su aplauso que presidentes y jueces. El mundo, para Azcárate, era belleza e idea, y pensamiento más que hecho, por lo que de las libertades entendía mejor lo escrito que lo que se vive, y en el arte era amigo de lo que debe ser, y hostil a cuanto no fuese de belleza pura, que era para él lo único verdadero. Su lectura, casual aunque continua, y más varia que ordenada, fue la de apariencias, que rigió durante el último medio siglo, en que se ha dado por definitivas las formas de la libertad que aún no lo son, y confundido los derechos invencibles con los ensayos ineficaces de su administración, que los exasperan o los merman. De España, que es toda reflejo, salvo algún Pi o alguna Arrenal, tomó él primero, por la lealtad a la lengua, y luego por el encanto de Madrid, su literatura favorita, lo que hubiera podido acortar su gusto, y cerrarle el criterio, a no tener él aquella cordialidad magna, y como hambrienta, que a bufidos, y no menos, echaba de sí toda fealdad y odio, y defendía, con brío de lance personal, cuanta idea le parecía alta y donosa. Era de ver luchar, en los instantes primeros, su silencio urbano, al oír lo que pecase contra su arte y letras, con la fogosa pasión que sentía él por el romance y la hermosura; y su palabra, desbordada al fin, caía, como azotaina de gigante, sobre la tesis enemiga. Su frase no era peinada y aguda, sino de las de monte y mar; y sólo en los últimos años pudo parecer floja

y penosa, cuando el estudio nuevo y la poesía sutil le tenían como enajenados, en cuanto a letras, los oyentes que siempre retuvo con el poder de su entusiasmo,—y cuando la toga de consejero escondía mal un corazón sin fe en la obra inútil de su vida. Pero tuvo Ascárate muy pocos pares en el número, sinceridad y soberanía de la elocuencia. Lo poseía el discurso, en los días grandes, y se miraba con unción celosa. Se le veía, en el hervor del pecho, ir y venir la elocuencia fuerte; y se iba solo, con los ojos crecidos, a algún espacio vasto: a la tribuna subía seguro, a paso de senador, y la tempestad le centelleaba en el rostro, agresiva e imperante la mirada, hoesca la nariz, deshecho el bigote ralo, hinchado el cuello: al pie de él, se oía como cuando se va acercando la ola. Y rompía a hablar. Su oratoria, sin embargo, era inferior al gozo que sentía en publicar el mérito ajeno, y en consolar, a costa de sí propio, a los solos y a los desdichados.—Ha muerto el orador, el organizador, el periodista, el amigo.

Por su natural optimista, por su entrada triunfante en la existencia, por su sincero horror a la guerra entre los que tenía por padres e hijos, y por su fe ciega y tenaz en el poder decisivo de su persona, creyó Ascárate de poca raíz la pelea de España y Cuba, o sin tanta que no la pudiese él al cabo reducir. Con patente error tenía por cierto que España, que perdió su sentido y rango en el mundo moderno de su continente, a pesar del roce de los siglos y de la semejanza de interés, puede mantenerse, con utilidad de sus colonias superiores y del universo creciente y laborioso, en el mundo moderno americano. Con aquella singular arrogancia que casi siempre acompaña, y frecuentemente pierde, a las personalidades vigorosas, creía ver en sí propio, como cubano que era, la pintura fiel de Cuba, y tenía por aberración y nulidad cuanto de su patria fuera diverso de lo que veía en sí. Cayó en barbecho la revolución, por causas transitorias y de resultas sanas, que la crítica ligera pudo tener por definitivas y mortales; y el abogado terco de la unión de España y Cuba vio con triste sorpresa, cómo su tierra, que oía con calma aparente de otros labios la defensa de esta liga irracional, la repelía en él, su víctima y su apóstol. En las letras halló consuelo, y empleo a su actividad voraz, aquel espíritu constructor; y los años no dejarán morir—a pesar de su equivocado silencio y luctuosa intervención en la época sagrada de su patria—la memoria del cubano pujante cuya culpa mayor fue acaso la de haber malogrado su natural grandeza en el empeño vano e imposible, con su alma de pobre y de rebelde, de brillar por las pompas del mundo en una sociedad vejada y despótica.

*Patria*, 14 de julio de 1894

## EL ENTIERRO DE FRANCISCO SANCHEZ BETANCOURT

Sublime día hubo en Cuba, a los albores mismos de la guerra, como cuando sobre la serranía negruzca empieza a aclarar el cielo azul. Cinco cubanos, nacidos en el regalo infame que daba al amo el trabajo de sus siervos, abrieron, trémulos de gozo, las puertas de la vida a la raza que desde la niñez vieron encorvada sobre el cañaveral, o colgando, en las ansias del suicidio, de las ceibas del bosque. Los cinco de la Asamblea del Camagüey, que declaró el veintiseis de febrero del sesenta y nueve abolida la esclavitud en Cuba, eran el Marqués de Santa Lucía, los dos Agramonte, Ignacio y Eduardo, Antonio Zambrana y Francisco Sánchez Betancourt, el hombre que salió tísico a la guerra, tísico, a rastras, en el hueso, moribundo. De su silla de enfermo fue penoso a la mesa de la junta aquel hombre enjuto, que por lo negro de la barba ganó el apodo de "El Cao", de tez tostada como nuestro maíz, con la frente vasta del entusiasmo y los pómulos recios de la voluntad, y la mirada melancólica y honda que conoce y cura las infamias del mundo: y con la mano lúcida de los que van a morir firmó el decreto de emancipación de sus semejantes. Vivió toda la guerra, por la extraña salud que da el honor, y la energía del campo libre, y el afán de hacer bien. Ahora aquella mano yace inmóvil, como jurando aún, bajo el féretro cubierto de las coronas de Cuba agradecida, de su Camagüey incorrupto y reverente. *Patria* labra en su corazón, con las manos dolorosas, una flor de hijo, y la pone sobre el cadáver de aquel hombre amado. Se aborrece a los viles, y se ama, con las entrañas todas, a los hombres pudorosos y bravos.

Hay hombres de luz nula, que pasan por la tierra quemando y brillando, como el bólido roto que cae desde el cielo, parecido a las almas que descienden de su propia virtud, y silban y chispean, a modo de serpiente agonizante; y hay otros de luz continua y tenue, que esplenden, como las estrellas leales, en la noche pavorosa. Cuando se vive en villanía, no hay más que un pensamiento honrado, que ha de morder el corazón hasta que estalle y triunfe, y de quemarlo como una llaga, y de despertarlo en el reposo inmerecido:—y es el de echar la villanía abajo. En la deshonra, en la usurpación insolente del suelo en que se nació y del espacio en que pudieran abrir las alas nuestras facultades, en el comercio, hediondo como el pus, con la ralea que roba a nuestra

tierra los frutos de su suelo y el decoro de sus hijos, y los corrompe y empobrece, sólo una especie de hombres puede vivir sin la perenne idea de mudarle el aire al cielo impuro: los hombres deshonrados. Destiérreseles del trato, y húyaseles como a la peste. Hombres hay para el pesebre, que viven de estrujar y de engullir: hombres de corral, a la verdad, que en el cieno están bien, que es blando y engorda. Pero Francisco Sánchez, en el sillón de su vejez, tendía al morir las manos, y veía afuera, por la ventana de la casa en que nació, aguardando a que, antes de caer en esta vida, le besase los ojos la claridad de redención que de seguro acariciará algún día su sepultura.

Por el desinterés son bellos los hombres: y feos, y aun abominables, por el interés excesivo, que de la legítima prudencia saca excusa para la inactividad y la avaricia. Como con bubas en el rostro y jorobas en la espalda, andan por el mundo los que en las penas de él, y a la hora en que trabajan por remediarlas los corazones poderosos, pasan de prisa y como escondidos por donde el deber labra y padece, para que el deber no les sienta el paso egoísta, y no les pida una migaja de su pan. Mañana, cuando el esfuerzo haya triunfado, como Washington hambriento triunfó solo de Cornwallis, como Bolívar deshecho triunfó sobre Monteverde, como Juárez arrinconado triunfó luego sobre Maximiliano, la patria amorosa pondrá de una parte a los que la tomaron de la mano en su agonía, y alargaron el agua a su sed, y dirá: "¡Estos!": e inflexible, y con mirada que será como un látigo cosido a la carne, se volverá a los que la desempararon, so capa de desencanto o de duda, y dirá: "¡Esos!". Hay diferentes modos de dormir, en la soledad de las tumbas: y en el orden largo y encadenado de la naturaleza, en que un árbol o una peña duran siglos, no puede en una sola vida acabarse el hombre que le es superior; ni el que vio en calma y sin amor la desdicha de sus semejantes, y el anhelo de las almas briosas por su redención, podrá, aunque se lleve al ataúd la leontina de oro, hombrearse con los que depusieron su interés por aumentar la libertad humana, o robustecieron el brazo dispuesto al sacrificio. La lisonja inútil del mundo acaba tal vez en la tumba. ¡No hay cuenta que no se pague en la naturaleza armoniosa y lógica; y para no llevar como una cadena al pie el deber desatendido, cúmplase el deber, por la ventaja mundana y moral que hay en cumplirlo, y llévese como título y como ala! ¡La generosidad, da buen dividendo!

Francisco Sánchez Betancourt todo lo dio; él tenía casa rica, y se fue de ella a la pelea y a la desnudez: él tenía mujer leal, e hijos que le eran

como una piña de corazones, y a pelear se los llevó, y les vio sin temblar los pies ensangrentados y descalzos: él era prohombre en su comarca, caballero de volanta y caballo, amo de bestias y de gentes, muy saludado por jueces y gobernadores, y prefirió preparar la revolución, con peligro continuo de la vida, acabar en la pelea, con responsabilidad de cabecera, la existencia que al irse extinguiendo busca el postrer calor de la esposa y de las criaturas, y guiar a su comarca en la hora viril de despojarse de la riqueza injusta, y batallar con su país, y caer con él en la derrota y la miseria. Sus puestos no importan aquí, que en nuestra república fueron los más altos; sino aquel tesón que no se le cayó nunca del alma, ni cuando veía correr por el Máximo la sangre de su Camagüey querido, y velarse, como de una oscuridad mayor que la de la tierra, los palmares del Tímina serenos, y humear las ruinas del opulento valle, desde la cumbre justiciera de los Caciques, ni cuando, vuelto de su viaje de desolación a la nieve yanqui, retornó, como llamado por las raíces, a la tierra sacra donde, como en su corazón, jamás, por sobre tibiezas transitorias y mínimas, han renunciado los hombres a ganar con su sangre el color de la honra para sus mejillas y el seguro de la independencia para su bienestar.

Jamás. Allí los hombres canosos y barbados rompen a llorar, o palidecen, si oyen la duda leve de que, a la hora del esfuerzo, se les acobarda el brazo. Allí el patriotismo joven, calentado en el amor al hombre egregio que trocó al fin en mansedumbre su nativa arrogancia, lleva el celo de la libertad hasta la indignación que, ante las filas enemigas, unirá a la santa mocedad y a la despiciosa timidez en el fuego de un durable abrazo, y se mudará en amor y orgullo por las mismas almas valerosas que en un instante de olvido o de fatiga se anublaron con la culpa. Allí desamarían de seguro la guerra pueril y aventurera, que ha de mirar el cubano prudente como enemiga mayor de la libertad. y sustituto peor, que los mismos excesos de la servidumbre; y montarán a caballo, como invencible caballería, las barbas y los bozos impacientes, y húmedos de llanto, que rodeaban en las guardias de vela el cadáver del anciano fiel, muerto tal vez con la suprema dicha de ver resucitar, en el ímpetu y el orden que le anuncian el triunfo, la pelea necesaria y virtuosa para vivir al fin como dueños seguros de la tierra feraz en que nacimos.

¡Ah: una tristeza nos queda! Camagüey entero, con imponente honradez, se agolpó al paso del "patriota Francisco Sánchez", de aquel "que en su corazón tuvo por culto el amor a Cuba", del que "en su nombre

llevará siempre nuestra historia". Ante la santa muerte se apretaron, con una sola voz, como augurio de aquellos días que arrastrarán a la grandeza los reparos perzocosa, los que ayer se probaron el honor, y lo hallaron bueno para toda la vida, y los mismos que con su tardía decisión no alcanzan a encubrir el pudor ofendido que se desbordará al cabo de las almas. Aquellos de otra zona,—crespos y atezados, en un continente que renace, por la hoguera del sol,—aquellos que él con sus manos levantó a la libertad y al gozo de la vida, seguían, balbuceando conmovidos la bendición, al que en el barro de la esclavitud les encendió la chispa de hombre. La juventud camagüeyana iba, descubierta, detrás del "patriotismo constante". Con rosas del jardín que lo vio nacer le tejieron una corona para su sepulcro, rosas calladas, como lágrimas de sangre. Y el anciano que fue leal al honor, y no apagó nunca la verdad de su pueblo, salió de la casa en hombros de sus hijos.—Nuestro hombro faltó allí; pero en su tumba no faltará nuestra rodilla.

*Patria*, 15 de septiembre de 1894

## 5

## MANUEL BARRANCO

Revuelto el cabello, limpia la frente, callados los ojos, comido de la vida el rostro triste, yacía en su ataúd de hierro el buen Manuel Barranco. A sus pies, arrodillada, se le juraba de nuevo su esposa, se le juraba para lo que falta de esta vida, y oían el gran dolor los ocho hijos, y los amigos reverentes. Así debía salir del mundo, sin pompa mortuoria, como entre la familia que se reúne para despedir al viajero, el hombre llano y real que de la niñez sana del campo subió, aún en el primer bozo, a maestro,—que de los brazos de la madre enérgica se arrancó para ir a pelear por su país,—que en la pobreza del destierro levantó, a puño diario, una fortuna que jamás contribuyó a la opresión, sino a la libertad, ni al lujo ofensivo, sino a las necesidades ajenas, y—una familia donde no hay ley más alta que la del trabajo, y la del amor.—Algo había, en la blancura y dureza del hielo donde lo fuimos a enterrar, del carácter tenaz y leal del niño precoz, del expedicionario valiente, del trabajador ávido, del rico útil, del maestro original y libre.

De la vida de Manuel Barranco se saca una sana lección, y más de una; y la más beneficiosa de todas, porque alcanza a mayor número,

es la de la capacidad del hombre cubano para crear de sí, en condiciones hostiles, un ente social, productivo y decoroso. Otros, menguados, ahogados en la vida como una flor seca entre las páginas de un libro, van, sin savia ni color, mendigando coléricos por el mundo, que sólo respeta a los que fundan y batallan. Manuel Barranco, de niño, vivió con pocas letras en su Camagüey laborioso; por su afán de saber empezó a tener fama, y por lo osado y franco de su pensamiento, y lo enviaron a la Escuela Normal de la Habana, a aprender a enseñar, que es lo más bello y honroso del mundo, y cría alma de padre, amorosa y augusta: no quiso que sus discípulos aprendiesen moral servil, como la exigía un texto astuto del gobierno despótico, y los cubanos buenos de Las Villas le pusieron una escuela libre, adonde iban a oír al maestro hermano los padres y los hijos, y hombres de más barba que él: surgió la guerra, y él fue a ella en un barco desgraciado, y para ella dio el trabajo de sus manos, el calor de su corazón, el servicio de su palabra, desbordada unas veces, y como confusa por la impaciencia del pensamiento, y muchas veces sagaz y decisiva: vino la tregua necesaria, para que la libertad fatigada recobrase las fuerzas, y, al erguirse de nuevo, halló fiel y enamorado como siempre a Manuel Barranco. A otros los envilece la prosperidad, y el primer servicio a que la ponen es emanciparse, desde su seguro inhumano e insolente, de los deberes por donde es respetable el hombre. A Barranco le era grata la noble riqueza, porque con ella podía ir levantando como cubanos útiles a sus hijos, y con ella podía ayudar a poner arma al brazo bravo y alas a la mar: no era él de los cobardes y ladrones que gozarán mañana en calma, y aun con clamor de especial privilegio, de la libertad que en su hora de agonía dejaron sin ayuda: él, que se veía morir, servía a la patria en silencio, ya de tesoro, ya de pensador, ya de criado: ¡lo que él quería era ver su tierra poblada de hombres! Así, escondido, iba en las noches frías, ya visitado por la muerte, a enseñar a las almas limpias de "La Liga", más que la gramática práctica o la geografía pintoresca, aquel arte de querer por donde las repúblicas son fuertes, y los hombres dichosos. El vendaval soplabá afuera; y adentro, en la escuela bella alzada a hombros del trabajo, los cubanos se preparaban, alegres y fuertes como niños, para las luchas abiertas y benéficas de la libertad, Negarse, y recogerse en sí, y huir de la necesidad del mundo, y adularle el poder, es el pálido oficio de las almas inferiores: de Barranco fue el darse, el salir de sí, el juntarse con los demás hombres, el padecer con alma ardiente por la iniquidad humana, y el ponerse a la obra contra ella, que es el único modo viril de lamentarla. Ámese al hombre entusiasta y desinteresado.

Su fosa está cubierta de flores: sus amigos ven con desconsuelo la silla vacía: sus discípulos recuerdan agradecidos aquella palabra cordial y abundosa: sus criaturitas, prendidas a la madre, le preguntan si es verdad que de este viaje su padre no va a volver: pero más pura, y de mayor majestad aún, es la ofrenda que deja sobre la tumba de Manuel Barranco, la patria agradecida: ¡bien puede, y bien debe, la patria que él amó, poner una flor, tallada en su corazón, sobre la nieve silenciosa de la sepultura!

*Patria*, 2 de enero de 1895

## INDICE

### CUBA

#### *POLÍTICA Y REVOLUCIÓN*

#### *DISCURSOS REVOLUCIONARIOS*

#### *HOMBRES*